

Selecta

Viktoria Yocarri

Perdóname...

Me enamoré



Perdóname... me enamoré

Viktoria Yocarri

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Dedico esta novela a mis padres, Luis Carlos y María Cristina;
a mi hermano Luis Eduardo, donde quiera que se encuentre.

Va en especial para mi amigo Héctor Pozos,
que llenó mi vida con su sabiduría.

Recuerdos...

El presidente está perdiendo el control del país. Su estela de corrupción, sus promesas rotas, sus equivocaciones económicas, su falta de tamaños para tomar decisiones correctas están llevando al país al colapso.

La compra de votos que hizo para convertirse en presidente lo hizo cómplice, compadre y socio de los gobernadores del partido que endeudaron sus estados para financiarlo. Ahora el excremento flota, el presidente no tiene la calidad moral para llevarlos a cuentas.

El país está transitando un sendero muy conflictivo y peligroso. Maestros, candidatos populistas, devaluaciones, delincuentes de cuello blanco, narcos y gobernadores corruptos están torpedeando nuestra endeble democracia.

Tenemos un coctel sumamente tóxico...

De improviso el cursor de la computadora se quedó parpadeando. Julieta Romero dejó de escribir. Mientras tomaba un respiro se volvió hacia la ventana, donde el sol apenas brillaba y sus tenues rayos intentaban traspasar la masa tumefacta de gases tóxicos suspendidos en el aire de la capital. Su mente, ajena por completo al bullicio de las discusiones políticas, saboreó los recuerdos, bordando afectos, recreando las mejores nostalgias. Tal vez fue en ese momento que los episodios del pasado comenzaron a crear el pánico de haberlos vivido y Julieta sintió la necesidad de ahuyentarlos con un cigarro, pero no logró otra cosa que caldearlos aún más.

La casona de sus padres, imponente, majestuosa. Un edificio de abolengo en una colonia de alcurnia con calles empedradas. La sala es una enorme estancia rectangular, separada del comedor por un largo pasillo. Los sillones rodean una enorme y sólida mesa de centro cuadrada, donde se exhiben piezas de plata y marfil. La tapicería combina con el piso travertino. Tres enormes ventanas, abiertas hacia el jardín frontal, iluminan la estancia. A pesar de la antigüedad de la casa, la cocina es moderna: granito, hornos eléctricos, refrigeradores y, en el centro, una mesa de madera de roble, donde se sienta el servicio para consumir sus alimentos. La disposición de las recámaras no puede ser más tradicional. Las cuatro habitaciones convergen en un pasillo cuya largura enfatiza un tapete. El piso de madera cruje en la habitación principal, la de sus padres, Joaquín y Elena. El espacio es amplio y suntuoso, pero acogedor. En la habitación contigua, el cuarto de Julieta, con muebles hechos de caoba maciza. El olor a menta y canela se cuele por todas partes, algunas buganvillas purpúreas se asoman por la ventana que da al jardín.

En ese cuadro, Julieta de niña, hija mimada del doctor Romero, ídolo de Genaro, el hijo del jardinero que la ceba y vigila; envidia de su prima Susana, que pasa todos los veranos con ella.

¡Qué lindo despertar el del día que estaba a punto de cumplir ocho años! Susana y ella empezaban su jornada de juegos en el jardín.

Susana era hija de la tía Raquel y tenía un año más que ella. Le gustaban ingenuas diversiones —entretenerse con las cocinitas y con otros pasatiempos de niñas— y a Julieta le divertía todo lo que ella desaprobaba. La tía Raquel era hermana de su madre y, aunque se parecían, Julieta decidió que al nacer debían haberla cambiado, pues su tía le parecía la mujer más fría y distante que hubiera conocido en su vida. Tenía los modales de un internado de señoritas; si se suscitaba alguna cuestión de moral, ella la defendía; especializada en la desaprobación de lo que fuera.

Susana y Julieta oyeron algo cerca de la valla de setos. Curiosas, fueron

hasta allí para ver de qué se trataba. Vieron a un sujeto que las miraba. Sentado en el suelo no era mucho más alto que los setos. Lo miraron fijamente hasta que habló:

—Hola

—Hola, tú —contestó Susana.

—Tu padre es el señor Luis, ¿verdad? —preguntó Julieta.

Susana hizo una mueca despectiva.

—¿El jardinero?

El niño asintió con la cabeza. Era un chico muy curioso. Llevaba unos vaqueros azules, tenía el pelo negro como la noche y pegado a la cabeza, la piel de un color tostado y movía nerviosamente las manos.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Julieta.

—Genaro.

—¡Qué feo nombre! —replicó Susana.

Genaro se sonrojó y Julieta le dijo a Susana que se callase, signo seguro de que, después de estudiarle, lo encontró agradable. Luego, se sonrió y dijo:

—Ven a jugar con nosotras, Genaro. Nos encantará tu compañía.

Al niño se le iluminó el rostro, pero se le ensombreció al instante cuando Susana se limitó a preguntarle si se había vuelto loca.

—Mi prima está mal de la cabeza —añadió Julieta—, pero ya no se peleará contigo.

Susana se mostró irritada, pero desistió.

—A veces eres insoportable, Julieta —dijo—. De todos modos, no puedo hacer nada para remediarlo.

Desde entonces los veranos de Julieta y Genaro transcurrieron en medio de una diversión constante. Genaro tenía una risa repentina y feliz. Era una especie de *Merlín* de bolsillo, cuya cabeza estaba llena de proyectos excéntricos, extrañas ambiciones y fantasías raras. Aventajaba a Julieta en tres años, pero ella se sentía un gigante a su lado, sus ojos se iluminaban y sin él se percibía tan desdichada. Verano tras verano, a despecho de todas las

advertencias y explicaciones, ansiaba reunirse con él. Se atraían como la luna atrae el agua.

Fue la residencia Romero un cómplice discreto, con sus escondrijos y recodos inmejorables para despertar a las primeras inquietudes de la pubertad, a un deseo quemante y que apenas se murmura, donde, prófugos de la realidad, Julieta Romero y Genaro Castillo soñaban en voz alta un mismo sueño.

Un brusco movimiento sobre su hombro hizo que Julieta se desperezara e interrumpiera su largo peregrinar a través de su juventud.

—¿Creí que habías dejado de fumar?

Las palabras de Paco sonaron como un eco a sus espaldas. Julieta nada respondió, apagó el cigarro y, como recurso del mal perdedor, le hizo el saludo del dedo impúdico.

Él la observó sin simpatía, estuvo a punto de soltarle un discurso improvisado, pero en un instante de lucidez comprendió que Julieta estaba tan lejos de él como un cometa.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó.

—Intento escribir mi columna semanal —dijo sin volverse.

Paco se acercó al monitor y comenzó a leer.

—Quiero un presidente —dijo al cabo.

—¿Perdón?

—Me refiero a que deberías titularlo «Quiero un presidente».

Pensó que se estaba burlando de ella. Entonces se giró para que sus ojos se cruzaran con los ojos castaños de él y vio que no se reían; que su expresión era realmente seria.

—Ya sabes —explicó él—, todos queremos saber por qué el presidente puede ser un payaso o un corrupto o un incompetente. Siempre un capataz y nunca un peón.

Un destello fugaz avivó el brillo de los ojos azules de Julieta. Quienes la conocían advertían en aquel brillo un semillero de ideales, puliendo las

asperezas de las penurias pasadas. Su compañero, Paco Alcántara, podía interpretar los pequeños signos y sospechaba que nada había olvidado de antiguos pesares. Julieta jamás hablaba de los muertos que enterró. Simplemente no deseaba cargar con el asesinato de sus padres, por eso no los mencionaba, y los anulaba por completo mediante el silencio.

Paco la había acompañado por muchos caminos durante tanto tiempo, siguiendo sus pasos como periodista, marchando a su lado con paso firme en las manifestaciones callejeras. Con el mismo entusiasmo la siguió en la cobertura de las elecciones para gobernador. Ni el buen humor disminuyó cuando durmieron temblando de frío en el auto, porque espiaban a un traficante callejero. Paco aceptaba todas las extravagancias de Julieta —y no eran pocas— sin hacer preguntas, porque terminó sintiéndose atraído por el carácter determinado, los ojos azules, y la voz serena y franca de la periodista.

Desde su encuentro, doce meses antes de aquel verano, ambos supieron cuánto podían esperar del otro. Paco sospechó de inmediato que su oficio de periodista, su obstinación y su ideología eran indicios pertenecientes a esa casta de intelectuales a sueldo de la clase media alta. Averiguó sin tardanza que en sus recuerdos reinaba el caos y la sórdida realidad de alguien que ha sido víctima de la delincuencia organizada. Aunque la historia de Julieta era la de una niña bien que nació en la opulencia, entre pañales de seda y dando por sentado todo, no tenía prejuicios de clase y su ideología coincidía con la suya. Le gustaba verla unida a él en feliz camaradería por los fuertes lazos del trabajo compartido. En muchas ocasiones la contemplaba con callada admiración, mas no por eso sentía que podía llegar a merecerla, pues se reconocía como un hombre sin fortuna y pretensión. Dicho en pocas palabras, era regordete, con barriga y papada y más bajo de estatura que ella.

—Te veo luego, J. R. —dijo al ver que la atención de ella se había desplazado.

Por toda respuesta, ella asintió con la cabeza.

Julieta Romero escribía con bastante audacia. Desde niña tuvo la fortuna de haber sido educada con rectitud, sentido autocrítico y una amplia cultura. Lectora voraz y amante del arte; bajo su sólida coraza de periodista, tímida y solitaria. El saldo trágico de haber sido víctima de una orfandad forzada.

A los dieciséis, Julieta vivió las ráfagas de odio que se disparan ante la libertad irrestricta de la delincuencia organizada y el narcotráfico, y que tiñen de sangre a lo largo y ancho un país, arrasando con todo lo que encuentran a su paso, abarcando e infiltrando todos los sectores sociales, culturales, religiosos y económicos.

Fue así como Julieta huyó de su destino de una niña que empezaba a hacerse mujer y de los recuerdos de una pubertad afligida por el homicidio de sus padres. Perdida y sin comprender la causa de semejante atrocidad, abrumada por inquietudes que no sabía nombrar y que estuvieron en su corazón mucho antes de que su cuerpo alcanzara proporciones definitivas y su alma encontrara cierta paz, Julieta se embrolló en el periodismo. El silencio de las autoridades y la mudez colectiva terminaron por hacerla madurar, y mitigaron el dolor de ser huérfana. De un día para otro dejó de ser una niña y asumió la responsabilidad para con la democracia de su país. Esquivaba los riesgos con una emoción confusa, mezcla de rabia y de feroz alegría. Sus reclamos de justicia y su valor para enfrentar a la autoridad eran muy notorios, se sentía importante, fuerte, autoritaria.

El primer trabajo que tuvo luego de graduada de la universidad fue en una revista de chismes, dentro del despacho de redacción que dirigía Rogelio Santillana. En aquel entonces el vicio de la información y la fiesta del conocimiento eran dos negocios distintos, pero relacionados. Complicado de explicar. Julieta trabajaba en una colonia del centro, en una casona que servía tanto de casa habitación —en el piso superior— como de oficinas— obvio, en el inferior.

Julieta era cronista de sociales, escribía historias escabrosas y amorosas de personas influyentes y poderosas con las que la clase media sufría y gozaba.

Una tarde cuando llegó su jefe, que venía bajando de comer, le dio una larguísima lista de tareas que debía completar ese mismo día. Ella pensó que era imposible, pero no solo lo pensó, sino que lo escribió en su escritorio: «Mi jefe está pendejo si cree que voy a acabar todo eso en cuatro horas». Después de manifestar su descontento se puso a trabajar y no paró hasta haber concluido todo lo que le había encargado.

Días más tarde su jefecito estaba platicando recargado en su escritorio. De pronto se entretuvo observando todo lo que estaba redactado. En ese instante Julieta sintió que un chorro helado recorría su cuerpo de la cabeza a los pies; sintió un nudo en la panza y la garganta se le cerró: había olvidado tirar su protesta. Él se enderezó y la miró inquisitivo. Ella comenzó a recoger sus pertenencias imaginando lo peor.

—¿Así que soy un pendejo? —le preguntó.

¿Qué hacer en semejantes condiciones? Imposible negarlo, estaba escrito con su lapicito sobre un *post-it*; había que sostener lo dicho.

—Pues sí —le contestó.

—¿Y terminaste o no?

—Sí, porque soy una chingona y trabajo rápido —respondió.

—Entonces no soy ningún pendejo, sabía que acabarías.

Julieta renunció un mes después.

Eran otros tiempos y ahora lo recordaba con una sonrisa.

Una vez asumido el fracaso de la biografía de corazones, llegó el momento de convertirse en una columnista respetada. Así pues, conoció a Marcos Villegas —editor en jefe del diario independiente La Gaceta—, quien la invitó a un proyecto periodístico del que podía ser parte, pues necesitaba a alguien que no sacrificara una buena historia por el temor de herir a alguien.

Julieta tenía una memoria y una curiosidad increíble, y eso la convirtió en una excelente narradora oral.

Para el mediodía, Julieta ya había terminado. Eran las dos; la hora perfecta para llegar al Congreso y encontrarse con el senador Gerardo Rocha.

Pocas veces se detenía a contemplar los detalles arquitectónicos del Palacio Legislativo, y aunque aquel día su estado anímico no estaba para dar un *tour* de placer, le pidió al taxista que la dejara justo enfrente de la fachada principal del edificio. Caminó sin prisa entre un contingente de personas que se estaban manifestando y entró por las rejas del recinto sin pena ni gloria mostrando su gafete de prensa. Su vista quedó en dirección a la edificación formada por tres cuerpos: los dos extremos forrados de tezontle rojo, y el central, de mármol blanco, formando entre ambos una amplia plaza de acceso. Caminó sobre la explanada hacia la puerta principal. Hubo un momento en que recordó las constituciones que había tenido el país, uno de los episodios de la historia que más le apasionaban. En él tenía recuerdos de su infancia. Veía a su padre y a Gerardo, reunidos en la biblioteca, platicando sobre las garantías individuales y la libertad de expresión. Mientras miraba los murales que custodian el vestíbulo, Julieta no pudo más que preguntarse, ¿cómo sería su vida si sus padres vivieran?

Sin atar y desatar, queriendo desasirse de esa tremenda melancolía, Julieta vio que algunos diputados conocidos iban y venían con los radios en las manos mientras sus asistentes los perseguían como perritos falderos. Oyó el retumbar de tacones de plataforma sobre el suelo, seguidos de algún vestidito entallado de poliéster barato. De pronto, una mano le tocó el hombro. Era Rubén Aguirre, un excompañero de la escuela que ahora se dedicaba a reportear para el canal oficial.

—Julieta Romero, ¡qué milagrazo!

—¡Rubas!, ¿cómo has estado? ¿Qué haces aquí?

—Llevo un año viniendo. De hueva. Es la peor legislatura que hemos tenido. Si no fuera por los numeritos que dan algunos, esto parecería un funeral. ¿Y tú a que vienes? No te había visto por acá. Sé que has estado escribiendo para Villegas, pero no imaginé que te mandara a retratar

diputadetes.

—No, nadie me mandó. Viene por otro asunto y seguramente conoces a la persona que busco.

—¿A quién?

—El senador Rocha.

—Hubo cambios en la orden del día, pero no debe tardar en salir.

Acababa de decir eso cuando Julieta distinguió el paso cansino de Gerardo que salía de la Sala de Sesiones. Se trataba de un hombre mayor, que a pesar de los años aún conservaba cierto encanto. Alto y de complexión media, mirada pizpireta y escrutadora y, al igual que Julieta, de tez blanca.

Desde sus tiempos de soltería, el actual senador había trabado amistad con Joaquín Romero —el padre de Julieta—. Práctico, de carácter férreo y don de gentes, Gerardo Rocha tenía medio siglo de militante en el partido oficial. De ahí que aquilatara el peso de las relaciones familiares y de las amistades personales en su carrera. Ellas jugaron un papel muy importante en sus primeros triunfos como procurador general, consejero del Tribunal Electoral y actualmente como senador. Dicho de otro modo, Gerardo Rocha gozaba ejerciendo el poder público. Pero ni aún en los momentos de mayor astucia perdía de vista sus virtudes como hombre cauto que sabía adular y apuñalar al adversario, porque tenía claro que la política es una lucha de poder.

—Mira, ahí viene —puntualizó Rubén.

—Gracias. Me dio gusto verte —contestó Julieta.

—Sale, pues. ¿A ver qué día quedamos para comer?

—Te aviso —fue la comedida respuesta de ella.

—No cambias, J. R. —dijo él alejándose.

«¿Qué quiso decir con eso?», se quedó pensando, cuando Gerardo Rocha la interrumpió:

—Lamento el retraso —dijo, después de la ceremonia del beso y del abrazo—. ¿Nos vamos?

—Muerdo de hambre y el tráfico está infernal...

—Sabes que aquí siempre tengo una mesa reservada.

Julieta se sonrió al recordar las palabras del chofer al bajarse del taxi. *Dicen que es un mundo aparte.*

Cierto. El mismo inmueble alberga peluqueros, médicos, choferes, asistentes, entrenadores de *fitness* y cocineros, sin tener que enfrentarse al monstruo urbano de la capital. Sorpresas que van más allá de las pronunciaciones en las sesiones plenarias y que cimbran a más de algún visitante.

Alrededor del Salón de Sesiones, se encuentran ocho edificios similares a los condominios verticales habitacionales. En ellos, es posible encontrar fuentes de alimentos, servicios médicos, peluquería y oficinas. Inclusive, hay piezas de museo, como la vieja máquina que sirvió para imprimir la primera edición de la Constitución.

Julieta recordó el artículo de un diario nacional, en el que el reportero relataba una sabrosa crónica luego de cerrar calles para abrir paso a quien ganaría un voto a la fracción contraria: cuatro minutos y medio desde el aeropuerto hasta el Palacio Legislativo.

El escrito periodístico citaba que el diputado había viajado al extranjero por un asunto de negocios, de donde llegó a las 10 horas cuando había salido a las 7:45 de la capital del país. Fue entonces cuando le enteraron que su voto era necesario y buscó un vuelo. Una aerolínea lo trajo a «casa» con una hora de retraso para una votación en la que el partido opositor apuntaba ganar.

La crónica describió que, al llegar al aeropuerto, ya lo esperaban varios choferes, cuatro coches abrieron la circulación, taparon calles, despejaron el tráfico y uno de ellos tapó la entrada del Palacio Legislativo y dejó la reja abierta, para evitar trámites. Y así, el diputado en cuestión plantó su voto antes de que concluyera la sesión, con lo cual ganó al partido opositor el rechazo a una iniciativa de presupuesto que había presentado.

En efecto, estos grupos políticos de signos contrarios afectan sin recato a los demás, viviendo de todos los recursos que aportan los ciudadanos al

erario. Pensando que tienen todos los derechos. El ciudadano solo puede pagar impuestos, callar y obedecer. «¿A eso se refería el reportero?», pensó Julieta al llegar al prestigioso restaurante gourmet, donde la clase política y visitantes disfrutaban de cortes preferidos de carne y platillos de especialidad mientras cierran tratos o acuerdos.

Dejando a un lado tantos sentimientos encontrados, Julieta se dispuso a disfrutar la buena comida y la presencia de Gerardo. Él le hablaba de cosas sin trascendencia y de la fiesta que daría al día siguiente Angélica, su esposa.

—¿Te gustó la ensalada, cariño? Te cuidas demasiado.

—Está buenísima. El vino es excelente.

—¿Pedimos otra botella?

—No, tengo que regresar al periódico.

Un silencio incómodo se interpuso entre ellos. Mientras Gerardo Rocha la miraba, vio reflejada la soledad y la melancolía en sus ojos. Él también compartía su dolor, le habría gustado que el desenlace fuese diferente. Joaquín Romero era su amigo y socio, juntos habían hecho planes. Juntos conducirían a este miserable país rumbo al desarrollo. Pero eran otros tiempos, mucho antes de que el narco se enraizara en un amasiato con el Gobierno. Y, a diferencia de su amigo, Gerardo Rocha siempre tuvo bien claro que, en la política, como en la jungla, la debilidad se paga con la vida.

Consciente de que él no apartaba los ojos de ella, Julieta se adelantó a romper el silencio.

—¿Alguna vez te has preguntado cómo sería?

Él la miró fijamente durante unos instantes, cómo si tratara de adivinar lo que había detrás de aquellas palabras, pero antes de que Julieta pudiera añadir algo, sentenció:

—Sigues obsesionada con eso.

Las palabras de Gerardo sonaban a acusación, pero no era del todo cierto — Julieta lo sabía muy bien—, una parte de ella se estaba deslizando hacia atrás en el tiempo, a través de la oscuridad, hacia la niñez que vivió con su familia,

llena de amor, mientras respiraba el aire impregnado en otros tiempos de felicidad, y en los padres que ya solo vivían en sus recuerdos.

—Quizás lo que me tiene en pie es precisamente la incertidumbre. La zozobra. Saber que, por la inoperancia y el silencio de las autoridades, el asesinato de mis padres sigue impune.

—Julieta, solo sé que, si tu padre viviera, querría verte feliz.

Le habían ofrecido muchos consejos de cómo seguir con su vida y asimilar la muerte de sus padres, y ella los había aceptado y escuchado con una sonrisa. Pero aquel día no se sentía de humor para ello.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé.

No dijo más y, puesto que sabía que la primera reacción de ella ante cualquier consejo era ofrecer una terca resistencia, cambió inmediatamente de tema.

—Si quieres que te sea sincero —dijo con cierta rudeza que a la vez que expresaba preocupación por la joven—, lo que creo es que estás tan absorbida por el trabajo que dejas que te agote. Necesitas distraerte. En todo caso, ven mañana a la fiesta de Angélica.

—No lo sé, Gerry. Tengo cosas que hacer al día siguiente y no puedo estar resacosa.

Gerardo sabía que solo era una excusa, por eso insistió:

—Me gustaría que conocieras a dos que tres personajes.

—¡Ah! ¿Sí? —dijo ella con fingida indiferencia—. ¿Quiénes son?

Tuvo que sonreír al oírla. Eso probaba una vez más lo bien que la conocía. Su curiosidad no conocía límites.

—Ven y averígualo por ti misma. Y, si lo que te preocupa es Gustavo, descuida, está de viaje.

En efecto, Gustavo Adolfo Rocha, el hijo modelo de Angélica, era un asunto que Julieta mantenía en un cajón cerrado bajo llave. Su relación con él, aunque efímera, no era algo de lo que se sintiera orgullosa. Desde un

principio supo que, si no lo hubiera conocido desde la niñez, jamás se habría enrollado con él y de seguro ni siquiera hubieran tenido ocasión de encontrarse, porque Gustavo Adolfo Rocha prefería a las mujeres educadas para novias inocentes y esposas fieles, aunque no siempre las cosas resultaran así. Era un espécimen que tenía mil caras, un cabrón que sostenía que era inadmisibles medir a hombres y mujeres con la misma vara, porque existen diferencias biológicas innegables y una tradición histórica y religiosa que ningún movimiento de liberación femenina conseguiría borrar.

Naturalmente, formaban una pareja ejemplar: él, enfermo de celos y pidiéndole cuenta de todos sus actos; ella, más interesada en su trabajo de periodista que en mitigar la impaciencia de su enamorado, y en ningún caso proclive a querer comprometerse con él.

Fueron amantes durante seis meses y, después, por obvias razones, terminaron dejándose.

—No es eso. Permíteme, voy al baño.

Cuando Julieta se levantó sintió una mirada que provenía de una de las mesas. Volteó discretamente y vio a un diputado que conocía muy bien su relación con Gerardo. Lo esquivó. Apresuró el paso, fingió no verlo y sacó el celular para parecer distraída. Llegó al tocador de damas. Abrió el menú del teléfono y se encontró con una serie de mensajes que Paco le había enviado —no había escuchado los timbres de aviso porque en cuanto llegó al Palacio Legislativo apagó el aparato— y procedió a marcarle.

—¿Ocurre algo?

—Por fin te dignas a contestar —dijo un tanto irritado—. Marcos te está buscando.

—Estoy con el senador Rocha, pero ya salgo para allá.

—Sale, pues. No te tardes.

Julieta oyó como Paco colgaba el teléfono y se paró frente al espejo, pensando en que estaba completamente jodida. «Estoy viva porque aún me duele». No supo por qué pensó en Genaro, ¿acaso por qué aquel día se sentía

dada a la melancolía? De algún modo el fantasma omnímodo de aquel enamorado era el culpable de que Julieta se mantuviera soltera; cuando lo recordaba se ponía de un humor tortuoso.

Habían pasado varios minutos desde que entró al baño. No quería salir porque sabía que al hacerlo Gerardo se daría cuenta de su cambio de humor y le haría preguntas, como era su inevitable costumbre. Por eso, antes había lanzado el anzuelo. Quería jugar con su mente y al replicarle estaría cayendo en la trampa. Era preciso que le hiciera sentir que todo estaba bajo control.

Retocó el maquillaje, refrescó sus labios con un poco de brillo y respiró hondo. «Esto pasa por sacar a colación al pendejo de Gustavo Adolfo», pensó de camino hacia su mesa.

—¿Qué tanto hacías ahí dentro? —preguntó Gerardo.

—Me encontré con varios mensajes de mi jefe.

—¿Problemas?

—Eso parece.

—Ya pagué la cuenta, ¿nos vamos?

—Pues sí.

Gerardo quiso llevarla, pero Julieta se negó.

—Tomaré el metro, es más rápido.

—Entonces, ¿te veo mañana?

La sonrisa con que acompañó esta frase, pareció decidirla.

—Hecho —dijo y se perdió en la explanada que lleva hacia la salida.

Un favor muy referido

En la cama, malhumorado y somnoliento a causa del desvelo, Genaro se desperezó largamente. Movi6 el brazo derecho palpando el vacio entre las sábanas solo para comprobar que estaba solo. «Julie», se oyó decir en medio de la modorra y la vigilia. Ignoraba por qué acababa de pronunciar su nombre, a menos que fuera por los sueños.

Habría podido jurar que a veces despertaba con el olor de ella en el cuerpo, almizclado e intenso, siempre mezclado con un fresco aroma a canela. Más de una vez había vertido su simiente mientras soñaba, cosa que lo dejaba algo intranquilo.

Muchas mujeres habían pasado por su cama. Algunas hermosas, otras demasiado frondosas, todas muy jacarandosas. Pero ninguna pudo llenar el vacío que tenía en el alma, porque estaba convencido de que el sexo sin amor es satisfactorio cuando al día siguiente no necesitas cruzar palabra con la persona que te cogiste. No cualquiera tenía el aplomo de asomarse a mirar sus demonios.

Genaro Castillo se frotó la cara, restregándose los ojos y mirando el lugar vacío. Había llegado el día de aceptar que todo lo que había conseguido no significaba nada. No era culpa de nadie o si acaso de él.

Al principio creyó ser afortunado. Ahora, en cambio, estar solo era una especie de penitencia; lo malo es que ni creyente era, católico sí. «Pinche

vida de mierda. Dios, Dios no existe. Y si existiera, se nota que le valen madres las injusticias; goza con las personas haciéndolas sufrir».

Genaro respiró profundo, despabilándose del improvisado soliloquio. Levantó las cobijas y miró su cuerpo: fuerte y modelado, invitaba al placer. «Menos mal que el póquer de la vida me dio buena mano». «Estoy pensando puras mamadas; es la pinche cruda. ¿Quién me manda empedarme?», se dijo incorporándose de golpe. Necesitaba echarse un poco de agua en la cara y dejar de pensar en Julieta.

Mientras se acomodaba el cabello se miró en el espejo y no pudo evitar preguntarse por qué Julieta y él terminaron separándose. Aún no lo tenía muy claro. En ese entonces las relaciones de pareja eran un tema muy complicado para él, porque no tenía nada que ofrecerle. Pero ahora tenía con qué y necesitaba sacarse la espinita que tenía clavada. Diez años habían tenido como único propósito reunir suficiente dinero para casarse con ella. Julieta era la única mujer a la que había amado y seguía amando. Nunca antes había amado de una manera tan transparente. Julieta le parecía tan frágil y vulnerable que ansiaba protegerla de todo y de todos. Incluso antes de lo que sucedió, le hubiera gustado que ella permaneciera arrellanada sobre su pecho y verla dormir con un gesto sereno.

El secreto de Genaro Castillo para su vida era tan sencillo que llegaba a ser profundamente complejo: mientras que la mayoría de los hombres tenía códigos y trataba de estar a la altura de ellos, Genaro vivía el suyo al dedillo. Su código era sencillamente no tenerlo.

Pocas veces los niños están en posición de saber cosas como las que sabía Genaro: cuando su padre terminó la secundaria, conoció a una muchacha un año más joven que él, se enamoró y se juntó con ella; la llevó a vivir a casa de sus padres y vivieron en un cuarto aparte. Cuando Luis Castillo tenía dieciocho años nació su hijo, y le pusieron el nombre de Luis Genaro, por él y por su padre. Dos años después, cuando Luis regresó a casa del trabajo una tarde, encontró a su concubina en el piso muerta, en un rincón.

A los veinte, Luis Castillo se quedó con un niño pequeño. No es probable que se dedicara a entender el porqué se limitó a educar a su hijo lo mejor que pudo, y lo mejor fue ciertamente inaceptable: estaba demasiado cansado para jugar a las escondidas; estaba demasiado ocupado para inventar historias maravillosas; estaba demasiado absorbido en sus propios problemas y enredos de faldas para escuchar sinceramente una queja; cada noche bebía hasta caer dormido.

Rara vez se veía a Luis en público con su hijo. En la noche lo dejaba encerrado bajo llave, mientras salía a la calle en busca de mimos y consideraciones de alguna hembra callejera para luego sentirse arrepentido de sus propios extremos.

Genaro apenas conoció a su madre, y nunca supo lo que era tener una, pero muy pocas veces sintió la necesidad de tenerla. Su vida siempre estuvo repleta de carencias y miserias.

Cuando estuvo lo bastante mayor para entender, le pareció que le habían gastado una broma pesada: vivía en un mundo que despreciaba, que no podía comprender y del que no podía defenderse, un mundo que no lo quería.

Genaro se apartó de su padre cuando tenía catorce años. Dejó la escuela y comenzó a rodearse de malas compañías, su único amigo era el doctor Joaquín Romero.

El doctor Romero lo había visto atravesar sus horas más solitarias y más difíciles, el doloroso limbo de pasar de ser un niño triste y solitario a un hombre amargado y resentido. Joaquín Romero le había enseñado a ganarse la vida honradamente y lo alentó a concluir los estudios de bachillerato. Genaro cumplió de labios para fuera con el mundo: fingió acatar las regulaciones que gobernaban la conducta de la gente decente, desarrolló un desmedido interés por la buena vida: autos, ropa, mujeres y las aspiraciones de los muchachos de buena familia. Pero se sentía incómodo todo el tiempo que estaba alejado de las personas que él sabía que pertenecían a los de su clase. «Gentuzza», escuchó que le decía una vez Susana a Julieta. «*Genaro*

no es y nunca será adecuado para ti. La gente bien no se casa con los hijos de gentuza pueblerina, que es exactamente lo que era el padre de Genaro. No se le puede llamar nada mejor. El único motivo de que Genaro sea como es ahora se debe a que tu padre lo tomó de la mano y paga su educación. ¿Sabías que tuvo problemas con la ley?”».

Genaro sintió lástima por Susana, pero a la vez reconoció que tenía razón. Julieta nunca podría ser vulgar, nunca podría ser común y corriente, como él. El amor de ella era la fuerza más poderosa en su vida. Ella nunca lo cuestionaba, nunca pensaba en ello.

La desgracia de aquella casa empezó poco antes de que Julieta entrara a la universidad. Para entonces Genaro tenía veintiuno. Ni en sus peores pesadillas se pudo imaginar que el doctor Romero y su esposa terminarían siendo baleados al salir de su casa. Eran una pareja modelo, que en apariencia hacían el bien sin mirar a quién. Aunque al final, Genaro terminó convenciéndose de que nada es lo que parece, pues todos moriremos y no queda nada sino la puritita mierda que siempre sale a flote.

Un rostro sin nombre era el recuerdo de aquella trágica tarde de hacía diez años, en la que él, coincidentemente llegó a buscar a Julieta y fue entonces que lo vio todo.

El auto en el que viajaban Joaquín Romero y su esposa salía de la casa, cuando un hombre de rostro duro y feo, montado en una motocicleta estacionada en la acera de enfrente, aceleró y pasó por su lado como una exhalación, disparando una ráfaga de metralla antes de perderse en el tráfico.

Genaro no supo cómo pasó, se quedó inmóvil mirando como Elena Zaldívar se desplomaba sin un grito. Los sirvientes y otros testigos del hecho tampoco se dieron cuenta de lo sucedido. Oyeron los disparos y no supieron identificarlos.

Al ver a la señora Romero caer, Genaro salió de su parálisis y corrió a socorrerlos. Por desgracia, Elena estaba muerta. Joaquín Romero, en cambio, con innumerables perforaciones de bala en el pecho por donde se le escapaba

la vida a borbotones.

—¿Doctor? —dijo al acercarse.

El movimiento leve de su pecho le indicó, que aún estaba con vida.

—Genaro... —se estranguló con las palabras.

—No se esfuerce, doctor. Pediré ayuda.

Joaquín Romero agarró el brazo de Genaro.

—Ju... Julieta —susurró. Fue lo último que dijo.

Lo único que Genaro recordaría cuando decidió involucrarse con el líder del cártel que controlaba el narcomenudeo en la zona centro del país. Cuando, trabajando como mesero, aguzó el oído y se esmeró por cuidar de aquellos generosos clientes que le soltaban hasta tres billetes grandes por sus atenciones. Cuando por méritos propios —si es que se les puede llamar así—, el líder del cártel del centro se acercó un día a él y le ofreció trabajo. Cuando como muestra de su lealtad al cártel tuvo que empuñar un arma y dispararle a quemarropa a un pobre cabrón. Cuando descubrió que matar y aventar plomazos era como una droga, hasta incluso mejor que el sexo.

En los años posteriores, Genaro comprobó que el narcotráfico es un cáncer que corroe las entrañas de un país y que vulnera a las instituciones que quedan al paso de hombres buenos. El escándalo del asesinato del doctor Romero comenzaba a olvidarse, ya no ocupaba las primeras planas de los periódicos, pero, aun así, encontrar un nombre se convirtió en una obsesión para él. Aunque sabía que un paso en falso o un revés en la suerte bastarían para acabar con su vida.

Así las cosas, la inteligencia y astucia de Genaro lo convirtieron en el operador financiero del Cártel del Centro. Un garbanzo de a libra, que no tardó en aprender los entresijos para el blanqueo de capitales por donde la riqueza ilícita desdibuja su rastro y aparenta ser normal.

En un principio, las grandes sumas de dinero adquiridas por operaciones ilícitas fueron reducidas a un monto que hizo que las transacciones no resultaran sospechosas. Lamentablemente, algunas instituciones bancarias

comenzaron a enloquecer, exigiendo una rebanada más grande del pastel. De ahí la importancia de colocar los fondos de vuelta en la economía para crear una percepción de legitimidad, invirtiendo en proyectos comerciales, entre otros. Nada de estancarse en bienes raíces y artículos de lujo. Por eso, Genaro prefirió asociarse con Andrés Casasola, un empresario escurridizo y ambicioso, que no le hacía el feo a hacer negocios con el narco. Esos enredos le daban igual a Casasola, lo importante era que su socio le daba a ganar muchísimo dinero.

Contra los pronósticos, crearon cortinas de humo, compañías de fachada, empresas legales que realizaban pocas o ninguna de las actividades que deberían realizar. Consolidaron presencia y negocios en el país, mediante contratos millonarios. Naturalmente, bajo una extensa red de complicidades entre el narcotráfico y las autoridades. De hecho, la mitad del país, líderes de los partidos incluidos, le debían algún favorcillo al Cártel del Centro. Genaro lo tenía muy claro: entre él y el asesino de Joaquín Romero, ya nada se interponía. Quería matarlo sin intermediarios y entonces, su alma encontraría cierta paz.

Pero había algo más y lo sabía. A diferencia de él, que actuaba en la sombra, Julieta estaba atrapada en su propia exaltación. Buscando pruebas y agregando detalles al caso para mantener vivo el interés con la esperanza de que el clamor popular fuera más fuerte que el miedo.

Genaro conocía los riesgos, cuán peligroso era hablar franco sobre del asunto. La larga ausencia era solo una excusa para acercarse a ella, pues también para él sus muertos constituían una pesadilla y deseaba compartirla.

Y es que al final no quedaron en nada, solo la mutua oferta de continuar queriéndose.

Llamaron a la puerta, con un golpe que Genaro apenas logró oír. Acto seguido, la puerta se abrió de par en par y el hombre que había ido a verlo, un escolta, sin duda, por la pinta y la fusca que llevaba al cinto, se internó en la penumbra de la habitación, con las cortinas parcialmente corridas como si la

luz del día no fuera bien recibida.

—¿Patrón? —dijo anunciándose.

Genaro se hallaba de pie frente al espejo, dándole la espalda, de modo que el hombre solo pudo ver su silueta firme y sus cabellos negros. No llevaba camisa, solo los vaqueros y las botas.

El hombre habló de nuevo sin volverse ni mirar a su alrededor.

—Patrón, ya estuvo su encargo.

Genaro se volvió y cruzó en dos zancadas el espacio que los separaba.

—¿La viste? ¿Está bien?

—Sí, patrón. Dejé a uno de mis mejores hombres pa' que la vigile.

—Está bueno. Con tu vida, cabrón.

—Pierda pendiente, patrón —dijo, haciendo amague para retirarse.

—¡Hey, Rigo! —lo detuvo Genaro. El hombre se volvió.

—Ni una palabra de esto a nadie. ¿Me entendiste? —le sentenció.

—Como usted diga, patrón.

—Sale, pues. Ponte almeja, en un rato vamos a salir.

El hombre asintió y cerró la puerta al partir.

Los pensamientos que se habían iniciado aquella mañana, prolongados mientras se aseaba, continuaron entonces sin voluntad consciente por parte de Genaro. El lazo familiar había conducido a la tía de Julieta a la decisión de cuidarla como si fuera suya. El cariño y su resistencia a que siguiera frecuentándolo.

Raquel y su hija, Gerardo Rocha y su familia... ¿Con cuántas otras responsabilidades habría cargado Julieta durante su ausencia?

La muerte de Joaquín y Elena lo habían absuelto de una promesa; la misma tía Raquel, de otra. La vida, en su eterna sabiduría, cortó su última atadura con Julieta y le dio tiempo para librarse y resolver conflictos. Sabía, en cambio, que Julieta no tendría posibilidad de elegir en cuanto a que reapareciera en su vida, ni tiempo para tomar decisiones y resolver conflictos.

Genaro se había hecho a un lado, sí, por no confiar en que ella fuera capaz

de permanecer a su lado. Había tenido miedo y seguía teniéndolo. Miedo de que no se decidiera por él en el conflicto de un amor de hacía diez años y su vida actual.

Desde el día en que la vio no había amado a ninguna otra, pero no estaba seguro de querer volver a pasar por el tormento de perderla.

Ciertamente, tenía muchas ganas de volver a verla y muchos deseos de tocarla. «¿Y luego, qué?», se preguntó, mientras terminaba de vestirse.

Genaro tenía sus dudas. Si Julieta decidía quedarse a su lado, él tendría que darle ciertas explicaciones. «Uno cambia, ¿no? Por mucho que uno se esfuerce por conservar los recuerdos y por seguir siendo como es, la pinche vida te cambia».

Su teléfono celular sonó y terminó por sacarlo de sus cavilaciones.

—Andrés —contestó.

—¿Quién crees que me invitó a cenar en su casa, hoy?

—Ni que fuera adivino, cabrón. Desahógate.

—Gerardo Rocha.

—¿Hablaste con él?

—Intercambiamos dos o tres frases vacías y acordamos charlar unos minutos, en privado, durante la fiesta de esta noche.

—Ya salió el peine. Ni un veinte, cabrón.

—No te imagines cosas. Favor cantado, favor pagado. Dejémoslo hablar, le ponemos nuestras condiciones y ya está.

El giro que dio la charla motivó a Genaro a retomar sus cavilaciones.

—¿Sabes qué? Esto no se puede hablar a la ligera. Ahoritita mismo me arranco para allá.

Treinta minutos más tarde, la camioneta blindada corría por la avenida más emblemática e importante de la ciudad en dirección poniente, hacia uno de los centros de mayor actividad económica dentro de la capital. A bordo,

Genaro, el chofer y Rigo, el hombre de todas las confianzas de Genaro, el polifacético guarura[1] al que en ocasiones le tocaba hacer de todo: mensajero, mozo e incluso hasta de chofer. En realidad, Genaro aborrecía tener que cargar con seguridad. «¿Para qué vivir con paranoia continua? Si me quieren matar, lo mismo da un guarura que tres, un blindaje que otro, un vehículo que dos».

Cruzar la ciudad a esas horas era un asco, pero Genaro lo consideró incluso, oportuno. Necesitaba serenarse y planificar bien las cosas. Si bien quería reencontrarse en cuanto fuera posible con Julieta, debía ir con mucho cuidado. Nadie podía saber que estaba ligado sentimentalmente a ella. A últimas fechas, la columna política de Julieta no solo denunciaba la tragedia de la democracia. Genaro recordaba bien el artículo donde ratificaba que el Gobierno del país estaba totalmente al servicio del narco, y ponía como ejemplo una de las empresas de Andrés que financió la campaña de cierto gobernador, en un esquema de lavado de dinero que seguía impune.

Naturalmente, Genaro estaba al tanto de que Julieta merodeaba las colonias del centro en busca de algún informante para dar con el encargado de la venta y distribución de drogas. Por eso mandó ponerle vigilancia. Necesitaba protegerla, pero, sobre todo, confundirla. Julieta se estaba acercando peligrosamente a él y a la organización para la cual trabajaba. Eso le preocupaba mucho, porque la conocía y sabía que nadie podía marearla con planteamientos vaporosos. Pero también conocía el demencial belicismo de su jefe, y que jamás sucumbía ante los destinos trágicos personales.

La camioneta se detuvo en el edificio indicado, Genaro bajó sin esperar la señal de su guarura, que miraba nerviosamente a todos lados.

—Tranquilo —dijo, poniéndole una mano en el hombro—. Espérame aquí.

—Pero, patrón...

Fue lo único que alcanzó a decir, pues Genaro ya caminaba a toda prisa.

El edificio de forma triangular estaba compuesto por dos altos muros de concreto que asemejaban la forma de un libro abierto. Genaro atravesó el

vestíbulo y medio detuvo su andar ante el saludo y la sonrisa desbaratada de la recepcionista. En realidad, Genaro no era un Adonis, pero tenía un no sé qué, que ¡ay, caray! Alto y fornido, sin llegar a ser un semidiós. Moreno tostado natural, cabello negro, ojos de color ámbar, y una sonrisa hermosa, que rara vez esbozaba.

El ascensor tardó unos minutos en llegar al piso deseado. En la sala de juntas lo esperaba Andrés Casasola, que estaba al teléfono. Genaro reconoció de inmediato la voz enzarzada y se dejó caer pesadamente en una silla de piel, mientras su socio colgaba.

—¿Y a qué debo el honor? —preguntó Andrés casi enseguida—. ¿Qué te ofrezco?

—Agua mineral, estoy crudísimo, cabrón.

—¡No mames! ¡Cómo que tehuacán[2]! —objetó Andrés—. Anda, acompáñame con un tequilita.

—Está bueno.

Andrés se levantó y se giró hacia la mesa que tenía a su espalda. Sirvió dos caballitos de tequila y le ofreció uno a Genaro.

—¿Y a qué debo el honor? —volvió a preguntar.

Su tono era despreocupado, pero a Genaro le pareció notar una pausa sagaz que pretendía que él llenara. Y lo hizo cautamente, manteniendo un tono informal.

—¿Sigues creyendo que es una buena idea?

—¿El qué?

—Intimar con Gerardo Rocha —sentenció, para que le explicara a detalle el motivo de la cena y la razón de que lo hubieran invitado. Si lo que creía era cierto, probablemente se trataba de una de esas reuniones de tacuche, a las que el senador Rocha invitaba a gente de la supuesta crema y nata de la sociedad. Si así era, debía de sentirse muy afortunado. En realidad, no tenía ningún plan, más bien era un impulso irresistible. Pero la estrategia podría funcionar, sería la ocasión ideal para contactar a Julieta, pues sabía que ella

era amiga íntima de la familia y, naturalmente, estaría invitada.

—Mira, Genaro, necesitamos que este cuate cabildeé con los diputados para que nos liberen las normas ecológicas de los hoteles del sureste —advirtió—. Además, nunca se sabe a qué otro funcionario podamos sonsacar.

A renglón seguido, Genaro llevó con habilidad la conversación, sin hacer preguntas directas, pero de tal modo que él incluyera cierta dosis de información.

—¿A poco nada más viniste a sermonearme? —preguntó de pronto Andrés, al ver que Genaro no tenía intenciones de irse.

—La verdad es que necesito un favor.

Genaro pudo verlo esta vez: un mínimo destello tras la sonrisa de sus ojos.

—Ya decía yo. Desahógate, pues.

—¿Te acuerdas de Julieta Romero?

—¿La pinche periodista esa que escribió sobre la compra de votos? —preguntó, desconcertado.

—Esa mera.

—¿Y luego?

—Quiero hablar con ella.

Andrés sonrió con sonora carcajada y respondió:

—¿Y de cuándo acá te interesa dar entrevistas? ¿O es que ya le echaste el ojo a esa pinche vieja?

El chiste no le hizo gracia a Genaro.

—¡Oh, qué la chingada! Te digo que quiero hablar con ella.

Andrés se levantó a servirse otro tequila.

—No mames, Genaro, esa ni tú te la crees —dijo al fin, y afilando sus palabras, añadió—: ¿Qué te traes?

—Te vale madres, cabrón. Quiero hablar con ella y tú vas a servirme de enlace, ¿está claro? —la voz de Genaro sonó áspera y manifestaba una emoción extraña, que a Andrés le pareció tal vez una advertencia.

—De acuerdo, veré que puedo hacer.

Genaro se puso en pie y vio, por la expresión de su rostro, que Andrés lo había tomado en serio:

—Así me gusta. Mantenme informado y gracias por el trago.

Andrés miró cómo se alejaba sin ningún entusiasmo. Aquella sencilla imagen alentó sus pensamientos. Porque, por más que Genaro hubiera logrado convencerlo, Andrés no conseguía dejar a un lado su suspicacia ni olvidar las palabras que su padre le había dicho un día: discípulo que nunca duda, nunca sabrá cosa alguna.

Andrés y Genaro mantenían una relación dialéctica, un vaivén que iba de la afabilidad a la aspereza. De hecho, aunque Andrés no lo confesara explícitamente, admiraba los talentos de Genaro. Había logrado venderse a sí mismo como un hombre inteligente y educado, cuando en realidad no era sino un naco trepador y vulgar, que pretendía hacer negocios y lavar dinero traficando con influencias. Andrés formaba parte de su laberinto financiero. Ambos lo sabían. Por eso, Genaro no dudaba en pedirle algunos favores.

A diferencia de Genaro, Andrés Casasola no era ningún advenedizo ni prepotente. Nació en el seno de una familia con linaje y fortuna. Lamentablemente, su padre enloqueció e invirtió una cantidad inmoderada en una empresa cuando la crisis de los noventa. Una torpeza hija de la impaciencia y de la avaricia, pues el peso se devaluó y los intereses se fueron por las nubes. Ciertamente, su familia perdió mucha lana, pero, para entonces, Andrés había aprendido a vivir de las apariencias y, gracias a su don de gentes, a sus dos licenciaturas elocuentes, a su astucia y a sus contactos, a la vuelta de los años, regresó tan campante a los mercados financieros como si nada hubiese sucedido.

Precisamente por ser muy hábil, Andrés se ganó a pulso la confianza de José Manuel Quiroz, el todopoderoso del Cártel del Centro, ante quien temblaban gobernadores, empresarios, miembros del gabinete y, muy probablemente, el presidente.

En la terraza de un restaurante, al sur de la ciudad, el jefe del Cártel le

explicó qué se esperaba de él, teniendo a cargo el lavado de tantos millones de dólares. A la hora del café, le presentó a Genaro y le detalló los motivos que los llevaron a elegirlo. Pero Andrés lo tenía muy claro: quería ser la mano derecha del todopoderoso, aunque para ello tuviera que deshacerse de Genaro.

Andrés volvió a sentarse en su silla y marcó el número de José Manuel desde su teléfono particular:

—Necesitamos hablar—dijo, en cuanto su interlocutor contestó. Escuchó y meneó la cabeza—. Sería una imprudencia hablar de esto por teléfono. Debemos cuidarnos —Andrés frunció el ceño—. De acuerdo, allí estaré.

Un día cualquiera, en el lugar
menos esperado...

El gran logro de aprobar una ley más inútil que la «Carabina de Ambrosio»: Una ley anticorrupción hecha para políticos, por los políticos y para beneficiar a los políticos.

De nueva cuenta nos enfrentamos a una burla, una tomada de pelo por el partido gobernante que simula luchar contra la corrupción cuando lo que hace es como querer apagar un incendio con una coladera mientras grita: «¡Miren qué fregón bombero soy!».

Si hubiera olimpiadas de cinismo acapararíamos todas las medallas; y, mientras tanto, el país como el cangrejo, camina en reversa. El mundo nos deja atrás, y con cada payasada de nuestros jurásicos genios no solo acumulamos más desconfianza en el exterior, sino que además nos hemos convertido en su hazmerreír.

Marcos Villegas se quitó los anteojos y recargó la espalda sobre la silla. Julieta, sentada frente a él, pensaba que su jefe esperaba algo más de su columna semanal, pero al ver su rostro inquisidor sonreír con un gesto pareció que se quedaba satisfecha.

Alguna vez, en la etapa de su romance con Gustavo Adolfo, él le «presentó», por decirlo de alguna manera, al periodista Marcos Villegas.

Julieta había escuchado que era uno de los mejores periodistas de su generación. Sabía que era temido entre los editores por ser extremadamente liberal y crítico, pero nunca había leído un artículo suyo.

Para ese entonces, Marcos había estado radicando en el extranjero, así que el tema viró inevitablemente hacia el sentimiento de añoranza y la desazón que le causaba mirar los noticieros internacionales donde dibujaban al país como una zona de guerra intransitable para cualquier habitante del mundo.

Durante los escasos diez minutos que duró la charla, Gustavo Adolfo tomaba tequila y la miraba como queriendo leer cada uno de sus pensamientos. Quizá aterrado al ver que un tipo como Marcos despertaba la admiración de Julieta, más porque su relación estaba pendiendo de un hilo.

Al final, Marcos y Julieta quedaron de acuerdo para encontrarse otro día.

—No sé con exactitud cuándo, pero de todas maneras ya tengo tu teléfono. Te marco para concertar la cita —dijo él y se despidió.

Aunque dudaba mucho que el famoso encuentro se llevara a cabo, Julieta empezó a imaginar cómo sería trabajar al lado de Marcos Villegas; hasta ese momento no pasaba de ser una ingeniosa cronista de sociales.

Esa noche, cuando Gustavo Adolfo la llevó a su departamento, montó en cólera. Julieta hizo caso omiso a sus cuestionamientos machistas, a esas alturas del partido ya le valía sombrilla si se enojaba o no. ¿Con qué autoridad moral le podía pedir que no saliera con Marcos, si él se acostaba con quién sabe cuántas más? No podía decir ni pío. Su relación iba en declive porque ella ya conocía todas sus mañas, y no hacía mucho tiempo le había pedido por primera vez que concluyeran su romance. No valía la pena seguir callando. Debía decirle que se sentía harta, desmotivada y menospreciada.

Así, una vez que se sintió libre, Julieta decidió refugiarse en el trabajo. Quería olvidar su fracaso librando cada día una batalla contra el autoritarismo y la inoperancia gubernamental. Y parcialmente lo logró.

Un mes después, Marcos y ella se reunieron en una colonia muy conocida por su espíritu bohemio. En una cafetería donde no había mucho ruido. Un

pequeño establecimiento en el que les sirvieron dos americanos descafeinados, porque ambos compartían un padecimiento: el insomnio.

Un abrazo cálido de parte de Marcos rompió el hielo. La estrujó como si fuera una conocida de toda la vida, se acomodó los anteojos y la plática fluyó alrededor de la vida política del país, de personajes clave que estaban vigentes e implicados en el narco. A Julieta le temblaban las piernas, a primera vista pudo percatarse de que Marcos hablaba muy distinto a todos los periodistas que había conocido y no trataba de apantallarla con posturas retóricas ni ensalzaba sus logros. Era dueño de la mirada más penetrante que hubiera visto jamás, de una paciencia brutal y de unos modales minuciosamente femeninos, pero a la vez, fastidiosamente masculinos.

Sin duda aquella tarde fue un factor de peso para que más temprano que tarde comenzaran a colaborar juntos.

—Quién iba a decir que con estos *shows* más vistos que las tandas del Blanquita nos convencen de que no avanzamos vertiginosamente en probidad y transparencia. El artículo se queda —afirmó Marcos.

A Julieta se le iluminó el rostro.

—Perfecto, gracias.

Marcos dejó sus anteojos sobre el escritorio y se aclaró la garganta:

—Quería proponerte que nos viéramos esta noche, para cenar, ¿cómo andas?

Julieta sabía lo que le estaba pidiendo, no hacía mucho tiempo que había intentado besarla. Más aún. Desde el principio se dio cuenta de que Marcos se sentía cómodo junto a ella, pues a raíz de su primer encuentro no tardó en soltarle sus cuitas de joven cuando se corría farras tremendas con sus amigos y de su primera esposa. Según le explicó, era una mujer que no se atrevía a vivir públicamente su homosexualidad por temor a su familia. Durante los cuatro años de matrimonio, en los que vivieron juntos, ella utilizaba su tiempo, su dinero, su energía y, por supuesto, también hacía el amor de la forma que resultase más cómoda. Evidentemente, ella pasaba sus días de otro

modo, como buscar con otra persona el placer que no encontraba con él. Podría haberle dicho la verdad, pero era difícil decir la verdad a la gente a la que temía o de quien dependía. También podría haberse ido a vivir con la mujer que le daba placer, pero no estaba dispuesta a asumir públicamente su orientación sexual. Por eso tomó la decisión de amar deshonestamente. Durante el camino Marcos advirtió pequeñas cosas que lo hacían sentirse incómodo. Cosas como números de teléfono desconocidos, cargos misteriosos en las facturas de las tarjetas de crédito. Él quería preguntarle sobre estas cosas, pero se sentía un poco culpable por sospechar. Decidió permanecer en una incertidumbre silenciosa, y aceptó las absurdas explicaciones que ella le daba. Finalmente, una noche se la encontró saliendo de un restaurante del brazo de otra mujer.

—¿Y a poco no sabías nada antes de esa escenita? —preguntó Julieta.

—Supongo que tuve miedo. Sentirme querido me importa más que coger.

Julieta consideró que Marcos estaba haciendo una apuesta equivocada, ella no quería ser su tabla de salvación. Hasta ese momento, Marcos no pasaba de ser un tema estrictamente laboral y no tenía intenciones de liarse con él. No quería darle más vueltas al asunto, prefería seguir fluyendo sin mayores insinuaciones.

—Perdóname, pero hoy no puedo.

Le dio las gracias una vez más, sinceramente y se marchó de allí sintiéndose la gran villana. Por lo visto, Julieta consideraba que aún no había llegado el momento de reinventarse como mujer, ni de regalarse el privilegio de que un hombre como Marcos Villegas la amara. Si bien no le desagradaba en absoluto, Julieta tenía miedo de que tanto amor y tanta complacencia terminaran por aburrirla. Para una mujer con su carácter, era imposible que las cosas se quedaran tan quietas. Ninguno de los dos se merecía pasarse la vida esperando un milagro. Marcos viviendo siempre con el terror al vacío afectivo y ella teniendo miedo de no quererlo.

Un día había vivido ya la experiencia del verdadero amor, o al menos así lo

creía. Y en nombre de ese amor estaba decidida a abandonar la búsqueda.

Las personas que se hallaban a su alrededor estaban empezando a recoger sus cosas. Julieta echó un vistazo a su reloj. Era casi la hora del cierre. Se sorprendió de lo rápido que había pasado el día. Paco se ofreció a llevarla, pero ella alegó que prefería irse a pie.

Era una tarde cálida de septiembre; el verano se terminaba y en las copas de los árboles comenzaban a aparecer los primeros tonos amarillos.

La redacción de La Gaceta ocupaba un edificio de notable arquitectura afrancesada con el nombre del periódico grabado en el pórtico con letras doradas, en una zona ubicada dentro del centro de la ciudad, cuyos dueños decidieron decorar para estar a tono, con alfombras y zócalos de finas maderas, escritorios de aluminio y cristal donde funcionaban las computadoras; amplias habitaciones dominadas con ventanales, desde las cuales se veía la avenida más antigua de la ciudad, por donde Julieta disfrutaba caminar de regreso a casa.

Pese a los cambios urbanísticos sufridos a lo largo de las décadas, la avenida conservaba su trazo original —cuarenta y cinco metros de ancho, con doble hilera de árboles muy al estilo parisino y un camellón central decorado con farolas estilo *art nouveau* y fuentes con réplicas de esculturas griegas y romanas— y albergaba gran cantidad de edificios de valor histórico, galerías y restaurantes.

Sin duda, uno de los barrios de mayor abolengo en la ciudad, donde importantes películas se habían filmado y distinguidos personajes se habían avvicinado.

En el trayecto de regreso Julieta pensó en Gustavo Adolfo y en la fiesta de esa noche. ¿Y si decidía presentarse? Bien que mal, era la fiesta de cumpleaños de su madre.

Antes de llegar surgió la idea de exhibirse con Marcos. Finalmente, sería un revés con guante blanco: Marcos era un tipo bien parecido y, si en dado caso se llegara a topar con Gustavo Adolfo o con alguno de sus amigos, el chisme

se esparciría como reguero de tinta. Pero no. Una situación así develaría que estaba jugando con él y solo quedaría en ridículo ante sus ojos. Además, ¿qué pasaría si en verdad Marcos resultaba ser el hombre que pudiera hacerla olvidar a Genaro? Si llegara a suceder que Marcos la sedujera con su belleza y su buen trato, ¿sería capaz de comprometerse sin recelo?

Encendió un cigarro para quitarse esos estúpidos pensamientos de la cabeza y, en eso, vio salir a Javier, su vecino de enfrente, acompañado de su perro, un curioso *spaniel* color miel. Supuso que iban a dar su paseo vespertino. Intercambiaron dos o tres frases de cortesía y sin relevancia alguna. Luego, ante la impaciencia del perro, él se puso en camino y Julieta se dispuso a entrar en el edificio.

Sin haberlo concebido, se giró para comprobar que no la siguieran. Fue una bocanada de paranoia o, quizás, su instinto de periodista. Luego, en el vestíbulo saludó al portero y accedió a las escaleras. Pese a que el edificio contaba con elevador, ocurría siempre, que funcionaba día sí y día no.

El departamento de Julieta se hallaba a cuatro kilómetros del zócalo, en el segundo piso de un edificio antiguo y de construcción Art Deco. No era un departamento inmenso, pero ideal para un soltero. Estancia amplia y espaciosa, dos recámaras y un baño circular con tina. Decorado con pisos de madera, marquesinas en el techo y enormes ventanales, desde donde podía admirarse una hermosa arboleda.

Lo que sucedería después, se había convertido en un ritual: abriría la puerta, se quitaría los tacones y encendería la máquina contestadora para escuchar sus mensajes.

Así pues, al momento siguiente Julieta estaba de pie en la acogedora sencillez de su habitación: una cama matrimonial, intacta bajo el cubrecama, dos burós con altas lámparas y una silla de respaldo curvo para recibir la ropa.

Con una mezcla de nerviosismo y melancolía se quitó el ropaje, el mismo que reemplazó por una bata para darse un baño. Luego se sentó al borde de la

bañera y metió la mano bajo el chorro de agua. Satisfecha con la temperatura, puso el tapón de la tina y encendió unas velas. El agua ya estaba lista. Dejó caer la bata al suelo y se sumergió con un agradable estremecimiento.

Quizás fue el inminente desasosiego lo que la hizo pensar en Genaro, como no lo recordaba hacía mucho tiempo. Mientras el agua corría sobre su piel cremosa en riachuelos sobre sus hombros, sobre sus pechos, la imagen de Genaro seguía acompañándola, tenaz, persistente. Sus pezones reaccionaron ante la humedad y el aire frío, y se tensaron todavía más, oscureciéndose levemente. Julieta apoyó la cabeza contra el borde de la bañera y suspiró.

En general era una mujer con un sano apetito sexual. En los años que había estado separada de Genaro, había dormido con otros dos hombres. Uno era su exnovio de la universidad y el otro Gustavo Adolfo. No era una adicta a la lujuria, ni mucho menos sentía que el sexo era lo que podía hacerla especial. Pero imaginar el cuerpo desnudo de Genaro, su mirada ardiente y depredadora, su respiración entrecortada, a duras penas controlándose, provocó que el ardor que intentaba apagar latiera con fuerza. Julieta cerró los ojos, luchando contra el torbellino de deseo que crecía en su interior. Deseo y furia disputaban una carrera en su estómago. Sabía perfectamente lo que estaba a punto de hacer. Se estaba poniendo a prueba. Por eso sacó las manos del agua y comenzó a acariciarse los pechos. Se sorprendió al pasar los pulgares sobre las rígidas cimas, haciéndolos rodar entre los dedos, tirando de ellos con más dureza de la que se habría imaginado. Echó la cabeza hacia atrás, abrió los labios y soltó un gemido. Levantó la pierna derecha y apoyó el talón en el borde de la bañera, luego dobló la rodilla izquierda y abrió las piernas. Su mano se deslizó desde el pecho bajando por el abdomen hasta detenerse entre sus piernas. Los movimientos lentos y circulares ganaron velocidad. El agua goteaba sobre los mechones de su pelo, que caía desordenadamente por los hombros. La lujuria se le arremolinó en el vientre exigiendo alivio. Julieta apuró las vueltas de sus dedos, moviéndolos cada vez más rápido. Sus labios se abrieron en una silenciosa boqueada y cerró

con fuerza los ojos. Luego tensó las piernas y arqueó la espalda y se mordió los labios para contener un grito cuando el orgasmo la inundó con una temblorosa sensación.

Ahora la cuestión era ¿qué importancia tenía lo que acababa de hacer? ¿Podría algún día encontrar el amor auténtico? ¿Estaba preparada para recibirlo? Eso era lo que se preguntaba mientras retiraba el tapón de desagüe con los dedos, suspirando. De nada servía pensar en fantasías irrealizables. Autosatisfacerse era solo una distracción sin importancia. El verdadero problema estaba en el pasado: Genaro y ella.

Algo más tranquila, salió del baño y se dedicó a alistarse.

Se dice que hay quienes tienen pasión por los objetos y por los animales. Julieta no sentía pasión por ninguno de los dos. No se interesaba por fotografías, flores secas y diplomas enmarcados. Mucho menos tenía gato que alimentar ni perro que pasear.

Las sensaciones que había tenido la acompañaron mientras terminaba de vestirse y comenzó a arrepentirse de haber aceptado la invitación de Gerardo. «A qué voy», se repetía. Pero el senador estaría esperándola impaciente y sería de pésimo gusto dejarlo plantado.

Para tomar valor se sirvió una copa de vino y así poder irse sin culpa. Después de todo, le había contestado con un sí rotundo a Gerardo. La copa se vació por completo. Como sus miedos.

Alrededor de las nueve de la noche, Julieta llegó a la mansión de los Rocha, conformada de varios predios, media manzana, a decir verdad.

El encargado de recibir los autos le abrió la puerta y la saludó con respeto. Al bajar del coche, Julieta tuvo algunos flashazos de las ocasiones cuando estuvo ahí, en esa misma casa, con su padre. Trató de no pensar en ello porque seguro que en ese instante la invadiría la nostalgia. En vez de eso comenzó a hacer predicciones acerca de esa noche. ¿Con cuántos secretarios

de estado se encontraría? ¿Cuánto tiempo tardaría la esposa del subsecretario de Hacienda en romper el protocolo y montar un numerito? Medio país estaba enterado de su forma de beber.

Cruzando el amplio vestíbulo que conducía al jardín, sintió una mano que le rodeaba la cintura. Era Gerardo Rocha.

—Me alegra que vinieras —dijo.

—Te dije que lo haría —le contestó ella, después de darle un beso en la mejilla.

Gerardo sonrió y le ofreció el brazo. Luego, empezaron a caminar hacia el jardín, hacia donde la verdadera fiesta tenía lugar.

Los invitados constituían una franja social que antes no existía: gente que tenía entre cincuenta y setenta años. Hombres y mujeres supuestamente plenos, que en un momento dado echaron fuera la palabra «envejecer» y que no soñaban con jubilarse. Gente mayor que compartía la devoción por la juventud y sus formas superlativas, casi insolentes de belleza, pero no se sentían en retirada.

Los hombres, elegantes siempre, con trajes cortados a la medida. Ellas, las mujeres, con bolsas de firma colgadas para ser mostradas, superdelgadas y llenas de accesorios. Todos, herederos de la tradición política, que, muy a pesar de los desfalcos u horrores pasados, seguían siendo parte activa de la escena social y, por supuesto, las nuevas fortunas, algunas, producto de la corrupción y otras del talento o del oportunismo comercial-financiero. El desarticulado grupo conversaba armoniosamente, mientras bebía champaña y tequila.

—¿Te ofrezco algo de tomar? —preguntó Gerardo.

Julieta vaciló un momento. «Tequila, ni de coña». Recordaba con claridad su primera borrachera y sobre todo la resaca atroz del día siguiente. Pero Gerardo conocía bien sus preferencias, por eso llamó a uno de los meseros que circulaban por allí y le ofreció una copa de vino tinto, varietal tempranillo.

—Bébelo con confianza, te caerá bien.

En eso, un representante de la Cámara Baja, se acercó a saludarlos. Julieta, cortés, sonrió y escuchó sin prestar mucha atención. Francamente, se indignaba y le daba coraje el abuso de la clase política. Sin duda, consideraba que solo unos pocos tenían la vocación de servir. Los más llegaban a despacharse, y lo hacían, como en el caso de este diputado, con la cuchara grande. Resulta que el sujeto en cuestión y Gerardo conversaban acerca del acuerdo para el aumento del aguinaldo de fin de año.

—Me disculpas, iré a saludar a Angélica —dijo Julieta, particularmente susceptible al abuso del que unos pocos se beneficiaban.

—Te veo luego, cariño. Diviértete.

Apresuró el paso hasta dar con Angélica, que estaba sentada en una de las mesas del fondo, rodeada de sus amigas, las del club de la vela perpetua. Mujeres que con donativos de varios ceros creían expiar sus culpas. Ciertamente, estas mujeres estaban convencidas de que su papel era discreto, casi secreto, pero fundamental. Algunas más abnegadas que otras, como la esposa del presidente de la Cámara de diputados, que sufría a un marido prepotente, infiel y, quizás, violento. Pero la mayoría de ellas, como dice la canción, «disfrazaban su indecencia de Chanel».

Sin duda, para Julieta las vidas de estas mujeres eran un teatro.

—Angélica —dijo al acercarse.

La señora Rocha aún conservaba cierto encanto. Las cremas habían detenido el acartonamiento de su piel y las rigurosas dietas, preservado su figura estilizada. Pero ni los perfumes más caros ni los vestidos más sofisticados, confeccionados a la medida en París, podrían borrar la traición de Gerardo.

Julieta lo recordaba bien.

La joven era atractiva, había recibido buena educación y era una abogada joven y prometedora, hija de un prominente magistrado, pero al parecer no era capaz de atrapar al amor de su vida. Cuando conoció a Gerardo, tenía una

necesidad que satisfacer: sencillamente, no quería estar más sola. Él, que era doce años mayor que ella, le ofreció una excelente oportunidad de disfrutar alguna cena ocasional, buena compañía y sexo. El hecho de que estaba casado no parecía tan malo como estar sola. Además, ella estaba muy ocupada, y una relación ocasional significaba que no tenía que comprometerse y podía continuar explorando otras relaciones.

Como era de esperar, al cabo de unos meses, el chisme llegó a oídos de Angélica. Evidentemente, Gerardo quería salvar su pellejo y dio por terminada la relación.

—Jules, querida, qué gusto verte. —La abrazó y le ofreció un beso en la mejilla—. Siéntate un rato. Estoy segura de que a Gustavito le hubiera encantado verte.

Julietta compuso una sonrisa forzada y se sentó.

Al cabo de un rato, probablemente abrumada por la banalidad de aquellas mujeres, se paró y se puso a platicar con Jaime, el secretario particular de Gerardo, que tendría unos cuarenta años y llevaba cinco de casado con una mujer independiente, que no era ni por equivocación la clásica esposa que quería hijos. Ella quería su vida propia y no vivirla a través de alguien más.

—No me gusta expresarme con una actitud tan negativa y finalmente estéril, pero no te parece que el país está de cabeza —soltó en una de esas Julietta.

—El mundo también parece estarlo. ¿Te dije que estoy saliendo con alguien?

Julietta tenía aproximadamente un año siendo su confidente, por eso sabía que él quería echar una cana al aire, alguien con quien pasar el tiempo mientras su esposa estaba fuera en viajes de negocios.

—¡Ah, sí! No me habías contado. ¿Con quién?

Estaba a punto de revelarle todo lo que llevaba dentro, cuando Regina Rocha se reunió con ellos. Julietta, alerta como siempre, debió notar algo en la expresión de Jaime. No había previsto algo así y contuvo la respiración. «Si

no se armase tantos líos en la cabeza», pensó. «Realmente podría sentar cabeza y pasar el resto de su vida con su esposa». Ella lo tenía todo: belleza, cerebro y una personalidad lo bastante fuerte para mantenerlo a raya. Lo más increíble era que su esposa no quería nada de él. Nunca le pedía dinero para ir al estilista, para pagar el coche o para hacer las compras. No intentaba presumir de él delante de sus amigos y no lo exhibía como si fuese un premio de feria. Tal vez era eso. Quizás ella era demasiado estable, demasiado buena. ¿Cuántas veces le había dicho que no se la merecía? Era demasiado complaciente para él. ¿Cuántas veces le había dicho lo mismo él? Regina, por otra parte, era una historia completamente diferente...

La menor de los dos hijos del matrimonio Rocha era una niña salvaje. Le gustaba hacer fiestas y divertirse y resultaba evidente que buscaba a un hombre para ello. Julieta habría apostado a que era ella quien lo llamaba y lo perseguía. Ese era el *modus operandi* de Regina, era una mendiga: siempre mendigaba atención o tiempo. ¿Cómo había llegado Jaime a esto?

Afortunadamente, alguien llamó a Regina antes de que pudiera instalarse con ellos.

—Uta madre, tú vas de mal en peor —sentenció Julieta, al ver que se alejaba— ¿Cuántos años le llevas, perdón?

—Diecisiete.

—¡Qué tal! ¿Y crees que la vas a aguantar? La conozco y para soportar su liviandad solo hay de dos sopas: ser muy estúpido o ser más cabrón que ella y hacerle creer que eres lo anterior.

—Nunca lo he meditado a fondo.

—Pues hazlo. Me queda claro, querido amigo, que estás jodido. Tienes que madurar.

—No me ayudes, Julieta.

—Te lo digo con toda franqueza, Regina es una mujer obsesionada.

—Ya veremos —respondió Javier—. Permíteme, ahorita regreso.

Desde su sitio, mientras daba buena cuenta de su copa, Julieta observaba al

procurador general. Sobre todo, al hombre, ¡guapo espécimen!, que bebía un tequila y reía con singular alegría ante lo que le platicaba el procurador. Examinaba el fuego intenso de sus ojos, enmarcados en aquel rostro extraordinariamente atractivo. Y, por la forma en que sus bíceps se tensaban bajo las mangas de su camisa, suponía debía tener un cuerpo también perfecto.

—Es guapo, ¿no?

La voz de Regina llegó desde sus espaldas. Julieta se volvió y con fingida indiferencia respondió:

—¿Perdón?

—Apuesto a que tiene novia.

—¿Quién? —insistió Julieta, fingiendo ignorancia.

—No te hagas, te vi cómo lo mirabas.

—¿De qué me estás hablando, Regina?

—De Alejandro. Alejandro Rivera, así se llama.

Ya estando en esas quiso agregar más detalles, pero Julieta la interrumpió:

—A ver, Regina. No me interesa.

—Si tú lo dices.

Después de aquel penoso episodio, Julieta se abstuvo de mirar en dirección a Alejandro y se quedó con su imagen marinándole el cerebro. Capaz que Regina, sí que tenía razón y Alejandro le había gustado.

En algún lugar de su mente Julieta sabía que, a la larga, la relación con Genaro era todo lo que quería. O que todo lo que quería en una relación aparecería algún día.

Había pasado casi veinte años enamorada de Genaro, y otros pocos, separada de él. Quizás lo que sentía por él no era amor, simplemente estaba encaprichada. Sin embargo, la pregunta seguía siendo ¿podrían algún día volver a estar juntos?

La voz del senador Rocha terminó por sacarla de sus cavilaciones.

—Lo prometido es deuda, Jules —dijo—. Te presento a...

Julieta reconoció a aquel hombre alto y delgado, de cejas pobladas y piel blanca, como el perfecto cuarentón que había visto en la primera plana de algún diario.

—Licenciado Casasola, supongo... Soy Julieta Romero, periodista de La Gaceta.

—Lástima que no la conociera antes, señorita Romero. Puede llamarme, Andrés.

No le gustó su tono y le pareció notar una pauta sagaz que pretendía que ella llenara. Y la llenó cautamente, manteniendo un tono formal.

—Mi periódico está interesado en una entrevista exclusiva, licenciado.

—Claro que debemos coincidir, ¿comemos mañana?

Julieta pudo verlo esta vez: un mínimo destello de malicia tras la sonrisa de sus ojos. Se alegró de haberlo tratado con cautela.

—Cuenta con ello.

A renglón seguido el empresario le dio su tarjeta y le dijo que se comunicara al día siguiente con él para acordar el lugar y la hora.

A partir de ese momento, las horas pasaron volando, al igual que el champaña, que corría como un manantial.

Alrededor de la una de la mañana, uno que otro funcionario se había excedido, pero para nadie fue una sorpresa que el subsecretario de turismo amenazara con vomitar. Un diputado hizo algún comentario ingenioso y, amablemente, acompañó al subsecretario al baño. Minutos después salió como si nada. Muchas veces Julieta se había preguntado cómo hacían para contrarrestar los efectos del alcohol tan rápido, hasta que Jaime la sacó de su duda: «Aspiran una línea de coca». Parecía increíble, pero era cierto.

Restándole importancia al incidente, Julieta aprovechó para zafarse de la fiesta que amenazaba con extenderse varias horas más.

Así pues, mientras esperaba su auto, sucedió algo curioso, algo extraño que no había previsto.

—Hace frío.

Cuando aquella voz varonil y grave voló hasta sus oídos, Julieta sintió estremecerse. «Es el frío», se dijo, a sabiendas de que solo era verdad en parte. La noche era fría, pero no para tanto.

Se giró y se encontró con Alejandro, mirando el cielo, inalterable, mudo y extrañamente plagado de estrellas, y así se lo hizo ver.

—Hace mucho que no teníamos un cielo tan estrellado.

«¿Me está hablando a mí?», pensó Julieta.

Él debió leer sus pensamientos. Dejó de admirar el cielo y la miró con sus ojos riendo.

—No vayas a pensar que me gusta hablar solo.

Visto tan de cerca se veía mucho más alto y atractivo.

—No sabría qué pensar. No te conozco —sentenció ella.

—Buen punto —dijo y, dando un paso apresurado le extendió la mano—. Soy Alejandro Rivera.

Fue un apretón de manos tan firme y contundente que los eclipsó a los dos. Por fortuna o por desgracia, según se mire, en ese momento apareció el auto de Julieta.

—Llegó mi auto. Tengo que irme.

Alejandro soltó su mano y le deseó buenas noches, aunque no tardó en darse cuenta de que se había olvidado de preguntarle su nombre. Pero ella ya se había ido.

Según las enseñanzas toltecas, el carácter de Julieta correspondía al de una soñadora. Eso explicaría su obstinación y extravagancia, incluso su generosidad y magnetismo.

En general, Julieta no creía en ningún tipo de espiritualidad, porque siempre había confiado plenamente en sus decisiones. Creer en augurios le resultaba poco convincente. Por eso, aquella noche, cuando se alejó en su auto, ni una sola vez se le ocurrió tomar el encuentro con Alejandro como un presagio.

¿Dónde empieza todo?

—¿Y qué esperas? Márcale —dijo Marcos, en cuanto Julieta terminó de contarle el encuentro que había tenido la noche anterior con Andrés Casasola.

Ella tomó el teléfono y marcó el número que le había dado.

—Licenciado Casasola —dijo en cuanto él descolgó—. Soy Julieta Romero —escuchó y sonrió—. Me viene perfecto, Andrés. En eso quedamos.

—Más que una entrevista, parece una cita —refunfuñó Marcos en cuanto colgó.

Sus palabras la hicieron enojar, aunque a decir verdad no se necesitaba mucho para hacerla explotar. Casi siempre amanecía malhumorada.

—¡Por Dios! Qué hueva me das.

—Puede ser, pero la culpa es mía por tratar de ser amable.

—Nadie dice lo contrario, solo que se me hace muy injusto de tu parte que pienses mal.

—Bueno, J. R.: piensa mal y...

—Igual te vale madres, ¿no? Más valía que no vieras las cosas que tengo que hacer para documentarme.

Marcos ignoró el comentario y decidió dar por concluida aquella conversación estéril. Al fin y al cabo, Julieta tenía razón: no soportaba ver cómo los demás hombres la miraban y, en efecto, jamás lo reconocería abiertamente.

Julieta regresó a su escritorio, encabritada por el comentario machista de Marcos. ¿Valía la pena seguir irritándose? Ella sabía que no. Que nada ni nadie podía ser tan poderoso para hacerle la vida miserable sin su consentimiento, pero al parecer en los últimos días todo el mundo poseía las llaves de su felicidad.

Apenas estaba recuperando la cordura después de pasar por tantos sentimientos encontrados, cuando llegó Paco y la saludó:

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Tengo una comida.

—¿Con quién comerás? ¡Te acompaño!

Raro: Paco nunca le pedía que lo invitara.

—No puedo. Voy a hacerle una entrevista a Andrés Casasola.

—Ah, ya... ¿El empresario ese que financió la campaña de un gobernador?

Aunque entrevistarse con Casasola le importaba sobremanera, Julieta no estaba ociosa y por ese motivo decidió enviar a Paco para que investigara sobre las mujeres víctimas de violencia que recibía a diario el sector Salud. Así, entretenido en esos menesteres, no iba tener tiempo de estar checándola por teléfono.

Como estaba previsto, a las dos en punto pasaron por ella. Julieta subió a la camioneta sin mayores complicaciones.

Mientras el vehículo corría en dirección poniente con rumbo a la avenida más importante y emblemática de la ciudad —centro frecuente de manifestaciones y celebraciones populares—, a Julieta le dio por pensar que había algo extraño en el amor. La encontraba en las circunstancias más impensables, en los momentos más improbables. El amor caía sobre ella, la rodeaba con sus brazos y transformaba toda su existencia. Lamentablemente, no reconocía la experiencia o no comprendía su efecto cuando tenía lugar. Tal vez fuera porque el amor raramente surgía en los sitios que esperaba o no

tenía la apariencia que quería.

Había hecho agresivamente todo lo que era necesario hacer de la manera adecuada. Quiso a sus padres, los obedeció, los respetó y nunca se había olvidado de ellos. Siempre había estado atenta a la escuela, había sacado las mejores notas en la primaria, había sido la alumna que había pronunciado el discurso de despedida en la prepa y la representante de su clase en la universidad. Ahora tenía un buen trabajo, que además le gustaba. Conducía su propio auto, tenía una cuenta corriente, una cuenta de ahorro y un plan de pensiones. Iba al gimnasio cada dos días. En suma, estaba en la cumbre de su vida: en buena forma física, era bastante, no, muy atractiva y también estaba soltera todavía. Lo único que no le salía bien era encontrar a un hombre, y cuando encontraba a uno que le gustaba, no era capaz de conservarlo. Algo, en algún lugar, iba muy mal.

A Julieta le parecía que la gente empezaba a mirarla fijamente cada vez que salía en solitario. No quería estar sola, pero no soportaba el juego de las citas. Conocía a alguien, salía algunas veces con él, decidía que le gustaba, pero ella no le gustaba a él. Empezaba de nuevo otra vez. Conocía a otro alguien, salía una vez con él y descubría que estaba casado. Luego llegaba otro, casi igual que el anterior. Salía con él, y descubría que era un idiota o un pelmazo, o que eso era lo que él pensaba de ella. ¡Resultaba exasperante!

Mientras jugaba a las citas, tenía amistades platónicas del sexo opuesto. Hombres que trataba como si fuesen una mujer. Podía salir y hablar con ellos sobre cualquier cosa y pasárselo realmente bien. Pero, aunque su compañía era divertida, no podían satisfacer los anhelos románticos que con toda seguridad tenía mientras tanto. Estos hombres no tenían ninguna dificultad en decirle lo guapa o lo atractiva que era, pero habían dejado muy claro que no querían comprar una casa y tener hijos con ella. Con un suave movimiento, era posible que le ofrecieran un muy necesitado abrazo y le dijeran: «Pásame las palomitas». Por esta razón, Julieta se sentía a salvo con ellos. Sabía que podía hacerles preguntas y recibir respuestas sinceras. Sin embargo, Julieta

no sabía qué pensar de su propia persona. «¿Cuál es mi problema?», se preguntaba «¿Por qué no puedo encontrar o mantener una relación?»

La camioneta se detuvo en un hotel conocido en el corazón de la ciudad, a tan solo unos minutos del Centro Histórico. El chofer abrió la puerta y le indicó que el licenciado la esperaba en la Sala de Negocios. Ella le dio las gracias y se encaminó hacia la puerta principal.

Haciendo un recuento mental de todos los hoteles de la misma cadena a los que había llegado, concluyó que todos eran idénticos: *lobby* amplio y bien iluminado, con un ancho mostrador de madera apostado en una de las paredes; enfrente, una salita de espera acogedora y al fondo del corredor, los elevadores.

Habían pasado cinco minutos desde que había entrado en el *lobby* y mientras la cabina ascendía, se preguntó a qué venía tanta charada.

No tendría que esperar mucho más, porque era su destino.

La Sala de Negocios se encontraba en el segundo piso. Julieta llamó a la puerta y apenas logró oír la breve respuesta que la invitaba a pasar al interior.

La habitación estaba con las cortinas parcialmente corridas, había una mesa larga y varias sillas, una cómoda pegada a la pared y sobre esta una lámpara; todos muebles antiguos. Sin duda, toda la decoración siguiendo el sobrenombre de la cadena hotelera.

Pero ella solo prestó atención al hombre que se hallaba de pie ante la ventana, dándole la espalda, de forma que solo pudo ver su silueta firme, sus hombros, sus cabellos negros por encima del cuello de la camisa. No llevaba saco. La camisa que llevaba le daba el aspecto pálido e inmóvil de un fantasma bajo la escasa luz de la habitación.

—¿Andrés? —habló sin mirar a su alrededor, con una voz más aguda que de costumbre.

Lentamente él se volvió y la miró sin hablar. Se había dejado crecer el pelo y la barba.

Julieta no podía moverse de donde estaba. No daba crédito a sus ojos. Era la

misma cara con el entrecejo fruncido; por supuesto, las líneas que cruzaban la frente eran más profundas; los mismos ojos color ámbar al borde de la sonrisa.

Avanzó hacia él, sin ver más que su mirada.

—¿Cuándo te dejaste la barba?

—Tiene rato... Julie.

Fue una voz que creyó que nunca volvería escuchar.

Genaro seguía sin moverse, ni siquiera cuando ella alargó la mano para acariciar su rostro.

—Eres real —susurró.

—Tú también —dijo él. Sus ojos se encendieron de pronto y, presa de una gran emoción la tomó entre sus brazos con la misma ternura de siempre y con la misma desesperación con la que la abrazó en el momento de su despedida.

Julietta, presa de la misma emoción, comenzó a llorar.

—No llores, por favor —dijo él, tomando su rostro con ambas manos y enjugándole las lágrimas—. Lo siento, lo siento mucho.

De pronto ella dejó de llorar y se apartó un poco para mirarlo fijamente. Luego, sin más, le cruzó la cara con la mano, con toda la nostalgia y la rabia contenida de diez años atrás.

—¡Cerdo egoísta! ¿Tienes idea de cuánta falta me has hecho?

La atrajo hacia sí, reteniéndole las manos contra el pecho.

—Sí —susurró—. Te he visto tantas veces... Venías a mí con tanta frecuencia cuando soñaba. Cuando me hacías falta te veía siempre, sonriendo, con el pelo alborotado alrededor de la cara. Pero nunca me tocabas.

—Ahora puedo hacerlo.

—Ahora estamos juntos.

Lo miró por un momento, inmóvil. No había tenido tiempo de prepararse y le temblaban las rodillas.

—¿Dije algo mal? —preguntó él, con el entrecejo fruncido. Gesto que ella conocía bien, cuando le preocupaba o dudaba de algo.

—No.

Con la osadía que obsequia la ausencia, lentamente acercó sus labios a los de Genaro. Él abrió la boca y saboreó la suya, mientras la temperatura de sus cuerpos se disparaba.

—Ámame— susurró Julieta.

—Primero sería conveniente salir de aquí.

—¡Maldición! —exclamó ella—. Me olvidé de Casasola.

Genaro sonrió.

—No te preocupes por él. ¿Vienes conmigo?

—No —afirmó contundente—. Creo que la pregunta no es esa.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cuál es?

—¿Qué estás haciendo aquí?

Él, alargó una mano para tocar su cara y evitar que desviara la vista.

—La historia es larga y no quiero arruinar la tarde platicándotela. Mejor hagamos de cuenta que acabamos de conocernos.

—Pero si regresáramos a ese momento te pediría que jugaras conmigo.

—Y yo te pediría que me llevaras a tu casa, me enseñaras tu cuarto, tu cama.

Se produjo una pausa y, entonces ella sacudió la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo, Genaro, desde que tú y yo éramos una sola persona. Supongo que has hecho tu vida. No sabes nada de lo que he hecho ni de lo que soy. No soy la misma que conociste hace casi veinte años. Ahora nos conocemos menos.

Por un momento, la miró sin hablar.

—¿Tratas de decirme que no me quieres? —preguntó al fin.

—No es eso, Genaro. Pero... necesito saber.

Se acercó más a ella y la atrajo contra sí.

—Te diré algo, guapa: No me importa quién seas. Te quiero.

Dicho esto, acercó sus labios a los suyos y la besó apasionadamente para demostrarlo.

Por mucho que intentara ser fuerte y estar alerta, cuando se trataba de Genaro, Julieta siempre acababa cediendo.

—¿Tienes hambre? —preguntó él al cabo de un rato. Era una pregunta obvia, pero necesaria.

Respondió con un leve gesto de asentimiento. Entonces él le pasó el brazo por los hombros e hizo que se encaminaran cuatro pisos más arriba, a la habitación que había reservado.

A Julieta le parecía absurdo sentirse tímida con él, pero así era. Volver a verlo, sus palabras, todo había abierto el abismo de la realidad: los diez años no compartidos, el futuro incierto que se extendía más allá.

Cuando se conocieron, él tenía once años. Ella, ocho. Genaro era hijo del jardinero y acompañaba a su padre al trabajo durante las vacaciones de verano. Al parecer no había nadie que cuidara de él. Era un niño muy tranquilo, casi tímido. Ella, en cambio, era bulliciosa. Juntos jugaron y atravesaron aquella fase de sus vidas con la creencia de que no sabían nada del amor: al fin y al cabo, solo eran unos niños. Julieta creía en lo que él le decía porque eso le daba la oportunidad de estar en su compañía. A su lado se sentía como si pudiera volar. Fue un momento excitante. Para él fue un logro. Ella solo estaba enamorada y ni siquiera le importaba que las personas a su alrededor intentaran convencerla de que lo que ella sentía no era amor. En presencia de Genaro se sentía bien. Tenían buena comunicación entre sí, y un futuro que ambos esperaban con ilusión. No había ninguna prisa, ninguna clase de histeria. Sabían que querían casarse, pero sencillamente no les urgía.

Fue justo al cumplir los diecisiete, cuando los padres de Julieta fueron asesinados. Julieta estaba desolada. La tensión llegó hasta tal punto que explotaba a la mínima ocasión, de modo que todos se mantenían a distancia. Genaro decidió desaparecer de su vida. Ambos estaban demasiado confundidos, demasiado necesitados y demasiado asustados de no ser lo suficientemente buenos el uno para el otro.

Durante este conmovedor proceso de separación, Julieta se sintió herida y

desilusionada. Enfadada por lo que había sucedido y por lo que creyó haber perdido. Llegó a la conclusión de que no era suficientemente buena para ser amada por él o por cualquier otro. El amor no volvería a herirla nunca más, aunque no estaba muy segura de qué es lo que la había herido del amor. Se pasó los diez años siguientes intentando comprender en qué se había equivocado y, con la intención de encontrar a alguien más que consiguiese lo que Genaro había conseguido: hacer que su vida y ella estuviesen bien. Sin embargo, ahora, él volvía a aparecer en su existencia.

Disfrutaron de la comida lentamente, poniendo cuidado en conversar de cosas poco personales; Julieta le contó cómo había conseguido trabajar en La Gaceta. Él, a su vez, le habló de su sociedad con Andrés Casasola. Julieta tuvo que admitir que Genaro era impreciso, algo vago en sus explicaciones. Sin embargo, el hecho de saber que a él le costó todos esos años volver a buscarla, la hizo sentir mejor. Además, a cada momento se sentía más pendiente de su cuerpo. Tan es así que, al terminar, en la mente de los dos predominaba la misma idea.

Julieta vació su copa de vino y lo miró fijamente a los ojos.

—Tengo que irme.

—¿Por qué? —preguntó Genaro, lanzándole una mirada, una de esas que esperaba que lograra persuadirla. No era así como lo había previsto.

—¿Genaro? —pronunció su nombre con voz temblorosa.

—Quiero tocarte.

Genaro observó cómo Julieta luchaba para no negarse. Al final, no lo hizo. Se volvió hacia la cama con una extraña mezcla de entusiasmo y vacilación. Genaro se puso en pie y le extendió la mano.

—Ven conmigo.

La llevó con gentileza hacia la cama y se sentó. Julieta estaba de pie entre sus rodillas. Genaro apoyó la cabeza en su vientre y ella sintió estremecerse.

—Me has hecho tanta falta —dijo.

Julieta podía sentir cómo su mano descendía poco a poco, por la curva de la

cintura y la cadera.

—¿Genaro? —murmuró—. Hace mucho tiempo que no hago esto.

Durante la pausa que siguió, sintió que deslizaba lentamente un dedo a lo largo de su columna vertebral. Los dientes de la cremallera de su vestido se separaron con un rasgueo. Julieta sintió la necesidad de subir el vestido otra vez, pero se irguió ante él, sin otra ropa que el sostén, la tanga y las medias sujetas con ligas.

—Eres la mujer más hermosa que haya visto jamás —dijo él.

Pero antes de que Julieta pudiera añadir algo, incluso de discutir consigo misma, le dio un beso suave en cada pecho. Luego, la echó en la cama y se inclinó para besarla.

—Quiero verte —murmuró ella.

—Lo que hay es tuyo —contestó él quitándose la camisa y los pantalones y apoyándose en las palmas de la mano para exhibir su cuerpo.

Sabe Dios qué esperaba ver Julieta, pero al verlo se quedó sin aliento. Al menos no era la única excitada. Genaro no mentía al decir que la deseaba. Había cambiado, desde luego. Su abdomen era terso y duro, perfectamente bien cuadrado. Una suave mata de vello oscuro descansaba sobre su pecho.

Ella alargó la mano, vacilante, y él se la cogió. Se quedaron inmóviles, con una intensa conciencia del otro que habría sido imposible no tenerla.

—¿Tienes tanto miedo como yo? —preguntó ella.

Genaro se echó a su lado y la rodeó suavemente con los brazos. Al tocarle el pecho, Julieta sintió su piel erizada.

—En nuestra primera vez, dijiste que si nos cogíamos de las manos sería más fácil.

En vez de responder, Genaro se movió para hacerle sentir su virilidad en el vientre.

Fue tanto el temor como el deseo lo que la llevó a apretarse contra él. Lo deseaba, sí; le dolían los pechos y sentía el vientre tenso y la entrepierna

húmeda por la excitación sexual. Pero tan fuerte como la lujuria era el simple deseo de ser suya, de que la dominara, de que la poseyera con vigor para hacerla olvidar todo.

Julieta sintió su necesidad en el temblor de las manos que le quitaban el resto de la ropa, en la involuntaria sacudida de sus caderas, que él contuvo de inmediato. «Hazlo», pensó. «¡Hazlo ya y sin ninguna suavidad!». No podía decirlo. Le vio la urgencia en el rostro, pero él tampoco podía decirlo; era a la vez demasiado pronto y demasiado tarde para intercambiar esas palabras. Pero los dos habían compartido otro lenguaje que su cuerpo aún recordaba. Ella presionó con fuerza las caderas contra él. Estaban tan cerca.

—Bésame, Julieta —le pidió suavemente, buscando su boca.

—Genaro —dijo. Era todo lo que podía pronunciar a la vez que se abría a él, instándolo a actuar.

Con la voz de Julieta resonando en sus oídos, Genaro se sumergió en su sedoso paraíso. Las manos que le sujetaban las muñecas se tensaron. Julieta habría jurado que podía sentir cada centímetro de su miembro rozarle la carne.

Con cada lenta estocada, con cada roce hacía que se olvidara de todo, menos de la necesidad que tenía de él. Julieta intentó contenerse, resistirse al placer que amenazaba con hacerle perder la cordura. Pero el siguiente embate bastó para provocarle una convulsión y sintió que sus espasmos lo acariciaban, instándolo a acompañarla.

Genaro se dejó llevar y como un huracán, rápido, furioso y fuerte, el punto culminante de su goce los envolvió, dejándolos sumidos en una pesada satisfacción.

Julieta abrió los ojos para mirarlo con indecible ternura.

—Antes no tenías tanto vello en el pecho.

—¿Te gusta?

Pero, en lugar de responderle, se abrazó a él. Pasaron largo rato quietos, sintiendo la respiración del otro. De vez en cuando se oían pisadas, risas y

voces.

Julieta se agitó algo incómoda.

—Tuve más miedo esta vez.

Genaro se incorporó para mirarla.

—¿Qué pensaste la primera vez que hicimos el amor? —preguntó.

—Que jamás volvería a ser la misma.

—Nunca tuvimos tiempo...

Ella lo interrumpió.

—Entonces te fuiste.

—Pero he vuelto, es lo único que importa.

Tan pronto pensó en ello, Julieta escuchó una campana sonando en su interior «¿PREGUNTA!», decía. Pero, en lugar de eso, se abrazó a él.

Fue una tarde sin sosiego. Ella se sentía demasiado exhausta para permanecer despierta un momento más, pero también demasiado feliz para dormir profundamente. Quizá temía que Genaro desapareciera si se quedaba dormida. Tal vez él pensaba lo mismo.

En alguna hora profunda y silenciosa de la noche, Genaro se volvió hacia ella sin decir palabra y ella, hacia él, y de nuevo hicieron el amor.

«¿Cuánto durará esto?», preguntó Julieta sin palabras. La respiración de Genaro cambió con un suspiro y le cubrió la mano con la suya.

—Jamás te dejaré —murmuró—. Nunca más.

Un instante después se durmió. Al siguiente, ella también lo hizo.

¿A quién hay que matar?

En una zona de estacionamiento, Andrés Casasola esperaba el vehículo que lo llevaría a donde estaba José Manuel.

Al cabo, una Suburban negra con vidrios polarizados se apeó junto a él. Un sujeto alto y con cara de pocos amigos, que iba vestido todo de vaquero y llevaba un arma en la cintura, en el hueco del cinturón, dijo:

—Conoce el protocolo de seguridad.

Así era, en efecto.

Casasola apoyó las manos contra la camioneta y separó las piernas. Tras la minuciosa revisión, le puso una capucha en la cabeza y lo subió al asiento trasero. Luego, cerró la puerta y ordenó al chofer:

—Jálate.

Mientras la camioneta viajaba a toda velocidad, la mente de Casasola daba vueltas. Quería encontrarse cuanto antes con el capo. Quizá, incluso, si lo consideraba oportuno, se animara a hablar sobre Genaro, aunque debía irse con mucho cuidado. A José Manuel nadie podía marearlo con planteamientos vaporosos, pero la actitud de Genaro le preocupaba, le preocupaba mucho. ¿Qué haría si tuviera pruebas irrefutables de que Genaro tenía algo que ver con la periodista? La pregunta era como un moscardón que zumbaba en su oído, no lo dejaba en paz. Conocía a Genaro y sabía que no en vano le había pedido reunirse con ella. Sus tontos argumentos le sonaban cada vez más

huecos y suponía que la convocatoria tenía que ver con su pasado.

Andrés conocía a grandes rasgos la historia de Genaro, incluso el distanciamiento con su padre, antes de que este muriera, pero nada había oído de Julieta Romero. En suma, su pasado le resultaba sospechoso.

La camioneta se detuvo y lo sacó de sus cavilaciones. El copiloto bajó, abrió la puerta trasera y le quitó la capucha. Casasola se encontró en un patio.

—Por aquí, señor —indicó el hombre.

Abrió una formidable puerta de roble y lo precedió al interior. Había un inmenso vestíbulo con piso de piedra. Subieron por una escalinata. El hombre cerraba la marcha. Caminaron por un espacioso corredor y, finalmente, abrieron una pesada puerta de caoba. Entraron en una biblioteca. Había una puerta vidriera de dos hojas abiertas a una terraza. José Manuel Quiroz, alias «el Ceguetas», estaba de pie mirando al exterior, con una copa de tequila en la mano. Cuando se volvió, reveló lo adecuado de su mote, considerando los gruesos lentes que traicionaban su miopía y el rostro siniestro y cruel.

—¿Qué pasó, compa?

—José Manuel —saludó Andrés.

—Siéntate y dime, ¿a quién hay que matar? —sacó una botella de tequila, llenó una copa y se la ofreció.

—Me he enterado por fuentes fidedignas de que el procurador está por comenzar una guerra en contra de la organización.

—¡Oh, qué la canción! Para eso me gustaba ese cabrón. ¿Y qué dice nuestro amigo?

—Me preocupa que no sepa manejar el asunto. Si inicia la cacería, el primero en caer voy a ser yo.

—Pérate, tu tranquilo. Es más... —José Manuel tomó el teléfono y marcó un número.

—Aquí yo, allá quién —dijo en cuanto descolgaron. Escuchó y añadió—: ¿Qué pasó contigo, cabrón? Imagínate que tengo aquí al Andresito y está repreocupado. —Escuchó y frunció el ceño—. Me vale madres lo que

pienses. Soy yo el que te paga, así que vas a hacer lo que yo te diga. ¿Entendiste? —esperó y añadió—: En un rato te marco, nada más despacho al Andrés, ¿estamos? —Escuchó—. Órale, así quedamos.

—No me preguntes, pero vamos a tener que darle piso al procurador—. Le dijo a Andrés en cuanto colgó.

—Imaginé que tomarías esa actitud.

—Siempre voy un paso adelante, Andrés. Por eso sigo en el juego.

Durante el largo minuto de pausa que se produjo, José Manuel lo miró fijamente hasta que se limitó a decir:

—Pero, tú te traes algo más.

—Genaro —dijo escuetamente.

—¿Qué hay con él? —su voz resultó difícil de interpretar.

Tras lo ocurrido el día anterior y con lo que había averiguado a propósito de Julieta Romero, Andrés se había formado algunas ideas sobre el asunto, pero se las guardó para él. Así pues, se limitó a contarle los hechos.

José Manuel lo escuchaba sin opinar, recordando su primera impresión de Genaro, la cual repasaba a menudo en su mente, porque aquel hombre, con todas sus frustraciones y escasos momentos de satisfacción, había llegado a representar la síntesis de su trabajo. Sin embargo, sabía que a veces bastaba un oído atento para olfatear ciertas cosas. No en vano había pasado años refinándose los sentidos.

En su oficina, el procurador general repasaba los acontecimientos de la noche anterior con Alejandro Rivera y el jefe de la Policía Federal.

—Si hubiéramos llenado el lugar de oficiales con chalecos blindados, ya los tendríamos —se quejó furioso.

—También habríamos aparecido en la primera plana de todos los diarios, y es justamente lo que no queremos —replicó Alejandro.

En ese momento sonó el teléfono y la secretaria anunció:

—Tiene una llamada del secretario de Defensa.
—Señor secretario —dijo al descolgar y escuchó—. Entiendo. De acuerdo.
—Suspiró—. Sí, lo comprendo. Me daré prisa.
—El presidente quiere que dé una conferencia de prensa —señaló al colgar.
—Naturalmente —enfaticó Alejandro.

En La Gaceta, Julieta apenas podía concentrarse. Las palabras aparecían a cuenta gotas en la pantalla de su computadora. La mirada de Marcos permanecía anclada en el monitor mientras esperaba a que ella escribiera más. Durante una dilatada y silenciosa pausa, Marcos contuvo el aliento, pero no ocurrió nada. Julieta seguía con la mirada perdida en el ordenador.

—¿Sucede algo? —preguntó. Era consciente de que había tropezado con problemas; como ella misma decía, la conocía demasiado bien y desde hacía demasiado tiempo para no percibir sus cambios de humor. Pero también sabía que a ella no le gustaba hablar de lo que le inquietaba, así que trataba de no mencionarlo directamente.

—Estoy cansada, eso es todo.

Ella sabía que no era cierto. En realidad, no podía dejar de pensar en Genaro.

Marcos dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

—En todo caso —dijo—, te vendrá perfecto salir y tomar un poco de aire.

Julieta conocía muy bien aquel gesto que la invitaba a tomar el desafío, sabiendo que lo haría. A ella siempre le habían encantado los retos.

—¿Cuál es la historia?

Aquella pregunta pareció procurarle cierta cínica diversión.

—El procurador general dará una conferencia de prensa en —volteó a ver su reloj de pulso—, cuarenta minutos más o menos. Al parecer hubo un enfrentamiento en la frontera. Los sujetos portaban armas para uso exclusivo de las Fuerzas Armadas.

—De acuerdo —contestó y llamó a Paco para pedirle que la acompañara.

Por el camino le pidió que le corroborara lo que Marcos le había dicho y Paco añadió que el reporte señalaba que los sujetos abatidos portaban armas de grueso calibre, fornituras y varios cargadores. También le explicó que tras la balacera se registraron bloqueos en algunas partes de la ciudad y, que gracias a la participación de la Secretaría de la Defensa se logró restablecer el orden.

—No se te va una, Paquito —comentó Julieta, mientras se aferraba al descansabrazos.

Dicho sea, Paco manejaba rápido, de oídas y mentando madres a diestra y siniestra.

—Facebook, J. R. —le aclaró—, es un instrumento maravilloso.

Pero ella no se refería a eso, sino a su particular forma de conducir. Sin embargo, prefirió no aclarárselo. Para entonces iban evadiendo varios automóviles.

Con Dios y ayuda, recorrieron los ocho y tantos kilómetros que había desde las oficinas del periódico en la mitad de tiempo que habría empleado un taxi.

—Llegamos —argumentó Paco.

«Menos mal», pensó Julieta, pero no lo dijo. Al mismo tiempo creyó oír las palabras de Marcos, reprendiéndola. «¡Estás loca! ¿Cómo pudiste subirte con él?».

El edificio de la Procuraduría General de la Nación se ubica en una manzana de las primeras colonias que se fundaron durante el siglo XIX, en la parte oeste de la ciudad. La fachada principal tiene largos y amplios recubrimientos; en letras realzadas y doradas, el nombre correspondiente a esta dependencia e igualmente en metal dorado, el escudo nacional. Aproximadamente, a cuarenta metros del edificio, pero dentro del mismo predio, hay una figura que representa la «justicia», una torre esbelta, con base y remates rectos, severos, que trae sugerencias de edificaciones prehispánicas.

Julieta y Paco ascendieron a toda prisa por la escalinata de acceso a la puerta principal, para entonces varios medios estaban ya instalados en la sala de prensa.

Diecinueve minutos más tarde, apareció el procurador general acompañado del agente especial Rivera.

Fue así, como Julieta supo quién era. Alejandro Rivera vestía de traje en corte americano y de color casi oscuro. Su rostro lucía impassible y estoico. Por el bulto que asomaba bajo el saco, en el costado derecho, Julieta supuso que descansaba un arma. «9 Milímetros, quizá», pensó y de inmediato se sacudió la idea e intentó relegar su imagen y el aire regio que proyectaba y, de paso, concentrarse en el objetivo de su trabajo. Eso significaba centrar su atención en las preguntas que le haría al procurador.

Tras saludar a la audiencia, el procurador explicó que dos unidades de la policía estatal realizaban un recorrido de vigilancia, cuando al pasar por una tienda de conveniencia, el conductor de una camioneta color gris, de reciente modelo, aceleró la marcha y evadió varios automóviles para tratar de escapar, luego de marcarle el alto. En su huida, ambos sujetos dispararon sus armas en contra de los policías, e incluso lo siguieron haciendo cuando en su escapatoria la camioneta se impactó en un montículo. «¿Qué hay del policía herido?», preguntó a gritos un periodista inquisitivo. El procurador dando muestras de su compromiso social y de su trayectoria política, respondió que perdió el ojo izquierdo y que se encontraba en el hospital general, resguardado por agentes de la Marina y la Policía Federal. «¿Qué calibre de armas portaban? ¿Es verdad que hubo bloqueos?» Llana y sencillamente, el procurador respondió al bombardeo de preguntas. No era usual que un político fuera autocrítico y que, por añadidura, fuera generoso y tuviera una amplia cultura. Este era, Roberto Medina, el procurador. Así lo reconocían en cada entrevista que le realizaban. Para el también licenciado en derecho no existían los imposibles, por lo que no resultaba inconcebible pensar que pudiera ser el próximo presidente de la República.

El procurador concluyó asegurando que informaría a la prensa a medida que se fueran aclarando. Justo entonces y acaso sin darse cuenta, Julieta hizo una pregunta:

—¿Identificaron a los agresores? Y de ser así, ¿existe la posibilidad de que existan nexos con el narco?

Esta vez, fue la voz grave y educada de Alejandro la que contestó.

—Esas son dos preguntas, señorita...

Durante la pausa que se produjo, ocurrieron dos cosas: los ahí reunidos arrancaron a reír y Julieta pareció notar el tono sagaz. Si lo que Alejandro quería era que ella llenara la pausa identificándose a sí misma, bien podría haber esperado sentado, porque en lugar de ello, se encontró con una mujer enérgica que prefería que el infierno se congelara antes de dejarse llevar fácilmente.

—Reviro —aclaró—. ¿Debemos considerar el incidente como un hecho aislado?

Mientras decía esto, Julieta notó que el procurador le susurraba algo a Alejandro.

—Señorita Romero —contestó Alejandro, nuevamente en tono despreocupado y sagaz—, no podemos negarlo ni afirmarlo. Déjenos hacer nuestro trabajo.

Acto seguido, agradecieron a la concurrencia y dieron por terminada la conferencia.

Ni con mucho, Julieta había disipado su coraje, aun así, se quedó cotejando algunas notas con un colega mientras que Paco bromeaba con algunos otros fotógrafos. En eso la interrumpieron.

—Así que eres periodista.

Se volvió. Alejandro Rivera estaba detrás de ella, con las manos embutidas en los bolsillos.

—Mejor así —añadió.

Julieta le miró confusa, tenía en la punta de la lengua cantarle el precio.

Pero quizá el carisma de Alejandro o sin duda la peculiar tesitura de su voz: recia, fuerte, conquistadora, fue lo que hizo decirle:

—¿Perdón?

—Supongo que estaremos viéndonos con frecuencia —dijo con toda naturalidad.

—¡J. R.! —llamó Paco desde lejos—. ¿Te vas?

—Tengo que irme.

Dicho esto, dio media vuelta.

Él no se movió ni un centímetro, ni sacó las manos de los bolsillos, pero la miró alejarse. El magnetismo de Julieta era imposible de apresar con palabras o conceptos. Le transmitía tanta energía e impaciencia, que al mirarla sentía el súbito impulso de seguirla. Pero tenía compromisos que respetar.

Por ello, a regañadientes, la dejó marcharse.

—Oye, ¿no estarás interesada en ese tipo, verdad? —la voz de Paco amable, pero en tono de reproche, interrumpió los pensamientos de Julieta.

Estaban de nuevo en el auto, lejos del barullo de la calle. Ella negó con la cabeza y protestó:

—¿Qué? ¡Por supuesto que no!

—¿Estás segura? A mí no puedes engañarme. El tipo tiene con qué.

—¡Ay, por favor! Deja de decir pendejadas y arráncate.

Julieta no sabía exactamente por qué la presencia de Alejandro la impactaba tan profundamente. De haber necesitado explicarlo, habría tenido varias formas de hacerlo. Alejandro se había comportado amablemente con ella aquel primer día. Esto era lo que se decía a sí misma mientras giraban a la derecha sobre la interminable avenida, cuyo trazo diagonal rompe la cuadrícula de los barrios. Pero cuando escuchó su voz y le estrechó la mano, fue algo así como volver a casa de la primera cita y preguntarse si la iban a volver a invitar. Su voz era su carta de presentación, su arrogancia, sin duda,

un arma letal de seducción. En la vida había visto a un espécimen tan sexy, pero a la vez que le resultara tan repulsivo.

Julieta bajó del ring mental cuando llegaron a su destino.

Paco le hizo una pregunta, pero ella no quería hablar. Pensó en la manera de evitarlo y encendió un cigarro. Paco odiaba que fumara.

—Adelántate. Enseguida voy —le dijo, mientras daba una calada.

Los árboles apenas dejaban asomar el brillo mustio del sol. Julieta seguía pensando en Alejandro y en que conocerlo a fondo la llevaría a conflictuarse aún más. Si llegara a suceder que la sedujera con su belleza y su buen trato, ¿sería capaz de abandonar a Genaro? «A ver, Julieta, ubícate», se dijo «¡Deja de morder sus anzuelos!» En eso, llegó la notificación de un mensaje. Era de Genaro:

¡Hey, guapa! No he sabido nada de ti. ¿Estás bien?

Pensó en marcarle y ponerse a platicar con él, pero en lugar de eso le envió un mensaje:

Estoy bien, cómo no estarlo después de lo que hiciste. Te llamo en cuanto me desocupe.

Apagó el cigarro y se metió en el edificio.

Aunada a la neurosis que comenzaba a experimentar, se encontró con la jeta del tamaño del mundo que tenía Marcos. No le resultó muy difícil averiguar el motivo: sobre su escritorio descansaba un arreglo de rosas rojas. Por supuesto que sabía quién las había enviado, pero solo para cerciorarse leyó la nota que las acompañaba:

Paso por ti a las 7.

Tuyo.

G.

Paco lanzó un silbido de admiración.

—Alguien tiene un admirador.

Julieta se mordió el labio y echó una mirada a su alrededor.

—¡Ajá! ¿Lo conozco? —insistió Paco, tratando de sonsacarle algo.

—No lo creo —tomó las flores para ponerlas en agua y se alejó. Intentó no emocionarse hasta el delirio, porque no deseaba compartir su relación con Genaro. Todavía no. Sencillamente, no estaba segura de que fuera para siempre. La diferencia de edad entre ellos se había acortado milagrosamente y ambos creían que estaban preparados para el amor, y el uno para el otro. Creían que, como se necesitaban y se querían, todo saldría bien. En realidad, Julieta consideraba, que todavía estaban demasiado confundidos, demasiado necesitados y demasiado asustados de no ser lo suficientemente buenos el uno para el otro.

En suma, todos sus «demasiados» estaban rematados por una gran cantidad de bagajes con los que ambos cargaban. Pasaron diez años separados que eran la representación de sus cuestiones no resueltas: cólera, sentimiento de culpabilidad, vergüenzas, miedos y fantasías amorosas.

Julieta tenía miedo. Se había pasado la mayor parte de su vida rezando en silencio para que ese hombre la amara. Ahora que le había dicho que así era, no se parecía en nada a lo ella había esperado. Y no era solo el hecho de que no se imaginaba sentada en un columpio compartiendo sus bombones con él. ¡Sabía que el sexo era su motivo y nada más! Genaro era un muy buen amante, una sustancia adictiva que debía consumir con cuidado por el riesgo a morir de una sobredosis.

Hundida como estaba en sus cavilaciones, no oyó los pasos hasta que estuvo casi ante ella.

—Cuando acabes lo que estás haciendo, ven a mi oficina —dijo Marcos, con fingida indiferencia.

No rompió la promesa que se había hecho a sí misma y no le contó nada. Era consciente de que estaba fingiendo, pero no podía evitarlo.

—Sea lo que sea que te esté pasando, no eres la misma —le manifestó—. ¿Quieres contármelo?

—No es nada de lo que tengamos que hablar. ¿Se te ofrece algo?

No era que no quisiera decírselo, pero sabía que se iba a estrellar contra una

pared con aquel hombre. Marcos era exigente y se sentía herido por cualquier cosa.

—¿Puedes editar un texto que te voy a enviar? Urge para mañana.

—Okey, ¿algo más?

—Eso es todo.

Diez minutos antes de las siete de la tarde, Julieta comenzó a recoger sus cosas. Vio a Marcos sentado en su oficina y en paz y prefirió no despedirse de él.

A las siete en punto, como había quedado, pasó Genaro a recogerla. No acababa de bajarse de la camioneta, cuando Rigo le estaba abriendo la puerta.

Julieta se quedó inmóvil, sin saber qué pensar. ¿Por qué Genaro traía seguridad? ¿A qué se dedicaba en realidad? No supo ni quiso explicárselo.

Él, en cambio, la miró fijamente como si quisiera leerle el alma y, después de acariciarle la mejilla, le dijo:

—No tienes idea de cuánto he pensado en ti —y con una dulzura difícil de creer, la besó.

El resultado fue certero e inmediato. Un minuto después, se hallaban en el asiento trasero de la camioneta, que corría en dirección poniente.

—Cruza por la avenida principal —indicó Genaro y ni siquiera se inmutó cuando Rigo le lanzó una mirada que decía «nos estamos arriesgando».

—¿Desde cuándo necesitas protección? —preguntó Julieta.

—¿A qué viene ese repentino interés?

Julieta lo miró, y en esta ocasión no retiró la mirada.

—Creí que eras socio de Casasola.

Habría sido la ocasión perfecta para explicarle lo que hacía, pero en aquel instante Genaro no consideró urgente mencionarle su trabajo. También se dijo que pronto lo sabría.

—Así es. Aunque, tal vez ahora no —admitió y tras su máscara de preocupación se dibujó una sonrisa, una sonrisa cautivadora e irresistible.

Fuera lo que fuese, Julieta supuso que debía de irle muy bien para poder

permitirse un equipo de seguridad. Y su ropa, aunque de aspecto informal, era de calidad. Pero lo cierto es que había conseguido hacerla reír. El mundo con Genaro le parecía más real que el que había sin él, y solo deseaba evadirse, perderse a su lado.

Fueron a un restaurante italiano. Al parecer él conocía muy bien la ciudad y sabía exactamente a dónde ir. Hablaron como si nunca hubieran dejado de verse. Sucedió otra vez. Genaro se divertía, iba sin prisas, no se implicaba exageradamente. Pero era nuevo, demasiado nuevo para que Julieta se sintiera cómoda. Se tocaban lentamente, pidiendo y otorgando un permiso mudo con los labios callados. Eran dos desconocidos, que simplemente tenían miedo de descubrir quién era el otro.

Acompañaron la cena con un vino tinto que Julieta propuso. Luego pidieron otra botella y otra más. ¡No había manera posible, para ninguno de los dos, de resistirse a estar juntos tras la euforia alcohólica!

A la hora del postre, Genaro se acercó y la tomó de la cabeza, encajó los dedos en su cuello y la besó tiernamente. Un beso largo, fresco y prometedor. Por primera vez Julieta dejó de sentirse recelosa y le respondió de la misma manera. A los ojos morbosos de los meseros eran un par de amantes que jugaban a no ser vistos.

Las insinuaciones llevadas de la mano por el alcohol hicieron que Julieta tomara un poco de nieve de vainilla con el dedo y lentamente lo acercara a los labios de Genaro. Él abrió la boca mientras chupaba la crema helada. «¿A qué sabe?», balbuceaba. «A vainilla», le contestó ella, guiñándole el ojo.

—Estoy borracha y tú estás abusando.

—Sabías que iba a abusar.

—Quería que lo hicieras.

—¿Querías o quieres?

Julieta retiró el dedo de su boca y se reacomodó en la silla, reflexionado cuán rápidamente iban avanzado las cosas. Comprendió que había dejado de ser clara y había empezado a jugar el juego de intentar agarrarse a una

relación que sencillamente no saldría bien. Lo conocía bien y sabía que no tardaría en poner condiciones, exigir y tener expectativas. ¡Maldita sea! ¡Ahí estaba nuevamente a punto de dejar caer la jeringa sobre su vena! Antes de dar otro paso hacia dentro o hacia fuera de la relación, tenía que aclarar unas cuantas cosas.

—De acuerdo, ¿por qué estás aquí?

—¿Me culpas por haber vuelto?

—No puedo criticarte por haberte ido.

Genaro sacudió la cabeza.

—¿Sabes lo que significa vivir diez años sin corazón? ¿Ser apenas media persona, acostumbrarte a vivir con lo poco que resta, llenando el vacío con lo que encuentras a mano?

—Supongo que en tu condición actual y con tus atributos, estás acostumbrado a que la mayoría de las mujeres te abran el corazón y las piernas —acusó furiosa.

—¿Mis atributos?—preguntó él, en tono burlón.

Julieta ya había tenido suficiente.

—Esto no tiene sentido. Mejor me voy. —Acto seguido recogió su bolsa y se puso de pie.

Genaro también se paró y alcanzó a sujetarla por la muñeca.

—Julie, espera...

—¿Te parece divertido?

—No. Te quiero tanto que lo demás no importa. —Le tomó la cara entre sus manos—. Sé que cualquier hombre se sentiría extasiado entre tu cuerpo. A veces —en este punto apretó los dientes—, imaginaba a un hombre contigo, día y noche, poseyéndote...

—Nomás no te enamores —dijo Julieta. Eran las palabras que él le había dicho el día de su separación, sosteniéndole la cabeza en su regazo, más de diez años atrás.

—¡Oh, Julie! Regresé por ti. Confíame tu alma, tu corazón, tu cuerpo...

Mecida entre lo ignorado y lo incierto, Julieta sentía estremecerse con cada palabra que él pronunciaba.

—No puedo ser lo que tú quieres que sea.

—Ya lo eres —le dijo y selló sus labios con los suyos.

Aquella noche hicieron el amor con una repetición de la furia desatada que había acompañado su separación final. Al cabo, Genaro se recostó apoyando la cabeza en sus muslos, para que le acariciara el cabello.

—Quiero... Existe un lugar que me gustaría que conocieras.

—¿Ahora?

Genaro rio.

—No. Dame un fin de semana. Tú y yo solos, ¿qué dices?

—No lo sé. Déjame pensarlo.

Él se sentó bruscamente para mirarla.

—¿Qué hay que pensar?

—Genaro, tengo compromisos que cumplir.

—Si tú quisieras, yo podría mantenerte.

Ella se incorporó en la cama.

—¿Me estás pidiendo que vivamos juntos? ¿Es eso?

—Llevo diez años esperándote.

—Vas muy rápido.

—En todo caso, lo hablaremos el fin de semana.

—Te sientes muy seguro de que aceptaré.

Una sonrisa le curvó la boca.

—Quieres y lo harás —afirmó, y rodeándola con los brazos le cubrió la boca con la suya. Julieta abrió poco a poco los labios para él, con una tímida vacilación, una deliciosa incertidumbre que los disparó a la altura del frenesí.

Esta vez fue diferente, Genaro fue más consciente que nunca de la piel de Julieta, de la flexibilidad de sus movimientos debajo de él, pero esta vez ella se alzaba para acogerle, y cada vez que lo hacía dejaban atrás momentos sombríos. La presión de sus uñas en su pecho lo excitó más que nunca.

Genaro permitió que Julieta se abandonara tanto como quisiera. Ella no le dijo que lo hicieran a su manera; sin embargo, su cuerpo le dio la respuesta que tanto anhelaba: irían de viaje juntos.

¡Presta atención a las señales!

Llegó el fin de semana.

Mientras preparaba la ropa para el viaje, Julieta reflexionó sobre su relación con Genaro. Se llamaban a diario, dos o tres veces al día, lo cual ayudó a que los días pasasen muy rápido. Todo era agradable. Julieta le creía cuando él le decía que la echaba de menos. Como mujer, comprendía que saber que un hombre la iba a llamar o que si tenía un problema podía coger el teléfono y llamarlo, la hacía sentir bien. Sin embargo, debía aclarar qué quería y discutirlo con él antes de permitirle que decidiese las cosas.

No era la relación en sí lo que le preocupaba, sino las heridas que ambos traían y que sabía, continuaban abiertas. Tenía miedo de esta sensación, miedo de que fuera demasiado tarde, miedo de que nunca supieran como resolverlo, miedo de que la compatibilidad sexual no fuera suficiente para curarlos, sin miedo. Ambos eran soldados heridos, no era grandes cortes o heridas que supuraban, pero había algo como una desesperación esperanzada que necesitaba tiempo para que pudieran conectar con ello. También comprendió que había cosas a las que no estaba prestando atención. Genaro siempre estaba ocupado haciendo algo que nunca parecía explicar con exactitud. Durante el tiempo que estaban juntos, Julieta notaba que él era impreciso. Durante los días que estaban separados había una relación, ¡era un amor siempre dispuesto!

Julieta bien podría haber utilizado las luces de su cerebro que le avisaban: ¡CUIDADO! ¡ESTÁS YENDO DEMASIADO LEJOS! Pero solo quería sentirse amada y libre durante tres días enteros.

Alrededor del mediodía, Genaro pasó a recogerla. La saludó con una formidable sonrisa y atinó a decir:

—Te ves estupenda, como siempre.

Ella lo besó en la mejilla y subió a la camioneta inundándola con su perfume fresco y afrutado. La camioneta aceleró y Genaro comenzó a preguntarle algo que ella no atendió porque estaba apagando el teléfono.

—Perdón. Tenía que hacerlo.

—Siempre trabajando —se quejó él.

—Bueno, no siempre —se acercó para darle un beso. Justo entonces, se dio cuenta de que corrían hacia el oriente, en dirección opuesta al aeropuerto de la ciudad—. ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

—Creí que...

—No comas ansias, guapa —le aclaró, y acto seguido comenzó a hablarle de que su sueño era vivir en una isla.

—Pues, conmigo no cuentas —replicó ella.

—¿Por qué?

—Me gusta mucho lo que hago, amo el bullicio de la ciudad...

—Y la adrenalina, supongo —añadió él.

Julieta rio.

—Sí, eso también.

Dejaron atrás la ciudad para tomar una autopista que cruzaba bosques de coníferas y pastizales de alta montaña. La precaución y la conciencia que Julieta tenía deberían haberla empujado a seguir insistiendo de hacia dónde se dirigían. Sin embargo, sonrió para sus adentros pensando en la manera en que Genaro le daba conversación para permitirle disfrutar de un fin de semana de excursión.

Como para rematar el momento, la camioneta salió de la carretera a la altura del kilómetro 50, cerca del boulevard a un aeropuerto que se utilizaba como desahogo para el de la capital. Luego giró a la izquierda y dejó atrás el edificio principal. A doscientos metros de distancia, un hangar tenía un gran número «5» pintado en la fachada, y aparcó junto a un avión privado.

Genaro bajó de la camioneta y mientras la rodeaba, Julieta se sintió tensa e intentó ocultar su sorpresa. Ni una sola vez se le ocurrió pensar que tomarían un vuelo privado. Mejor dicho, no tenía idea de que Genaro fuera megarrico. Porque sin duda lo era, sino cómo explicar que en sus haberes tuviera un avión que rondaba más del medio millón de dólares.

Mientras caminaban, pensó en esa pequeña luz intermitente en su mente. Genaro no era ningún sobreviviente de una familia rica, no tenía ningún cargo político y, por supuesto, semejante fortuna no podía ser producto de su talento. No porque menospreciara su inteligencia, sino porque, basándose en lo que le había dicho, supuso que vivía desahogadamente.

Eso demostraba, una vez más, lo poco que sabía de él, pensó.

Genaro pareció intuir su angustia.

—Descuida, no es mío. Son los beneficios de trabajar para alguien como Andrés.

Con todo y eso, Julieta no se lo tragó, pero lo dejó correr.

El aparato que tenía delante de sus narices tenía un aspecto algo imponente. Era un monoplano con un fuselaje más largo, cola recta y capacidad para cuatro personas, como pudo constatar una vez que estuvo a bordo.

—Esto es una máquina del tiempo para acelerar los viajes —afirmó él, mientras le ajustaba el cinturón de seguridad.

Julieta miró el interior con cautela.

—Creo que preferiría un avión comercial.

Minutos después los motores cobraron vida y el fuselaje vibró. Julieta sintió que el avión comenzaba a correr sobre la pista.

—Relájate, Julie. Llegaremos dentro de una hora.

—¿Adónde, exactamente? —preguntó ella, al darse cuenta de que no tenía idea de cuál era su lugar de destino.

—A Playa Escondida.

—Querrás decir Puerto Escondido —corrigió ella.

Genaro rio.

—No, este es un paraíso. Con algo de suerte podrás ver un alcatraz patiazul, una de las especies más exóticas y adorables de la isla.

—¿Isla? —repitió ella.

—Mejor dicho, islas —corrigió él.

La paciencia de Julieta se estaba agotando.

—¿Tienes intención de decirme a qué te dedicas? ¿O debo ir enumerando posibilidades hasta acertar por aproximación?

Genaro ensanchó la sonrisa.

—Te lo diré después. Dejémoslo por el momento y volvamos a lo nuestro —la envolvió con sus brazos.

En respuesta, ella le picó las costillas con un dedo.

—No trates de distraerme. —Sus ojos azules estaban serios y vigilantes—. ¿Cómo te ganas la vida?

—Soy empresario.

Julieta estaba comenzando a dudar cada vez más. No iba a ser tan fácil como lo había imaginado, pero aun así se atrevió a preguntar:

—Genaro, ¿lavas dinero?

Eso lo tomó por sorpresa y se apartó con brusquedad.

—A ver, ¿de dónde sacas eso? —No podía responderle hasta ponerla en antecedentes, y por eso empezó contándole una verdad a medias y de cómo avanzaba a buen paso, ganaba un sueldo decente y se lo pasaba bien. Había empezado a estudiar Economía. No era un fanático de las matemáticas, pero le interesaba ganar muchísimo dinero. Le habló de cómo conoció a Andrés Casasola y de cómo se ganó a pulso su confianza.

—Me escogió porque necesitaba a alguien —le dijo—, a un hombre de

confianza, que fuera ambicioso sagaz e inteligente.

Como buen periodista, Julieta se había acomodado en el respaldo de su sillón para dejarlo hablar sin interrumpirlo. Pero asintió para hacerle ver que le comprendía. Él siguió adelante:

—El problema está en que Andrés ha invertido cantidades inmoderadas en ciertas empresas.

Y le puso algunos ejemplos. Le habló también de su intención de atraer capitales al país, fomentando el turismo, aunque no le contó de los tejes y manejes entre la alta política y las organizaciones criminales, sino que se limitó a darle cuenta de su percepción de generar millones de empleos.

—Nada hay de malo en hacerse millonario con trabajo y dedicación —le dijo—. Pero, aun así... —Se preguntó cómo decírselo sin que sonara como una afirmación—. Aun así, me preocupa la torpeza inadmisibles de Andrés —le puso como ejemplo una de las empresas, que según se decía, había financiado la campaña de un gobernador mediante un esquema de lavado de dinero... —Se calló de nuevo, buscando las palabras, y luego, como no podía hacer otra cosa que tomar aliento y lanzarse de cabeza a la cuestión, continuó:

—No he vuelto para hacer el amor contigo una sola vez. Vine para que estemos juntos... si me aceptas —concluyó.

Julieta dejó escapar el aliento y enderezó la espalda.

—¡Que si te acepto! Ni siquiera puedo decir lo que he sentido al tocarte, Genaro. Cuando me di cuenta de que eras tú...

—Encontrarte otra vez... y volver a perderte... —balbuceó él, apretando los nudillos.

Julieta alargó la mano y con un dedo le resiguió la mandíbula.

—No me perderás —dijo—. Nunca más.

Genaro la envolvió entre sus brazos y la besó. A diferencia de su mente, el cuerpo de Julieta lo conocía bien y le respondía de inmediato, como si se hubiera separado de ella segundos antes, en vez de años atrás.

De pronto, ella se apartó, sobresaltada.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Supongo que mi jefe va a matarme.

—¿Y eso? —preguntó, desconcertado.

—Sencillamente, porque cree que estoy preparando la exclusiva con Casasola.

Genaro rio.

—¿Le hablaste sobre mí?

Negó con la cabeza.

—¿Por qué?

—La verdad... —se mordió el labio— no quiero compartirte. Todavía no.

Una sonrisa le curvó la boca.

—Yo tampoco.

—¿Quieres decir que Andrés tampoco lo sabe? —preguntó, incrédula.

—En absoluto.

Ambos rieron.

—¿Sabes? —dijo ella, contorneando la comisura de sus labios—. Tienes una sonrisa hermosa.

—Bueno, ya que estamos en esas —declaró él—, tú mirada es más bonita que tus ojos.

Dicho lo cual, la tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los suyos.

Alrededor de las dos de la tarde, Julieta y Genaro bajaron por la pasarela a la pista bañada por el sol. Dos hombres se acercaron a toda prisa para ocuparse del equipaje. Otro más los acompañó hasta un auto convertible estacionado a unos metros del avión. Momentos después, tomaron la carretera local que bordeaba la costa del océano Pacífico.

Julieta no supo decir cuánto trecho habían recorrido cuando distinguió por primera vez el palaciego edificio colgado sobre el acantilado. Una silueta nítida y brillante recortándose contra el cielo, pero desde el momento en que

la vio, la cautivó. Vio con incredulidad que Genaro aumentaba la velocidad y supuso que con la esperanza de poder llegar hasta ella cuanto antes.

—Llegaremos en dos minutos —dijo.

Sin prestar atención a lo que iban dejando atrás, Julieta se llevó una desilusión cuando tras una curva brusca perdió la casa de vista. Luego, pasada la maraña de vegetación, la carretera serpenteó de nuevo, y allí estaba otra vez: una imponente casa que parecía surgir de los campos aislados por la vegetación que se extendía intimidatoria entre el borde del acantilado y la carretera. Un poco más adelante vio el único sendero que parecía conducir hacia ella.

El camino se extendía delante de ellos en dirección al mar; al final, la casa, imponente, se alzaba encarnada y recta bajo las nubes. Julieta sintió el súbito impulso de quedarse allí, de decirle a Genaro que estacionara el auto para oír el rugido del mar en torno a aquella naturaleza intacta. Pero al final, no lo hizo.

El sendero dejaba de ser un tosco camino entre la maleza para transformarse en un acantilado en toda regla, con el mar bajo sus pies a gran distancia, y la casa de playa a la vista. Pensada para integrarse al entorno natural, de madera y piedra y colgada en el acantilado, el edificio tenía casi las dimensiones de un exclusivo hotel *boutique*.

Genaro detuvo el auto y lo rodeó para abrirle la puerta.

—Bueno, mira esto —extendió los brazos como para abarcar todo el paisaje.

—¡Es una vista maravillosa!

No le sorprendió ver que, detrás de ellos, se detenía una camioneta. Cuatro hombres, entre ellos el chofer, bajaron y se plantaron como esperando órdenes.

—Discúlpame —dijo Genaro y se dirigió hacia ellos.

Desde su posición, Julieta no alcanzaba a oír lo que él decía, solo veía que señalaba en todas direcciones. Sin duda, sentía cierta desazón porque le

seguía brincando el hecho de que debieran ser siempre custodiados. Sin embargo, atribuyó el hecho a que la isla parecía solitaria, Genaro y ella eran los únicos visitantes. La situación en el país estaba de la fregada y ni siquiera el mismísimo secretario de la Defensa estaba a salvo. Por eso, en lugar de seguir rumiando sobre el asunto, caminó hacia el borde y miró a lo lejos, hacia el mar, que se estrellaba con las rocas de allá abajo. Le encantaba el sonido del océano y la sensación del viento fresco en su cara. Desde allí, cualquier persona que hubiera estado mirando hacia el este, habría podido seguir con la vista el brillante reflejo de la luz sobre las olas hasta el horizonte.

Era lo que ella estaba haciendo, cuando Genaro se acercó para unir su mirada a la suya.

—¿Qué hay? —preguntó.

Se volvió sin comprender.

—¿Perdón?

—¿Qué es lo que encuentras tan interesante?

—Oh, nada. Solo miraba. —Pero volvió la cabeza de nuevo para seguir contemplando unos instantes la línea en la que el mar se encontraba con el cielo, como si necesitara asegurarse de que no estaba soñando—. Te propongo una cosa —dijo y se volvió—. ¿Qué tal si me guías por un recorrido turístico?

—¡Esa voz me agrada!

Genaro empezó a llevar la conversación, mientras Julieta se contentaba con seguirlo. De hecho, estaba dejando que el plano de planta que había imaginado trazara su juicio de la distribución. En la planta baja, eran meros espacios rectangulares que compartían visualmente la alberca con el segundo nivel. Aun así, pasó algunos minutos dando vueltas por allí, jugando a encajar sus habitaciones imaginadas con las que mostraba la realidad. Al final de un largo pasillo estaba el comedor y la estancia de apuntadas paredes, que tanto le había llamado la atención en un primer momento, cuyo abierto ventanal

ofrecía una espléndida vista.

Las recámaras se hallaban en el segundo nivel que se alzaba, orgulloso, en un ángulo de la fachada de la casa, justo detrás de una terraza, desde donde se podía admirar la inmensidad del mar. Bueno, el piso inferior al del salón, en realidad, puesto que ahora se encontraban en la terraza.

—Y entonces, ¿te gustó? —preguntó Genaro.

—Muy impresionante.

Acto seguido, la condujo por el camino que bajaba de la colina, hacia la playa. Fue una sensación muy agradable pasear con el viento que alborotaba sus cabellos y le rociaba con la espuma del mar que arrastraba de las olas que rompían en la vacía playa de arenas blancas y limpias.

Por primera vez desde su reencuentro pudieron conversar y recordar las cosas medio olvidadas que sabían el uno del otro, descubrir nuevas facetas que la experiencia había pulido y disfrutar de la mutua presencia sin las distracciones de la vida cotidiana.

Basta decir que se amaron intensamente, lamiéndose las heridas y cerrando los ojos al mundo real. Hablaron mucho, lloraron e hicieron el amor, dejando los fantasmas en el guardapolvo de la puerta, y vigilados por el mar que se agitaba con una presencia bailarina y alegre.

Pero, como dice Octavio Paz:

Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía.

Aquella noche, mientras dormían, la mente de Julieta volvió al horrible día en que recibió una llamada para informarle que sus padres estaban muertos. Salió corriendo y voló a casa saltándose todos los límites de velocidad. Al llegar se encontró con un coche patrulla y una ambulancia que iluminaba la tarde con palpitaciones rojas y azules; en la calle, frente a la entrada, se encontraba un puñado de vecinos interesados. Pero de sus padres no quedaba sino sus cuerpos inertes. Un grito mudo se agolpó en su pecho y el dolor la ocupó enteramente. No entendía lo ocurrido. Tuvo un instante de lucidez en

el cual alcanzó a sentir el gesto de empatía de Genaro, unido por la misma sensación de naufragio y enseguida se hundió en la oscuridad...

Julieta Romero despertó de su pesadilla sobresaltada.

—Hey, Julie.

La voz de Genaro venía de lejos y tuvo que repetir su nombre dos veces antes de que ella pudiera concentrarse en el presente. Con las mejillas húmedas, se volvió hacia él, sentado a su lado.

—¿Te sucede a menudo? —preguntó, y con un gesto íntimo y triste le enjugó las lágrimas.

Asintió en silencio.

—Ven aquí. —Le pasó un brazo por la espalda para que descansara la cabeza sobre su pecho. Por primera vez la veía dolida, cercana.

—¿Por qué, Genaro? ¿Por qué? —preguntó, aun sollozando.

—No se puede escapar de ciertos recuerdos, siempre te alcanzan.

—Muchas veces creí que había sido un acto de delincuencia común, como aseguró la policía, porque no soportaba la idea de que a mi padre pudieran perseguirlo por razones políticas. Pero ahora sé que no fue así.

Genaro estuvo a punto de hablarle de la participación de ciertos personajes en el asesinato de sus padres, así como su nexos con el narco. Pero no quiso aprovechar ese momento en el cual se encontraba convulsionada, para romperle los esquemas que hasta ahora la sostenían. Se limitó a hablar del pasado, complaciéndose en las pequeñas anécdotas hasta que se quedaron en silencio, pero sin dejar de mirarse. Julieta lo observaba con atención comparando sus recuerdos con la realidad.

—Tu mano es más grande de lo que recordaba —aventuró ella.

Él torció la cabeza para mirarla con aire divertido.

—Y la tuya parece algo más pequeña.

En efecto, su mano se perdía en la suya.

—Hace mucho tiempo me preguntaste si sabía qué había entre tú y yo —dijo ella.

—Lo recuerdo. —Ciñó brevemente los dedos a su muñeca.

—Yo te respondí que no lo sabía.

—Entonces yo tampoco. —Su sonrisa casi se había esfumado, pero seguía allí, acechando en la comisura de la boca.

—Y aún no lo sé —prosiguió ella—. Pero...

—Pero aún existe —completó él. La sonrisa pasó de los labios a los ojos.

Cierto. Julieta se sentía tan consciente de su presencia, pero la sensación había cambiado entre los dos. Al quedarse dormidos eran un solo cuerpo; despertaban siendo dos personas... vinculadas por algo diferente.

—¿Crees que es solo por lo que sucedió?

—No, no es por eso. —Aumentó la presión en sus dedos—. Creo que podría observarte durante horas enteras, Julie —su voz era poco más que un susurro; le acarició el pelo con sus dedos.

—Ojalá nunca te hubieras ido —musitó ella—. Apartarte de mí fue lo más horrible que he hecho en mi vida.

—Te esforzaste bastante, pero aquí estoy.

Durante la pausa que se produjo, Julieta se incorporó en la cama.

—No... no quise mirar atrás. No me sentía capaz de averiguar... lo que había sucedido. —Se mordió el labio—. No es que tratara... que quisiera olvidarte. No podría. Jamás. Pero...

—Olvídalo, Julie —la interrumpió, acariciándole la mejilla—. Te entiendo. Yo también trataba de no recordar.

Ella declinó la mirada.

—Pero, si lo hubiera hecho, tal vez te habría buscado antes.

—Y, entonces, ¿qué? ¿Habrías dejado la escuela? ¿Habrías vuelto a mí en los tiempos que no podía ofrecerte nada, cuando solo habría podido verte sufrir, sin poder cuidar de ti, sintiéndome culpable? —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. No, yo te dije que me iría por un tiempo.

—¡Pero habríamos...!

Él la interrumpió al apoyar la boca contra la suya.

—Eso, no podemos saberlo. El «hubiera» es el único tiempo verbal inútil.

La miró con una semisonrisa; bajo su humor burlón ella vio acechar los oscuros recuerdos en el fondo de sus ojos. También vio una terrible necesidad, un deseo tan fuerte que no había sucumbido a la soledad, la degradación y la distancia.

—Si no tuviéramos más que este momento —añadió él—, me bastaría.

—¿De veras? —le preguntó, con un cambio de tono para que el sentido variara.

Asintió.

—Demuéstramelo.

No cabe duda de que fue un día fuera de tiempo, en el que ninguno de los dos tenía idea de que, mientras sus sentidos se entregaban al delirio, las noticias no dormían. Y, de paso, cosas que cambiarían el curso de su idilio.

Alrededor de las cinco de la tarde, las fuerzas federales asestaban el primer golpe significativo al Cártel del Centro, al detener a Javier Carreño Quiroz, alias «El Sixto», operador del Cártel en los estados del norte. El individuo era sobrino de José Manuel Quiroz, quien presuntamente se dedicaba al tráfico de drogas hacia los Estados Unidos, así como secuestros en agravio de empresarios y comerciantes. «El Sixto» lideraba células delictivas que servían al Cártel de «el Ceguetas» Quiroz y mantenía una disputa con el Cártel de Occidente por el control de plazas en esa región.

Era lo que Alejandro Rivera estaba discutiendo con su equipo en las oficinas de la procuraduría.

—¡Carajo, Carbajal! Por qué no me avisaron del operativo —acusó.

—La línea de investigación nos llevó hasta Carreño y decidimos actuar —informó Carbajal Miranda, jefe de la Policía Federal—. El detenido es familiar del presunto narco José Manuel Quiroz, «el Ceguetas». Los nombres y las fotografías están en el expediente.

Alejandro revisó el expediente, analizando el texto y las fotos. La organización del Cártel del Centro era muy interesante. Incluía a José Manuel

Quiroz, de cuarenta y cinco, como el líder del Cártel; a Javier Carreño, de treinta y dos años, que operaba en los estados del norte del país; a Jesús Rosales García y su célula, como aliados incondicionales para mantener una disputa por el control de plazas en la región occidente. Sin embargo, se llevó una sorpresa: también estaba implicado en la investigación un conocido empresario, Andrés Casasola.

Levantó la mirada del expediente y se dirigió a Carbajal.

—Dime lo de Casasola.

—Hará tres años que se detectaron transferencias sospechosas por parte de una empresa, propiedad de Casasola, para actividades políticas relacionadas con el partido en el poder.

—¿Y por qué no se hizo nada?

Carbajal se encogió de hombros.

—Por motivos políticos. Nadie quería hacer ruido.

—Entonces, ¿qué sucedió?

—No hubo manera de implicar a Casasola, porque los depósitos fueron justificados como el pago del alquiler de un inmueble a nombre de otra empresa de Casasola. El consejero del Tribunal Electoral renunció, tras votar en contra de imponer sanciones a dicha empresa.

Alejandro pareció enfadarse.

—Clásico. Entonces, ¿lo que estamos diciendo es que el procurador y su gente estaban coludidos con el narco?

—Eso supongo —asintió Carbajal.

Alejandro se dirigió a Vergara Calle, director federal de seguridad.

—¿Qué opina de esto su brillante cerebro, comandante?

—La postura del procurador en aquel entonces era distinta de la actual. De hecho, tiene sus propios oscuros secretos. Como botones de muestra, encontrarás interesante que el procurador de aquel entonces sea ahora senador.

—Me parece lógico —aceptó Alejandro—. Con la gran importancia del

proceso electoral, el partido habría decidido no causarle un problema al presidente, porque también estaría involucrado él.

—No hay tal participación de Casasola —afirmó Carbajal—. No tienen expediente ni saben de nada anormal. El Tribunal Federal fingió asombro ante lo que divulgó la prensa e insinuaron que eran puras patrañas.

—Entonces, ¿daremos el asunto por concluido? —preguntó Vergara Calle.

—Claro que no —declaró Alejandro—, pero de ahora en adelante me encargaré del asunto a mi manera.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Carbajal.

Alejandro volvió al tema del Cártel del Centro

—Recapitulando: agarramos al operador del Cártel en la zona norte, tenemos ubicado al operador en la zona occidente. Pero...

—¿Pero? —repitió Carbajal.

—A menos que atrapemos al brazo derecho, no lograremos desarticular la organización. —Hizo una pausa y volvió al expediente—. Hay algo que no me cuadra aquí.

Alejandro no lograba sacarse de la cabeza que faltaba una pieza clave en el rompecabezas. Una pieza importante en el entramado criminal que se encargara de administrar las finanzas para incorporarlas al sistema financiero.

—Aquí hay dos hechos irrefutables. Quiroz necesita de un hombre de confianza, alguien que vigile sus intereses. Me queda claro que Casasola es un vínculo, pero nada más.

Fue Carbajal quien planteó lo obvio:

—Entonces, sigamos una vía distinta.

—De acuerdo —consintió Alejandro y se dirigió a Vergara—. Busca información sobre Casasola: lugares que frecuenta, amistades... A ver si encuentras algo.

Vergara Calle salió de la oficina y Carbajal se atrevió a preguntar:

—¿Piensas comentarle esto al procurador?

—No tengo opción. La prensa estará esperando un informe sobre la captura

de «El Sixto».

—¿Y en cuanto a Casasola?

—Tú sabes mejor que nadie mi postura al respecto.

—Comprendo. ¿Algo más?

Negó con la cabeza y le siguió con la mirada. Luego, retomó sus observaciones respecto al Cártel e intentó hacer un diagrama de la organización. Hasta que la investigación le proporcionara uno exacto, le ayudaría al menos a hacer coherentes los movimientos de cada uno de los involucrados.

Así que lo hizo, y obtuvo cierta satisfacción mientras elaboraba el diagrama policial, con todas las fotografías sobre el pizarrón, y con los nombres que conocía escritos en letras mayúsculas. Incluso puso signos de interrogación ante lo que desconocía.

Una hora después, estaba tomando café, de pie junto a la ventana, como a menudo hacía, sin pensar en nada particular, cuando entró un oficial.

—¿Alguna información nueva? —preguntó.

—Me topé con algo interesante, señor. —Llevaba una fotografía en la mano—. A pesar de todas las precauciones, la cámara de seguridad logró captar esta imagen.

En ella se revelaba a José Manuel Quiroz y a Javier Carreño departiendo en un restaurante. Pero había alguien más, que aparecía en un segundo plano.

Alejandro miró de cerca la fotografía y señaló con el dedo la figura de Genaro, pensando en que lo había imaginado mentalmente mientras realizaba el diagrama, en que se había preguntado quién podría ser.

Ahora lo sabía.

El oficial debió leer en sus pensamientos.

—Se trata de Genaro Castillo. Lo detuvieron hace años por presunto robo a mano armada. Después de eso, al parecer se borró del mapa.

—Salvo por un detalle —precisó Alejandro.

El oficial no le entendió.

—¿Perdón, señor?

—Olvídelo, estaba pensando en voz alta. Averigüe todo lo que pueda sobre este sujeto: familiares cercanos, conocidos... Ese tipo de cosas.

—Sí, señor.

Acto seguido, Alejandro llamó a Carbajal Miranda.

—Habla Rivera —dijo en cuanto descolgó—. Quiero hablar con el detenido. Avísame en cuanto llegue.

—Hasta el momento no hemos logrado sacarle nada.

—Será fácil si aprieto el botón correcto. Todos tenemos un punto de quiebre.

—¿Qué sucede?

—No estoy seguro, pero te prometo que, si lo averiguo, serás el primero en enterarte.

—Bien. Estaré en contacto.

«¿Quién eres Castillo?» Fue la única pregunta que Alejandro Rivera se hizo, cuando Carbajal Miranda colgó.

—Ya te agarraron una vez —murmuró. Seguía con la mirada clavada en la fotografía, porque la imagen de Genaro tenía voz; una voz muy queda, pero insistente que despertaba todos sus instintos y que, al oírla, no le quedaba duda de que era el hombre que buscaba—. Tal vez lo logremos de nuevo.

¡Ojalá fuera tan simple!

Tras varios años de responder a las llamadas de la profesión, Julieta había desarrollado la habilidad de despertar completamente del sueño más profundo.

Genaro no estaba en la cama; sin alargar la mano ni abrir los ojos, supo que su sitio estaba vacío. Sin embargo, debía de estar cerca. Giró la cabeza sobre la almohada, abriendo los ojos.

La luz del sol llenaba el cuarto e iluminaba todos los colores. Genaro estaba de pie junto a la ventana, cubierto con una bata que marcaba claramente las líneas de su cuerpo. Julieta admiró la redondez de su trasero, su espalda ancha y musculosa.

Al sentir que lo estaba observando, él se volvió, sereno y algo abstraído. Julieta sonrió en silencio; no se le ocurría nada que decir. Él fue a sentarse en la cama.

—¿Has dormido bien? —preguntó ella al fin.

Una amplia sonrisa le ensanchó la cara, pero antes de que pudiera hablar sonó su teléfono. Le dio una palmada en la cadera y salió a contestar a la terraza.

—Adelante, Rigo.

—Patrón, atraparon a «Sixto».

—¡No la chifles que es cantada!

Julieta alcanzó a escuchar que el tono de su voz se volvía áspero y se incorporó en la cama, aguzando el oído. Pero lo único que alcanzó a oír fueron monosílabos y una que otra frase altisonante. Por eso, cuando Genaro estuvo de regreso, preguntó:

—¿Problemas?

—Eso parece, pero qué más da. —Se le oía bastante sobresaltado, a pesar de que se esforzaba por parecer sereno.

—¿Quieres contármelo?

—No quiero hablar de eso.

—Entiendo —respondió ella. Suponía que tenía sus razones para no decírselo, pero con todo y eso, se sintió ofendida. Acto seguido, salió de la cama y se cubrió con una bata, ante la atenta mirada de Genaro.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—A bañarme. Supongo que tendremos que irnos —reconoció con sequedad.

Él alargó la mano para acariciarle la mejilla.

—También podrías esperarme aquí.

Era como sentirse tentada por el diablo en el desierto, pero resistió.

—No te preocupes, por mí está bien. En todo caso, mañana debo volver al trabajo.

Dicho lo cual, desapareció por el pasillo.

Al meterse a bañar, Julieta sintió agradables dolores en varios sitios desacostumbrados. Si bien se resistía a separarse de Genaro, reconoció que le vendría de perlas pasar un tiempo a solas. Eran muchas las preguntas que no había tenido tiempo de formular. Se sentía como quien ha recibido un cofre con un tesoro, pero aún no sabe con exactitud qué hay dentro.

Ciertamente en las breves horas del día anterior había visto, oído y sentido lo suficiente para saber que el Genaro del que se había enamorado aún existía. Pero una cosa era saber eso y otra enfrentarse a la realidad.

Por algún motivo desconocido, después de envolverse cuidadosamente con

la toalla, sacó el celular de su bolsa y lo encendió. Al abrir el menú se encontró con una serie de mensajes que Paco le había enviado horas atrás. «Tengo noticias frescas». «¿Dónde te has metido?». «Llámame, es urgente». Lo conocía y sabía que algo grande debía estarse orquestando, por eso se tomó un momento para contestarle:

¿Qué pasó? ¿Ahora qué descubriste?

Luego, salió a la recámara a terminar de arreglarse en lo que Genaro se bañaba y, mientras lo hacía, entró la llamada de Paco.

—Demonios, J. R. ¿Dónde te has metido? Te hemos estado buscando por todas partes, incluso Marcos se pasó por tu casa.

—¿Tan grave es?

—Tú dirás, atraparon a Javier Carreño, uno de los socios de «el Ceguetas».

—¿Cuándo?

—Ayer, en la frontera. Tienes que venir a la voz de «ya». Dime dónde estás y pasó a recogerte.

Julieta soltó un resoplido.

—No creo que eso sea posible. Estoy fuera de la ciudad.

Paco pareció decepcionado.

—Entiendo.

—Descuida estaré ahí tan pronto como me sea posible. ¿Sale?

—Sale y vale, pero no te tardes —colgó.

Cuando estaba por guardar el teléfono, Genaro le salió por detrás.

—¿Con quién hablabas?

Ella dio un respingo, sobresaltada.

—Con Paco.

Contrariado, arqueó la ceja. Un gesto que Julieta tradujo a la perfección.

—Es mi compañero fotógrafo.

—Ah, vaya. ¿Qué quería?

—Cosas del trabajo.

No era que no quisiera explicárselo, pero tratándose de trabajo, Julieta no

permitía que nadie se inmiscuyera.

—¿Qué raro, no?

Por su expresión podía verse a que conclusión había llegado, pero el demonio que había dentro de Julieta no le metía ninguna prisa para sacarlo de su engaño.

—No me está gustando tu tono.

—¿Te ofendes por hacerte una pregunta?

Ella intentó no perder la compostura.

—No, me ofendo porque tus preguntas llevan doble filo.

—¡Ah, chirrión! ¿Me sabes algo o me hablas al tanteo?

—Te conozco, así de sencillo y, si vas a estar en ese plan, mejor me regreso aparte.

Dicho esto, decidió dar por concluida la conversación y se enfrascó en arreglar su maleta.

Genaro debió comprender su torpeza, porque se puso detrás de ella y sus manos le rodearon la cintura.

—Lo siento, Julie —susurró con aquella extraña entonación muy suya—. Me pongo como loco al saber que cualquier pendejo pueda estar cerca de ti.

Ella se volvió y lo miró durante unos segundos. Luego, atinó a decir:

—A ver, en primer lugar, Paco no es cualquier pendejo, es un compañero del trabajo y, si estoy aquí contigo, es porque me gustas y te quiero.

Genaro la atrajo hacia sí y le dio un beso que la dejó sin respiración. Él se dio cuenta. Se echó para atrás y sonrió como un muchacho feliz.

—Yo también te quiero.

De alguna manera Julieta se las arregló para decir:

—Mejor nos vamos.

Durante el trayecto de regreso, se animó a contarle sobre la detención de Carreño.

—Así que denuncias al crimen organizado —declaró él.

A ella le costó un momento recuperar el hilo de sus pensamientos, pero su

voz sonó normal cuando respondió:

—En cierto modo. En el país no se juzga a nadie por lavar millones de dólares de un cártel del narcotráfico. Lo que hoy estamos padeciendo es solamente el resultado de que la narcopolítica haya penetrado hasta la médula del Estado y sus integrantes.

—Siempre supe que tenías ideas de cambiar al mundo —admitió él.

—Mejor dicho, creía que podía ser útil de alguna manera.

Genaro sabía la verdad. Sabía que la gran responsabilidad de Julieta era con sus padres. Cuando murieron, empezó una enérgica guerra contra el crimen organizado. Sí, había muchos factores —conveniencia, complicidad, corrupción—, pero Julieta se concentró en el hecho de que los habían asesinado. Todavía más. Genaro sabía que en algún momento tendría que ser lo suficientemente hombre para confesarle a qué se dedicaba en realidad. El narco era su forma de vida. Era lo que había elegido y no se avergonzaba en absoluto. En su mente se trataba tan solo de un pequeño reto que tendrían que superar. Estaba seguro de que, a pesar de la deshonestidad manifiesta, las redomadas mentiras, la ocultación y negación, Julieta sentiría la misma debilidad que él. «Después de todo, el amor no discrimina», pensó.

De hecho, sus pensamientos seguían en una especie de encrucijada en el momento en que la dejó en su departamento. Pero, en contra de lo que le aconsejaba su juicio, le prometió que la llamaría en cuanto tuviera la situación bajo control.

Cuando la camioneta arrancó, Julieta clarito creyó ver a uno de los «ayudantes» de Genaro, parado en la acera de enfrente. Se preguntó si acaso era su imaginación o una más de las atribuciones que él estaba comenzando a tomarse. Solo había una forma de saberlo: cruzar la calle y encararlo.

Para colmo de males, sonó su teléfono. Maldiciendo su suerte atendió la llamada.

—Hola, guapa —dijo Jaime en cuanto contestó.

—Días sin verte, condenado. ¿Tan mal te traté para que no me llames?

—¿Cómo estás, preciosa? Para nada. Me encantaría verte.

—¿Todo bien?

—No sabes... me he acordado mucho de ti últimamente.

Julieta rio.

—¿Ya estás en apuros?

—¿Cómo andas hoy?

—Híjole, saturada. ¿Te parece mañana? Es más, comemos en mi casa.

Sirve que platicamos más a gusto.

—Perfecto, ¿te parece a las dos?

—Va.

—Bueno, corazón, te veo entonces.

Julieta oyó cómo colgaba el teléfono, mientras echaba un vistazo a su alrededor. No advirtió ningún movimiento extraño. El sujeto había desaparecido de su campo de visión. Aun así, tenía la corazonada de que Genaro no había sido del todo sincero. Pese a todo lo que le había dicho, algo le decía que todavía seguía ocultando ciertos datos. El instinto la empujaba a creer que guardaba secretos. Le sorprendió el rumbo que habían tomado sus pensamientos y trató de no seguir por ahí, era demasiado peligroso. Una parte de ella estaba convencida de que, pasara lo que pasara y, a pesar de todo, Genaro era su destino.

Sin más, entró al edificio y saludó al portero, como hacía siempre.

—¿Cómo está tu mujer? —le preguntó, mientras él cargaba con su maleta quitándosela de la mano y la conducía hacia las escaleras.

—Un poco mejor. Es la gota, ¿sabe? Le dan ataques tan fuertes estos días que casi no puede moverse; pero esta mañana se ha levantado de la cama y ha venido su hermana a hacerle un poco de compañía, así que todo va bien.

Julieta tuvo la sensación de que se sentía aliviado y, por la manera de darle conversación mientras se aseguraba que entrara en su departamento, que se sentía feliz de alejarse de sus deberes de atender a una enferma.

Le dio las gracias y, de paso, le reiteró sus buenos deseos para la salud de

su esposa.

No le llevó mucho tiempo acomodar sus cosas, cambiarse y retocarse el maquillaje. Así pues, en un santiamén se encontró en las oficinas de La Gaceta. Marcos estaba en su cubículo, sentado frente a la computadora. Levantó la vista al verla. Ella lo saludó y ni tarda ni perezosa se acomodó junto a él.

Lo que vio, pareció decidirlo.

—Fui a buscarte a tu casa

—Sí, algo me comentó Paco. A propósito, ¿dónde está?

—Lo mandé a hacer algunos encargos.

Por supuesto, no se lo tragó, menos cuando seguía vigilándola con aquella mirada inquisitiva, mucho menos cuando le preguntó:

—¿Estuviste mucho bajo el sol? Tú piel luce un poco bronceada.

—¿Te parece? —respondió con una convicción cuestionable.

Al ver que no respondía, se volvió a mirarlo. Apenas unos milímetros separaban sus rostros. Eso la incomodó sobremanera y poco a poco se fue apartando. Se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja y preguntó:

—Entonces, ¿qué tenemos?

Marcos titubeó un momento y luego explicó:

—Sabemos mucho sobre el Cártel del Centro y sus actividades; sin embargo, no tenemos ninguna información sobre un acto en particular que explique por qué atraparon a Carreño.

—¿Recuerdas la quema fronteriza y el enfrentamiento con armas de uso exclusivo para las fuerzas armadas?

Él lo comprendió.

—¿Qué sugieres?

—Me inclino a pensar que se relaciona con el desempeño de la Policía Federal. En menos de quince días, cuatro agentes han sido privados de su libertad por grupos armados. Eso, sin contar que el procurador ordenó suspender al fiscal general del Estado.

—De acuerdo. Tiene lógica. Redáctalo desde esa perspectiva.

Julieta salió de la oficina de Marcos y se sentó frente a su computadora. Mientras esperaba a que encendiera, sacó un cigarrillo de su bolsa y lo prendió. Estaba muy consciente de que era un hábito horrible, pero fumar de cuando en cuando, no pondría en peligro su salud. Había intentado de todo para dejarlo: parches de nicotina, cigarros electrónicos y hasta hipnosis. Pero la ansiedad seguía siendo casi irresistible.

Tras darle una calada, se volvió hacia la pantalla y sus dedos recorrieron el teclado. No se sentía con muchos ánimos de escribir. Sin embargo, se llevó una sorpresa, porque a medida que ponía todo por escrito, sus dedos volaban sobre las teclas. Eso no le había sucedido nunca, que ella recordara, en todos los años que llevaba escribiendo. El artículo fluía fácilmente como una corriente rápida. Incluso pudo imaginar la cara de Alejandro, su expectación y confusión, cuando leyera el artículo. No era difícil imaginar que lo haría. Podía sentir su mirada sobre ella, observándola y evaluándola. Se le contrajo el estómago al pensar en ello. No podía pensar en eso ahora. ¡Resultaba absolutamente neurótico pensar en él! ¡Era demencial! ¡Malditos fueran sus ojos, su voz!

—¿Listo?

El profundo susurró llegó desde sus espaldas, casi encima de su oreja. Un cálido aliento rozó el lateral de su cuello. Julieta se giró, aturdida por el hecho de que Marcos se hubiera acercado con tanto sigilo y se esforzó en devolverle la sonrisa.

—Tú dirás.

Él se acercó a la pantalla y comenzó a leer.

—DETIENEN AL SOBRINO DE «EL CEGUETAS» QUIROZ EN MEDIO DE UNA OLA DE CRÍMENES...

Sonrió al terminar la lectura.

—¿Sabes, J. R.? Eres única.

Vaciló unos minutos antes de contestar.

—Aprendí del mejor.

Casi sin querer, Marcos deslizó la mano cerca de la suya. Julieta sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo, aunque no se le ocurría ningún motivo para tenerlo.

—¿Por qué no puedes amar a un hombre tierno?

—Marcos... yo... —balbuceó mientras le retiraba la mano.

—Déjame hablar, por favor.

Asintió, pero contuvo la respiración y rogó a todos los santos que no dijera lo que habría jurado que estaba por decir.

—Desde que te conocí, sabía que te convertirías en alguien muy especial en mi vida. No tengo ningún derecho a sentirme traicionado, porque, de hecho, eres la mujer a la que jamás podré tener...

Bien dicen que, juicio precipitado, es casi siempre errado. No era eso lo que Julieta había previsto, por eso solo atinó a decir:

—Me gustaría poder hacer algo.

—Y puedes. Sé feliz. Eso es lo que quiero para ti.

—Si me necesitas... —balbuceó él, con un nudo en la garganta. Aquello estaba siendo más difícil de lo que pensaba— siempre podrás contar conmigo.

—Lo sé.

Fue todo lo que ella dijo. Lo único que quería que él supiera.

Mientras la relación de Julieta y Marcos cobraba un nuevo significado, José Manuel Quiroz nadaba a todo lo largo de la alberca de una de sus casas de seguridad, cuando Genaro llegó.

—Me dijeron que estabas aquí —dijo.

Se acercó a la orilla y alzó la vista hacia donde él estaba.

—¿Dónde te has metido?

—Soy un hombre ocupado —respondió con fingida indiferencia.

—Sí, claro —replicó José Manuel en tono burlón—. Algo me comentó Andrés.

—¿De qué hablas? —Su tono denotaba molestia.

—No podemos hablar aquí. Voy a bañarme y vestirme. Te veré arriba.

Cuando José Manuel entró en la estancia, Genaro estaba al teléfono.

—¿Algún problema? Te ves preocupado —le dijo.

—Hay algo que me desconcierta.

—¿Qué?

—Tú y yo sabemos que la captura de Carreño es circunstancial.

José Manuel sacó una botella de tequila, llenó dos copas y le ofreció una a Genaro, que aceptó a regañadientes. Luego tomó una para sí mismo.

—Vayamos al grano. Al parecer, hay alguien que está tomándose las cosas muy en serio —reconoció José Manuel.

—No sé de qué me hablas.

—Tenemos al procurador y a su Unidad Especial de Investigación encima de nosotros.

—¿Qué sugieres?

—El procurador se está convirtiendo en una verdadera plaga.

Fue entonces que lo comprendió.

—¿Cómo lo harás?

—Déjame a mí. De hecho, creo que esa joven cuyo nombre no quieres mencionar, puede ayudarnos. Aunque eso no es problema mío, sino tuyo.

Genaro saltó de repente, con el cuerpo tenso y clavó sus ojos en José Manuel.

—Seré yo quien decida qué hacer con ella.

—Estoy de acuerdo —reconoció José Manuel—. En todo caso, no iba a pedírtelo. Me doy cuenta de que esa joven te importa.

Genaro no contestó, pero notó que su corazón se aceleraba. «¡Pinche Andrés! Le voy a meter un balazo al hijo de la chingada, para que aprenda a quedarse callado», pensó, pero enseguida volvió su atención a José Manuel.

—¿Qué hay con el Javier?

—Le ordené al abogado que tramitara un amparo indirecto contra la orden de aprehensión.

—Segurito pedirán su extradición.

—No, si conseguimos que fracase la orden de aprehensión por tráfico de drogas.

—En fin, ¿para qué me querías?

—Necesito que te lances al norte y te encargues de mover la merca. Por cierto, en cuanto estés allá, organízate a unos batos...

—Déjame adivinar —lo interrumpió Genaro—. Le enviarás un mensaje al procurador.

—Claro. Pa' chingón, chingón y medio.

Así, mientras José Manuel le daba santo y seña de la ola de violencia que desataría, a Genaro le dio por preguntarse ¿por qué hacía lo que hacía? Más importante aún: debía estar preparado para evaluar de nuevo si todavía quería lo que en el pasado creyó que quería. Era bien cierto que tenía miedo de que sus cuestiones no resueltas salieran a la luz, cuantimás, que Julieta lo abandonase. Ella devolvía sentido a su vida, alimentaba sus esperanzas e incluso bien podría justificar su muerte.

Campanas, silbatos, luces y enjambres de abejas tomaron posesión de su mente antes de darle tiempo a pensar. No pensaba, las palabras surgieron, de algún modo, de su fuero interno, como una cascada. ¡No puedes seguirle ocultando la verdad!

En los separos, la puerta se abrió de golpe y entró Alejandro Rivera.

—Vamos, Carreño, habla de una vez —ordenó.

—¿Qué quieres conmigo, jodido polizone?

Alejandro dejó caer una fotografía sobre la mesa, señaló a Genaro y preguntó:

—Me vas a decir quién es, qué nexo tiene con el Cártel.

—Yo no sé nada, polizonte.

Por lo visto, Alejandro ya había tenido suficiente. Golpeó la mesa con la mano y gritó:

—¡Contesta mi pregunta!

—Jamás lo he visto. No tiene nada que ver conmigo —se quejó Carreño—. Quiero a mi abogado.

—Claro que lo quieres, es más, lo necesitas. Porque tendrás que buscar una coartada, si no quieres ser acusado y extraditado por tráfico de drogas.

Dicho lo cual, pidió al guardia que le abriera la puerta.

Minutos después, entró a su oficina Carbajal Miranda, seguido de un oficial.

—Descubrí algo, señor —le informó el oficial—. Genaro Castillo, en efecto fue procesado por robo a mano armada. El doctor Joaquín Romero, en aquel entonces, magistrado de la Suprema Corte, pagó su fianza.

—Yo conocí personalmente a Joaquín Romero —apuntó Carbajal Miranda—. Fue víctima de un fuego cruzado que terminó por arrebatarles la vida a él y a su esposa.

—El mismo —corroboró el oficial— que declaró culpable a Eduardo Luna, excoordinador de Operaciones Aéreas de la Policía Federal, por recibir sobornos para otorgarle a cierta empresa contratos de mantenimiento de aeronaves, y también incluyó en la indagatoria al coronel Flavio Miranda. La investigación fue retrasada por el exprocurador, de suerte que ambos funcionarios presentaron un amparo por la dilación. Aquí están todos los detalles. —Le tendió un expediente.

—Me huele como uno de esos casos de «aquí no pasó nada».

—Tal vez tengas razón —afirmó Carbajal.

—Siempre la tengo —respondió Alejandro, mientras le echaba un vistazo al archivo.

De pronto, lo comprendió; vio todo tal como había ocurrido. Se volvió

hacia el oficial.

—Gracias, puede retirarse.

—¿Y? —preguntó Carbajal, en cuanto se quedaron solos.

—A veces, estas cosas son como un rompecabezas. Parece que uno no avanza, y de pronto las piezas caen en su sitio y allí está, el cuadro completo.

—¿De qué hablas?

—Del asunto de Joaquín Romero. Todos los periódicos mencionaron un lamentable accidente, pero tú y yo si sabemos la verdad. Intentaron sobornarlo, quizá hasta lo amenazaron; como se resistió, lo mandaron asesinar.

—Sigo sin entender.

—Imagina que tú eres Genaro Castillo. Tu mentor está muerto. Solo te queda una persona con quien hablar.

Carbajal lo comprendió.

—¿Quieres que usemos a la hija de Romero, como anzuelo?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Te dije que haría las cosas a mi manera y eso es lo que pienso hacer.

Dicho esto, se puso de pie y agarró su saco.

¡Cuándo lo sabes, lo sabes!

Estaba sonando el teléfono.

Medio aturdida aún, Julieta se volvió en la cama bajo un lío de mantas y sábanas. La habitación estaba casi completamente a oscuras y no tenía idea de la hora que era.

Su teléfono seguía sonando. Se incorporó y contestó.

—Ah, ¡estás ahí! —dijo la voz de Genaro—. ¿Te desperté?

Se alegró de que no estuviera presente para ver su cara cuando respondió:

—Algo por el estilo.

—Qué tonto. Perdóname, por favor, pero me urgía avisarte que sigo complicado. Tú me entiendes.

—Sí, hombre, entiendo perfectamente.

—¿Tú qué tal?

—Nada en especial. Tengo una comida.

—¿Ah, sí? ¿Con quién comerás?

Preparándose para las preguntas que seguirían, se limitó a decir:

—Con un amigo. ¿Te molesta?

—No, no me molesta para nada.

Podía notar su tono de sequedad a través de la línea telefónica.

—Te repito: es en plan de amigos.

—Claro, no podía ser de otro modo.

—Si podría ser, pero estoy contigo y él está casado.

—¿Quieres que le aplauda?

—¡Por Dios, Genaro! ¡Solo vamos a comer!

—Sí, pero recuerda: es hombre.

—¿Sabes qué? Estás mal de la cabeza. Ya me arruinaste la mañana, estamos hablando. —Colgó y enseguida saltó de la cama sin poder decidir con quién estaba más enfadada: con él o consigo misma. Tal vez la naturaleza misma de Genaro lo inclinaba a pensar que «la infidelidad es un mal necesario», si no, ¿cómo explicar su desconfianza?

Julieta no era capaz de entender cuándo y cómo había empezado. Cuando no se sentía culpable, estaba enfadada. Cuando no estaba enfadada, estaba deprimida. Intentaba rendirse al amor que Genaro le ofrecía, pero no podía mantener a raya la culpa, el miedo y el resentimiento. Tal vez ocurrió de repente, de la noche a la mañana, en el transcurso de los primeros diecisiete años de su vida. Hasta hacía un minuto, papá iba a trabajar, enseñaba en la escuela de leyes, hablaba con ella mientras mamá se ocupaba de las cosas de la casa. Y al minuto siguiente, sus padres estaban muertos y las cosas empezaron a desmoronarse de verdad. En el medio de esta saga de diecisiete años que avanzaba minuto a minuto, Julieta descubrió que se pasaba el día y la noche pensando en Genaro. Lo amaba, pero ahora estaba enfadada con él por su sofocante manera de ser. Si bien Genaro no era insoportable, era difícil de tratar. Era posesivo, celoso y exigente, y ya pensaba que era de su propiedad. Lo pensaba, porque ella le había dicho que no lo era. «¿Cómo es posible enfadarse con alguien que amas?», era como una canción que se repetía en su mente y, que probablemente hubiera continuado de no ser porque entró a la cocina y lo vio con sus propios ojos: había agotado prácticamente todos los comestibles que había en la alacena. Todo lo que quedaba eran tres rebanadas de pan y un huevo. «¡Demonios!», se dijo, «¡Tendré que salir a comprar alguna cosa!».

Era una mala costumbre de ella olvidar hacer el súper. Mejor dicho, nunca

le había gustado hacerlo, porque se perdía mucho tiempo. No era extraordinario, teniendo en cuenta que por las mañanas lo único que necesitaba era una rebanada de pan y un vaso de jugo. De hecho, el almuerzo era la comida más fuerte que realizaba en el día. Un hábito que había adquirido en la universidad y que aún conservaba. Siendo así, le resultaba más fácil visitar los numerosos restaurantes de la zona o, en todo caso, ordenar comida.

Por la razón que fuera, aquel día quería ser una buena anfitriona. Para ello, tan luego terminó de arreglarse, se dirigió a la tienda de conveniencia más cercana. Uno de esos supermercados modernos en los que generalmente se encuentra de todo, menos lo que se busca. No era mucho lo que necesitaba: solo lechuga, pescado y una botella de vino blanco.

Terminó a eso del mediodía, y en el camino que iba desde el estacionamiento a su auto la asaltó de nuevo una extraña y molesta sensación de intranquilidad, aunque no había nada ni nadie que la amenazara. Se sacudió de encima ese temor e hizo que sus piernas se movieran con mayor rapidez, pero la siguió, como una fuerza invisible hasta que abrió su bolsa — cualquier mujer que tenga una vida, un trabajo, que venga y vaya, que suba y baje y que lleve a cabo distintas actividades tiene muchas cosas en su cabeza y por tanto las tendrá en su bolsa— que le cargaba media vida, la que nunca cambiaba a pesar de que no le combinara con lo que traía, llena de Tic Tacs perdidos, chicles salidos de la cajita, kleenex arrugados, que no sabía si había usado o no; un pastillero con pastillas grandes y otro con chiquitas: *chapsticks* y *lipsticks* con tapa o sin ella; pedacitos de tabaco que surgieron de sus cigarrillos, de su cajetilla, de su cigarrera o de la nada —porque hacía un año que intentaba dejar de fumar—; tampones y kotex —aunque no estaba precisamente en sus días—, monedas de a peso o de dos—, lentes que se salieron de su funda, un cheque sin fondos que nunca devolvió; un cepillo de dientes de los que usaba en la oficina y una pasta que un día se abrió y ensució todo; una llave suelta sin llavero; una tarjeta de crédito escondida

debajo del forro que ya había reportado como robada; un condón —obvio sin usar, no era pa'tanto—; una aspirina; una bolsa de cosméticos que hacía dos años que no cambiaba; tres cupones de sabe Dios qué, que nunca usó; varios boletos de cine, uno con un teléfono escrito atrás cuyo dueño desconocía porque no le entendía su letra, y otro de ellos hecho rollito con un chicle adentro.

Además de su iPhone que nunca encontraba porque siempre creía ponerlo en un lugar y estaba en otro y, sobre todo, sobre todo, sin un boleto de estacionamiento que buscaba fervientemente.

Estaba enzarzada en la búsqueda, cuando el viento le trajo a Alejandro Rivera.

—¿Problemas? —preguntó.

Aquel día tenía más aspecto de pirata, con sus ojos oscuros y sus cabellos cortados más o menos a la altura del cuello, y con una media sonrisa que contrastaba con el encanto de una barba de tres días.

—¿Perdón?

—¿Se te perdió algo? —sus ojos oscuros se dirigieron con interés hacia su bolsa.

A pesar de que los lentes de sol la protegían, aquellos ojos parecían conocer cada uno de sus pensamientos, cada sensación, y la mantenían inmóvil mientras la miraba.

Julieta utilizó la bolsa como excusa para apartarle la mirada y se obligó a concentrarse en buscar el boleto.

—¿Vives cerca? —le preguntó entretanto, para que él explicara por qué estaba ahí.

—Sí —mintió con la peculiar y profunda tesitura de su voz.

Julieta no podía decidir si estaba molesta o nerviosa. Le temblaban las manos y no podía dar con el boleto, entonces se le cayó la bolsa y oyó cómo golpeaba contra el pavimento. Tuvo que agacharse a recogerla y, cuando lo hizo, él también lo había hecho, silencioso como el humo, invisible como el

aire.

Traición y lealtad, crimen y amor, se agazaparon en el fondo de sus miradas. Julieta se levantó y, para su sorpresa, vio que Alejandro se hallaba de nuevo a su lado.

—Lo he encontrado —dijo él y levantó la mano para mostrárselo.

—¿Cómo...? —comenzó a decir, mientras sentía el calor de sus dedos fuertes sobre la palma de su mano.

—Gajes del oficio. —Un atisbo de humor juguetón y arrogancia curvó su boca.

Julieta contuvo el aliento por algo que se escapaba de su control.

—Gracias— dijo y entró en el auto.

Algo hizo que la detuviera.

—Julieta...

—¿Sí?

—Me gustaría volver a verte.

—Que no te robe el sueño, lo harás. En todo caso, tú mismo lo dijiste.

—Me parece muy tentador, pero... —Sacó su cartera y buscó un pedazo de papel. Una vez que lo encontró, hizo aparecer la punta de un bolígrafo—. Apúntame tu número de teléfono para invitarte a tomar algo.

Ella vaciló, luego habló con voz ronca.

—¿Por qué?

Él era un perfecto extraño... y no era lo único que la hacía vacilar. Apostaría su vida en ello. Por lo poco que habían hablado, se había dado cuenta de que Alejandro sentía interés por ella. Más curiosidad de la que mostraría cualquier otro hombre.

—No lo sé. Solo estoy tratando de ser amable. —Observó cómo ella luchaba para no negarse. Al final, no lo hizo—. Naturalmente, esto no cambia el hecho de que seguiremos viéndonos a menudo— añadió él.

En realidad, Julieta no tenía ningún argumento para oponerse, así que no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

—Uf, ya me tengo que ir. Es tarde.

—Okey, te busco.

Se arrancó haciéndose ciertas preguntas —más insinuadas que formuladas, más presentidas que pensadas— para las que la razón no ofrecía respuesta.

A las dos en punto llegó Jaime, enfundado en unos pantalones de mezclilla y una playera de polo.

—¡Hola, preciosa! —saludó y le estampó un beso en la mejilla. Luego, la siguió a la sala y se acomodó en un sillón de dos plazas. En cada detalle de la decoración se apreciaba el buen gusto. No había exceso de objetos, pero el cuadro que colgaba de una de las paredes, el piso de tarima y la suave luz que entraba del único ventanal prestaba a aquel espacio un acogedor ambiente de estabilidad. Una butaca tapizada en tela con una mesita de vidrio al lado completaba el mobiliario de la habitación.

—¿Te ofrezco una copa de vino? ¿O prefieres, tal vez, un whisky? —preguntó Julieta.

Respondió que el whisky le iría de perlas.

Ella se ausentó un momento y volvió con una copa de vino y un vaso de whisky, que le tendió.

—¿Y qué dice la vida matrimonial? —preguntó, mientras se acomodaba frente a él.

Él bebió un sorbo de whisky y dejó que la sensación de calor trazara un camino en su estómago antes de responder.

—¿Qué matrimonio es feliz en estos días? Mal. Me va mal.

Julieta se hacía una idea de cómo había sucedido. «¿Por qué no me hizo caso?», pensó, al tiempo que él comenzaba a relatarle los hechos. Le explicó que todo fue en nombre de la diversión. Una diversión malsana, pero a fin de cuentas diversión. Sin darse cuenta habían pasado seis meses al lado de Regina. Ella le ofrecía las mejores noches salvajes que un hombre pudiera pedir. Casi valía la pena. Casi, pero no del todo.

Haría una semana, su esposa había regresado antes a casa y le había

llamado, estaba deseosa de verle. Después de hablar con ella, llamó a Regina para decirle que no podía ir con ella al cine. Le había surgido algo. Le dijo que todo estaba bien y que la llamaría más tarde. Su criterio era que, independientemente de lo mucho que pudiese tontear, ¡su mujer era su mujer!

Así, llegó a casa, su esposa lo esperaba. Tras la bienvenida preliminar, pidieron comida china. Hablaron, comieron y se dirigían a la ducha cuando sonó el timbre. ¡Era Regina! ¡Estaba en la puerta! «¡Era absolutamente ridículo!», pensó, Regina solo había estado una vez allí y creyó que se había olvidado de su dirección. «¡Demonios, J. R.! ¡Debí escucharte!», le dijo y después agregó que sintió que le iba dar un infarto al oír la voz de Regina. «¡Creí que tenías algo que hacer, cabrón!». ¡Demasiado tarde! Su esposa había oído el veneno que había vomitado el interfono. «¿Quién es?», le preguntó ella. «¡No lo sé!», contestó él bruscamente dirigiéndose hacia el lavabo. Fue un mal paso.

—¿Por qué motivo las mujeres saben cuándo mientes?

—Porque te pusiste a la defensiva —le contestó Julieta.

El timbre sonó de nuevo, prosiguió diciendo. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer? «Abre la ducha», le dijo a su esposa mientras se dirigía al interfono. Ella fue hacia al cuarto de baño. De pronto se detuvo y se dirigió hacia él con esa mirada.

—Esa mirada que te dice que estás metido en un buen lío.

Julieta compartió su gesto al imaginar la escena.

«¡Deja que entre, Jaime! ¡Déjala entrar!», le dijo su esposa. Él no podía pensar con la suficiente rapidez, así que, abrió la boca involuntariamente. Las palabras le salieron de los labios desde un lugar al que él no quería ir. «¿Dejar que entre quién?»

—¡Qué pregunta más idiota! —exclamó Julieta.

—Exacto —dijo y prosiguió...

Regina debió de haber puesto un trozo de cinta adhesiva sobre el timbre de la puerta: sonaba sin parar. Su esposa recogía sus cosas «¿Qué haces?

¡¡¡¿Qué haces?!»», decía él, incapaz de leer sus pensamientos. ¿Estaba furiosa? ¿Dolida? Su esposa era tan seria, tan tranquila, que sencillamente no podía interpretar lo que le pasaba. «Mira, esto no es nada. Yo me encargo de ello. Ve y prepara la ducha. ¡No pasa nada! ¿De acuerdo?», Jaime se oía divagar. De hecho, casi suplicaba. Su esposa comenzaba a temblar. Se dirigió hacia la puerta. El timbre todavía sonaba. «¡Tienes más cara que espalda!», le dijo su esposa. Esa era la razón por la que él la amaba tanto, por la que le gustaba estar con ella. Cualquier otra mujer le hubiera insultado con palabras obscenas e indecentes. Y nada, ahí estaba su esposa, una mujer bella y sensata. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Hizo un gesto para asirla, abrazarla, detenerla. ¡Un paso torpe!

Su esposa se dio la vuelta y apartó su cuerpo para que él no la alcanzase. Sin pensarlo, Jaime se oyó a sí mismo decir: «¡Lo siento! ¡Lo siento!» Ahora estaba seguro de que su esposa se sentía herida porque estaba llorando. Lloraba e intentaba pegarle y empujarle lejos de ella a la vez.

—¡No puede ser mucho peor que eso! —exclamó apenado—. No puede ser mucho peor estar frente a la mujer que amas y darte cuenta de que nunca se lo has dicho. No puedes sentirte mucho peor cuando la ves llorar, mientras intenta sacarte los ojos porque una persona lunática que realmente no te importa llama a la puerta.

—¿Y luego? —lo animó Julieta a seguir.

¡Entonces fue peor! El timbre dejó de sonar y su esposa cayó de rodillas al suelo, se tapó el rostro con las manos y empezó a gemir. Jaime continuó de pie, mirándola, y cada vez que ella le gritaba: «¿Por qué?», se sentía más impotente, inútil e incapaz. Lentamente se arrodilló a su lado, la abrazó y en voz baja le susurró: «No lo sé. ¡Sencillamente, no lo sé! Perdóname, por favor. Lo siento tanto». Por primera vez en mucho tiempo, Jaime quería llorar. Quería hacerlo, pero se contuvo. Estaba a punto de revelarle a su esposa todo lo que llevaba dentro, cuando la puerta empezó a tambalearse. ¡La madera volaba por todas partes! Su esposa gritaba. Jaime gateaba por el

suelo e intentaba apartarla del peligro. Regina había metido la mano por el agujero de la puerta e intentaba abrir la cerradura. Él corrió hacia el umbral, abrió y arrastró a Regina hacia adentro. Los vecinos preguntaron si todo estaba bien. Regina gritaba, blasfemaba y se dirigía a su esposa, Jaime la tenía sujeta por el brazo sin la menor intención de soltarla.

Su esposa no iba a permitir que Regina la intimidase, pero, a la vez, era evidente que tampoco iba a meterse en el barro con ella. «¡A mí no tienes que decirme absolutamente nada!», le dijo, lo cual cerró la boca de Regina, al menos, durante unos instantes. Definitivamente, era una cosa entre mujeres que él no entendía. «¡Si él hubiera querido que entraras, te hubiera abierto! ¡Qué lo disfrutes! ¡Yo me largo de aquí!».

Con toda la clase y dignidad que en una mujer en su posición podía mostrar, su esposa recogió algunas cosas y se marchó.

—¡No me digas! Ya imagino el numerito que te armó enseguida Regina — declaró Julieta.

—Decía cosas sinsentido, hasta que la amenacé con llamar a su padre y pedir una orden de restricción, como póliza de seguros.

—No inventes. ¿Qué onda con tu esposa?

—En todo este tiempo solo he hablado con ella una sola vez. Le conté la verdad, incluso le dije algunas cosas sobre las que ella no sabía nada.

—O sea, ¿está dispuesta a perdonarte?

—En pocas palabras, me pidió que me someta a terapia.

—Bueno, por algo pasan las cosas.

—Gracias.

Julieta no le entendió.

—¿Por qué?

—Por no decirme, «te lo advertí».

Ella rio.

—Ya, hombre, deja este asunto en paz. Acéptalo, es fácil caer tan bajo cuando hay alguien dispuesto a caer contigo.

—Ya lo sé, soy un imbécil.

Por espacio de tres horas, continuó animándolo, haciéndole ver que, en lugar de seguir cantando la canción de la víctima, debía de estarle agradecido a su mujer. Pues, a su modo serio y tranquilo, le estaba brindando la oportunidad de enmendar las cosas.

Así pues, cuando Jaime se hubo ido y Julieta estaba sentada ante su escritorio mirando la pantalla de la computadora mientras el cursor parpadeaba expectante, su mente primaba sobre el encuentro con Alejandro. Apenas podía respirar cuando la miraba. ¿Qué le pasaba con ese hombre? Ciertamente, era muy atractivo, pero ya había salido antes con hombres guapos. ¿Sería la manera en que la miraba?

No, era por su intensidad, su integridad, la seguridad que tenía de poder controlarlo todo. Jamás se había podido resistir a los hombres con personalidad fuerte. Y, a diferencia de los hombres de su pasado, Julieta sabía que Alejandro la tenía de verdad.

Utilizaba su mejor arma, la voz. Persuadía, seducía y tentaba. No le gustaba ser mangoneada por nadie, pero la peculiar tesitura de su voz la hacía sentir una dolorosa inquietud donde no debería sentirla.

Aquello atraía a Julieta mucho más que cualquier otra cosa. Incluso después de muchas horas, aún podía sentir la penetrante mirada de Alejandro sobre ella. ¿Qué había esperado él? ¿Por qué le importaba tanto lo que pensara? Tal vez solo le gustaba jugar con las mujeres. Quizá. Pero su mirada decía otra cosa. Podría mirar a ese hombre durante horas, y no sentirse aburrida jamás. Excitada y molesta, sí. Pero nunca aburrida.

Maldita sea, necesitaba pensar en otra cosa, en Genaro, por ejemplo, pero no en Alejandro. El tono grave y educado de su voz tenía una connotación sexual que gritaba «peligro». Su mera presencia no se correspondía con ninguna imagen que hubiera visto nunca antes. Sabía que no debía de perder el tiempo pensando en él. Lo que creía sobre el amor nada tenía que ver con él. Genaro era lo que ella había esperado durante los últimos diez años. Pero

ahora que lo había conseguido no solo estaba atascada, sino también muy molesta. Quería ser inmune a Alejandro, a su aura de poder, a su toque. Nada importaba ahora, salvo que Genaro y ella estaban juntos. Lo necesitaba para curarse, para superar la pesadilla que prácticamente había cambiado su vida de la noche a la mañana.

No podía ser de otro modo. Genaro era el único hombre que podía entender el dolor por la muerte de sus padres.

El cursor seguía parpadeando al inicio de la página cuando entró la notificación de un nuevo correo. Sin más, abrió la bandeja de entrada. Era su prima Susana. Encendió un cigarro y se dispuso a leer.

Nunca pensé llegar a este punto. Sé que me aconsejaste no indagar sobre su vida, pero como pasa en muchos casos, la tentación me venció y arruiné todo.

Ni te imaginas el infierno en el que he vivido los últimos meses al enterarme de sus mentiras, y aquí estoy, convertida en ese tipo de mujer que no para de flagelarse. Neurótica, desconfiada. Para ser más clara, olvidé cómo se debe vivir.

Estoy cansada de tanto darle vueltas al asunto. Ya van varias veces que, en un arranque de ira, cojo todas mis cosas, las subo al auto y manejo sin rumbo hasta que me doy cuenta de que estoy sola, jodida y no tengo a dónde ir. ¿A casa de mi madre? ¡No, gracias! Eso solo ayudará a desequilibrarme por completo.

Prometo ser más breve la próxima vez, seguro que ya te aburrí. Pero acabo de tener un pleito con el cabrón de Alfonso. Por fin abrí mi cuenta de Facebook. Tienes razón, será más fácil comunicarnos.

En serio, ¿no sé qué hacer?

Besos.

Susi.

Julieta no tenía respuesta a aquella pregunta, se sentía algo confusa, aunque

menos por el contenido del correo que por su encuentro con Alejandro. En su interior, experimentaba una vaga ansiedad que no podía identificar con exactitud, como si anduviese por la cuerda floja y estuviese a punto de caer. Conocía a grandes rasgos la historia del matrimonio de su prima. En realidad, pensaba que el plan de Susana fracasó. Le salió el tiro por la culata. Realmente pensó que, si se enredaba con Alfonso, el hombre que ella quería de verdad iría por ella y se la llevaría. Por esta única razón comenzó a verse con Alfonso. Creyó que con eso conseguiría que Juan Carlos se sintiese lo suficientemente desesperado y celoso para volver con ella. ¡Estaba equivocada! Durante ese proceso, las cosas se le escaparon de las manos. Los demás empezaron a decirle lo buena persona que era Alfonso y lo contentos que se sentían por ella. ¡Cómo iba a decepcionar a esa gente! Eso era lo que su madre le había inculcado, «nunca decepciones a la gente». Antes de que se diera cuenta, mamá había planeado la boda. Era imposible echarse para atrás. Podía haberlo hecho, pero no tenía el suficiente valor. Además, con el tiempo, Alfonso había llegado a gustarle, incluso le quería un poquito, a pesar de que no era el hombre con el que ella quería casarse. Pero lo hizo. Se casó con Alfonso y ahora no sabía qué hacer.

Llevaban tres años actuando como si todo fuera bien, cuando ocurrió el desastre. Susana descubrió que estaba embarazada. Fue también más o menos por la misma época cuando alguien le dijo que Juan Carlos estaba a punto de casarse con una de sus amigas del instituto. Al principio se puso como loca: ¡¿Cómo podía hacerlo?! Entonces recordó que había sido ella la que se había casado primero: ¡¿Cómo había podido ser tan estúpida?! Se daba de bofetadas a sí misma y se autocompadecía. La ira y la autoflagelación se convirtieron en un estado catatónico depresivo que casi acabó con ella y que, según creía, mató al bebé que llevaba dentro.

De alguna manera, Julieta consideraba que en muy raras ocasiones añadir un bebé a un mal matrimonio funciona. Cuando pensó en esto, su mente empezó a girar como un remolino. Construir una relación era como preparar

una comida. Se debe contar con los ingredientes precisos y en la combinación adecuada para que el resultado sea un éxito. Como medida preventiva, mientras se cocina, se debe probar la comida para asegurarse de que todo va bien. Si, en cualquier momento, el platillo no sabe bien, es posible que se le tenga que añadir alguna cosa. Sin embargo, esto no garantiza que el platillo acabe saliendo bien. En ocasiones, es posible que cuando se añada demasiada cantidad de algún ingrediente o demasiado poca, se arruine todo el esfuerzo.

Otras veces lo que sucede es que se añade el ingrediente equivocado. En un intento por rectificar este error, se añade algo más. El buen sentido dice que se tire el platillo y se empiece de nuevo, pero no se quiere perder lo que se tiene. Mientras pensaba estas cosas, el torbellino de su mente se detuvo y sintió como si hubiera entrado en el ojo del huracán. El pasado había desaparecido. Su madre y su padre habían muerto y ella no podía hacer nada para cambiarlo. Pero supuso que ella también había estado en cierto modo muerta aquellos últimos años. Era como si se hubiera vuelto a mirar hacia otro lado, de modo que ya no tenía frente a ella el pasado, sino el futuro. Y ahora la cuestión a la que se enfrentaba era ¿cómo sería aquel futuro?

No bien se hubo formulado esta pregunta, supo con una certeza como no había tenido hasta entonces que compensar de un modo exagerado o insuficiente lo que hizo o dejó de hacer al principio, a veces funciona en la cocina, pero muy raramente funciona en las relaciones. Quizá por eso se animó a contestarle:

Sabes que esta es tu casa.

Vente y acá lo hablamos.

Nos hará bien a la dos.

Besos.

J. R.

Ten valor bajo el fuego

Era común que Paco disfrutara de un tamal antes de ir a trabajar.

Julieta casi tropezó con él cuando salía por la puerta del edificio del periódico, sin duda, de camino para su tamal de banquetta con su marchante preferido.

—¡Hola, hola! —fue su animado saludo—. ¿Cómo te va hoy?

Julieta no sabía exactamente cómo le iba, pero le respondió:

—Muy bien, gracias.

—Debes de tener el estómago vacío.

Su primera reacción fue de sorpresa, pero hizo lo que pudo para ocultarla.

Paco, sin advertir su desconcierto dijo:

—Te lo pregunto, porque estaba pensando en invitarte un tamal. Si tenemos suerte, encontraremos de mole verde.

Era imposible resistirse a aquella sonrisa.

—Va.

—Acompáñame, entonces.

Julieta lo miraba de soslayo mientras caminaban por la acera, pensando interiormente en la apresurada conclusión que Genaro había sacado. Nadie habría descrito a Paco como «atractivo». Al verlo, lo primero que venía a la cabeza era la imagen de una almendra o cualquier fruto seco, era bajito y abombado.

No había pensado mucho en ello, pero puestos a decirlo todo, en su mente, tenía grabado el recelo que Genaro sentía ante cualquier hombre que estuviera cerca de ella.

Una vez en la esquina, donde el corazón del transeúnte palpita con mayor fuerza ante el puesto de tamales, Paco pidió la clásica e inseparable guajolota; ella, en cambio, al no haber más, uno de verde.

—Híjole, qué lástima —se lamentó Paco, mientras sacaba un billete de cincuenta pesos para pagar.

Julieta sonrió.

—No te apures, será para la otra.

El descanso fue relativamente corto pues Julieta, disciplinada a morir, dispuso que era tiempo de ponerse a trabajar.

Llegando al periódico separaron sus caminos, Paco se quedó en el área de edición y Julieta se sentó frente a su computadora para revisar un artículo que decía más o menos así: *En 12 días, suman cuatro los agentes privados de su libertad...*

En plena redacción, Susana dio señales de vida en el Facebook:

—¿Estás?

—Sí, pero estoy trabajando, ¿qué pasó?

—Espera, te cuento rápido: ¿a quién crees que conecté en el Face?

—¿?

—A Ricardo Arreola, ¿lo ubicas?

—No.

—Bueno, no importa. Nos quedamos de ver el sábado que entra. Dará una fiesta.

—¿Y?

—¡Estamos invitadas!

—¿Estamos? Me suena a manada. Conmigo no cuentas.

—No seas aguafiestas.

—No voy a ir contigo. Te lo advierto. Además, ¿qué le dirás a tu esposito?

—Que estaré contigo. Nunca pregunta a dónde salgo.

—Pero no se lo merece, ¿o sí?

—Bueno, ya. No voy a hablar de eso ahora. Llego el jueves. Besos.

Por extraño que pareciera, hacía cinco años desde la última vez que se habían visto. Julieta sabía de antemano que su reencuentro iba a ser un poco embarazoso, sobre todo por la rivalidad que les había impuesto la tía Raquel. En realidad, Julieta nunca llegó a aceptar que su relación se enfriara totalmente. Claro, que también había otra razón, la muerte de sus padres. Aunque, no podía dejar de pensar que, en parte, había sido responsabilidad suya. Susana solo le había demostrado amabilidad y simpatía, invitarla a pasar unos días era una forma de agradecersele. Sin embargo, ahora había una complicación que no había previsto y, que no estaba segura de cómo afrontar. Pero, puesto que no había forma de retirar su oferta sin que su prima se sintiera ofendida, no tenía otra opción que esperar a que llegara para tratar de disuadirla.

¿Habían pasado realmente tantos años desde que eran niñas y jugaban juntas? No tuvo tiempo de pensar más, pues en ese momento Marcos le dio una voz:

—¿Tienes un minuto?

Se incorporó como en trance, no le hubiera sorprendido si Marcos le hubiera dicho: «¿En qué carajos estás pensando?». Pero en lugar de ello, él sencillamente dijo:

—Siéntate.

—¿Qué pasa? —preguntó, algo nerviosa.

—Me acaba de llamar el procurador.

—¿Y?

—Acaban de encontrar una fosa clandestina en el norte y te quieren a ti para que cubras la nota.

Julieta quería creerlo, pero no podía.

—¿A mí?

—Sí —asintió—. Cree que tienes ideas muy firmes acerca de que un Estado de derecho es el pilar para construir una sociedad fuerte.

Tenía razón. Julieta creía que no se podía exigir respeto de nadie si no se lograba proteger a los ciudadanos, pero en esta ocasión sabía que había algo más. Su mente quedó atrapada en la mirada de Alejandro.

—Pero... —comenzó a protestar.

—Quieren que seas tú —fue la única explicación que le dio y, por supuesto, ella consintió.

—Por cierto —añadió—. Te deseo mucha suerte.

Le dio las gracias. Sin embargo, una parte de ella no estaba tan segura de que, en aquel momento, necesitara buena suerte. Tenía otra cosa que hacer, pensó: plantear preguntas y buscar respuestas. Aunque pudiera ser otro quien, de hecho, las encontrara.

Al final decidió que Alejandro Rivera sería el sujeto menos comprometido de su investigación. Necesitaba saber más cosas acerca de aquel hombre, puesto que todo apuntaba a que iba a desempeñar un papel capital en su vida, ya fuera en la escena o entre bastidores. Y sabía que no le iba a costar nada obtener información acerca de él.

Fue así como aquel lunes por la mañana, se instaló en las oficinas del procurador, un lugar familiar para ella, para husmear a sus anchas.

Alguien tosió a su lado.

Levantó la vista de los papeles que estaba leyendo y vio que Alejandro la miraba:

—Justo a tiempo —dijo—. Sígueme, por favor.

Julieta no podía controlar su voz para imitar el tono intrascendente de la de él, al igual que era incapaz de evitar que su barbilla se alzara para que sus ojos se cruzaran con los de él. Y entonces vio que de las profundidades oscuras de esos ojos ardía el color de la tierra. «Así que no son negros»,

pensó y se mordió el labio.

Más con miradas que con palabras, Alejandro había dejado bien claro que estaba a cargo de la investigación.

Incluso mientras el ascensor subía, Julieta podía sentir el calor de su mirada en la espalda. Contra su voluntad, lo miró por encima del hombro. Alejandro la miraba fijamente, con aquellos ojos casi negros. Una sonrisa especulativa transformaba los rasgos de su cara.

No sabía nada de aquel hombre, salvo que tenía ese tipo de belleza masculina que hacía que una mujer lo mirara dos veces. Ah, y por supuesto su sonrisa la ponía nerviosa. Era difícil olvidarlo. ¿Por qué parecía tan feliz?

Finalmente, llegaron a la azotea. Julieta oyó un zumbido, alzó la vista y el corazón le dio un vuelco. Un helicóptero los esperaba. Julieta había subido a uno una vez, para un reporte vial de un canal de televisión, y no le había gustado. El fuselaje estaba pintado de negro y en los costados lucía el escudo de la Policía Federal: una estrella de siete puntas con destellos plateados y al centro las siluetas estilizadas de los perfiles de un caballero jaguar y un caballero águila, mirando al exterior.

Alejandro fue el primero en subir como un profesional y apenas se agachó cuando pasó debajo de las aspas del helicóptero. Julieta se rezagó un momento.

—¿Volar no representa un problema para ti, verdad? —preguntó a gritos él, mientras le ceñía el cinturón de seguridad.

—¿No sería posible ir en coche? —le respondió medio en broma.

Alejandro no contestó.

Los motores aceleraron y, con un estruendo, el aparato se elevó hacia el norte.

En ese preciso instante, el celular de Genaro sonó.

—Adelante —contestó.

—Patrón, acabo de perder a la señorita.

—¿Cómo que la perdiste?! Explícate, cabrón.

—Pos, la seguí hasta la procuraduría y... El caso es que se subió a un helicóptero.

—¡Me lleva la chingada! Averíguate todo lo que puedas, ¿me oíste?

—Sí, patrón.

Genaro colgó maldiciendo entre dientes y enseguida marcó el número de Julieta.

Después de esperar unos segundos para que la línea le diera tono, lo mandó a buzón. ¿Colgaría al ver que era él? ¿O de verdad lo traía apagado?

Decidió enviarle un mensaje: *¿No piensas contestarme?* Demasiado agresivo, pero estaba seguro de que no tardaría en reportarse.

Mientras el helicóptero continuaba hacia el norte, Julieta iba sentada en silencio al lado de Alejandro. Él la estaba observando fijamente, como si la estuviera evaluando. Había algo en ella que despertaba su interés. ¿O quizá era la certeza de que pertenecía a Genaro Castillo?

No, era algo más. Bajo su máscara dominante y calculadora, estaba seguro de que se ocultaba una mujer dulce e inocente, pero también sexy, provocativa y ardiente. Llegarla a conocer sería un placer.

—Gracias por acompañarme —dijo en voz baja.

Ella se volvió y le dirigió una mirada de agradecimiento. Luego, apartó la vista deliberadamente, para no mirarlo. No era que deseara escapar de él, pero con cada palabra que decía, la hacía ser más consciente de que él era un hombre y ella una mujer. Él tenía la clase de personalidad poderosa que la atraía y se sentía nerviosa e insegura cuando estaba cerca. Maldita sea, tenía que relajarse.

Solo había un problema: no reaccionaba ante Alejandro como si fuera cualquier otro hombre. Su cuerpo vibraba simplemente con un susurro o una mirada suya. Era imposible, una estupidez, en especial con un desconocido. Se sentía abrumada y necesitaba desesperadamente pensar en otra cosa. Por

eso clavó la vista en la lejanía.

Sus ojos descubrieron las grandes cadenas montañosas y las vertientes del golfo y del Pacífico. La parte más septentrional, con más potencial y de mayor aporte económico para el país. Sin duda, un mercado interno muy atractivo para la droga. Julieta pensaba que se trataba de una de las mayores ironías, porque ahora la región norte era un símbolo dignificado de jornadas violentas y masacres entre cárteles del narco.

Recordó entonces aquel artículo de opinión escrito en un diario para resumir a la cultura nortea:

Llevan el desierto en la sangre, el paisaje desértico explica su historia e idiosincrasia: son valientes, denodados, trabajadores, industriosos. Su sed es infinita, se puede ver, de ahí su afición por la cerveza; se alimentan de carne asada y tortillas de harina; una punta del cuerpo está rematada invariablemente con botas, la otra con sombrero; aunque todos tienen, o han tenido o tendrán, una camioneta, en el fondo desean tener un caballo; parecen vaqueros, pero la mayoría solo ha visto una vaca en forma de machaca, burrito o barbecue dominical; son de carácter recio y honestote, como el desierto, pues; su lenguaje es de una franqueza cruda y bravucona, su sintaxis discontinua, su léxico concreto, cinchado, salpicado aquí y allá de anglicismos; son beisboleros y basquetboleros; su mirada siempre está puesta más al norte, hacia allá apuntan sus afanes separatistas.

—Objetivo a la vista —anunció el piloto, en un tono que no auguraba la menor bienvenida.

El centro de mando de la Policía Federal se hallaba en la punta norte de la ciudad, cerca de la frontera con Estados Unidos.

Julieta miró el complejo que se alzaba delante, una enorme fortificación de concreto que parecía impenetrable. Enormes antenas satelitales apuntaban al cielo desde el techo. En el frente, había grabado una leyenda familiar: PROTEGER Y SERVIR A LA COMUNIDAD.

Tan luego aterrizaron, el piloto abrió la puerta para que descendieran.

Alejandro bajó y se volvió para ayudarla, pero ella ya había saltado al suelo sin el menor esfuerzo. Para esto, Julieta encendió su teléfono y vio las llamadas perdidas que Genaro le había hecho. También notó que le mandó un último mensaje. Concluyó que debía estar descontrolado ya que nunca había hecho caso omiso a sus llamadas. Se detuvo un momento para enviarle un mensaje, pero lo que son las cosas, justo en ese instante entró una llamada de él.

—¿Dónde carajos estás? —preguntó.

Era evidente que estaba mal y de malas.

—Oye, ¿qué te pasa? A mí no me hables así —le respondió.

Naturalmente, la conversación no fue muy agradable. Así que, sin más, le colgó.

—¿Era tu novio? —preguntó Alejandro, que había estado fisgando.

«Oh, por Dios. ¿También tú?», pensó y sin querer dijo la cosa equivocada a la persona equivocada.

—Vete al infierno.

Una vez que los hechos tomaron ese extraño camino, Julieta se adelantó.

A escasos metros estaban tres oficiales, esperando discretamente. A uno de ellos le pareció muy chistoso el espectáculo y se rio. Claro está que Alejandro se volvió, furioso:

—Ustedes tres me hacen el favor de ir a chingar cada quien a su madre.

Ni contestaron ni se movieron. Alejandro, en cambio, avivó el paso.

—Conozco mejor el camino que tú —le dijo al darle alcance a Julieta.

Puede que él tuviera razón. Tenía que confiar en él, pero cuestionarla era algo que iba en contra de su independencia.

Dentro hacía frío. No se parecía en nada a las oficinas administrativas que Julieta había imaginado. Abundaban los aparatos de avanzada tecnología: hileras de computadoras, mapas electrónicos de la ciudad y monitores de

vídeo adosados a una pared, que transmitían una serie de imágenes en blanco y negro. Hombres con uniformes tecleaban furiosamente y escuchaban concentrados con auriculares futuristas. Otros más, contemplaban las imágenes con gran atención.

Julieta pudo darse cuenta de que el centro de comando estaba enfrascado en una intensa investigación.

—¿Estás bien? —preguntó Alejandro.

Ella se encogió de hombros, y le ofreció una sonrisa cansada.

Un hombre se acercó a ellos, dio la impresión de que crecía a cada paso. Julieta era alta, y no estaba acostumbrada a levantar la vista para hablar con alguien, pero el hombre lo exigía. Intuyó de inmediato que era el comandante del acuartelamiento. Llevaba el pelo negro cortado al estilo militar, y en sus ojos ardía una determinación inflexible que solo se conseguía con años de intenso entrenamiento. Se movía con rígida exactitud.

—Agente Rivera —dijo con una voz sorprendentemente baja para un hombre tan alto.

—¿Qué tenemos, Mancilla?

El comandante no contestó, en cambio, estudió a Julieta.

—Le presento a Julieta Romero —dijo Alejandro—. Reportera del diario La Gaceta.

Ella avanzó y le ofreció la mano.

Luego, el comandante les indicó con un ademán que le siguieran y los guio entre la maraña de aparatos electrónicos hasta una puerta situada en un costado de la sala.

Alejandro y Julieta obedecieron y se encontraron en una confortable oficina.

—Por favor —dijo—, siéntense.

Así lo hicieron.

—Nos están calentando la plaza —comenzó a decir—. Ocho personas fueron asesinadas y cuatro más resultaron lesionadas de bala, ayer. Sin contar

con los restos desmembrados de un hombre sobre el cofre de una camioneta. Además, encontramos una fosa clandestina.

Julieta sintió que se le revolvía el estómago.

—¿Cuántas? —preguntó Alejandro.

—Estamos en ello, pero calculo que superan los cincuenta.

Antes de que pudiera evitarlo, Julieta lanzó una exclamación.

El rostro de Alejandro se suavizó al instante y con la mayor naturalidad la tomó de la mano.

Ella se estremeció, pero esa reacción nada tenía que ver con el temor. Por ello, a regañadientes se obligó a retirarle la mano.

—¿Quieres que vayamos a verla? —preguntó Mancilla.

Quería, en efecto. Así que abandonaron el complejo, no sin antes rogarle a Julieta que desistiera de acompañarlos. Pero la determinación de ella, surgida del deseo de encontrar justicia, se impuso.

Partieron en dirección al oeste, por un camino adusto y solitario. Julieta iba sentada en el asiento de atrás, perdida en sus propios pensamientos. Pero eso no impidió que observara secretamente las manos de Alejandro, que descansaban sobre sus muslos. Eran grandes y fuertes, tan masculinas. Recordó, el suave y breve contacto de antes, el magnetismo que le electrizó el brazo, haciéndola estremecerse. De pensarlo de nuevo, se removió inquieta en el asiento.

—¿Te encuentras bien? —preguntó él.

—Perfecta —respondió, intentando parecer indiferente a la mirada de sus ojos, al tono recio de su voz.

¡Maldita sea! Algo extraño le estaba sucediendo con ese hombre y no le gustaba para nada. Alejandro era solo trabajo, Genaro, en cambio, ¡ay, Genaro! ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente inseguro? No tenía motivos, ¿o sí?

Era lo que estaba pensando, cuando la camioneta completó el trayecto.

Un letrero anunciaba que la zona era custodiada y el paso estaba prohibido.

Había al menos una docena de agentes, entre ellos, los peritos forenses.

Alejandro vaciló antes de bajarse. Tenía bastante experiencia en esos menesteres, era un hombre resistente al horror. Pero no estaba seguro de que Julieta lo fuera.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo.

—Es mi trabajo.

—Insisto.

—No creo que sea asunto tuyo —alzó la barbilla y la determinación asomó en sus ojos, esperando resultar convincente. La verdad era que esperaba que Alejandro no se diera cuenta de que el corazón le martillaba el pecho.

Él no abrió la boca durante un largo minuto. Solo frunció el ceño y la miró fijamente, como intentando descifrar cada uno de sus pensamientos.

—No, claro que no —dijo y enseguida bajó de la camioneta.

El silencio de la mortandad flotaba en el aire, mientras el sonido de palas y picos hurgaba en la tierra. A la distancia Julieta vio un cuerpo humano de sexo femenino en avanzado estado de descomposición, cubierto con una manta oscura. También se fijó que los peritos anotaban todo en estricto orden y concierto, antes de meter los restos en bolsas de plástico. El aire fétido golpeaba su nariz y estuvo a punto de desistir, pero pensó que no había llegado hasta allí para terminar con la empresa antes de empezarla. No se parecía en nada a lo imaginado.

Alejandro avanzaba a grandes trancos hacia la fosa, sin detenerse. Contó al ojo treinta y ocho bolsas debidamente selladas y numeradas. Con ojos implacables se dirigió a un perito forense:

—¿Cómo van?

—No descartamos la posibilidad de que, al seguir cavando, aparezcan otros cuerpos.

Ahora mismo estaban sacando varias osamentas más, pero no habían terminado, estaban sacando restos de pelo, huesos de una extremidad inferior, un pantalón, dos cráneos, uno completo y otro sin mandíbula. Julieta se

estrechó contra Alejandro y él la apretó contra su pecho. La arrastró lejos de ahí, obligándola a respirar bocanadas de aire. Estaba descompuesta, muda, temblando, incapaz de sostenerse en pie. Le acarició el cabello y trató de tranquilizarla, explicándole que no encerraba amenaza alguna, se trataban de cadáveres. Aunque las palabras carecían de significado para ella, demasiado impresionada para reconocerlas como su propio idioma, la cadencia de la voz la consoló un poco. Cuando estuvo más serena, decidió terminar su trabajo. Regresó a la fosa, llevando consigo la cámara fotográfica.

Julieta debió recurrir a un portentoso esfuerzo para controlar las náuseas y seguir adelante. No era una mujer de perder el control con facilidad y podía dominar su estómago, pero hasta entonces nunca estuvo frente a un espectáculo semejante. La sordidez del entorno, la penetrante fetidez y el temor acumulado contribuía a descomponerla. No podía respirar. A toda prisa tomó varias fotografías sin ocuparse del encuadre ni medir la distancia, apurada porque en cada flashazo, una arcada se atravesaba en su garganta. Se apresuró lo antes posible y se alejó tanto como pudo.

Durante horas aguardó bajo el sol, el tráfico de policías, peritos y los periodistas que no tuvieron permiso para acercarse. Las bolsas seguían llenándose. Estaba pálida, con los ojos desencajados, deslizándose muda, helada, como en una inacabable pesadilla, tan impresionada porque cada uno de los ahí presentes manipulaba la muerte como una mercancía banal, contagiados seguramente, por su ya agotada capacidad de lástima. Cualquier sonido la sobresaltaba.

—¿A dónde los llevan? —le preguntó a Alejandro con voz trémula.

—A la morgue, ahí podrán examinarlos de cerca —contestó y al ver su congoja, la rodeó instintivamente con un brazo

Ella descansó la cabeza sobre su hombro, buscando alivio para lo que acababa de presenciar.

De a poco, Alejandro percibió el roce de Julieta contra su cuerpo. Adivinó sus contornos y tomó conciencia del peso de su cabeza en su brazo, la curva

de su cadera contra la suya, el cabello negro como una sedosa cortina, acariciándole el cuello, despertando su rebelde imaginación y la inexplicable atracción que su alma sentía por ella.

Maldita sea tenía que apartarse de ella ya. Desearla no era parte del plan, atrapar a Genaro Castillo, ese era el plan. Así de simple.

Pero había algo en Julieta que lo conmovía profundamente. El deseo que sentía por ella tenía, sencillamente, poco que ver con atrapar a Genaro Castillo. Algo en su interior le gritaba que abandonara la pesquisa y reclamara a Julieta para sí. Que la hiciera suya para siempre. La deseaba más de lo que había deseado nunca a Emiliana.

Peor aún. La estaba engañando y saberlo no le gustaba. Si Julieta se enteraba, no comprendería por qué lo había hecho, solo vería sus acciones como una enorme traición a su confianza.

Julieta debió notar el cambio en su respiración, porque enseguida levantó la cabeza y se soltó de su abrazo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

—Iremos a la fiscalía del Estado.

Lejos de aquel descubrimiento, los hombres de Genaro Castillo esperaban órdenes mientras vigilaban el edificio de la fiscalía.

Así pues, la tarde culminaba cuando Alejandro y Julieta llegaron a su destino. Mancilla, sentado en el asiento del pasajero, se volvió hacia ellos.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le preguntó a Alejandro.

Julieta le entendió de inmediato.

—Te espero adentro.

Abrió la puerta y bajó.

Por algún motivo desconocido, la mirada de Alejandro se quedó clavada al otro lado de la calle. «Algo no va bien», pensó.

Una motocicleta estacionada en la acera de enfrente se puso en marcha,

aceleró y pasó por un lado como un viento fatídico disparando al menos en diez ocasiones contra ellos. Para esto, un segundo antes, Julieta sintió la energía de Alejandro que la impulsaba.

—¡Al suelo! —gritó cubriéndola con su cuerpo antes de que estallaran los disparos.

Alejandro Rivera curvó su cuerpo protectoramente sobre las formas de Julieta para protegerla cuando sonaron más disparos.

Ella se estremeció y contuvo un grito. Alejandro la estrechó con más fuerza, apretándola contra su cuerpo. Salvarla era algo instintivo. El peligro era su trabajo, una necesidad y no estaba dispuesto a permitir que Julieta muriese.

—Voy a ponerte a salvo —le susurró al oído.

El instinto le conminaba a sacar la pistola y devolver los disparos, al igual que hacían el resto de los elementos ministeriales. Pero no quería asustarla. Ella ya estaba muerta de miedo, para ganarse la vida denunciaba el crimen escribiendo, no esquivaba balas.

En medio del fuego cruzado, Julieta intentó incorporarse. Alejandro la detuvo.

—Tengo que ponerte a salvo —insistió, ayudándola a ponerse en pie—. ¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza.

—¡Entonces corramos! —cogió su mano, cubriéndola por completo con la suya. Corriendo tanto como se lo permitían las piernas, Alejandro arrastró a Julieta al interior del edificio, urgiéndola sin palabras a darse prisa. Se oyeron más disparos y luego, las motocicletas aceleraron, alejándose.

—¿Alejandro? —pronunció su nombre con inseguridad.

Con la tensión, anudándole las entrañas, él contestó:

—Tranquila, cariño. Ya pasó.

—¿Cariño? —se tensó e intentó apartarse de él.

Alejandro ni se movió, ni la soltó.

Un escalofrío bajaba por su espalda. El calor que él emitía le atravesaba la

piel. La forma en que la abrazaba, como si ella fuera todo para él. Puede que él fuera uno de los buenos, pero en ese momento su posición era la de un auténtico depredador.

—Disculpa, pero no creo que necesites tocarme con tanta intimidad para sacarme de aquí.

Cierto. Ella tenía razón, maldita sea. Tenía que relajarse.

—Lo siento —se incorporó y le tendió la mano para ayudarla a levantarse—. Estoy tratando de salvarte la vida, no de arrancarte la virtud.

El comentario fuera de lugar la encendió.

—Imbécil.

—Piensa lo que quieras —la sonrisa de Alejandro le dijo a Julieta que esa afirmación le divertía. Acto seguido, la condujo hacia una de las oficinas.

—Espera aquí, no tardo.

Esta vez, Julieta no protestó.

Tras el episodio, Alejandro sabía varias cosas innegables sobre Julieta Romero: Uno, tenía un cuerpo increíble. Lo que veía, sentía y olía cuando la tenía cerca lo afectaba a un nivel primitivo. Dos, tenía una veta de independencia que le decía que sería todo un reto y un triunfo para el hombre que pudiera dominarla. Pero también sabía algo más sobre ella: no se dejaba llevar por el pánico ni se rendía ante el peligro. Estaba asustada, cierto. Solo una idiota no lo estaría. Julieta había actuado con lógica, a pesar de que al principio se había mostrado en desacuerdo con él y había rechazado sus primeras ofertas de ayuda. Todo eso decía mucho de ella... y de cómo tenía que tratarla. Con paciencia, persistencia, y una combinación de ternura y exigencia. Sin embargo, la atracción que sentía por ella no iba a impedir que atrapara a Genaro Castillo.

Alejandro se abrió paso entre la multitud, para entonces la zona ya se encontraba acordonada. Los servicios paramédicos estaban confirmando la muerte de Mancilla y del chofer. El personal de Servicios Periciales, por su parte, recababa los indicios balísticos y una nota escrita sobre un pedazo de

cartón en el que se leía:

Procurador, haga caso seguimos teniendo la plaza.

Atte.

El cártel del Centro.

Al cabo de unos minutos más, la multitud de los curiosos que siempre parecen estar al acecho en todas partes cuando sucede algo fuera de lo común, se materializaban. Tan inesperadas derivaciones tenían que encontrar un hasta aquí. Fue activado el Código Rojo en la entidad y Alejandro decidió sacar a Julieta de ahí.

—Gracias —dijo ella. No logró que su voz sonara más alta que un susurro.

—Ese es mi trabajo, Julieta.

Palabras sinceras. No eran nada del otro mundo, ni tampoco una invitación. Una enorme oleada de decepción la inundó, mientras el coche patrulla se alejaba.

¡Di lo que sientes!

No temía estar sola. Estaba acostumbrada y se sentía a gusto. Aun así, una vez que se quitó los tacones y, tras haberse preparado en la cocina una taza de té, algo llevó a Julieta a sentarse en la butaca, junto a la mesa de vidrio que estaba en la estancia, y le hizo marcar el número de Genaro.

—Hola —dijo en cuanto él descolgó—. Soy yo.

Genaro podía oír el temblor de su voz.

—¿Qué ocurre, guapa? ¿Estás bien?

—No —dijo y comenzó a explicarle lo sucedido.

Sesenta minutos después, Julieta estaba terminando de leer su artículo, cuando Genaro tocó a la puerta. Llevaba meses sin trabajar de noche y nunca antes lo había hecho con tanta fluidez. Echó un vistazo al reloj de la pared por encima del hombro, Genaro le había dicho que la encontraría en dos horas. Lo había hecho en una. Apretó la tecla ENVIAR y se apresuró a abrir la puerta.

Se veía grande, fornido y con ganas de pelea, bloqueándole cualquier vía de escape. Y, por lo que veía, a duras penas podía controlar su enojo. Apretaba los puños con fuerza, tenía las venas marcadas en los antebrazos, la mandíbula tensa, las cejas fruncidas sobre la mirada reprobadora. Cualquier persona que no lo conociera diría que su expresión era neutra. Pero ella lo conocía bien y sin duda había echado de menos todo eso.

—No, no te dejaré sola. De hecho, tengo que hacerte una pregunta: ¿te has vuelto loca?

—¿Por querer hacer mi trabajo? Pues sí, debo estar loca.

—¡Me lleva la chingada! —Se mesó el pelo y se acercó todavía más—. ¿Qué demonios estabas pensando?

—A ver, Genaro, tranquilízate. Para tu información, no eres la única persona del planeta que puede mantenerme a salvo.

Al parecer no le gustó la respuesta, porque avanzó un paso más; un tipo dominante y encabronado y, a pesar de todo, preocupado por ella.

—¿Qué me quieres decir? ¿Hay alguien más?

—¡Por Dios! ¿Ya vas a empezar?

—¿Por qué? ¿Por qué antes me comporté como un cabrón? No pongas esa cara de sorpresa. Es cierto, me equivoqué. Y lo lamento.

¿Genaro disculpándose? No. Era demasiado bonito para ser verdad. Tenía que haber una trampa por algún lado.

—Como sea. Estoy cansada y prefiero no pelear, así que mejor te vas.

—No pienso irme a ningún sitio. Me perdones o no, no voy a volver a dejarte sola. Y, si crees que hemos terminado —avanzó hacia ella, pareciendo más fuerte y posesivo, si eso era posible—, estás equivocada. De ninguna manera voy a dejarte. Punto.

—¿Así que no quieres perderme? Ya. ¿Qué soy para ti, Genaro? ¿Un capricho? ¿Un juguetito con el que puedes coger? Te felicito. Ahora vete —declaró y pasó con rapidez a su lado.

Genaro la cogió del brazo y la atrajo contra su pecho.

Julieta no tardó en sentir su calor, su fuerza. No debería importarle, no debería ponerla tensa, no debería sentirse ansiosa. Pero lo hacía. Lo deseaba con un desesperado anhelo que tensaba su cuerpo y hacía que le doliera.

—¿Un juguetito con el que puedo coger? —le susurró—. No. A un juguete podría haberlo devuelto a su caja y olvidarlo. Podría haberlo desdeñado sin volver a pensar en él. Un puto juguete no me calentaría cada vez que oigo su

voz ni me afligiría cuando lo viera llorar. Ni estaría dispuesto a entregarle mi corazón en una bandeja a cambio de una jodida sonrisa.

¿Cómo podría estarle diciendo eso? Era imposible después de cómo la había tratado.

—Suéltame.

La respuesta brilló claramente en la mirada torturada de Genaro. Le importaba y no la dejaría nunca. Solo quería que comprendiera que no deseaba compartirla con nadie más. En sus ojos acechaba el miedo de que ella no pudiera amarlo. De todas las cosas que Julieta habría esperado eso se encontraba al final de la lista. Por eso, con una mano, le ahuecó la mejilla oscurecida por la barba y le acarició el pómulos con el pulgar. La vulnerabilidad que escondía su ceño le rompió el corazón al tiempo que él le besaba la palma de la mano y la observaba con una mirada que no podía ocultar su temor.

Julieta vaciló. Si le confesaba que estaba intentando contener el peligroso deseo de enamorarse de Alejandro, le causaría mucho dolor. Por eso no respingó cuando él le cubrió la boca con la suya con un deseo urgente y exigente a la vez. El roce de esos labios, la danza sensual de esa lengua y, de repente, todo su ser se llenó de Genaro; de su olor y de la anchura de su pecho, del sabor de su boca y de la forma en que la abrazaba. Empezó a preguntarse, ¿por qué hacerle daño a ese hombre que ya había sufrido bastante?

Él le dio un ligero beso en la comisura de sus labios, retrocedió y le preguntó:

—En serio, ¿es tan importante para ti tu trabajo?

¿Era tan importante? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que afectara su relación?

—Me... encantaría que no fuera así.

Genaro frunció el ceño, asintió con la cabeza, se giró y caminó hacia el otro lado de la estancia, dejando claro que ella quería más de lo que él estaba

dispuesto a darle. La verdad le hizo daño, le desgarró las entrañas. Pero ella había hecho lo que debía. Mentir no hubiera funcionado. Al final, la caída solo habría sido más dolorosa. Les habría hecho daño a los dos.

Genaro se giró y regresó de nuevo a donde ella estaba. No era difícil darse cuenta, algo había cambiado, pero tenía la esperanza de estar equivocado.

—Nomás no te enamores. —Sus ojos se mostraron furiosos, como si el dolor fuera superior a su control.

Sufrió tanto como él. ¿Por qué le estaba dando esa pauta? ¿Acaso él sabía algo que ella no? Julieta estaba segura de que él podía notar su indecisión, por eso le había repetido las mismas palabras que le había dicho más de diez años atrás.

—Genaro... —murmuró.

—Estás cansada y solo quiero sentirte, saber que estás bien —interrumpió él contra su boca.

Acto seguido, la llevó a la cama, le quitó la ropa para dejar al descubierto su piel. Se desnudó y se deslizó tras ella sobre el colchón, pero no hizo nada más.

—Duerme —le exigió en un susurro.

Era agradable sentirlo contra su cuerpo. Se sentía querida, protegida, excitada. Incluso intentó con todas sus fuerzas no darse la vuelta para decirle que lo amaba, pero era una mentira y ella lo sabía.

Lo que tuviera que ocurrir, ocurriría.

—Genaro... —volvió a decir.

Él no contestó. Estaba en el infierno, pensando en que tenía que confesárselo. Estuvo ahí y lo vio todo. Explicarle lo que sintió cuando la vio bajar de la camioneta. Y más aún, cuando el jodido polizonte la cubrió con su cuerpo y la tomó de la mano y echaron a correr entre el fuego cruzado. ¿Qué estaba haciendo ahí? Era una complicación que él no había previsto, pero era demasiado tarde para dar marcha atrás. Necesitaba explicárselo y jurarle por su vida que todo cambiaría. Se daba cuenta de que con sus mentiras de a poco

la estaba perdiendo. Lo sabía, lo había visto antes, en la mirada de sus ojos. Entonces, ¿por qué la seguía engañando?

Intentó no dejarse llevar por el miedo a perderla y la desperezó con un beso. Lentamente, Julieta abrió los ojos. Su lánguida mirada azul y su desperezar felino le produjeron una punzada en el corazón. Julieta no era simplemente hermosa, sino que era perfecta para él. La amaba como... como nunca había amado a ninguna mujer. Y si no jugaba bien sus cartas, la perdería.

—Julie. Guapa... —murmuró.

¿Y ahora qué? ¿Cómo continuar? ¿Cómo demonios podía acabar la frase?

—Tengo algo que decirte —susurró.

Las cejas de ella se arquearon en un ceño cansado. Bostezó, cubriéndose la boca con la mano en un gesto tan femenino como inocente. Luego, abrió los ojos. Del todo. ¿Qué la esperaba esta vez? Pero no preguntó solo lo miró fijamente.

—¿Me amas? Necesito saberlo —le preguntó.

Julieta contuvo el aliento, esperando, preguntándose si había escuchado bien, no podía estar hablando en serio, pero apenas tuvo tiempo de pensarlo, porque él, impaciente —demonios, temblando— por la necesidad de tocarla, le deslizó las palmas de las manos por los costados, clavándole los dedos en la cintura mientras dejaba un reguero de besos por esa piel suave. Ella jadeó cuando las manos de él bajaron por sus caderas y la boca masculina encontró el lugar sensible donde la cadera se unía al muslo. ¿Qué estaba haciendo?

—Este momento —murmuró él contra sus dulces curvas—. Solo te pido este momento. Arreglaremos todo lo demás más tarde.

Julieta lo miró con los ojos azules relucientes. Le transmitía su incertidumbre y la necesidad de ceder. Una vez más, esa mente suya tan racional la hacía vacilar.

—Julie —Genaro bajó una octava el tono de voz, la presionó y aprovechó la ventaja—. No digas que no.

Ella cerró los ojos, sus largas pestañas sombrearon las mejillas levemente

ruborizadas. Una sonrisa autorrecreminatoria curvó sus labios.

—Jamás he podido decirte que no.

¿Existía algo más perfecto que esa pálida piel, más tentador que acariciar la firme longitud de sus piernas, o que arrodillarse ante el paraíso de su sexo? No para él. Julieta y todo lo que ella ofrecía eran lo que siempre había estado buscando.

Así, rezó y se afanó para poder conseguir lo que ambos deseaban del otro, para ser el amante que el otro necesitaba.

Por un momento Julieta se sintió aturdida. No había vergüenza ni preocupaciones. Solo una admisión manifiesta de lo que él quería. Al parecer, Genaro estaba dispuesto a dejar a un lado sus celos. Una decisión arriesgada, una que probaba que en realidad quería tenerla en su vida porque ella le importaba.

Nada hubiera podido impedir que estallara en mil pedazos bajo aquella lengua instigadora. Por eso, al cabo se tensó en torno a él. No gimió ni gritó, sino que soltó un fuerte y profundo alarido, mientras se agarraba con fuerza a las sábanas y las oleadas de placer atravesaban su cuerpo. El clímax la destrozó por completo, golpeándola tan fuerte, que se quedó sin aliento. Y apenas intentaba recomponerse cuando lo observó colocarse un condón y volver a cogerla por las caderas. Y se deslizó en su interior, exigiendo con rudeza que se abriera y aceptara cada centímetro de su miembro.

La estaba matando. De verdad que la estaba matando.

Con un ritmo que parecía especialmente diseñado para arrasar sus sentidos, sintió que la carne de Genaro empujaba todavía más profundamente en ella, provocándole estremecimientos de placer mientras exhalaba en su cuello y murmuraba:

—Eres mía. Te amo.

Algo se rompió en su interior. Sintió que las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Podría haberle dicho que también lo amaba, pero sabía que era una mentira. Lo deseaba, incluso lo quería. Pero no, no estaba enamorada de él.

Entretanto, Alejandro Rivera revisaba de nuevo el expediente de Genaro Castillo. Tenía claro que había una campaña deliberada para acabar con el procurador y lo único que le parecía lógico era encontrar a Castillo. No iba a negar que estaba engañando a Julieta para utilizarla, pero no pensaba hacerle daño. Todo lo contrario. Pensaba descubrir el nexos que la unía a Castillo, pues todo indicaba que tenían una relación íntima.

El tipo era un misterio, no se le conocían amigos cercanos ni nunca nadie lo visitó en su casa. Su padre, un tal Luis Castillo, trabajaba para los señores Romero. A los veinte años quedó viudo y con un hijo. No era difícil suponer que el señor padecía suficientes problemas como para hacerse cargo de un niño pequeño. Por eso, Alejandro supuso que, de algún modo, Genaro había intimado con la familia.

Sea como fuere, todo indicaba que Genaro era un discípulo y admirador de quien lo trataba como a un hijo más. Pues su relación con el entonces magistrado jamás había quedado clara. Sin duda, pensó, Julieta y él habían crecido juntos y convencidos de que no podrían separarse. Se estremeció al pensar en esos juegos de niños y, de paso, en el despertar a las primeras inquietudes de la pubertad. Por alguna maldita razón le molestaba pensar que Julieta fuera la mujer de Genaro. No podía ser. No era posible. Sus ojos lo habían mirado con hambre. Tenía los ojos más azules que jamás había visto. Ni siquiera un ciego podía ignorar la curiosidad y la necesidad que asomaba en sus ojos. Y él no estaba ciego. Pero también había algo que la hacía contenerse. ¿Quizá el afecto latente que sentía por Genaro?

La pregunta surgió de la nada. La cólera lo invadió como una corriente helada. Alejandro vaciló. Julieta había abierto una brecha en su control. Necesitaba pensar. Julieta y sus sentimientos no eran importantes, ella era un medio para alcanzar un fin. No era la mujer adecuada con la que enrollarse. Ya había pasado por eso antes. Tenía cicatrices que lo probaban. Tenía que concentrarse en obtener de ella algunas respuestas, no en las sensaciones que le provocaba.

Cierto, podía imposter al policía malo y abordarla directamente. Sin embargo, primero quería ganarse su confianza.

Alejandro estaba seguro de que Julieta nada sabía de lo que Genaro hacía, porque incluso los delincuentes tienen sus códigos de conducta.

Así pues, retrocedió diez años y revisó el expediente de Joaquín Romero comparándolo con la información que tenía sobre el Cártel del Centro.

La crónica de los hechos fatídicos terminó siendo más extensa de lo que había supuesto, aunque solo abarcaba unos meses, nadie logró probar que se tratara de un crimen. Incluso acusaron al único testigo ocular, que resultó ser Genaro, de distorsionar los hechos para probar una supuesta teoría de complicidades.

Igual que otros tantos personajes clave, el procurador de entonces y actual senador, Gerardo Rocha, también había guardado silencio y se había esforzado por desmentir cualquier nexo con el narco. Sin embargo, al comparar las fechas, encontró que, tras el asesinato de Joaquín Romero, el procurador renunció repentinamente a su cargo. Así pues, volvió a revisar más sobre Gerardo Rocha, buscando alguna clave que lo vinculara con el Cártel, pero no pudo hallarla.

Después de estudiar los hechos bajo su lupa de lógica irrefutable, Alejandro Rivera llegó a ciertas conclusiones que se aproximaban más a lo que había pasado. El asunto tenía un cariz tan insensato, que no podía atreverse a comentarlo con nadie más. No tenía dudas: las investigaciones habían sido alteradas. Pero por algún motivo, aún se sentía inquieto. «Presentimientos no son hechos».

Podía ver a su lado en la almohada el espacio hundido donde había descansado la cabeza de Genaro mientras dormían. Pero él ya no estaba.

Julieta tenía el vago recuerdo de su marcha, del beso que le había dado al irse y de lo que le había dicho. Se irguió y fue hacia el baño.

Al meterse a bañar, recreó lo último que Genaro le dijo.

«*Tenemos que hablar del futuro*».

Ella no quería hablar de eso y menos con él, porque sabía lo que eso significaría. Tendría que dejar su departamento y sus muebles, y sus libros y su trabajo. Su vida... «¿Por qué no me di la oportunidad de ser feliz sin que mi felicidad dependiera de él?», pensó y enseguida empezó a sonar su teléfono, acallando el silencio. Se envolvió a prisa con una toalla y salió a contestar.

—Soy yo. ¿Estás vestida?

Era la voz grave y educada de Alejandro, inundándola con una ola de calor y energía que le borró los pensamientos, recuerdos y dudas.

—No. Acabo de salir de la regadera.

—Entonces, voy para allá ahora mismo —bromeó.

—No seas idiota, Alejandro. ¿Qué quieres?

—Me quedé preocupado por ti, ¿cómo estás?

Puestos a decirlo todo se emocionó e incluso se alegró de que no estuviera presente en la habitación para ver la expresión de su cara cuando respondió:

—Mejor, gracias.

—Tenemos que hablar.

—¿Alguna información nueva?

—Algo por el estilo. ¿Quedamos para comer?

Fue también una suerte que tampoco viera su expresión al decir:

—Suenas como una cita.

—En algún momento tienes que comer, ¿no?

—De acuerdo, me viene bien —dijo y quedaron en que él pasaría por ella al periódico.

Alejandro colgó, se quedó pensativo un momento y después llamó al procurador.

—¿Ya te enteraste?

—Era imposible no hacerlo —le aclaró—. Salió en todos los noticieros.

Cierto. La radio y los matutinos habían difundido la noticia. En cambio, los diarios de la mañana la desplegaron en primera plana y a ocho columnas.

—¿Podemos vernos?

—Ahora mismo tengo una reunión. Te veré después.

En otro lado de la ciudad, otro celular sonó.

José Manuel Quiroz contestó.

—Aquí yo, allá quién.

—Soy yo —dijo la voz masculina.

Quiroz sonrió.

—¿Qué pasó, compa? ¿Qué noticias me tienes?

—Mañana comeré con el procurador en el lugar de siempre.

—Eso es bueno, compa.

—Es posible que lleve más escoltas de lo normal.

—Tomaré nota.

—Insisto, Rivera es inteligente.

—¿Hablas del polizonte?

—El mismo. Ten cuidado.

—Tranquilo, déjame a mí —colgó y se dirigió a Genaro.

—Ya estuvo. Tienes vía libre.

—¿De qué hablas?

—Mañana el procurador será historia. Tú te vas a encargar de que así sea.

Julieta estaba inquieta, no podía concentrarse. Miró por la ventana hacia *La Fuente de Cibeles*, una réplica exacta de la Madrid, obsequiada por la comunidad española como símbolo de la hermandad entre ambas naciones. Para romper la tensión encendió un cigarro, el cuarto de ese día.

Se sentía fuera de lugar, ¿habían pasado cuántas horas desde la última vez

que vio a Alejandro? Doce, tal vez. Pero desde que colgó con él había sido todo un *show*:

«¿El vestido negro pegadito o el azul de bolitas? ¡No! Ir de vestido es muy provocativo. Parecería que voy directo a... ¿lo que voy? ¿A qué voy, por cierto? Además, después de la primera botella de vino los sentidos flaquean y se me aflojan las piernas, así que ir de falda es una invitación abierta a que me meta la mano bajo el mantel.

¿A dónde lo llevaré? Supongo que él va a pagar. ¡Sería el colmo que me pidiera poner algo para la cuenta! No. Eso no va a pasar. El tipo se muere por mí y va a usar todos los artilugios para conquistarme. ¿Qué hago? ¿Pantalón de mezclilla o el azul de vestir? ¿Pelo suelto o recogido? Ir de cabello suelto me obliga a estar tocándomelo y eso a los hombres les parece sexy. ¿De qué vamos a hablar? Seguramente va a estar elogiándome desde el principio y podría ser incómodo. ¿Y qué tal si la conversación sube de tono? ¡Me conozco! ¿Por qué yo misma respondí con tal entusiasmo a una invitación sin explicación lógica posible? ¿Qué pensará de mí?» Al final, se decidió por unos jeans y un suetercito corto, desde luego, los tacones no podían faltar.

Julieta dejó de hacerse preguntas sin respuesta, de mirar por la ventana, de fumar un cigarro tras otro. Miró su reloj: ya casi era hora. Agarró su bolsa y se despidió de Marcos.

Quince minutos después apareció Alejandro, vestido de traje. Lucía impecable, como siempre. Se escrutaron por unos cuantos segundos. Ni una palabra del día anterior, ni una palabra de sus vidas durante las horas que dejaron de verse; solo una pregunta obvia, pero necesaria.

—¿A dónde vamos?

—Tú dirás —contestó ella, sin poder definir el lugar ideal.

Él le dijo que había conocido un restaurante cerca de ahí. No hizo falta que insistiera, pues ella decidió que eso le daría la oportunidad de conocerlo más.

—Okey —respondió—, te sigo.

Era un espacio iluminado, de techos altísimos y con mesas pequeñas. Una

hermosa casona, remodelada para cumplir su propósito.

El mesero les asignó un sitio en la terraza, desde donde podía admirarse un espacio público que albergaba una arboleda, sitio que, de hecho, se afanaba por sobrevivir en la arrebatada ciudad. Sin duda, espacio emblemático de la zona.

Mientras se sentaban a la mesa, impecablemente decorada y aguardaban a que les sirvieran las bebidas que habían pedido, Alejandro le fue diciendo:

—¿Cómo le llamarías a lo que está sucediendo?

—¿Te refieres al enfrentamiento de ayer?

Asintió con la cabeza.

—Un rebasamiento a las autoridades. La delincuencia organizada y el narcotráfico han penetrado tanto que han invadido hasta las entrañas del país, arrasando con todo lo que han encontrado a su paso. La política se ha convertido en el mejor instrumento para construir redes de complicidades y mafias de poder en donde se combinan capitales e intereses de toda índole.

—Lo que viviste ayer fue una pelea por el control, una disputa de territorios, un mensaje para el procurador.

—En ocasiones me pregunto, ¿no te resulta frustrante todo esto?

—¿Qué cosa?

—Digo, hoy desmantelas un cártel y mañana, ¿qué?, ¿viene otro a ocupar su lugar? Es un cuento de nunca acabar.

—Cierto, pero alguien tiene que hacerlo.

—Puestos a decirlo todo, por más que las dirigencias nacionales o estatales de los diferentes partidos políticos, donde está concentrada la política partidista, se deslinden de quienes no han podido ocultar sus nexos con el narcotráfico y la delincuencia organizada y abiertamente están involucrados con los capos de la mafia, porque sus acciones han trascendido, no pueden negar de ninguna manera la estrecha relación entre algunos y plenamente identificados activistas, militantes y simpatizantes de esos cotos de poder o bancadas, tratándose de diputados.

—No cabe duda.

Ella no le entendió bien.

—¿Cómo dices?

—Sonará extraño, pero verte me bastó para saber que eras una mujer inteligente. Además de hermosa, claro.

La sorprendió. No tanto el comentario como el tono en el que lo había dicho. Por primera vez desde que lo conocía estaba flirteando. No le molestó, pero la había cogido desprevenida, así que se tomó algunos segundos para recuperarse, utilizando como excusa el menú.

—Ya sé que voy a pedir —dijo finalmente.

—Ah, ¿sí? ¿Qué se te antojó? —sonrió burlonamente, y de nuevo tuvo la sensación de que le estaba coqueteando.

—Un totoaba, ¿y tú?

—No lo sé, déjame ver —sus ojos otearon rápidamente el menú—. Ya está, me decido por una milanesa con jamón serrano.

A sugerencia de Julieta, acompañaron la comida con un vino blanco.

—¿Y qué estudiaste en la universidad? ¿Política? —preguntó él.

—No. En la escuela aborrecía las alegorías políticas y todas esas monsergas. Jamás funcionaron conmigo. Hace cien años *el Primer Jefe* propuso una revolución en el sistema de justicia penal que apenas se está haciendo realidad. Su propuesta fue un sistema donde los jueces de instrucción del Porfirismo y la Colonia ya no concentraran las funciones de acusar y juzgar. Así es como me siento a propósito de nuestro sistema de justicia. Así que estudié periodismo.

No se lo discutió. Pero quiso saber.

—¿Y por qué no leyes?

—Supongo que por la corrupción. Mi padre siempre decía que se necesitaban cambios estructurales en los órganos de justicia para contar con una policía profesional; fiscalías y servicios periciales autónomos; defensa pública de calidad; jueces, fiscalías y defensores especializados en la

ejecución penal, que buscaran resolver los conflictos en lugar de perpetuarlos para recibir una tajada —recordó entonces cómo se ganaba él la vida e intentó suavizar su juicio—. Bueno, no todos los policías, naturalmente, pero...

—No, no, ahora ya no vale. Lo has dicho. —Se echó hacia atrás y la observó divertido—. Trataré de no tomármelo a mal.

—Pero yo no quería...

—Solo conseguirás empeorarlo —le advirtió.

—En todo caso, el periodismo me ha dado muchas satisfacciones —aclaró ella.

—Bueno, tienes talento.

—He recibido críticas de todo tipo. —Hizo una pausa porque acababa de darse cuenta de lo que él había dicho y de cómo lo había dicho—. ¿Por qué piensas que tengo talento?

Lo sorprendió.

—Tal vez porque he estado siguiendo tu columna.

—Ah, ¿sí?

—Disfruto leyéndola. Me impresiona lo duro que te avientas.

—Vaya, te lo agradezco.

—A mi padre le hubieran encantado tus artículos —dijo.

—¿Hace cuánto murió?

—Cuando tenía dieciocho.

—Lo siento.

—Gracias. Yo también —dijo y desvió de nuevo la conversación hacia ella.

—¿Tus padres viven?

—No. Los asesinaron cuando cumplí diecisiete —contestó sin pensar.

Fiel a la predicción que sobre ella había hecho, Alejandro se fijó en que el azul de sus ojos se ensombrecía y bajo aquella sombra advirtió que su dolor era demasiado grande. Así pues, no pudo evitar el reto.

—¿Te sientes culpable?

En esta ocasión Julieta logró ocultar mejor cómo se sentía.

—Es posible.

Era lo que estaba diciendo cuando una mujer se acercó a la mesa y la interrumpió. La conocía. Era una compañera de la prepa.

—J. R., ¿cómo estás?

—Muy bien, gracias. ¿Y tú?

—Desde hace rato quería venir a saludarte, pero como te vi tan entretenida —lo dejó caer de pasada, como el veterano pescador que pone el cebo en el anzuelo—. Tenía un buen rato que no te veía, desde...

—La prepa —afirmó Julieta.

—Exacto. ¿Un amigo tuyo? —preguntó balanceando el anzuelo todavía más cerca, hacia Alejandro.

Por su expresión podía verse a qué conclusión había llegado y el demonio que había dentro de Julieta no le metía ninguna prisa para sacarla de su error. Sobre todo, porque Alejandro buscó su mirada con afectuosa indulgencia y se quedó a la sombra, mientras ella se ocupaba de las debidas presentaciones.

Así pues, la mujer en cuestión se inclinó hasta prácticamente apoyarse en la mesa, para estrechar la mano de Alejandro. Un gesto que a Julieta le pareció bastante descarado, pues su escote dejaba ver el nacimiento de sus tetas enormes.

Él se dio cuenta enseguida de lo que ella estaba haciendo y Julieta pudo leer en sus ojos una expresión divertida.

—Por cierto, hablé con Susi —le dijo a Julieta.

—Ah, ¿sí?

La mujer miró a Alejandro.

—Deberías ayudarme a convencerla de que venga a la fiesta del sábado.

Julieta no había previsto algo así y contuvo el aliento, pero Alejandro captó perfectamente la jugada. Pasó posesivamente su brazo detrás de Julieta, se acercó más a ella y respondió:

—Nos encantaría, de verdad, pero tenemos lo de mi hermana. ¿Verdad,

cariño? —Se volvió hacia Julieta para dejar caer toda la fuerza de su sonrisa.

—Sí, es cierto.

—Qué pena. En fin, tengo que irme ya. Me dio gusto verte.

—Lo mismo digo.

—Una mujer simpática —comentó Alejandro una vez que se hubo ido, al tiempo que se reacomodaba en la silla.

—Gracias.

—Cuando quieras.

Dejando de lado el patético episodio, Julieta se dispuso a seguir disfrutando de la presencia de Alejandro. Lo cierto era que había conseguido hacerla reír, y hacía por lo menos un año que no tenía una cita con un hombre.

Eso sí, a la hora del postre tuvo algunos flashazos de la última ocasión que había cenado con Genaro en un restaurante y trató de no pensar en ello. Alejandro era un hombre muy apuesto, se dijo, con una actitud siempre tan galante y parecía sentirse feliz sentado en aquella terraza.

Las sombras que se montaban a la tarde tornaban difuso el panorama, cuando él propuso pedir la cuenta. No manifestó un particular interés en llevarla a ninguna otra parte e incluso se ofreció a llevarla a su casa.

—Te acompaño.

Fue pues en ese restaurante donde Julieta conoció realmente a Alejandro Rivera. Aunque lo había visto en muchas ocasiones y contemplado con una admiración callada, pero a la vez con disgusto, pues se consideraba mucha mujer para él, por lo cual ni procuraba su trato y mucho menos su amistad. Y, si antes tuvo la oportunidad hasta de recibir sus atenciones, no por eso sintió que podía llegar a merecerla, antes, por el contrario, creyó haberlo alejado de cualquier pretensión.

El tal Alejandro Rivera era un respetado agente especial, de mucho empuje y de tamaños; que, así como avivaba una disputa, era bueno en el combate, no se dejaba amilanar por nadie, pues si lo buscaban era bronco y mal portado. Fuerte, guapo e inteligente, sabía, con todo, olfatear el peligro. Tenía

unos ojos furiosos, siempre avivados a disparar y la voz grave. Su cuerpo era ágil, duro y, cuando encontraba al objetivo, su cuerpo pegaba fuego. Vestía siempre de traje, en corte americano y de colores casi oscuros. Bajo el brazo derecho, en una funda sobaquera, descansaba una 9 Milímetros. Hombre de gran personalidad, a donde quiera que iba llevaba su vena perspicaz, además de su aire regio.

Según se sabía, desde pequeño admiró a su padre, incorruptible comandante de policía, muerto a manos de un adicto.

No hubo ningún flirteo entre los dos; solo una sonrisa frente a la puerta del edificio y la promesa de que volverían a verse pronto.

Julieta se metió a toda prisa, sin reparar en el sujeto que la vigilaba en la acera de enfrente. Alejandro, en cambio, quizá por la maldición de su oficio, bien que se dio cuenta. Esperó a que ella se adentrara del todo y en ese momento cruzó la calle y dio vuelta en la misma esquina por donde apareció el hombre y avanzó por la acera. Era robusto, iba vestido todo de vaquero y la culata de una pistola asomaba por la cintura del pantalón. Alejandro vio que apretaba el paso y corrió tras él.

El sujeto se esforzaba por alejarse, Alejandro estaba cada vez más cerca. Fue entonces que chocó con una piedra y tropezó. Alejandro lo sujetó y, sin soltarlo, sacó su arma y le apuntó por detrás.

—Si eres listo, te vas a quedar quieto.

Acto seguido, lo arrastró hacia un callejón, lo apoyó contra la pared y sin dejar de apuntarle le preguntó:

—¿Para quién trabajas?

—No sé bien qué quieres, pendejo, pero sí sé lo que vas a conseguir.

—No necesito tú confesión —dijo Alejandro y comenzó a cachearle los bolsillos, hasta que encontró un teléfono celular—. Espiar a la gente es un delito. Llámale a tu patrón.

Pero el sujeto ya había decidido que lo mejor que podía hacer era que lo arrestara.

—No sé de qué me hablas.

Alejandro también había tomado una decisión.

—Date la vuelta y pon las manos atrás —ordenó con las esposas listas y al mismo tiempo lo amordazó. Luego, revisó los registros de llamadas del teléfono y marcó el número que aparecía con mayor frecuencia.

—Adelante —dijo Genaro.

—No nos han presentado.

—¿Quién habla?

—Mi nombre carece de importancia, pero considérame tu peor pesadilla.

—¿Qué carajos quieres?

—Me sorprende que tu gato no te haya informado.

—Rivera, astuto, pero ingenuo. Sabrás, sin duda, que eres hombre muerto, cabrón.

Alejandro rio.

—No lo creo. Imagina la desgracia de contarle la verdad a Julieta.

Genaro estalló.

—Hijo de la chingada, si te atreves a ponerle una mano encima...

—No hay nada que puedas hacer para impedirlo. No, con una química como la que hay entre nosotros. Incluso aunque quisiera mantener las manos apartadas de ella, algo que no quiero, solo sería cuestión de tiempo para que acabara poseyéndola, una y otra vez.

—Voy a encontrarte, cabrón. Así sea lo último que haga —su voz era afilada como una espada—. Y cuando lo haga...

—Tal vez te estés engañando sobre lo que ella quiere. ¿Lo has pensado? Tal vez estés completamente equivocado. Tal y como yo lo veo mi trabajo consiste en protegerla. Y eso... será un placer para mí.

Un momento después, Genaro oyó un disparo y luego las palabras flotaron en el aire

—Ven a buscarme, Genaro Castillo. Te espero. —Colgó.

No le des más vueltas

El martes por la noche, Julieta trataba de dormir, pero estaba rígida en la cama fría, reviviendo mentalmente la discusión del día anterior con Genaro. Su imagen la acompañaba en el dormitorio. La gran cama de dos plazas, intacta bajo el cubrecama, se lo trajo a la mente con súbita nitidez, como no lo recordaba desde hacía mucho tiempo. Quizá fuera que ya había comenzado a sentir que las cosas no eran tal y como deberían ser. Ese cuarto, esa cama, donde había sentido que lo que duele es lo que se hace o se deja de hacer en el nombre del amor.

Los ojos perspicaces de Genaro la observaban como si pudieran ver en su interior. Como si él conociera todos sus secretos.

—Tenemos qué hablar —dijo.

—Sí, ya lo sé —afirmó secamente ella—. Me doy cuenta con solo mirarte.

—Estaba pensando... —la voz de Genaro surgió con excesiva indiferencia.

—¿Sí?

—Quiero llevarte a vivir conmigo. Para siempre.

Julieta se quedó helada, momentáneamente incapaz de hablar.

—¿Y qué hay de lo que yo quiero?

—Mira —dijo obligándola a mirarlo—, he visto el peligro que corres en tu trabajo. Necesitas que te cuiden y te protejan.

—¡Por Dios, Genaro! Hablas como si tuviera ocho años. No puedes

tenerme entre algodones toda la vida.

—Mejor entre algodones que revolcándote con otro —replicó sin pensar.

Julieta tuvo que apretar los puños para no pegarle. Estaba furiosa.

—¡Y dale con lo mismo! Me enfermas. Me tienes cansada. Harta. Aburrida. ¿Por qué tienes que ser tan inseguro?

—¿Me amas? —exigió saber.

Julieta vaciló claramente sin saber qué decir. Maldita sea. Si le decía lo que no quería oír, le rompería el corazón.

—Genaro, yo...

—¿Ya ves?, no puedes. Solo me estás demostrando lo que ya temía.

La furia dio paso a la preocupación en la cara de Julieta.

—Es tanta la distancia entre los dos que es difícil que podamos entendernos. Casi nunca nos vemos, y cuando lo hacemos... siempre estamos peleando. En ocasiones, prefiero que me ignores a que te enojas conmigo. Me presionas una y otra vez, prometiéndome que todo estará bien. ¿Y sabes qué? No, no está bien.

Genaro se acercó a ella para cogerle la mano, pero ella se apartó de él antes de que pudiera hacerlo. La ira y la angustia se reflejaron en la cara de él.

—¿Me estás diciendo que hemos terminado? —preguntó.

—Ese es el problema, Genaro. No se puede terminar algo que no ha empezado.

Por un momento él permaneció inmóvil. Luego, se dirigió a la puerta. Se detuvo al llegar y se volvió.

—Te necesito para que haya un mañana en mi vida.

Fue lo último que dijo antes de cerrar la puerta con la suficiente presencia de ánimo para no golpearla.

El corazón de Julieta se encogió en un puño y volvió a llorar, reconociendo que Genaro y ella se habían separado diez años atrás, en la habitación de un motel.

Era tarde, pero no tenía sueño todavía. Prendió la televisión y se encontró

con el noticiero. Un joven reportero apareció.

«Soy Juan Manuel Elizondo, en directo desde una avenida al poniente de la ciudad», anunció. Detrás de él se veía una toma nocturna de la colonia.

El reportero continuó en tono tenso:

«El procurador general de la República, Roberto Medina, fue ejecutado a balazos frente al senador Gerardo Rocha, dentro de una camioneta mientras esperaban al valet parking. Fuentes ligadas a la indagatoria dijeron que el senador iba en el asiento del acompañante y el procurador, en el del conductor. Testigos informaron que ambos esperaban al valet parking, cuando dos hombres se acercaron caminando a la camioneta y dispararon al menos en diez ocasiones contra el procurador general. Luego, los sicarios huyeron en una camioneta».

Un presagio se anunció en la mente de Julieta y enseguida llamó a Jaime.

—Hola, preciosa —contestó.

—Dime qué no es cierto.

—Él está bien, no te preocupes.

—¿De veras? —le insistió.

—Sí, descuida. Está esperando a qué le tomen declaración.

—De acuerdo. Salúdame, por favor.

—De tu parte, preciosa —colgó.

Alejandro Rivera detuvo el coche frente al lugar de los hechos. En la calle vio una ambulancia y maldijo entre dientes la eficacia de esos servidores públicos, que a menudo eran los primeros en llegar y entraban en estampida a prestar primeros auxilios sin esperar a la policía. Uno de los oficiales lo condujo a través del cerco policial hasta donde se encontraban los testigos, pero Alejandro solo tuvo ojos para la figura del senador Rocha.

—Senador Rocha, supongo... Soy Alejandro Rivera, de la Unidad Especial de Investigaciones.

—Puede llamarme Gerardo, agente —dijo el senador, notablemente sereno, dadas las circunstancias.

—Cuénteme lo que pasó, Gerardo.

—El señor procurador y yo terminamos de comer, salimos a pedir el auto y...

—¿A qué hora?

—Deben haber sido entre las nueve y cuarto y las nueve veinticinco.

—¿Dice que comieron juntos?

—Sí, la comida se prolongó. Usted sabe, se nos fue el tiempo hablando.

—Continúe, por favor.

—Todo pasó tan rápido que apenas puedo recordarlo —balbuceó Gerardo y por un momento flaqueó su impecable compostura.

—Quizá sería conveniente dejarlo descansar, ¿no lo cree, agente?

Alejandro se volvió.

—¿Usted es?

—Jaime Mendiola, secretario particular del senador.

Alejandro se tomó un momento para estudiar a su interlocutor. No se parecía en nada al típico burócrata segundón. Iba vestido con ropa casual que parecía subrayar la solidez de su cuerpo robusto. Aparentaba cuarenta y pico años y tenía un rostro atractivo. Su voz era amable y sin el más mínimo dejo de pretensión, pero, aun así, Alejandro se permitió dudarlo:

—¿Intenta darme órdenes?

—No, le doy un consejo. Es evidente que el senador se encuentra conmocionado. ¿Podría esperar unas horas?

Alejandro asintió, pero no contestó. En cambio, se encaminó a la escena del crimen. Le bastó echar una mirada para evaluar la situación. Observó el interior del auto, donde presuntamente quedó el cuerpo, el mismo que el equipo forense ya se había llevado. Luego, echó una mirada alrededor en busca de algún casquillo, pero como no encontró ninguno se limitó a una revisión somera.

En un fogonazo, como tantos otros que solían golpearlo en los momentos menos oportunos, Alejandro Rivera se encontró de nuevo en la oficina del procurador.

—La ejecución de Mancilla no es lo peor —dijo.

—¿Quieres decir que hay algo más?

Alejandro le dejó caer la amenaza que había recibido.

—Eso no es novedad. Recibo sentencias de muerte a diario.

—¿Puedo comentarte algo más?

—¿Puedo impedírtelo?

—Estoy inquieto. Permíteme reforzar tu seguridad.

—¿Para qué? No hace falta. Si me tienen en la mira, da igual dónde me encuentre.

La vibración de su teléfono lo devolvió a la realidad de ese momento, en ese lugar.

—Rivera —contestó.

—Soy yo. ¿Cómo estás? —Era la voz de Julieta.

—Espero que sea importante porque ahora mismo estoy muy ocupado —dijo en un tono cortante.

—Tienes razón. Qué tonta fui.

Sin más, colgó.

Fue entonces que Alejandro se dio cuenta de lo mal que habría sonado. Quiso devolverle la llamada, pero algo lo distrajo.

En la estancia de su casa, con cortinas de satén color pastel, muebles clásicos de patas torneadas, lámparas de cristal y elegantes grabados franceses en las paredes, el senador Gerardo Rocha recordó el desagradable episodio de antes, que corroboraba una vez más que no existe crimen organizado sin apoyo institucional.

Sentado en un sillón, todavía vestido, con una copa de whisky en la mano,

que mucha falta le hacía. No había nada como ese líquido mágico, nada como ese oro derretido, ardiente, delicioso, esa agua de los dioses que electriza, fortalece e inflama; nada como el alcohol para reanimarlo, despejar dudas y temores.

La situación se había vuelto un desastre. El Cártel del Centro era un magnífico recaudador de fondos para Rocha.

Como la mayoría de la clase política, Gerardo Rocha gozaba ejerciendo públicamente el poder. A sus ojos, los miembros de su partido eran burócratas tan ambiciosos como él. Recordaba la típica convergencia de la libre empresa y el mundo político con el que creció desde pequeño. Sin duda eran otros tiempos.

La noche en que conoció a Quiroz, este le había explicado lo que se esperaba de él teniendo a cargo la Procuraduría General. A la hora del café, le insinuó una forma de ayudarlos: necesitaban información crucial para el trasiego de drogas y su complicidad para las grandes transacciones de fondos. En pocas palabras, obtendría una comisión por mantener ocultas las transacciones ilícitas al capital de otras empresas legales. Por supuesto, Rocha decidió que no había nada de malo en hacerse adinerado.

Las cosas funcionaban bien, y de pronto el cielo se vino abajo. Emergieron evidencias de contratos millonarios hacia ciertas empresas vinculadas con la organización criminal de Quiroz. La Suprema Corte de Justicia confirmó, en definitiva, la condena contra el coordinador de Operaciones Especiales de la Policía Federal y un coronel. Naturalmente, Rocha alargó durante meses la indagatoria, luego decidió ocultar el expediente mediante un acuerdo de reserva de información y, finalmente, como si tuviera algo que esconder, Gerardo Rocha recurrió a su mejor amigo, el juez Joaquín Romero para que le concediera la reserva sobre sus datos personales, argumentando que el asunto en curso no debía ser ventilado, pues la vida de su familia estaba en peligro. Pero Joaquín Romero le respondió que aquello era uno de los muchos incidentes ilegales en su gestión, no dependía solo de él; de algún

modo tenía que reconocer que había concluido el malabarismo y la obsesión por salvar las apariencias.

Gerardo Rocha seguía oyendo aquella voz que pertenecía al pasado, a lo que se llevó la tormenta.

«Ha sido una torpeza inaudita, Gerardo. Inadmisibile para un procurador de la nación, una traición al país y al presidente», peroró Romero.

Rocha fingió ignorancia, poniendo cara de asombro y estupefacción. Sabía que no podían probarle nada. Además, Quiroz le había prometido encargarse del asunto, y en el pasado siempre lo había logrado.

Así fue, en efecto.

En abril de 2007, Joaquín Romero y su esposa fueron baleados en la puerta de su casa. Su única hija, Julieta, estaba destrozada, fuera de control. No entendía lo ocurrido. Deseaba creer que era un acto de delincuencia común, como aseguró la policía, porque no podía imaginar a su padre mezclado en asuntos turbios contra la autoridad.

Por supuesto, Gerardo Rocha la acompañó en los servicios funerales. En su mente se estrellaban las palabras de su mejor amigo, mientras silenciosamente se reprochaba ser cómplice de aquella barbaridad. Por primera vez se encontraba junto a una víctima del narco, y le tocaba sufrirlo donde más lo hería. En esa inocente muchacha, cuya imagen estremecía su alma como una campana repicando a muerto. Recordaba todos esos años al verla crecer, pero estaba seguro de que ella no tenía la menor idea de su participación. Sin embargo, le sorprendió ver que Genaro lo medía con los ojos, intentando averiguar cada una de sus intenciones, pero sin mencionar lo que era mejor no saber.

Y, ahora, de pronto, esa misma visión era un golpe despiadado. Porque jamás imaginó que Genaro Castillo, el mozo advenedizo que pretendía blanquear su piel casándose con Julieta, se hubiera infiltrado en las filas enemigas.

Aún podía sentir su mirada, la rabia que afloraba de nuevo a la superficie.

En sus ojos se podía leer que no le quedaba otra alternativa que esperar.

Gerardo lo sabía, sabía que él era la persona que le había robado la dignidad a Genaro. Por culpa de él no había gozado de la caricia de Julieta. En cualquier momento su castillo de naipes podía desmoronarse y él pasar a formar parte del montón.

Gerardo Rocha se empinó el contenido de su vaso en tres tragos largos. Se peinó con los dedos y enderezó los hombros, tratando de consolarse, pensando en que era un senador. Y nadie se atrevería a tocarlo, ¿o sí?

De repente ocurrió...

Había sido un día difícil.

Alejandro Rivera estaba a punto de salir cuando Carbajal Miranda entró a su oficina:

—Llegó el informe de balística. Lo mataron con una pistola muy común. Mira tú mismo. —Le tendió el reporte.

—9 Milímetros —susurró—. ¿Y los exámenes de ADN?

Carbajal torció el gesto.

—Es un procedimiento caro, complicado y el Departamento tiene recursos limitados.

—Entiendo. ¿Qué hay de los testigos?

—Todos coinciden en lo mismo. El sicario se acercó en cuanto el *valet parking* entregó el auto. Llevaba gorra y lentes.

Alejandro parecía estarse enojando.

—¡Maldita sea! Eso abarca mucha gente.

—Sigues empecinado, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—De Castillo. Estás obsesionado con encontrarlo.

—Sí. Ahora debo ver al senador. Estoy seguro de que sabe algo.

—Espero que no te equivoques.

—¿Cómo podría?

Carbajal miró a Alejandro mientras se alejaba. Luego, pensó un momento y decidió hacer una llamada.

—¿Quién habla? —contestó el subprocurador.

—Carbajal. ¿Lo encontré en un mal momento?

—No. Estoy en mi estudio.

—Tengo malas noticias. Rivera va tras el senador.

—De acuerdo. Déjame a mí—. Colgó.

La criada entró en el estudio con el café. Dejó la bandeja sobre la mesa y se retiró.

—¿Café? —preguntó Gerardo Rocha, vertiendo la bebida de sabor amargo y color oscuro en la taza.

Alejandro Rivera probó la bebida pensando en la dosis de cafeína que se estaba echando al cuerpo a las cinco de la tarde y lo mal que dormiría esa noche.

—Perdone que vuelva a molestarlo, senador.

—Al contrario, agente. Le agradezco que venga a mi casa. Le confieso que ayer me sentía un poco confundido, pero supongo que a todo el mundo le pasa lo mismo.

—Si no le importa, vamos a revisar algunos puntos de su declaración —le propuso Alejandro.

—¿Piensa qué tuve algo que ver?

—No he dicho eso. Recién comenzamos la investigación. Sería prematuro hacer conjeturas.

—Sea franco, sabe que no tiene derecho de estar aquí.

—Tiene razón, ¿planea echarme?

—No me haga reír.

—Voy a serle sincero, Gerardo. He seguido con atención su trayectoria.

—Me halaga.

—En su etapa como procurador general se señala que fue cuando se incubó en el país el narcotráfico.

Gerardo le dedicó una mirada desdeñosa.

—No es así. No es así —negó—. La procuraduría que yo entregué la entregué en los términos en que lo hice. La situación de aquel entonces era totalmente distinta a la actual.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué renunció repentinamente a su cargo? —El tono amable de Alejandro contrastaba con la amenaza implícita en sus palabras.

—¿A qué viene esto?

—Es evidente que el crimen del procurador fue un ajuste de cuentas —le insistió—. Usted conocía los hábitos de la víctima y sé que, si escarbo un poco, encontraré evidencias de otros crímenes en el pasado.

El comentario lo tomó por sorpresa.

—Joaquín Romero era mi amigo y compadre, si eso es lo que está insinuando. ¿Algo más?

Alejandro sabía que le correspondía interpretar las respuestas, descubrir la falsedad y adivinar las omisiones. Por eso dijo:

—Roberto Medina también era amigo mío —le aclaró—. Tengo olfato para estas cosas, por eso soy buen policía. Sé que hay algo que no me está diciendo. Solo que no puedo probarlo. No todavía.

Gerardo estalló.

—¡Como se atreve! Largo de mi casa. Sepa que pienso quejarme ante sus superiores.

—Perfecto, pero sepa que estaré allí afuera entre las sombras esperando...

Dicho esto, dio media vuelta y se marchó.

Gerardo Rocha sabía por qué había guardado silencio, y no había sido porque no quisiera contradecirlo. Fue porque... sabía por experiencia que no podía hablar más de lo que debía.

Presa del pánico, se sirvió un whisky. Con un poco de suerte y, si jugaba

bien sus cartas, lograría que el subprocurador se encargara de Rivera. «Ojalá nunca me hubiera metido en esto».

No sabía qué hora debía de ser. Hacía ya un rato que no se veía luz en el exterior. Solo podía decir que era de noche y que lo único que necesitaba eran varias horas de sueño. Por eso, cuando sonó el timbre de la puerta, el primer impulso de Julieta fue dejar sin responder la llamada y fingir que no estaba en casa. Pero la curiosidad la venció.

—Perdóname, ¿no tengo educación? —dijo Alejandro, de pie en el umbral de su puerta con una sonrisa irresistible y unas cajitas de cartón con un olor tan apetitoso que despertó todos sus jugos gástricos.

—Eso me preguntaba.

—He traído comida china.

No era exactamente una ofrenda de paz, porque estaba segura de que él no era consciente de haber hecho algo que la requiriera, pero, a cambio de la comida, decidió que bien podría perdonarle el mal rato que le había hecho pasar.

—Pasa. —Abrió la puerta de par en par y cuando él se acercó, captó en sus ojos un profundo agotamiento—. Te ves hecho polvo.

—Han sido unas horas de locos, sí.

Tomó de sus manos la comida y entró a la cocina mientras él se acomodaba en la estancia.

—¿Te ofrezco algo de beber? —preguntó.

—Lo que tengas, da igual.

Al cabo de un rato regresó a la estancia con una bandeja con platos, copas y una botella de vino. Mientras distribuía la comida en los platos y servía el vino, Alejandro dijo:

—Lamento lo de ayer, de verdad. Es culpa tuya, sacas a relucir lo peor de mí.

Julieta rio.

—Ahora resulta.

—¿Alguna vez te ha ocurrido que dices lo opuesto a lo que piensas?

—La mayoría del tiempo. Y sí, es cierto, la culpa es mía.

Durante la breve pausa que se hizo, ambos mantuvieron toda su concentración en el plato. Después, sin más, él aventuró:

—¿Sabes? Roberto era mi único amigo.

Julieta conocía a grandes rasgos la historia de Alejandro, pero nada sabía de su amistad con Roberto ni de su divorcio. Pero, por lo visto, la alusión a otra mujer, la dejó totalmente indiferente, o quizá dominó su curiosidad esperando que Alejandro continuara.

Así pues, le explicó que en diez años se vieron poco, pero se mantuvieron en contacto. Mientras Roberto se esforzaba por encumbrar su carrera política, Alejandro fue contratado por una empresa de seguridad en Estados Unidos.

Cuando se enteró de que su viejo amigo era prácticamente el nuevo procurador general de la Nación, Alejandro aprobó entusiasmado la idea. Roberto en cambio, opinó que lo necesitaría de vuelta, pues estaba decidido a todo, por todo y con todo a declarar la guerra al narcotráfico. Pero para ello lo necesitaría.

En medio del caos matrimonial que vivía, Alejandro decidió empacar sus escasas pertenencias y regresó al país. «Este binomio de poder entre el narcotráfico y la política ha invadido todas las esferas sociales», le dijo y agregó que pocos o casi nadie escapa a este estiércol que corroe las entrañas del país y vulnera a las instituciones que quedan al paso de hombres buenos y malos, incluyendo a la familia, hoy por hoy, célula básica de la sociedad y a individuos que, enfermos del poder por el poder, se han convertido en piltrafas humanas, víctimas del inframundo de las drogas.

Con todo, y que las dirigencias nacionales y estatales se deslinden de quienes no han podido ocultar sus nexos con el narcotráfico y la delincuencia organizada no pueden lavarse las manos porque están metidos hasta el fango.

La narcopolítica ha extendido sus tentáculos del crimen organizado hasta construir la simbiosis perfecta para desatar la muerte y destrucción con derramamientos sangrientos implacables.

Julieta lo escuchó sin hacer preguntas, porque ella era una víctima que se acomodó al narcoestado como si hubiera nacido en él. La ignorancia le resultaba indispensable para la paz del alma. Se volvió hacia Alejandro, que estaba sentado a su lado, con la cabeza gacha y el rostro afligido. Sus ojos se encontraron con esa complicidad que solo el deseo es capaz de proveer.

—¿Te has casado alguna vez? —le preguntó él.

Aquella idea pareció divertirla, pero esta actitud inicial cambió hasta convertirse en algo parecido a la suspicacia:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Simple curiosidad. —Incapaz de pasar por alto una ocasión para flirtear, buscó atrapar su mirada con sus ojos y soltó—: ¿Crees en el destino?

—No creo en los finales felices, lamentablemente.

Todo eso era muy extraño, pensó Julieta. Ella y él. Él y ella. Pero antes de que pudiera deshacerse de la confusión, Alejandro la atrajo hacia él para abrazarla. Ella agrandó los ojos cuando le sostuvo la cara entre las manos y le cubrió la boca con la suya.

Tras una protesta ahogada, él percibió que ella se obligaba a relajarse, con una tímida vacilación que lo animó a seguir adelante.

Una deliciosa incertidumbre aderezó el beso cuando ella comenzó a devolvérselo lentamente, rindiéndose y dejándose llevar. Pronto, clavó las manos en sus hombros y se aferró a él, inclinando la cabeza a un lado para que sus bocas se acoplaran perfectamente. «Dios, ¡ese hombre sabía besar!».

De a poco, la boca de él se separó hasta posarse en ese sensible lugar entre el cuello y los hombros. Su aliento le cosquilleó y el calor de él irradió por su espalda y sus piernas y contuvo el aliento.

Sí, era difícil no darse cuenta. Iba a tocarla.

Estaba demasiado cerca. Demasiado cerca para ignorarlo. Demasiado cerca

para negar el efecto que tenía sobre ella.

Las manos de él le rozaron la nuca y siguieron bajando por las clavículas. Y luego siguieron bajando más. ¿Cómo había acabado a merced de un desconocido que la hacía desear tantas cosas? Le acarició el pecho cubierto por la blusa. Incluso a través de la tela, ella pudo sentir la caricia. Una explosión de calor ardió en su vientre. Y creció. Sintió que la humedad anegaba sus pliegues más íntimos. El aroma picante y carnal de Alejandro destruía cualquier pensamiento racional. Todas las partes de su cuerpo ansiaban sus caricias sin control. «¿Qué podría ocurrir si cedes?», preguntó una vocecita en su cabeza. «Una vez, solo una vez.» «¿Qué daño puede hacerte?».

—Alejandro... —logró articular en medio de sus provocativas caricias.

—Quiero tenerte, Julieta. Quiero que grites mi nombre, mientras te corres.

Oh, Dios. La orden implícita en su voz convirtió el sordo dolor de su entrepierna en un latido. Quería obedecer. Mucho. Un crepitante ardor la recorrió de pies a cabeza. Julieta no podía respirar. Aquellas palabras revolucionaban su libido y para acallar las voces reprobatorias de su mente, se convenció de que Alejandro Rivera sería un tórrido recuerdo al que recurrir en una noche fría para excitarse. Así de sencillo, ella y su resistencia se rindieron.

—Lo quiero todo de ti —le susurró.

La boca de Alejandro cubrió la suya en un beso. No, él hizo algo más que besarla. La devoró, la consumió, la poseyó. La boca de ella se abrió para él, aceptando la estocada hambrienta de su lengua que la llenaba con necesidad.

Sin cambiar de posición, sin mirarse, Julieta dejó que él metiera las manos por debajo de la blusa, que le acariciara los pechos, que la oprimiera contra su cuerpo para hacerle sentir la erección que prometía un placer capaz de hacerle perder la cabeza.

—Te quiero desnuda.

El cuerpo de Julieta estaba tan receptivo que se negó a detenerse a pensar, a

reconsiderarlo otra vez. Ya tendría tiempo de sobra después. Así que, cuando menos acordó la ropa de ambos estaba en montón en el piso, su lengua enroscada a la de él, saboreándolo a conciencia.

Alejandro bajó las manos hasta sus caderas y las asió con fuerza, atrayéndola directamente hacia el lugar adecuado. Ella sintió que su ansiedad crecía. Ya no había nada que hacer más que entregarse.

Él la apretó de nuevo contra sí, obligándola a rodearle la cadera con las piernas, en una súplica silenciosa. Julieta se asió a sus hombros desnudos, rodeándole el cuello con los brazos.

¿Había estado alguna vez tan excitada? No. ¿Alguna vez había deseado algo tanto como para sentir que moriría si no lo conseguía? No.

Durante un brevísimo instante se sostuvieron las miradas, los ojos de Alejandro brillaban de necesidad, instándola a aceptar todo lo que quisiera hacer a continuación. Acto seguido se levantó con ella en brazos y la empotró contra la pared. Se apretó de nuevo contra ella, pero se inclinó para añadir una nueva sensación a la mezcla: su boca en los pezones de Julieta.

Ella se arqueó contra él ansiosa por ofrecerle más. Alejandro sabía exactamente dónde tocar, cuándo y por cuánto tiempo para llevarla hasta el precipicio, pero sin dejar que cayera. Llevándola cada vez más y más alto. Era una tortura. Lo necesitaba ya, embistiéndola dura y rápidamente.

De pronto, él se inclinó, la levantó por las caderas y apretó el cuerpo de Julieta entre la pared y su propio cuerpo.

—Ábrete para mí, cariño —dijo y empujó las caderas de ella hacia abajo mientras él empujaba hacia arriba.

Le proporcionó un placer devastador con cada lenta estocada, cada roce en su interior la hacía jadear y arder de necesidad, de la necesidad que tenía de él. Incluso intentó contenerse, resistirse al placer, pero con el siguiente envite, el orgasmo la barrió como un furioso huracán... rápido, fuerte, distinto a cualquier cosa que hubiera experimentado antes.

—¡Alejandro! —gritó, clavándole las uñas en los hombros.

Con el grito de Julieta resonando en sus oídos, él perdió el control del orgasmo que retenía por un hilo. Se sintió un poco mareado, sumido en una pesada satisfacción. ¿Había sido tan bueno alguna vez?

Alejandro Rivera supo entonces que su primera suposición había sido correcta: hacía mucho tiempo que no conocía a una mujer como Julieta.

Luchando por recobrar el aliento, Alejandro abrió los ojos para ver la cara ruborizada de Julieta, sus labios hinchados, sus hombros relajados.

«¿Mostraría ella ese aspecto tras pasar una noche con Castillo?».

Demasiado tarde para esclarecer este punto. Más, cuando se la acababa de coger. Julieta debió leer en sus pensamientos, porque lo miró con los ojos agrandados, preguntándole sin palabras qué iba a pasar entre ellos ahora.

Como si él lo supiera.

Sin duda, Castillo la había tocado. Ella pertenecía a ese bastardo. No obstante, el azul de sus ojos... la manera en que su mirada le penetraba le decía otra cosa. Aquel destello azul lo afectaba, lo encabritaba y al mismo tiempo lo llenaba de ternura. ¿Por qué negarlo? Ella le gustaba. Mucho y tenía que ser suya para siempre.

Se preguntó qué tendría que hacer para persuadirla no solo de dejar a Castillo, sino de entregarse sin reservas. Porque una cosa era cierta, Julieta se había contenido a sí misma al final. Una parte que él sospechaba que no le había ofrecido a ningún hombre. Tenía que descubrirlo. Ese deseo no iba a desvanecerse así nomás, se conocía lo suficiente para saberlo.

Julieta sintió los dedos de él enredándose en su melena empapada y pensó en la mejor manera de evitarlo. No tenía ganas de hablar pese a la gran plenitud física que le había dejado el encuentro. Se apartó y fue al baño a lavarse y a acomodarse la ropa. «Esto es sencillamente ridículo», se dijo frente al espejo. «Una estupidez. Muy lista, Julieta».

En realidad, lo que la encabronaba era su falta de control al estar cerca de Alejandro.

Cierto. Había sido la clase de sexo que levanta el ánimo. Jodidamente

espectacular, si era honesta consigo misma. Su propia carne así lo comprendía, pero estaba demasiado exaltada para notarlo. «No puede haber una próxima vez», se recordó a sí misma.

Alejandro apareció en el baño y se colocó justo atrás de ella. La abrazó por la cintura y puso su mentón sobre su hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Aquello la hizo sentir tan furiosa que se apartó de él.

—Mejor te vas.

—¿Por qué?

Maldita sea, había escogido el peor momento para ser razonable y lógico.

—Me haces sentir incómoda.

—Mira, lo hicimos, cierto, y fue impresionante. —La taladró con su oscura mirada—. Me bastó sentirte para confirmar que me encantaría conocerte un poco más.

—De acuerdo —sentenció ella—. Esto no es lo que parece.

Él se acercó, hasta que ella sintió su aliento.

—Y, según tú, ¿qué es?

—Esta noche nos pasamos de la raya. No te quiero, Alejandro. Me gustas y me cayó bien coger contigo. Por eso: porque quise.

Julietta esperaba resultar convincente. Su cercanía y su olor le recordaban el placer y la euforia que había sentido antes.

Durante el largo minuto de silencio que se produjo, Alejandro no dijo nada. Solo la miró fijamente, como intentando descifrar cada uno de sus pensamientos.

—Bueno, en ese caso, gracias por el acostón—. Y, sin más ni más, dio media vuelta.

«¡Maldito arrogante!», gritó ella cuando lo escuchó marcharse y salió del baño para echar un vistazo al reloj.

Poco más de medianoche. ¿Y ahora qué?

Inquieta, se paseó por la estancia. De todas maneras, ¿qué diablos le

pasaba? Acababa de tener una increíble sesión de sexo, y lo había corrido. Por supuesto, si no lo hubiera hecho ella, estaba segura de que hubiera sido él quien se habría apresurado a poner una puerta de por medio entre ellos. Pero, aun así...

Alejandro la confundía. La desquiciaba. Acababa de permitir que la empalara contra la pared y la condujera a un vertiginoso orgasmo. Había deseado negarse a él, resistirse al murmullo ronco y excitante de su voz en el oído; era tan diferente, pero a la vez tan natural que le fue imposible. Había recibido cada palabra susurrada como si él hubiera derramado puro deseo líquido sobre su piel hasta filtrarse en su sangre. En aquellos momentos, Alejandro había conseguido que todo fuera asombroso. Y perfectamente natural. La sensación de conexión con él la había privado del sentido común y la había hecho entregarse. Pero parecía que ahora le exigía algo más que la rendición de su cuerpo.

«¿Por qué me dijo “quiero sentirte”?», pensó Julieta más tarde en la cama. «¿Por qué, si es verdad que le gusto, me colgó el teléfono el otro día?». «¿Por qué me besó, tenía ganas de hacerlo o fue lo único que se le ocurrió?».

Julieta estaba en el cuarto a oscuras, acostada boca arriba, cubierta por una sábana. «¿Qué diría Genaro si me viera como estoy, por culpa de otro hombre?». Para borrar la imagen reprobatoria de Genaro, evocó la manera en que Alejandro la había tocado, el beso, las caricias, la forma en que asumió el control.

El reloj dio la una y cuarto. «Tengo insomnio», se dijo y recordó otra vez a Alejandro. Solo con pensar en él, su cuerpo se estremeció. ¡Qué estupidez! Sinceramente, ¡no necesitaba eso!

Al cuarto para las dos se levantó de la cama. Comprendió que estar acostada en aquellas condiciones le resultaba intolerable. Encendió un cigarro y se paseó por la estancia, repasando los sucesos de antes, tratando de analizarlos con un criterio más esclarecedor. En realidad, había sido más bien un impulso irresistible. Cuando menos acordó estaba en brazos de Alejandro,

haciendo el amor furiosamente. No aclaró ninguna duda, pero llegó a la conclusión de que para él también había sido un momento muy satisfactorio. «¡Qué estupidez tan grande he cometido!», pensó. Tenía que olvidarse de él, concentrarse en su trabajo y retomar su vida.

Su infidelidad a Genaro era de segunda importancia, porque él ignoraba lo ocurrido. Mucho más seria era la posibilidad de que Alejandro hablara con alguien para jactarse de ella; más, ¿por qué se preocupaba tanto? Alejandro Rivera era solo un recuerdo. Podía ser solo una idea pasajera, mas no el fin de sus emociones por él. Por mucho que le costara admitirlo, estaba más obsesionada con Alejandro de lo que había estado jamás por Genaro. Alejandro era una tortura para su mente; arrogante, exigente, difícil.

Genaro, en cambio, era la razón equivocada y con la intención equivocada. Ese era el motivo que se negaba a sí misma en silencio. Pasaban tantas cosas que, ¿cómo iba a saberlo?

Era el corazón, al que había ignorado, el que le dio el primer aviso. Era el corazón al que tenía miedo de escuchar. Una idea a la que le prestaba muy poca atención, porque intentaba que la brújula funcionara y le diera una lectura detallada de la dirección que debía seguir. Estaba tan programada sobre lo que debería querer, que no sabía qué querer.

«El sufrimiento silencioso es el indicativo de una brújula que no funciona». Pensando en esto, regresó a su cuarto y se metió en la cama para tratar de conciliar el sueño.

¡La batalla no es tuya!

Era de mañana. Los rayos del sol atravesaban la cortina con una luz difusa que iluminaba el porche y a la figura femenina de cabellos negros que había en él, vestida con una oscura camisa de hombre. Su camisa.

Sentía satisfacción y anhelo. Esperanza y deseo. Todo eso le provocaba ella con solo inclinar la cabeza. Ella curvó la boca en una sonrisa feliz. Y él quería verla así, feliz y protegida.

Jamás había amado tanto a nadie en su vida.

Aquella misteriosa mujer era suya. Alejandro lo sabía tan bien como conocía su propio nombre. Solo por una vez quería verle la cara. Después de meses de sueños fútiles y de sentir aquel anhelo por una mujer que jamás había visto, necesitaba saber quién era.

«Date la vuelta», exigió en silencio.

Con una aplastante lentitud, ella se volvió hacia él. Una delicada oreja, un cuello grácil, una mandíbula terca, una piel blanca como la porcelana. Era más de lo que había visto de aquella mujer, pero aún no estaba satisfecho. Quería verla entera.

Alejandro Rivera se despertó de golpe. Había estado tan cerca. Tan cerca..., pero no le había visto la cara.

Se revolvió en la cama y abrió los ojos para echarle un vistazo al reloj. Aún no había amanecido. Estaba acostado boca arriba, cubierto por una sábana, en

la cual alcanzaba a ver, en la penumbra, la pirámide blanca formada por la erección que siempre seguía a aquel sueño. La maldita ensoñación lo atormentaba con frecuencia, casi todas las noches durante las últimas dos semanas. ¿Por qué? No cabía duda de que sus locas teorías sobre amantes destinados a estar juntos para siempre eran una sandez. Tenían que serlo. Si hubiera una mujer destinada para él, no se torturaría con sueños. Pero ¿por qué, si el sueño era irrelevante, la mujer tenía el pelo igual que Julieta? ¿Por qué sentía que Julieta era algo más que un medio para alcanzar un fin?

Dejando de lado aquellos pensamientos, Alejandro parpadeó, intentando despejarse. Llevaba dos noches sin poder dormir bien. Tener aquellos sueños no le ayudaba a mantenerse descansado. Con una mueca de disgusto se desperezó, se levantó y se metió al baño. De nueva cuenta volvió a pensar en Julieta.

¿Por qué no la podía dejar en paz? ¿Cómo podía convencerla de que dejara a Castillo?

Tal vez estaba enfocando las cosas de manera equivocada. No debía obsesionarse con ella, pero era realmente extraño y seguía sin entender bien lo que estaba pasando. El deseo por Julieta era como una explosión que le taladraba la mente y le hacía perder el control. Quería tenerla solo para él. Que Julieta y Castillo se distanciaran no resolvía sus problemas. Ella no se rendiría fácilmente sin luchar, y él no estaba dispuesto a obligarla.

Alejandro Rivera se miró en el espejo y se quedó completamente inmóvil. Volvió a excitarse ante la idea de tocar a Julieta. Había conseguido que se entregara a él, sin vacilaciones, tal y como había querido desde el primer momento que la vio. Pero hacer el amor con ella no había satisfecho su deseo de encontrar a Castillo.

Maldita sea, ansiarla no era parte del plan. Había pensado que podía pasar de las mujeres desde el momento en que se divorció de Emiliana, pero con Julieta no podía.

En realidad, era la mujer perfecta para él, que merecía alguien mejor que

Castillo, alguien que... Alejandro negó con la cabeza. De ninguna manera iba a meterse de nuevo en un lío. Porque de una cosa estaba seguro: al enrollarse con una mujer como ella, iba a enamorarse desgraciada y desesperadamente.

Alrededor de las diez de la mañana y mientras revisaba por enésima vez el expediente de Joaquín Romero, recibió la llamada del subprocurador:

—Si no te importa, tengo que hablar contigo.

Alejandro Rivera salió de su cubículo y se apresuró en el pasillo con el corazón palpitante. Entró en la oficina del subprocurador para someterse a un interrogatorio severo, este lo hizo sentar en un sillón. Expresó su decepción personal por el hecho de que un joven y prometedor agente hubiera perdido el rumbo.

—Prepárate para lo que se viene —declaró.

—Tú dirás.

—¿Sigues creyendo que fue una decisión acertada?

—¿El qué?

—Amenazar al senador Rocha. No es la técnica correcta y me preocupa. — La voz del subprocurador denotaba inquietud más que amenaza.

Alejandro podía haber dimitido allí mismo y en aquel mismo instante, pero quería reírse.

—¿Qué me dirías si te demostrara que estás equivocado?

El subprocurador sostenía en alto un expediente y lo sacudía frente a su rostro.

—¿Acaso te preocupaste de enterarte del caso Romero?

—Sí, desde luego.

—¿De verdad? —El subprocurador abrió el expediente por la tercera página. Su dedo señaló una línea cerca del borde inferior—. ¿Ves esto, Rivera? —preguntó—. ¡Caso cerrado!

Finalmente, la ira se reflejó en la voz del subprocurador.

Alejandro podía haber dicho que lo sabía. O podía haberse responsabilizado por haberse dejado llevar, pero sabía que se encontraba en un momento

decisivo.

Aquel silencio tomó al subprocurador desprevenido y suavizó su actitud.

—Todos metemos la pata —admitió—, pero tú te has dejado llevar, y esto solo ocurre cuando se está obsesionado.

Alejandro asintió, pues se dio cuenta de que su enfado perdía fuelle.

—La cuestión es ¿por qué lo hiciste? A menos, claro está, que la hija te tenga bien atado. No es que te culpe, está muy buena y resulta difícil contenerse.

—No te equivoques —sentenció con firmeza Alejandro. Sin embargo, en cuanto las palabras abandonaron su boca, se dio cuenta que no había hecho sino confirmar la suspicacia del subprocurador—. Julieta Romero es irrelevante —aclaró—. Al grano, ¿para qué querías verme?

—Te estoy retirando del caso. No lo llares un despido. Ni siquiera es una suspensión.

Alejandro no pareció sorprenderse.

—¿Por qué? ¿Es porque crees que metí la pata o porque tienes miedo?

—Podía acusarte sin más de arrogancia —sentenció—. ¿Acaso crees que sabes más que todos los agentes de esta unidad?

Sin preguntar si podía irse, Alejandro se levantó y se marchó. No tenía argumentos en qué apoyarse, nada que el subprocurador pudiera aceptar. Pero tampoco pensaba venirse abajo. Todo aquello significaba que debía encontrar una nueva línea de investigación para dar con Castillo y asumir el compromiso de trabajar conforme a las políticas y procedimientos. Pero él sabía que no podría. Por algún motivo, no creía en la lealtad de Gerardo Rocha. La manera en que había vendido al procurador había sido tan ruin. Los reportes de la escena del crimen eran bastante claros. No hubo mayor forcejeo, ya que el informe indicaba muerte instantánea. Alejandro frunció el entrecejo. Había algo extraño allí. Había rastros de sangre de Roberto en la camisa del senador Rocha. «Eso fue», musitó. «Tal como lo pensé. Rocha tuvo que ver al sicario».

Alejandro sacó su teléfono y llamó a Carbajal.

—Te necesito.

—¿Encontraste algo?

—Digamos que tengo una corazonada y, si estoy en lo correcto, necesito tu apoyo.

—¿Qué sugieres?

Se lo explicó.

—Vaya, eso no le gustará en absoluto.

—Llámallo y pídele reunirse con él, dentro de una hora.

—¿Y tú?

—Te veré allá. Jamás me perdería el placer de joder al senador Rocha —respondió Alejandro, sarcástico.

Naturalmente, Gerardo Rocha los recibió de mal talante.

—¿De qué se trata ahora, Carbajal? El agente, aquí presente, de hecho, me amenazó.

—Solo cuando usted argumentó que pondría sus quejas ante mis superiores —intervino Alejandro.

—Después de esto, por supuesto que volveré a quejarme. Esto es hostigamiento de la peor clase.

—Senador, sé que no le agrado —afirmó Alejandro— y, si me pusiera a pensarlo, tal vez usted tampoco a mí me agradaría.

—Solo escúchelo, senador —aclaró Carbajal.

—Tengo una hipótesis —prosiguió Alejandro—. Hábleme de Genaro Castillo y veamos si esto tiene alguna relación... —hizo énfasis en esto último— con su propia experiencia.

Gerardo permaneció inmóvil, muy pálido.

—No sé de qué me habla.

—Oiga —le advirtió Alejandro—. Genaro Castillo fue el encargado de jalar el gatillo la otra noche. ¿Y sabe qué significa eso?

—Yo no sé nada—. Fingió indignación.

—Escuche bien, Joaquín Romero está muerto, senador —continuó Alejandro—. Mi hipótesis es que Genaro Castillo quiere vengar la muerte de su mentor, lo cual significa despacharlo a usted.

—Le repito que no sé de qué me habla —protestó Gerardo—. ¡Ahora exijo que me dejen en paz!

—De acuerdo, como usted quiera —concluyó Carbajal—. Sin embargo, tengo instrucciones de velar por su seguridad. Así que, estaremos haciendo nuestro mejor esfuerzo para lograr ese objetivo, le guste o no.

—¡Váyanse al demonio! —vociferó Gerardo. No obstante, una vez que se hubieron ido, se comunicó con Quiroz para exponerle sus temores.

—¿No te das cuenta de lo que están haciéndote? Quieren que desembuches.

—Si algo sale mal, estamos hablando de mi pellejo.

—Tranquilo, cabrón. Hablaré con el Genaro. Órale, así le hacemos.

Quiroz colgó y llamó de inmediato a Genaro.

—Acabo de hablar con Rocha y está muy alterado. ¿Qué te traes?

—Ese pendejo me las debe.

—Diría que es demasiada coincidencia que hayas terminado metiendo en tu cama a la protegida del senador. Te conozco lo suficiente para creer que no puede existir tal coincidencia.

—Eso es asunto mío.

—No cedes, wey. No te cansas de chingar. Pinche aferrado. Ya déjalo pasar, lo que sea, pero déjalo pasar...

Quiroz colgó y se quedó absorto. Por algún motivo, aún se sentía inquieto, preocupado. Genaro estaba perdiendo el control y eso era inaceptable. En el pasado, habían compartido muchas batallas y él nunca había perdido la cabeza. El instinto le decía que, sencillamente, la periodista tenía mucho que ver en eso. Cualquier cosa era posible. Y, si Genaro había llegado tan lejos para acecharla...

Una mueca curvó sus labios cuando se le ocurrió una idea. Simple, directa y efectiva.

Había llegado el momento de encargarse de ella...

Julieta también durmió mal.

Su misterioso aroma y sus palabras la habían intrigado. Incluso después de dormir unas horas, nada había cambiado. La curiosidad y el deseo le roían las entrañas cuando Alejandro la miraba fijamente, con un cálido conocimiento en sus ojos café. Una necesidad dolorosa volvió a atravesarle el cuerpo.

No podía permitirse eso, no podía permitírselo a él. Lo que sentía él o lo que sentía ella... nada de eso importaba.

A las siete se levantó, cogió una toalla y se metió a bañar, tenía que dejar la casa arreglada porque se suponía que aquella tarde llegaría su prima.

Más tarde fue al periódico a terminar algunos pendientes y se encontró con Paco, que luego percibió su cambio de ánimo.

—¿Qué traes? —le preguntó.

Iba a decirle que no era asunto suyo, a últimas fechas no soportaba que nadie se metiera con ella. Pero no se atrevió. En cambio, ondeó una mano para quitarle hierro al asunto.

A la una y cuarto, entró un mensaje de Susana, reiterándole que la recogiera a las cuatro. Fue también sobre la misma hora que Genaro le marcó.

—¿Cómo estás? —le preguntó al contestar.

—Te extraño.

Parecía contento. Al oír su voz, tan directa, tan desprovista de afectación y compararla con la de Alejandro, un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—Voy camino al aeropuerto. A recoger a Susana.

—¿Tu prima?

—Sí. ¿Te llamo después?

—Te quiero, Julie. Dime que me quieres.

—Te quiero —dijo ella.

Se despidieron y en cuanto colgó, Julieta se dio cuenta que decirle lo que

quería oír era algo que no debería ser. En algún lugar recóndito de su mente se encontraba una voz fastidiosa que le susurraba que esconder lo que sentía y pensaba e intentar ocultar lo que hacía era el epítome de su relación con Genaro.

Julieta quería sentirse bien con ella misma porque estaba consciente que en los últimos días su vida se había vuelto un caos. Se sentía confundida y enojada porque sus sentimientos surgían a la superficie con el máximo dolor y drama del que era capaz de soportar. Más aún, sus sentimientos hacia Genaro nacían de la desesperación más que del deseo. Se aferraba a esa relación y se negaba a descubrir la verdad. Por eso se había acostado con Alejandro, para asegurarse de que sus sentimientos por Genaro sobrevivían.

En suma, Julieta Romero se sentía en el aire a nueve mil metros de altura y volando a través del país en contra de lo que le aconsejaba su buen juicio. Había turbulencias en el aire, en su vida, y no había muchas cosas que pudiera hacer. En realidad, no tenía opción. Debía hacer lo que tenía que hacer. No obstante, comprendió que iba a ser cosa de otro día, porque llegaba su prima, luego de cinco años de no verse.

—¡Salud! —dijo Susana durante la cena.

Tal como le había prevenido Julieta, la pasta estaba un poco seca, pero con la salsa pasaba muy bien.

Cuando terminaron de comer, Julieta se llevó los platos para lavarlos, pero Susana tenía sus propias ideas.

—Ni se te ocurra.

En atención, Julieta se quedó con ella, tranquilamente sentada y disfrutando del resto del vino. Susana, en cambio, una botella de tequila que habían comprado por el camino.

—¿Y qué dice la vida matrimonial? —preguntó Julieta, decidida hábilmente a encauzar la conversación.

—Mal. Me va mal y estoy decepcionada.

—No entiendo bien. Dices que Alfonso te quiere.

—Me quiere, pero sencillamente hay algo entre nosotros que no funciona.

—Explícate.

—Lo hemos estado demorando demasiado tiempo. ¿Alguna vez has sentido que las cosas se amontonan y no puedes encontrar lo que buscas?

Asintió con la cabeza y volvió a sentir una sensación desagradable cuando la oyó decir esa frase.

—Regálame un tabaco —dijo Susana y a continuación comenzó a explicarle que su mente estaba en desorden, congestionada y necesitaba algo de espacio para respirar. ¿Por qué Alfonso no era capaz de funcionar satisfactoriamente? Dios sabe que ella había intentado ayudarlo de todas las maneras que supo. Le dijo qué hacer y cómo hacerlo. Le había dicho al menos cien veces o incluso más cómo podían progresar con mayor rapidez y obtener más alegría y más animación en su vida. ¿La escuchó? ¡No! Daba una excusa tras otra: no podía dejar la ciudad, cambiar de trabajo, comprar una casa nueva, hacer más el amor...

¡Estaba harta de ello! ¡Estaba harta de él! Pero le amaba. Había algo en él que amaba. Tal vez el problema estaba en ella. Quizá, pensó, él siempre tuvo razón. Puede que fuera ella la egoísta o, como decía él, «increíblemente insaciable». Había hecho todo lo posible por cambiar, pero no funcionó. A ella le gustaba viajar. A él le gustaba leer. A ella le gustaban el dinero y las cosas bonitas. A él le gustaban las inversiones seguras. A ella le gustaba el sexo. A él le gustaba la televisión. ¡Había un gran desorden! ¡Un verdadero desorden!

—Fue tres días antes de cumplir los ocho años de casados cuando él dijo que ya no podía seguir más —aclaró Susana.

—¿Cómo estuvo eso?

—Dijo que tenía que irse. Tal como lo había hecho en el tercer, el quinto y el séptimo año. ¡Salud! Y pásame un limón.

—¿Y luego?

—Primero me dijo cuánto me quería, que continuaría amándome cuando saliese por la puerta. Después, que se marchaba. Antes de que pudiera abrir la boca, prosiguió diciéndome que me estaba agradecido por el tiempo que habíamos pasado juntos, pero que, sin embargo, creía que lo mejor para ambos era separarnos. Naturalmente, me reí y sacudí la cabeza. Él hizo como si no me viese ni oyese y confesó.

—¿Qué te dijo?

—Empínate ese vino, ¿estás fichando, prima?

—Okey, pero sigue.

—Fue la muerte del bebé. Dijo que, tras su muerte, no pudo encontrar la fuerza o la valentía necesaria para marcharse. Se aferraba a la esperanza de que yo cambiase de opinión y tuviese otro hijo. Tal vez los niños nos habrían hecho tener algo en común, dijo, algo más que hacer, además de criticarnos mutuamente. Me preguntó por qué no había querido tener hijos con él, ¿tan malo era? ¿Era esa la razón por la cual siempre me dirigía a él con tanta indiferencia, incluso cuando hacíamos el amor? Dijo que siempre parecía que mi mente estaba en otra parte, que vagaba por el espacio o con otra persona, cualquier otra, menos él—. Se puso a llorar.

Julieta se sentó a su lado y la rodeó con sus brazos.

—Tranquila. Es natural que todavía te duela.

—Ni madres. No me duele. Me enchila que no le haya podido decir antes por qué me casé con él.

—¿Y lo hiciste?

—Ya no pude más y le expliqué que había intentado que Juan Carlos, mi novio de la infancia se pusiera celoso. Le dije que no había querido tener hijos suyos porque había vivido con la esperanza de que algún día Juan Carlos regresara a buscarme. Le confesé que fue algo horrible y que me arrepentiría toda la vida. Al igual que él, me había pasado todos los años de nuestro matrimonio, enfadada y dolida. Nunca superé el hecho de que Juan

Carlos me rechazase y nunca le di una oportunidad a él.

—¡Pinche Susana! ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Ya no me digas nada.

—¿Y qué pasó?

—Lo único que le pedí es que, si se marchaba, no se le dijera a su madre.

—¿Y te dejó?

—No. Me pidió quedarse hasta que encontrara una casa en la que vivir.

—Qué locura. ¿Y tu madre?

—No pienso decírselo, a menos que lo hagas tú.

—¿Para qué iba a hacerlo?

—No sé, para restregarle en la cara sus ridículas creencias y conductas.

Julieta respondió sin pensar.

—¿Te digo algo? Yo también soy un caso.

—Ajá, ¿cómo? ¿Andas con alguien? ¿Con varios? ¿Con mujeres?

—A ver, prima, ¿te estás escuchando? ¿Por quién me tomas?

—La verdad es que a los dieciocho nadie se te podía resistir. Regálame otro tequilita, ¿no?

—Mejor no, estoy agotada.

—Ándale, sírveme la última. Por curiosidad, ¿cómo se llama?

—¿Quién? —fingió ignorancia.

—El fulanito al que andas calentando.

—¡Por Dios, prima! ¡Eres una vulgar!

—¿Ahora quién sale con golpes de pecho? A ver, pues, cuéntamelo todo.

—¿Te acuerdas de Genaro?

—¡No jodas! ¿No que ya no lo veías?

—La cosa está así: perdimos contacto por varios años. Luego no recuerdo bien cómo estuvo, pero nos reencontramos y volvimos a enganchar.

—¡No me digas! Y por supuesto no está casado, ni tiene hijos.

—No. En pocas palabras volvió a ofrecerme su amor y una vida juntos. Como lo teníamos planeado antes de que murieran mis padres.

—Entonces es igual de infeliz que tú.

—Hombre, gracias por las porras.

—Es que ya te vi. Como si no te conociera...

—Pues te equivocas. Genaro me sigue queriendo igual.

—Y tú qué, ¿lo amas?

Julieta tenía los ojos clavados en el mantel delante de ella; estaba sentada eligiendo las palabras y enseguida descartándolas, pensando cuidadosamente en lo que quería decir.

Pero Susana fue la primera en hablar:

—¿Entonces para qué sigues con él? ¿Para contarle lo infeliz que eres porque quieres serlo?

—No podría decir eso.

—Bueno, sigue en tu agujero entonces.

—La verdad mi cabeza no está para saturarla con más conflictos.

—¡Ay, por favor! Te conozco, Julieta. Solo hay de dos sopas: ser muy estúpida y conformista o... —Se calló de pronto, como si se le acabara de ocurrir una idea, y abrió los ojos de par en par.

Fue puro instinto lo que hizo que Julieta levantara la cabeza.

—¡Tienes otro amante! —las palabras salieron de la boca de Susana como en un murmullo, mitad acusador mitad arrobado—. ¿Por qué no lo invitaste para presentármelo? ¡Quiero conocerlo!

—¡Ah carajo! Que no.

—No mientas, J. R. No sabes mentir. Te estás sintiendo atraída por alguien más. Lo cual me parece perfecto, ya sabes lo que opino de Genaro. Es un naco que no te merece.

—¡Estás mal!

—Aguas, J. R.: yo que tú vería qué pasa.

—No lo sé. No creo que sea buena idea.

—Tienes una segunda oportunidad y la desprecias por masoquismo.

—¿Será masoquismo?

—Estás jodida. Entonces, si decides quedarte con Genaro, solo ten en cuenta algo: la fascinación por lo diferente puede enamorar de inmediato, pero cuando una pareja tan dispar intenta vivir en común, brotan desacuerdos que hacen muy difícil una relación estable.

—Estás ebria.

—Puede ser, pero esto te está sobrepasando. Vives una realidad paralela muy extraña que no quieres detener.

Oyó la voz de José Manuel: «Déjalo ya. Maldita sea».

Una parte de su cerebro repasó los hechos que conocía de memoria, Joaquín Romero y Elena Zaldívar, muerte instantánea en ambos casos. Pero otra parte de la mente de Genaro Castillo, la parte que no podía controlar, estaba atrapada en un día en particular, un día en las oficinas de la Procuraduría.

Gerardo Rocha estaba sentado a su escritorio y acomodándose la camisa, cuando lo hicieron pasar.

—Disculpe que le quite el tiempo, don Gerardo. Venía pasando y pensé en venir a conversar con usted —dijo Genaro.

—¿De qué?

—Voy a serle muy franco, don Gerardo. Me preocupa que el asunto del doctor Romero quede en el olvido.

—¿Se refiere al homicidio de Joaquín? Hace bien en preocuparse, joven. Usted tenía acceso a la casa, conocía los hábitos de las víctimas, no tiene coartada y, si escarbamos un poco, seguramente encontraremos un motivo. ¿Desea agregar algo a sus declaraciones previas? —El tono amable de Gerardo contrastaba con la amenaza implícita en sus palabras.

—Sí... Bueno, eso que usted acaba de mencionar: el motivo.

—Explíquese.

—El doctor Romero era un hombre honorable. Debió tener muchos enemigos.

—¿Tiene pruebas?

La pregunta tomó a Genaro por sorpresa. Abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor y negó con la cabeza.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Don Gerardo, sé lo que vi. El hombre que disparó se acercó a matar y en ningún momento dio muestras de querer asaltarlos.

—Escucha, hijo. Entiendo que mi ahijada Julieta y tú son amantes. La relación de ustedes dos puede tener muchos matices. Tú eres el único en quien confía, el que la protege. ¿Comprendes?

Genaro, angustiado, se frotó la frente con las manos.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte del doctor.

—En ocasiones, vale más no mencionar lo que es mejor no saber. Sería una lástima que Julieta perdiera la fe en ti. ¿Comprendes ahora?

Asintió en silencio y, sin más, abandonó la oficina.

Genaro Castillo tragó una bocanada de aire, tratando de espantar los recuerdos y concentrarse en el presente. Salió al patio y vació la rabia acumulada practicando tiro al blanco con la 9 Milímetros.

No, era mucho más que eso. Estaba furioso por el propio deseo de vengar la muerte de su mentor. Encabronado por haber engañado a Julieta y preocupado por su seguridad. José Manuel estaba perdiendo la paciencia, y estaba seguro de que daría problemas si no le paraba los pies.

Y por encima de todo eso, el flirteo del polizone ese con Julieta. Eso lo enfurecía y lo hacía perder el control. Se sintió agobiado por el peso de años esperándola, buscándola, deseándola, amándola, recordando su sonrisa, sus piernas, el azul de sus pupilas, el aroma de su ropa, la seda de su piel, la línea de su cintura y el tranquilo abandono con que reposaba en sus brazos después del placer. La desesperación lo embargó porque no estaba seguro de poder dejarla marchar. No obstante, algo le decía que haberle mentido había sido un error. Uno bien grande. ¿Qué decía eso acerca de sus sentimientos por ella?

Pero ¿cómo diablos podía renunciar a diez años de rabia, de traición, de

intrigas y odios? ¿Cómo podía renunciar a Julieta?

¡Deja de meterte conmigo!

—**T**endrías que haberme avisado —sentenció el subprocurador.

—No tuve tiempo —afirmó Carbajal.

—Cuéntame tu versión.

Carbajal accedió, con bastante apego a la verdad.

—Son cosas que pasan.

—¿Cosas, dices? —replicó el subprocurador—. Ahora mismo tengo encima al secretario de gobernación, por no decir al presidente.

—El hecho es que el senador Rocha está aterrado y puede convertirse en un problema.

—¿Qué sugieres?

—Muy sencillo, dejemos que Castillo se encargue de él. Así Rivera conseguirá su propósito.

—Lo cual nos dejará hasta el cuello con *ya sabes quién* si atrapamos a Castillo.

—Lo dudo. Sospecho que Castillo no es tan leal como Quiroz cree.

—¿Sugieres que podría venderlo?

—Cuento con ello.

—Lo cual nos obligaría a ir tras Quiroz.

—Exacto.

—De acuerdo.

—Entonces, ¿tengo plena autoridad?

—Totalmente. Ahora, discúlpame. Debo acudir a una reunión.

Cuando el subprocurador salió, Carbajal se comunicó con Alejandro:

—El asunto ha quedado en nuestras manos, la procuraduría no tendrá ninguna participación. De modo que puedes empezar por presionar a la hija de Romero.

Sin embargo, ya estaban ocurriendo cosas que lo cambiarían todo.

José Manuel Quiroz había reflexionado sobre la situación de Genaro, y cuanto más lo pensaba, mayor era su descontento. Su intuición le decía que la periodista era más que una simple conocida de Genaro, alguien en quien él confiaba. ¿Qué seguridad tenía de que Genaro no se volviera en su contra? Ninguna. Por eso ni se lo pensó cuando mandó a llamar a Nacho, el encargado de su seguridad.

—Usted dirá, patrón —dijo este, cuando estuvo frente a él. Era un tipo grandote, de barba, que llevaba puesta una chamarra de piel e iba armado, por supuesto.

—Sospecho que el Genaro nos está ocultando algo.

—¿Quiere que lo vigile?

—No hace falta. Más bien quiero que te deshagas de Julieta Romero.

—¿La periodista?

—Esa mera. Quiero un trabajo limpio. ¿Me entendiste?

—Nunca le he fallado, patrón.

—Eso espero, Nacho.

—¿Cómo me veo? —preguntó Julieta a Susana, frente al espejo.

—Como dirían: estás potable, sabrosa...

Se volvió con cara de pocos amigos.

—Tarada.

Susana sonrió y al punto de decirle que sí, que se veía muy bien, la

interrumpió una llamada a la puerta.

—Deja, yo abriré —dijo, encaminándose al pasillo.

Julieta oyó que se abría la puerta y, después las voces apagadas de su prima y de alguien que cruzaba el umbral.

Casi enseguida Susana regresó, deshaciéndose en sonrisas.

—Te buscan.

—¿Quién?

No tardó mucho en averiguarlo. Al entrar en la sala se encontró con Alejandro, apuesto con su traje y las manos metidas en los bolsillos. Cuando sus ojos se cruzaron con los suyos, se atrajeron y repelieron. Una imagen ambigua, cuando no contradictoria.

—¿Podemos hablar? —preguntó.

Fue entonces que Julieta notó el roce en la mejilla de la respiración de él, que se inclinaba sonriendo y la saludaba con un beso casto.

—Ahora mismo no puedo, Alejandro. Voy de salida —respondió y deliberadamente dio un paso atrás que la llevó lejos del alcance de él. Sin embargo, no se dio cuenta de que Susana se encontraba de pie a su izquierda hasta que se acercó para tocar su hombro.

—Podría acompañarnos. —Después, todavía con la mano en su hombro, dijo—: Soy Susana, la prima de Julieta.

Desconcertada por aquel nuevo giro de los acontecimientos, Julieta pasó por las formalidades de aquella presentación e hizo caso omiso de la maniobra de su prima.

—¿Qué dices, Alejandro? ¿Nos acompañas? —insistió Susana.

Él se dio cuenta enseguida de lo que ella estaba haciendo. Julieta pudo leer en sus ojos una expresión divertida cuando se hizo cargo de la situación:

—No creo que sea buena idea, Susan. Alejandro es un hombre muy ocupado, ¿cierto? —Hizo énfasis en esto último, mientras lo fulminaba con la mirada.

Por lo visto, la alusión lo dejó prácticamente indiferente y quiso saber.

—¿De qué estamos hablando, señoritas?

Susana respondió por las dos:

—Es una cena tonta con excompañeros de la prepa. Ya sabes, tirar ponzoña tras el besito del saludo.

—Es cierto —le dijo a Susana, volteando la mirada hacia Julieta para explicarle—. Me enteré el día que comimos, ¿recuerdas?

—Siendo así, no se diga más —terció Susana y, con la bolsa de ambas en la mano, prácticamente arrastró a Julieta al salir del departamento.

Fuera, la noche parecía apacible cuando los tres dejaron el edificio y caminaron hacia el auto de Alejandro. La idea de que él las llevara en su auto le pareció súbitamente excelente a Julieta; primero porque le daría la excusa perfecta para regresar antes de una reunión que, seguramente, se extendería hasta altas horas de la noche y, después, porque no tendría que hacerlo sola. A Susana, que caminaba a medio paso delante de ellos, no parecía importarle.

Como tampoco objetó nada cuando Alejandro la hizo subir en el asiento de atrás.

Alejandro Rivera conducía un Ibiza negro, de formas aerodinámicas y veloz, y por la forma en que lo hacía, Julieta dedujo que no le gustaba nada que fuera lento. Mientras el auto corría por la vía circunvalación que atraviesa gran parte del Valle, Susana hablaba animadamente, contándoles una anécdota. Julieta podía notar la mirada de Alejandro sobre ella, aunque no podía verla con claridad en la cálida oscuridad del interior del coche.

Se daba cuenta de que le atraía. Y él a ella también. Por eso se sintió un poco culpable cuando le permitió acompañarlas. No quería alentarle ni darle falsas esperanzas, pero tampoco quería pasar de él. Se sentía vulnerable a su lado, la ponía nerviosa. ¿Para qué mentir?

Alrededor de las nueve, coronaron su destino. Alejandro rodeó el auto y les abrió la puerta. «Un pequeño gesto caballeroso que la mayoría de los hombres no tienen», pensó Julieta. La mano de Susana apretó brevemente el brazo de Julieta en un gesto tranquilizador, a la vez que le decía:

—Te veo adentro.

Julieta no encontraba ninguna forma amable de librarse de aquello. No quería estar allí, más cuando sabía que las críticas y la falsa comprensión irían a dar directamente a su silla. El objetivo primordial de esa clase de encuentros siempre era el viboreo, pláticas huecas, cientos de consejos y preguntas que oscilarían de lo políticamente correcto a la agresión envuelta en frases piadosas.

Alejandro debió leer en sus pensamientos, porque se detuvo y se volvió para observarla:

—¿Qué ocurre?

No pudo responder. Su corazón palpitaba con tal fuerza que podía oír los latidos dentro de su pecho, aunque no tenía la menor idea del motivo. Tomó una respiración y compuso una sonrisa forzada:

—Es solo que me ha cogido por sorpresa. —Fue la única explicación que pudo darle.

—Ya veo.

—Si he de serte sincera, nunca he podido sonar al resto de la concurrencia —confesó mientras los dos recuperaban el paso.

—¿De veras? ¿Por qué?

—No lo sé.

Ya estaban cruzando el umbral del salón de la residencia de Ricardo Arreola que, para la ocasión había sido decorado con estrepitosos motivos de reminiscencia oriental.

—Pues ya somos dos —dijo y le extendió la mano para asirla del brazo.

A pesar de las distracciones visuales, sus miradas se cruzaron por un largo segundo de reconocimiento, en el que Julieta tuvo la certeza de que Alejandro era el hombre ideal para rescatarla del tedio de aquella reunión.

Sin duda, el anfitrión, siempre curioso de ver caras nuevas se acercó a ellos:

—Buenas noches y bienvenidos. Qué bueno que vinieron, soy Ricardo —se presentó continuando con un blablablá monótono compuesto por el obligado

intercambio de aburridas introducciones.

Sorprendida por la falsa deferencia del anfitrión, Julieta sostuvo una plática con una conocida suya, una charla de frases hechas, letanías recitadas de memoria, útiles tan solo para establecer un mínimo y superficial contacto humano.

Alejandro se preguntaba por qué esos eventos estériles se traducían en una congregación de personas para celebrar una ocasión insulsa, desconocida para la mitad de los presentes, en la que hablan sin decirse nada, se miran hostilmente, comen, beben y simulan que todo eso los divierte. Pero cuanto más procuraba alejar su mente del tema central de sus preocupaciones, esta volvía incansable a ella, a Julieta. ¿Por qué negarlo? Ella le gustaba, incluso a pesar de lo que odiaba a Genaro Castillo. Era al mismo tiempo valiente y vulnerable, perspicaz e inocente. Y por alguna condenada razón, tenía la impresión de haberla visto antes en alguna otra parte... ¿Por qué entonces Julieta, que por la forma de mirarlo parecía otra víctima de sus encantos, lo ignoraba por completo? Pensaba, mientras recordaba los ligues adolescentes, tan frescos y naturales. «Lástima que a mis 32, el pasado fue hace demasiado tiempo». «¿A qué hora se volvió tan complicado conocer a alguien?». En eso estaba, cuando volvió la cabeza y sintió la mirada de Julieta.

—Necesito tomar un poco de aire. ¿Me acompañas?

Sin duda, sus ojos eran un destello azul al que Alejandro no podía resistirse.

Cuando salieron al jardín se encontraron con Susana conversando con dos desconocidos y fingió no verlos.

—¿Qué querías preguntarme? —dijo Julieta.

La postura relajada de Alejandro se transformó de inmediato en una de alerta.

—Julieta, creo que tú y yo podemos ser sinceros, ¿no crees?

—Por supuesto, no solapo el engaño.

La intensidad de su voz y las palabras sugerían que su declaración no era por motivos estrictamente profesionales, aunque no podía decir que lo

sorprendiera. Ese, después de todo, era el meollo del asunto, y él sospechaba que Julieta era, a fin de cuentas, una mujer muy directa. Aun así, decidió utilizar un tono informal.

—Quizá ya lo sepas, pero voy tras las pistas del Cártel del Centro.

—¿Vas a decirme qué quieres? —preguntó más impaciente que preocupada.

—Háblame de Genaro Castillo.

Justo en el instante en que mencionó su nombre, Julieta sintió un pánico repentino e ilógico. La voz grave de Alejandro era exigente mientras unas sombras misteriosas jugaban con los ángulos de su cara y torso y se sintió confusa de repente.

—Discúlpame, pero no veo la relevancia.

—Julieta, no hay una forma correcta de decirlo.

Se tensó de pies a cabeza. Alejandro no dejaba de mirarla fijamente y cada una de sus miradas le traía recuerdos de sus besos y caricias, pero no iba a contarle todos los detalles de su vida sexual solo para satisfacer su curiosidad.

—Okey —asintió.

—Todas las evidencias apuntan a que Castillo es una pieza clave en el entramado criminal del Cártel del Centro.

Julieta se tambaleó, como abofeteada por las palabras. Alejandro le extendió una mano, pero ella recuperó el equilibrio y clavó sus ojos azules en los de él.

—Hablas en serio, ¿verdad?

Alejandro se acercó más, invadiendo su espacio.

—Tengo una hipótesis y, si resulta cierta, podrías estar en peligro.

Julieta dio un respingo, pero no pudo responder. Había estado segura de que Genaro era el hombre que lograría ver en su interior y liberaría su cuerpo y su corazón, pero de ninguna manera se lo iba a contar a Alejandro. Desde el principio no era difícil darse cuenta. Quería creer en Genaro, pero su intuición le decía otra cosa.

—Quiero irme —afirmó.

Alejandro aceptó sin titubeos, pero tan pronto como subieron al auto preguntó de nuevo:

—¿Estás bien?

—No es nada de lo que tengamos que hablar.

«¡Se aprovechó de mí! ¡Fui tan estúpida! ¡Estaba tan confundida!». Julieta intentaba comprender qué había pasado, cómo había pasado y por qué le había pasado a ella.

En realidad, no era consciente de la verdad y por consiguiente no podía decirle la verdad a Alejandro. Si ella hubiese sabido la verdad sobre los motivos de Genaro, quizá hubiese sido difícil, pero podría haber hecho que su vida fuera mucho más fácil. Y aunque estaba alterada por la confusión de sentimientos que atenazaban su pecho, era consciente de todas las complicaciones que acababa de evitar.

El reloj marcó la una, cuando el auto de Alejandro se estacionó a la entrada del edificio.

—¿Quieres que suba contigo? —preguntó.

—No, no hace falta. Estoy bien.

—¿Segura?

—Lo estoy.

Alejandro se acercó más, tomó un mechón de pelo de Julieta entre los dedos y la recorrió con la mirada, tranquilizándola al mismo tiempo que despertaba sus tórridos recuerdos. Dios, lo recordaba todo con claridad, el aliento que le había calentado el cuello, las manos que le habían sostenido los pechos, los dedos que había enterrado en ella, llevándola casi al orgasmo. La boca que se había apoderado de la suya... El aire entre ellos era tan espeso que Julieta apenas podía respirar y supo que estaba considerando la posibilidad de besarla, pero antes de que pudiera seguir con esa idea, se adelantó y le dio un abrazo; fue un abrazo fraternal que no hacía ninguna promesa y no podía ser malinterpretado.

—Gracias de nuevo por traerme a casa —le dijo.

El abrazo pareció sorprenderlo, pero se lo tomó con toda normalidad.

—Julieta, yo...

—No te culpes por hacer tu trabajo.

Ella tenía razón. Entonces, ¿por qué se sentía culpable? Conocía la respuesta. Él no era mejor que Castillo. De algún modo, desde el principio se las había ingeniado para amañar sus encuentros con Julieta. Era un engaño y él lo sabía. Como mínimo había traicionado la confianza de una mujer estupenda que confiaba en él.

Alejandro observó cómo se metía en el edificio y profirió una maldición. «¿Por qué ella?», se preguntó. Jamás se había interesado por las mujeres que pertenecían a otro hombre. Sus ojos azules lo habían mirado con hambre y apenas podía contener la impaciencia de tocarla. «¿Por qué ella?», se repitió. Pero seguía sin tener sentido, jamás había reaccionado a una mujer con tanta fuerza. Murmurando una maldición más fuerte que la anterior arrancó.

El departamento le pareció solitario cuando entró. Y frío. Julieta Romero estaba rendida, apenas sosteniéndose en sus piernas temblorosas por la excitación, y solo deseaba caer sobre la cama y conciliar el sueño antes de que su prima regresara a patearle el trasero por haberse fugado de la reunión.

Pero no estaba sola.

El clic de un interruptor la sobresaltó. Sentado en el sillón de la estancia, se erguía la figura de Genaro. Demudada por el espanto, los ojos de Julieta se pasearon lentamente en esa dirección.

—¿Se puede saber dónde estabas?

El sonido de su voz la regresó de la abstracción. «¡Cínico! Ahora resulta que soy yo quien debo dar explicaciones».

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo entraste?

—Contéstame, maldita sea —insistió Genaro, saltando del sillón.

Julieta dio un paso atrás, pero le sostuvo la mirada.

—Esa no es la pregunta.

—Tienes razón, ¿qué hacías con el polizonte ese?

—Sabes demasiado por lo que veo.

—No soy ningún pendejo.

—Tú sabes de que hablo.

—No sé y no me interesa.

—Mírame bien. Sí, Genaro, estuve con él, ¿y sabes qué?

No logró articular palabra. No preguntó cómo ni por qué. La vio tan fría que el duro metal de sus ojos le cortó el aliento. «Sabe quién eres. Fuiste muy tonto al exhibirte tal cual», le decía una voz en su interior. ¿De qué manera podría enfrentarla y humillarla sin enfrentarse y humillarse a sí mismo?

—El punto aquí es el siguiente —comenzó a decir ella—: ¿Quién eres, Genaro? ¿A qué te dedicas en realidad? ¿Por qué la Unidad Especial de Investigaciones te está buscando?

—Sé lo que traes en la cabeza.

Julieta se echó a llorar en parte por la desagradable sorpresa y por el recuerdo de lo que Alejandro le había dicho. Las lágrimas le corrían abundantemente por la cara y pensar en la traición de Genaro convirtió el dolor en ira.

—¡Mentiroso! —gritó.

Desconcertado, intentó acercarse a ella con una mano extendida.

—¡No me toques! —sentenció ella.

—Julie...

—¡No me llames así! —gritó para sorpresa de los dos.

—Puedo explicártelo, Julieta.

Pero ella estaba demasiado furiosa para escucharlo.

—¡Me mentiste, maldito!

—¡Escúchame!

—Sé que tienes nexos con el narco. Tuviste tantas oportunidades de

decírmelo y no lo hiciste. Eres un idiota.

Genaro apretó los puños y los dedos del pie dentro del zapato.

—¿No vas a permitir que te lo explique?

—Me parece que ya es tarde para eso —replicó con un tono frío y desdeñoso.

—Siempre fuiste razonable.

—No me digas cómo he sido siempre.

—De acuerdo. Trabajo para el Cártel del Centro —explicó—. Fue un gran error... lo sé.

—Tardaste bastante en darte cuenta de eso, ¿no?

Él apretó los labios

—Era el único medio que tenía para...

Julieta estaba demasiado alterada y prefería que se largara de inmediato, sin discutir. ¿Qué podrían decirse?

—No tienes por qué darme explicaciones —lo interrumpió—. Vete.

—No.

—¡Lárgate!

—No iré a ninguna parte —replicó decidido y alargó las manos para sujetarla por los brazos.

—¡Suéltame ahora mismo!

—¡No! —De pronto, Julieta se dio cuenta de que por muy sereno que pareciera estaba tan alterado como ella—. No me iré sin explicarte por qué.

—¿Qué quieres explicarme? —acusó furiosa—. ¡Trabajas para la mafia! ¿Qué más quieres decir?

—Lo hice por ti —dijo sacudiéndola un poco.

—¡Ay, por favor! ¿Para qué? Para no salir perdiendo o porque te encanta esa vida.

—¡Claro que no! ¡Lo sabes perfectamente!

—¡Cállate, ya! —explotó Julieta—. Si vas a salirte con la tuya, al menos déjame hablar. Quería creerte, pero mi intuición me decía otra cosa. No

dejaba de repetirme que mi intuición se equivocaba. Creí que te importaba.

—Y así es, me importas —afirmó él con pesar.

—¡Suéltame! —Le dio un puntapié en la espinilla que le arrancó una exclamación de dolor, pero no la soltó. Por el contrario: la apretó con más fuerza, haciéndola gritar.

—Eres lo único que me importa.

—¡Pero aun así mentiste! Me diste a entender que tus negocios eran limpios, que... que... —Estaba sollozando de ira—. ¡Debiste decírmelo! ¿Por qué? —En este punto, Genaro aflojó la presión y Julieta se las arregló para liberarse—. ¿Por qué?—insistió pegándole una y otra vez en el pecho con los puños—. ¿Por qué, por qué?

—Porque tenía miedo. —La sujetó por las muñecas para arrojarla en el sillón. Luego se irguió ante ella con los puños apretados y la respiración agitada—. ¡Soy un cobarde, maldita sea! No te lo dije por miedo a que me abandonaras. Poco hombre como soy no habría podido soportarlo.

—Estás a años luz de conocer el significado de esa palabra.

—¿Soy hombre acaso? ¿Queriéndote tanto que lo demás no me importa? ¿Sabiendo que sacrificaría mi vida por acostarme contigo, a pesar de que me fuiste infiel?

—Tienes el descaro de decirme semejante cosa. —Su voz surgió como un susurro agudo y cruel—. ¿Y tú fuiste un monje durante estos diez años?

—Eso es lo que sientes, ¿no? —Observó con frialdad—. Yo no necesito imaginarte con otro. ¡Te he visto con otro!

—No quiero hablar contigo de ese tema.

—De un modo u otro estoy condenado, ¿no?

—¡Deberías habérmelo dicho!

—¿Para qué? —La levantó de un tirón—. Habrías girado sobre tus talones para abandonarme sin decir palabra. Y después de haber vuelto a verte... habría hecho cosas mucho peores que mentir para conservarte—. La apretó con fuerza contra su cuerpo para besarla, largamente y con dureza.

Las rodillas de Julieta se convirtieron en agua y luchó por mantenerse fría.

—Esto no tiene sentido —dijo apartándose—. No puedo pensar con claridad. ¿Te vas o prefieres que lo haga yo? —Se lanzó hacia la puerta, pero él la sujetó por la muñeca y volvió a besarla con tanta fuerza que le dejó sabor a sangre en la boca. No había en su gesto afecto ni deseo, solo pasión ciega y la voluntad de poseerla. Ya no seguiría hablando. Ella tampoco.

Julieta apartó la boca y le dio una violenta bofetada, curvando los dedos para arañarlo. Él se echó hacia atrás con la mejilla herida. Luego enredó los dedos en su pelo y se inclinó para besarla otra vez con deliberado salvajismo, ignorando los golpes que ella lanzaba contra él. La arrojó sobre el sillón y allí la inmovilizó con el peso de su cuerpo.

Estaba excitado y se le notaba. Ella también.

«Perdóname», decía él, sin pronunciar palabra. «¡Perdóname!».

Lo rechazó con ilimitada furia y bastante habilidad. «Me mentiste», decía el cuerpo de ella. «¡Y maldito seas por eso!».

Estaban haciendo lo posible por matarse mutuamente, impulsados por la ira de aquellos años de separación.

—¡Eres mía! —jadeó.

—¡Vete al diablo! —Le tiró del pelo para bajarle la cara hacia ella. Cayeron del sillón al suelo, hechos una maraña, y rodaron de un lado a otro, entre maldiciones balbuceadas y palabras sin terminar.

No oyeron el ruido de la puerta al abrirse. No oyeron nada, aunque ella debió de haberlos llamado más de una vez. Sorda y ciega, Julieta no atendía más que a Genaro hasta que la voz de su prima cayó sobre ellos.

Genaro se quedó petrificado y palideció. Julieta, aturdida, vio detrás de él a Susana. Tenía los ojos sesgados por la cólera y el horror.

—¡Basta! —ordenó—. ¿Cómo puedes hacer esto, animal? ¡Montar a mi prima como una bestia en celo sin que te importe si te oyen en todo el edificio!

Él se apartó lentamente de Julieta, torpe como un oso. Luego, se levantó y

le tendió una mano para ayudarla a incorporarse. Parecía desconcertado. Se acomodó la ropa y cerró los ojos, recorrido por un profundo estremecimiento.

—Me voy.

—Es lo mejor que puedes hacer —dijo Susana.

Acto seguido se oyó un golpe sordo: se había cerrado la puerta.

Susana se acercó a Julieta y preguntó:

—¿Estás bien? ¿Cómo pudo hacerte algo así? —Hablaba con firmeza.

—No fue culpa suya... Eso no. —Julieta se pasó una mano por el pelo enredado—. Fui yo. Fuimos los dos. Él... yo...

—Comprendo. —Susana le echó una larga mirada, pero no preguntó nada.

A Julieta le pareció bastante imposible que lo comprendiera.

—Me siento muy cansada. Quiero irme a dormir.

Susana no lo discutió. Se limitó a mirarla de cabo a rabo para asegurarse de que estuviera bien y luego asintió:

—Creo que es lo mejor.

Julieta se metió en la cama, preguntándose ¿qué podía hacer cuando su relación con Genaro no marchaba como ella quisiera? ¿Cuándo las cosas no funcionaban como ella quería que funcionaran? El aturdimiento era su único refugio y dormir la ayudaría a no recordar.

La reserva y la introversión siempre habían tenido mucha importancia en su vida.

Siempre, siempre, había tenido cuidado de equilibrarlas deteniéndose antes del punto peligroso de caer en la tentación de dar demasiado.

Solo con Genaro había dado cuanto tenía, arriesgándolo todo, descartando la cautela y el sentido común. Había regresado a él sin darle nada más que su persona, en cuerpo y alma, confiando en que supiera verla entera y cuidar de sus debilidades como en otros tiempos.

En un principio temió que él no pudiera. O no quisiera. Y luego llegaron esos pocos días de gozo perfecto que le hicieron pensar que todo volvía a ser como antes. Pudo amarlo en libertad y ser amada con una sinceridad que

igualaba a la suya.

Ahora tenía todas las cosas que había ignorado, negado, evitado y a las que se había resistido, mirándole cara a cara. Era un argumento clásico: ser descubierta, mentir, oponer resistencia y actuar de forma ruin. Toda la inmundicia de la que creía que podría librarse la miraba de frente. La pregunta era ¿qué iba a hacer al respecto?

Aunque pareciera una locura, Julieta sabía que Genaro la quería y estaba dispuesto a pelearse con ella y con sus cuestiones no resueltas. Por desgracia, ella se resistía a conocer la verdad.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Lloraba por Genaro y por lo que había sido con él. Su voz le susurraba: «¿Sabes lo que significa decir otra vez “te amo” y decirlo de verdad?».

Lo sabía.

Del mismo modo que también sabía que sencillamente no era capaz de encontrar la fuerza o la presencia de ánimo para acabar con lo que había empezado.

¡Si quieres jugar, debes conocer las reglas!

Pasaron tres días.

Tres días infernales en los que apenas se paró a comer, dormir o atender necesidades físicas. Tres días de ritmo diabólico en los que no hubo lugar para otra cosa que el silencio y las cavilaciones lúgubres.

Porque, de un modo u otro, Genaro se había convertido en la causa de su tormento. Un hombre que, muy a su pesar, le seguía importando.

Julieta se sentía acribillada por el sentimiento de culpabilidad. Se sentía tan culpable que durante dos días no fue a trabajar. Días, que estuvo dando vueltas aporreándose a sí misma. «Hay tantas cosas que debería haberle dicho», era como una canción en su mente. No podía sacudirse de encima los sentimientos de culpabilidad e irresponsabilidad. Con el correr de las horas, sustituyó la canción de la culpa por la de la cólera: «¿Cuánto se supone que debo hacer?». «¿Cuánto se espera que haga?». Julieta recordaba las palabras de su prima durante el trayecto al aeropuerto: «Cuando la vida te ofrece limones, debes hacer limonada. Si tienes alergia a los limones, ¡bebe agua! El agua quizá sea insípida, aburrida y poco interesante, pero te da energía». Pero ni siquiera eso la hizo sentir mejor. Las cosas no le iban muy bien. Quería rendirse. Mejor dicho, necesitaba rendirse, pero no podía hacerlo. No podía terminar con Genaro, así nomás. No podía eliminar los sentimientos encontrados con los que había vivido hacía diez años. «¿Cómo puedes

expresar lo que sientes cuando no lo entiendes?».

De hecho, estaba demasiado enfadada como para decir cualquier cosa.

Aquel día, sin embargo, se levantó con decisión y energía inesperada y decidió regresar al trabajo. Aunque seguía sin entender bien lo que había pasado, sabía que había llegado el momento de seguir adelante.

Así pues, terminó de arreglarse y se fue directamente al periódico. Al entrar se encontró con Paco sopeando un bizcocho en la taza del café. A su inimitable manera, sin decir palabra, le guiñó el ojo cuando le dio los buenos días. No había pasado ni un instante, cuando alguien la agarró del brazo. Era Marcos.

—¿Tienes un minuto?

Cruzaron el pasillo, pasando por varios cubículos y entraron a su despacho.

—Siéntate —le dijo.

—¿Qué se te ofrece, Marcos?

—Me gustaría que me ayudaras a cubrir la nota del Sistema Nacional Anticorrupción.

—Okey. ¿Qué necesitas?

—Como bien sabes, la iniciativa se hizo bajo la bandera de tres declaraciones: representantes del Congreso, grupos de organizaciones y académicos. Se me ocurre que sería interesante conocer el punto de vista de los legisladores. Digo, ¿en serio creen que este proyecto puede convertirse en la varita mágica para combatir la corrupción?

Julieta lo dudaba, pero, aun así, se sonrió.

—Entiendo. Ahí debe de estar sesionando ahorita Gerardo. ¿Te parece bien si lo abordo?

—Perfecto. Cuento con eso.

Julieta le contestó que sería un placer, y justo antes de que se perdiera en el pasillo, Marcos le dio alcance para tomar el elevador juntos. Quizá algo en su proceder le dio mala espina, porque le hizo hacer algo que no acostumbraba.

—Voy por el rumbo. Te llevo y vamos conversando otro rato, ¿te parece?

Ella aceptó al instante.

Se hubiera necesitado ser adivino para imaginar las consecuencias que aquel acto iba a tener.

Mientras caminaban hacia el auto, una camioneta rechinó las llantas y Marcos la vio acercarse lentamente hacia ellos. El copiloto bajó la ventanilla y comenzó a dispararles y en unos segundos el cielo se llenó de ruidos y gritos.

Marcos Villegas advirtió que los proyectiles pasaban cerca de ellos y algunos impactaban contra las gruesas paredes como una ráfaga de tenebrosos presagios. Tomó a Julieta por la cintura y la echó al piso, cubriéndola con su cuerpo. La sintió estremecerse entre sus brazos y no supo si se ahogaba con su peso o estaba aterrorizada. La sensación quedó grabada en la mente de Marcos, y con ella llegó el dolor. Dolor de verdad. Dolor físico. Suplicó que terminara de una vez, pero mientras escuchaba el griterío en sus oídos con más intensidad, nuevas imágenes empezaron a destellar. Su infierno no había hecho más que empezar. Se encontraba a medio camino entre la muerte y a pesadilla. Después llegó la negrura.

Apenas se disipó el griterío y el espanto, Julieta alcanzó a palpar la sangre a su alrededor creciendo en un charco incontenible. Al principio creyó que estaba herida, pero el único herido con que tropezaron sus ojos fue Marcos. Respiraba con dificultad. Julieta gritó desesperada por ayuda. Algunos testigos del hecho corrieron a socorrerla.

Diez minutos más tarde, Marcos iba en una ambulancia con ruido de sirenas y luces encendidas. Llevaba innumerables perforaciones de bala en el torso por donde se le escapaba la vida.

Alejandro Rivera se enteró un par de horas más tarde, cuando llorando al teléfono, Julieta le comunicó la noticia.

—¡Es tu culpa! ¡Desde que apareciste en mi vida empezaron las desgracias!
—acusó Julieta, apenas lo vio.

Estaba destrozada, fuera de control y no entendía lo ocurrido.

Ese fue el día más largo de la existencia de Alejandro. La pasó sentado junto a Julieta en una silla del hospital frente a la puerta de Terapia Intensiva, donde Marcos deambulaba perdido en las sombras de la agonía. Después de varias horas en el quirófano, nadie pensaba que sobreviviría. Conectado a media docena de tubos y cables aguardaba su muerte.

Los cirujanos lo habían abierto en canal y recorrido sus vísceras descubriendo después de cada puntada un nuevo orificio para remendar. Le colocaron litros de sangre y suero, lo atosigaron de antibióticos y por último lo crucificaron sobre una cama con el suplicio permanente de las sondas, manteniéndolo sumido en la niebla de la inconsciencia para que soportara su martirio. Con la complicidad del médico de turno, compadecido de tanto dolor, Julieta pudo verlo por algunos minutos. Estaba desnudo, transparente, flotando en la luz difusa y blanca de la habitación, con un respirador conectado a un tubo traqueal, cables que lo unían a un monitor cardíaco donde una señal apenas perceptible conservaba la esperanza, varias agujas en sus venas, tan pálido como la sábana, dos lunas moradas en los ojos y una masa compacta de vendajes en el vientre por donde surgían los tentáculos de los drenajes abdominales. Un grito mudo se atravesó en el pecho de Julieta y allí permaneció por mucho tiempo.

Entretanto, Genaro se enteró de la noticia con mucho atraso y por voz de Rigo.

—Patrón, acabo de enterarme por uno de los hombres del Nacho que atacaron a la señorita.

—¡Hijo de perra! —maldijo Genaro rechinando los dientes y apretando los puños—¿Dónde está? ¿Está herida?

Sin duda, no tenía dudas de quién era el responsable.

—No, patrón. Al parecer fue su jefe el que llevó la peor parte. Está muy grave, según me informan.

—¿Quién está con ella?

—¡No estará pensando...!

Genaro arrugó el entrecejo.

—Tengo que verla.

—No creo que sea buena idea. El tal Rivera está con ella.

«¡Qué conveniente!», pensó, pero al mismo tiempo en su mente iba formándose un plan. «¿Acaso no podía ser más obvio?».

Alrededor de las diez de la noche, Alejandro fue a buscar un par de tazas de café, cuando sonó su teléfono.

—Rivera —contestó.

—Al fin la tienes donde querías —dijo Genaro.

—Esta vez la has cagado por completo, Castillo.

—Sé que has estado viéndola y, a menos que me equivoque, planeaste hasta el último detalle.

—¿Ya le preguntaste qué es lo que ella quiere?

—Sin embargo, eso no te ha impedido tirártela.

—Tú no estás en condiciones de protegerla. Mira el desmadre de vida que tienes.

—Cómo sea, ¿has oído alguna vez de justicia, Rivera?

—¿Justicia? ¿De qué estás hablando?

—Es muy sencillo. El senador Rocha es una cuestión de justicia y yo voy a conseguirla.

Alejandro escuchó cómo colgaba el teléfono y no tuvo dudas, Genaro Castillo estaba por reanudar una antigua enemistad. Sin negociación. Sin exigencias. Simple desquite.

Julieta estaba sentada en el mismo sitio donde la había dejado y lo contemplaba sin verlo.

—Julieta —dijo, más como un amigo preocupado que como un agente de la

autoridad—. La situación está muy confusa. Necesito encontrar a Genaro.

—Aquí surge la cuestión de que no puedo confiar en nadie.

Esta frase siguió resonando dentro de Alejandro como una letanía y con tanta urgencia, que respondió:

—Puedes confiar en mí.

—Conozco a Genaro y, si quisiera que lo encontraras, ya lo hubieras hecho—. Después, fingiendo ignorancia, afirmó—: Parece que está estable. Me gustaría ir a casa a dormir unas horas y a cambiarme.

Para ser sinceros, a Alejandro no le hubiera importado pasar el resto de la noche en aquel hospital, con Julieta como única compañía. Sin embargo, sabía que tenía razón y por eso no dijo nada.

Al poco rato llegaban a la avenida donde se encontraba su departamento. Él estacionó y salió del coche para ayudarla a bajar.

—Subiré contigo.

—No, no hace falta. —Le dio las gracias nuevamente y consiguió dedicarle una media sonrisa—. Necesito estar sola.

—Por supuesto.

Se entretuvo todavía un instante, como si quisiera decir algo más, pero al final sonrió y subió al auto mientras ella se metía al edificio.

Cuando se hubo ido y se quedó sola, Julieta examinó lo que había sucedido. Parecía imposible que todo aquello hubiera acontecido. Pero había ocurrido.

Pese a la advertencia de Alejandro de que estaba en peligro, no estaba resentida con Genaro. Dudaba de que hubiera tenido algo que ver. Era muy consciente de que era «un animal territorial» que estaría decidido a todo, por todo y con todo, para mantenerla a salvo. No solo era su amante, sino que también había sido confidente de su difunto padre, un hecho que elevaba su estima.

Julieta se preguntó cómo reaccionaría cuando se enterara de la noticia. Nada captaba más su interés. Estaban sucediendo muchas cosas y por eso necesitaba un poco de tiempo en soledad.

El agua de la tina estaba más bien tibia, pero se metió dentro hasta la barbilla. Intentó acallar las voces de su interior; en particular la voz de Genaro, cuyos ojos ambarinos y vigilantes daban la impresión de estar mirándolo todo a su alrededor. Lo que menos necesitaba en ese momento era recordarlo continuamente.

Al poco rato, quitó el tapón del desagüe, salió de la tina y estaba abrochándose la ropa para poder sentarse frente a la computadora ante la constatación de cómo a veces los peores momentos de su vida le inspiraban las mejores líneas en sus artículos.

El periodista Marcos Villegas, director del periódico impreso La Gaceta, fue atacado a balazos al salir de su lugar de trabajo. Este hecho evidencia las carencias del Mecanismo de Protección a Periodistas de la Secretaría de Gobernación.

Compañeros y amigos de este diario exigimos y reclamamos a las autoridades el esclarecimiento del atentado y la impartición de justicia. «No se mata la verdad matando periodistas, no criminalicen a la prensa, alto a la intolerancia».

Exigimos justicia por el atentado de nuestro compañero y amigo.

Tenso, pero controlado, Gerardo Rocha se sentó frente a la barra y ordenó un whisky con agua soda. Dieron las diez y media. Ordenó otro whisky sencillo y, cuando el cantinero se lo servía, entró Rigo.

—Buenas noches, senador —saludó y no dijo una sola palabra más; simplemente lo llevó hasta el estacionamiento y se detuvo en un espacio junto a una camioneta negra. Se abrió la puerta del conductor y bajó un corpulento hombre, que, por supuesto, iba armado.

—Las manos contra la camioneta, senador —ordenó Rigo.

Rocha apoyó las manos contra el vehículo y separó las piernas. Lo revisaron minuciosamente. Satisfecho, Rigo señaló:

—Suba atrás y vámonos.

Rigo se sentó enfrente. El otro hombre cerró la puerta, se puso al volante y arrancó.

Rocha preguntó ansioso:

—Oigan, ¿adónde rayos vamos? Esperaba ver a José Manuel.

—Tardaremos un poco, así que disfrute el paseo —respondió Rigo.

Cuarenta y cinco minutos después, la camioneta coronó su destino. Rocha distinguió una gran casona de estilo moderno, cuando Rigo le abrió la puerta.

—Por aquí, senador —le dijo conduciéndolo al interior: un inmenso vestíbulo de entrada con piso de mármol. Caminaron por un espacioso corredor y finalmente entraron en la estancia, donde troncos ardían en la chimenea.

Genaro estaba de pie, frente al ventanal, mirando al exterior con una copa de tequila en la mano.

—Volvemos a encontrarnos, senador —dijo al volverse. Acto seguido, sacó una botella de tequila, sirvió una copa y se la ofreció.

Rocha lo había interrogado un par de veces en la casa de los Romero, donde el joven mozo utilizaba pantalones de mezclilla y camisa blanca de mangas largas, un discreto atuendo que contribuía, junto a su expresión impenetrable y su actitud sigilosa de felino, a hacerlo invisible. Sin embargo, el hombre que se presentó nada tenía de invisible: esbelto, atlético con el cabello negro a la altura del cuello, manos cuidadas y ropa de marca. Se preguntó cuánto ganaría ese hombre o si alguien le compraba la ropa. Genaro, con su porte varonil y rostro apuesto, podía posar para un anuncio de colonia masculina, diría Julieta.

—No necesitas fingir, Castillo. Sé muy bien quién eres.

—Sabe demasiado, por lo que veo.

—No me hagas perder el tiempo, ¿qué quieres?

—Gerardo Rocha, siempre tan directo —ironizó—. De acuerdo, hay cosas de las que usted podría hablarme. Por ejemplo, detalles del asesinato del

doctor Romero.

—No sé de qué me hablas —afirmó, pero sus dedos temblorosos no pudieron ocultar la mentira—. Joaquín era mi amigo.

—Un amigo al que no dudó en traicionar, farsante hijo de perra.

—Mira quien habla. ¿Crees que eres mejor que yo? Yo nunca he vendido drogas, ni traficado con armas.

—Tiene razón, pero yo soy algo más. Soy su peor pesadilla. —Sacó el arma que ocultaba en la espalda y le apuntó con ella.

—Matarme no resuelve nada, Castillo. Piensa en Julieta.

—Ni siquiera menciones su nombre, pendejo. —Amartilló el arma.

—¡Tú no sabes una mierda! Joaquín no quiso ayudarme.

—Sí, claro y por eso lo vendió. Él era su amigo.

—¡Tuve que hacerlo! La vida de mi familia estaba en peligro.

—¡Maldito bastardo, sería capaz de mentirle al mismo Dios! Pero alguien tiene que detenerlo—. Se oyó una detonación sorda cuando le disparó en el corazón. Rocha cayó de espaldas contra el sillón.

Genaro estaba inmóvil, cuando Rigo entró en la estancia, probablemente alertado por el estallido.

—Esto no pinta bien, patrón. Si don José Manuel se entera...

Genaro trató de controlar la rabia que le quemaba por dentro. La muerte del senador era muy oportuna y no la lamentaba, pero Rigo estaba en lo cierto, su situación era grave.

—¿Crees que estoy loco?

—Creo que está llevando las cosas demasiado lejos.

—¿No lo entiendes, verdad? Olvídate del senador y de José Manuel. La política es la raíz de muchos males. Se ha convertido en el mejor instrumento para construir redes de complicidades.

—No entiendo bien qué trata de decir.

—Con sus acciones, José Manuel ha transgredido nuestro acuerdo. No puede lavarse las manos, está en el mismo barco que el senador, salpicado del

mismo estiércol.

—¿Y qué pretende?

—La única forma de acabar con esto es atrayéndolo a mí.

—¿Se refiere a ponerlo todo al descubierto, a decirle lo que ha hecho? Va a hacer que nos maten a todos.

—Solo debo arrojarle un anzuelo a Rivera.

—Usted conoce como funciona este negocio. La traición se paga con la vida.

—Como te dije, tardaré más tiempo en explicarlo del que nos queda. No tienes que ir si no te agrada.

—Alguien tiene que cuidarlo. ¿Qué hacemos con él?

—Envuélvanlo y échenlo a la camioneta.

Es posible corregir cualquier error

Aquella mañana Alejandro Rivera salía de la regadera, desnudo y con el pelo empapado, cuando recibió la llamada de Carbajal.

—¿Alejandro? Gerardo Rocha está muerto.

Carbajal Miranda le informó que estaba llamando desde su coche, que veinte minutos antes el asistente de Rocha había recibido una llamada del Departamento de Policía para notificarle que el senador había muerto en el cuarto de un hotel de paso. No quisieron darle detalles, excepto que no fue de muerte natural, le ordenaron que se presentara a reconocer el cadáver y le ofrecieron mandar a buscarlo, pero él decidió llevarlo personalmente. Su tono era seco y preciso y colgó antes de que Rivera alcanzara a averiguar más.

Pasó más de medio minuto antes de que Alejandro reaccionara. En lo que tardó en vestirse y colar café, llegó un policía en un coche patrulla y partieron a la mayor velocidad posible, con las sirenas encendidas.

Por el camino Alejandro habló con Carbajal, a quien no le cabía duda de que estaban frente a un homicidio, porque la causa de muerte no podía atribuirse a un accidente o a un suicidio. Dijo que la llamada a la policía llegó a las ocho dieciocho de la mañana de una persona que se identificó como empleada de limpieza. Elementos del Departamento de Policía de la Ciudad fueron los primeros en llegar y procedieron a verificar los hechos, hacer una somera inspección, sellar la escena e interrogar a los empleados.

En el hotel de paso los recibió Carbajal, que ya había hecho marcar el perímetro, había colocado varios carros policiales en torno a la propiedad para impedir la entrada, y había dejado a los empleados en la oficina, con el fin de interrogarlos por separado, sin que tuvieran ocasión de ponerse de acuerdo en las respuestas. Solo le permitió a Alejandro que lo acompañara a la habitación donde estaba el cadáver, para evitarle ese espectáculo a Jaime, como si hubiera olvidado que él mismo lo había llamado. Debían esperar al equipo forense que ya estaba en camino.

Gerardo Rocha estaba recostado en la cama *king size*, con la cabeza apoyada en la almohada, en la posición de alguien sorprendido durmiendo la siesta. Había que verle la cara y el pecho atravesado por una bala para comprender que su muerte había sido violenta. Alejandro observó el cuerpo y el resto de la escena, dictando sus primeras observaciones en la grabadora de su teléfono, mientras Carbajal lo observaba desde el umbral con los brazos cruzados sobre el pecho. La bala había penetrado profundamente, lo que indicaba un tirador experto o un disparo desde muy cerca. Le extrañó que la herida hubiera sangrado tan poco, pero no podía inspeccionar el cuerpo hasta que no llegara el servicio forense. No hallaron signos de entrada forzada y Alejandro supuso que Rocha conocía al asesino y le abrió la puerta.

Afuera, Jaime comenzaba a inquietarse. Creía ser la última persona que vio a Gerardo con vida, aparte del asesino. Él se había despedido temprano porque tenía planes para cenar con su esposa. Recordó que lo había notado particularmente nervioso y en sus ojos se notaba una profunda tristeza.

—¿Se le ofrece algo más, senador? —le preguntó antes de irse.

Gerardo abrió el cajón del escritorio y le entregó un sobre.

—Me parece que tú debes conservarlo en caso de que algo me suceda.

Jaime examinó el sobre y se dio cuenta de que iba dirigido a Julieta. Luego, lo miró como si pensara que había perdido el juicio.

—¿Se siente bien?

—Nunca estuve mejor. Será mejor que te vayas antes de que tu mujer

comience a preocuparse.

Pero eso no impidió que, mientras cerraba la puerta de la oficina lo asaltara una extraña sensación, que continuó durante todo el resto de la noche.

Esa mañana, apenas pasadas de las ocho, recibió la llamada de la policía. Tras un momento, asintió con la cabeza, colgó y miró a su esposa.

—Murió el senador.

—¿Cómo qué murió? ¿De qué hablas?

—Como lo oyes, está muerto. No sé más. La policía viene en camino, quieren que reconozca el cuerpo.

Así, antes de que alcanzara a inquietarse, e incluso de que pudiera ponerse en contacto con alguien más, llegó Carbajal.

Jaime tragó una bocanada de aire, tratando de espantar los recuerdos y concentrarse en el presente. Cogió el teléfono y le pidió ayuda a la primera persona que vino a su mente en aquel trance: Julieta.

—¿Jaime? Iba a llamarte para concertar una cita con Gerry...

—J. R., encontraron muerto a Gerardo.

Ella reaccionó con absoluta incredulidad.

—¡Qué dices! ¿Cómo murió?

—Solo sé que no fue muerte natural.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Jaime pensó que la había perdido.

—J. R., ¿sigues ahí?

—Sí, por supuesto. ¿Ya avisaste a la familia?

—Esperaba que pudieras ayudarme con eso.

—Cuenta con ello.

—De acuerdo. Volveré a llamarte en cuanto tenga más detalles.

La línea enmudeció.

Carbajal y el agente Rivera interrogaron a la empleada del aseo, a solas, quien le explicó que llegó quince minutos antes de las ocho, porque su

jornada empezaba a la hora en punto. Su recorrido era invariable: primero las habitaciones del fondo. No le extrañó la quietud, pues la afluencia de los clientes generalmente comenzaba alrededor del mediodía. Con todo y eso, al llegar a la habitación llamó a la puerta cerrada y como no obtuvo respuesta se atrevió a entrar.

—Al principio creí que estaba dormido —susurró la mujer como si temiera ser oída.

—¿Y luego? —preguntó Carbajal.

—Me acerqué a ver si estaba dormido y podía despertarlo. Entonces vi que no respiraba y me asusté. Salí rápido y llamé a la policía desde la oficina.

—¡Contaminó la escena! —exclamó Alejandro, cuando la mujer se hubo ido.

—Si te parece daré órdenes para que se lleven el cuerpo —declaró Carbajal.

Al salir se encontró a Jaime y le explicó que existían dudas sobre la causa del fallecimiento y se requería una autopsia.

—Cuento con que se den prisa, comandante —respondió Jaime con gran deferencia, para evitar molestias—. La salud de su esposa es un tanto delicada.

A la una con trece el cuerpo de Gerardo Rocha ya esperaba en el depósito para ser examinado por el forense, mientras Jaime intentaba por todos los medios a su alcance acallar lo ocurrido, que olía a escándalo. «Quién sabe en que andaba metido el senador».

Gerardo Rocha había hecho un documento notarial que especificaba que no deseaba ser conectado a soporte vital, que quería ser incinerado y sus cenizas fueran dispersadas en el Golfo. No se puso en el caso de pasar por el denigrante proceso de una autopsia y permanecer en el depósito por horas hasta que se aclararan definitivamente las circunstancias de su fallecimiento.

En su evaluación el forense indicó que Rocha llevaba un buen rato muerto cuando llegó al hotel, porque no había manchas de sangre proyectada. La bala había sido disparada de frente, a una distancia aproximada de metro y

medio, con una 9 Milímetros, como las que usa la policía. Al cotejarla con el arma que mató Roberto Medina, coincidió. Algo que le resultó tan familiar a Alejandro como si le hubieran mostrado una fotografía de Genaro.

Jaime reaccionó con absoluta incredulidad ante la sugerencia de que Rocha tuviera nexos con el narco, pero debió aceptar la evidencia y no pudo impedir que Alejandro consiguiera una orden de registro de correspondencia y lanzara a la mitad de su Unidad a registrar su oficina.

Al enterarse de lo ocurrido, el dirigente nacional del partido se apresuró a emitir un comunicado para deslindar y negar la militancia del senador. La Procuraduría General también se curó en salud al afirmar que tenían en marcha una investigación en contra del otrora senador. La prensa tenía material suficiente para incrementar el morbo de los lectores, mientras la familia padecía el suplicio del escándalo. Para entonces Jaime se sentía superado por el efecto dominó. Diversos delitos se le imputaban al senador Rocha, incluyendo la posesión de fuertes cantidades de dinero procedentes del crimen organizado y lavado de dinero. Su nexo con el narco era innegable.

Apenas recibió la llamada de Jaime que le anunciaba la muerte de Gerardo, Julieta se lanzó a casa de los Rocha. Si bien no era uña y mugre de la viuda, tampoco era un espíritu indiferente a su dolor. Lo menos que podía hacer para apaciguar los ánimos era ofrecerle su compañía. Gerardo Rocha era un buen amigo de su padre, y su trágico final era también una afrenta para ella.

Julieta practicó su discurso durante una hora antes de llegar a la casa. Estaba tranquila y preparada. Tenía una lista de cosas que sería preciso que dijera, y después, regresaría al hospital para ver a Marcos. Sin embargo, en cuanto Angélica apareció en la estancia, y antes de que le preguntara por qué estaba ahí, Julieta le dio la noticia de sopetón.

—¡Eso no es verdad! —gritó negándose a los hechos.

El discurso que Julieta llevaba preparado fue acallado, y lo que salió de su boca fueron suaves palabras de consuelo.

—Es una pena. Lo lamento mucho.

«¿Cómo pudo hacerme esto?», gritaba fuera de sí Angélica. Estaba desolada. Más que eso, estaba muy, muy enfadada con Gerardo por haberse muerto; estaba enfadada con la vida por haberla timado.

Julieta deseaba decirle algo, ofrecerle su compasión. Ella también había experimentado en una ocasión el brusco vacío de perder a un ser querido de manera inesperada.

—Ya sé que esto lo sabes, pero me siento obligada a recordarte que cuanto más pospongas algo, peor será y más difícil te resultará hacer lo que necesitas hacer.

Al escuchar esto, Angélica se calmó y fue capaz de volver a hablar del hecho.

—¿Cómo murió?

—No conozco los detalles, pero al parecer lo asesinaron.

—¿Sabes? ¡Resultaba maravilloso lo compatibles que éramos! Particularmente admiraba que fuese tan responsable y precavido. Tenía una manera discreta de engañarme. Nunca me atreví a preguntárselo y él nunca lo mencionaba. Lo que sí sabía era que me tenía mucho afecto y me respetaba.

Angélica le relató escuetamente que en ocasiones se sentía tentada a preguntarle qué era ella para él, pero al final siempre decidía no hacerlo. En todos los años que llevaban juntos, nunca habían tenido una discusión. Nunca habían cruzado una palabra airada entre ellos.

—Ya ves, no era tan sinvergüenza, después de todo.

Así, el plan que tenía Julieta se convirtió en el de consolar a Angélica y ayudarle a preparar el funeral. En lo último que pensó fue en Marcos.

Hasta la muerte de Gerardo Rocha la labor de la Unidad Especial de

Investigaciones había consistido en analizar las pruebas y buscar al responsable, a diferencia del método usual, que comenzaba por hallar el motivo. Había sido imposible adivinar las razones que impulsaban al criminal a escoger a las víctimas y encontrar una conexión. Después del homicidio de Rocha, sin embargo, la investigación había tomado otro cariz: ya no se trataba de dar con el culpable siguiendo pistas a ciegas, sino de probar que un determinado sospechoso era el culpable y arrestarlo. El sospechoso era Genaro Castillo, quien aparentemente trabajaba para el Cártel del Centro. La misma organización criminal que había teñido de sangre a lo largo y ancho el país.

Nadie deseaba más que Alejandro atrapar a Genaro. Su certeza se basaba en frágiles indicios, deducciones implícitas, y aun puras y simples suposiciones, que en esas circunstancias le merecían más confianza que su criterio policial. Alejandro se habría visto en apuros si le hubieran preguntado cómo podía estar tan seguro de la culpabilidad de Castillo. A Genaro le tenía un recelo en particular, que resumía en pocas palabras: no podían compartir a la misma mujer. Pero no se lo preguntaron y fue innecesario que le ocultara algo a Carbajal, porque al poco Genaro se comunicó con él.

—Ya solo quedamos tú y yo.

—Castillo, ¿dónde estás?

—Por fin lo preguntas, cabrón.

—Déjate de pendejadas, ¿qué quieres?

—Tenemos qué hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Te equivocas. Tenemos algo en común.

No fue necesario que le explicara el sentido de aquellas palabras finales. Porque a sus oídos sonaban más bien como una advertencia.

—Aléjate de ella. ¿A qué hora y dónde?

—Ahora sí ya estamos hablando el mismo idioma. Anota.

En cuanto le dijo que lo había hecho, Genaro añadió:

—Sin trucos, Rivera.

—Por supuesto, no te quepa duda. —Colgó.

A la hora acordada, Alejandro llegó en taxi a lo que en apariencia era una bodega abandonada. Sentía la conocida excitación que precede a un enfrentamiento. Cualquier ilusión de que tenía control de la situación y que había previsto todos los posibles peligros desapareció al despedir el taxi. Esto, sin embargo, no se parecía a un operativo; sería una lucha a corta distancia. Lo deseaba: quería ver a Genaro cara a cara. No le temía.

Era una noche sin estrellas y la luna llena iluminaba las ventanas protegidas por rejas metálicas. Las paredes eran muy altas y la puerta principal estaba entreabierta.

Alejandro esperó un par de minutos pegado al muro para asegurarse que todo estaba en calma. Luego, avanzó a la sombra del edificio y enfrentó la entrada, atento a cualquier ruido. Era difícil saber qué iba a encontrar en el interior.

En el ominoso silencio de la penumbra podía escuchar los latidos de su corazón como el tictac de un reloj. El edificio era un enredo de espacios deformes, que cumplían diversos propósitos y podían modificarse en un abrir y cerrar de ojos, removiendo las cajas y cachivaches que constituían la mayor parte del mobiliario. «Perfecto como escondite», concluyó. Pero lo último que deseaba era perderse en aquel laberinto en el que no alcanzaba a ver el fondo y no quiso delatarse encendiendo su linterna. Dudaba entre seguir avanzando o lanzarse al abismo a la desesperada. Inhaló a fondo, llenando de aire el pecho, y barrió todo pensamiento de su mente. A partir de ese momento se movería por instinto, guiado por su experiencia y conocimiento. Exhaló el aire retenido, le quitó el seguro a la pistola y prosiguió su camino por el gran espacio vacío de la parte central, empuñando la 9 Milímetros con las dos manos. No tuvo tiempo de evaluar más nada, porque vio claramente el

rayo de luz infrarroja que le apuntaba en el pecho. El escenario no podía ser peor, estaba expuesto por todos lados y podía ser atacado desde cualquier ángulo.

Alejandro se quedó paralizado, inspeccionando lo poco que lograba ver a su alrededor, buscando a Castillo, que sin duda estaba muy cerca. Era un blanco demasiado fácil y debía cubrirse de alguna manera. Corrió agachado hacia la derecha y alcanzó la primera pila de cajas y con una rodilla en tierra y la espalda apoyada en las cajas, se hizo oír:

—Castillo, ¿dónde estás?

—Arroja el arma, Rivera, y sal con las manos en alto.

Alejandro obedeció y un instante después percibió un fuerte resplandor al fondo.

—¿Castillo? —preguntó tratando de ajustar sus pupilas a la luz.

A la distancia, delante de él, había un foco, cuya luz alumbraba la figura de Genaro. Estaba sentado a una mesa, con la espalda recargada en la silla.

—Por fin nos encontramos —dijo, mientras Alejandro avanzaba—. Te confieso que estaba algo preocupado.

—Yo en tú lugar también lo estaría.

Genaro respondió a la ironía con una sonrisa.

—Tienes razón —dijo y olvidando toda precaución lo instó a sentarse. Luego, sacó una botella de tequila, sirvió una copa y se la ofreció.

Una rápida mirada al techo le indicó a Alejandro que no estaban solos. Pero no se sentía con ganas de seguir perdiendo el tiempo.

—¿Qué pretendes, Castillo? Tienes pocas opciones.

—Creo que debería ir a visitar la tumba de mi padre, pese a que nunca voy.

Alejandro le siguió mirando, pero no se movió ni habló.

—Yo tenía la vida hecha —explicó Genaro—. Un trabajo decente, Julieta... esa historia ya la conoces, y apenas tenía veinte años. Y entonces, mataron al doctor Romero.

Alejandro lo miró, sorprendido por el dolor en su voz.

—No había nada que pudieras hacer para evitarlo.

—Claro, ahora lo entiendo, pero a los veinte años todo lo ves de una manera muy distinta.

—¿Entonces te uniste al Cártel del Centro por venganza?

—Fue hace mucho tiempo. Muchos muertos.

Alejandro volvió a sentirse confuso.

—Y al mirar atrás, ha llegado la hora de lamentarse, ¿no es así?

—Compartí su dolor —se defendió Genaro—. Necesitaba encontrar justicia.

Alejandro se permitió dudarlo.

—Perdóname, pero esto no es justicia. Es venganza, Castillo.

—Puede ser. En todo caso, tengo una pregunta para ti.

—Dame el gusto.

—¿Qué sientes por Julieta?

Era una complicación que no había previsto, pero, puesto que no podía mentirle sin despertar sus sospechas, no tenía otra opción que decirle una verdad a medias:

—No lo sé.

Notó los ojos fijos de Genaro en él en la pausa que siguió hasta que dijo:

—Ya no puedo protegerla. Hay que sacarla del país. ¿Puedes hacerlo?

Daba la impresión de que pronunciar esas palabras le hacía sufrir enormemente.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Alejandro, preocupado—. ¿Vas a entregarte?

Genaro asintió con la cabeza y dijo en tono decidido:

—Eso y nada es lo mismo. Voy a entregarte a José Manuel.

Alejandro no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—Lo que pretendes llevar a cabo... —Hizo una pausa—. Carezco de autoridad... A fin de cuentas, estaría actuando al margen de la ley. Pero, si atrapamos a José Manuel, todavía nos queda una posibilidad de salvar a

Julieta.

Genaro rio.

—Qué ingenuo eres. Cuando José Manuel se entere de que lo vendí, de un modo u otro irá tras lo que más quiero.

Genaro le contó que al día siguiente que Marcos fue baleado, antes de que fuera publicada en la prensa, la noticia llegó por secretos conductos a oídos de él. Sus hombres fueron los primeros en darse cuenta de que el hospital estaba vigilado, lo mismo que el edificio de Julieta. Día y noche una camioneta de vidrios oscuros se apostaba en la calle y cerca de la entrada del edificio rondaban los matones de José Manuel, inconfundibles en sus pintas. Esa vigilancia disimulada, explicó, indicaba que no podían darse el lujo de actuar con escándalo y preferían aguardar el momento oportuno para dar fin a su labor.

Según le dijo, gracias a la experiencia de sus trabajos clandestinos tenía un plan de fuga para ambos en el instante mismo en que él se entregase. A lo que Alejandro le respondió que el método no era de su incumbencia.

—Veinticuatro horas, Castillo. Es lo máximo que te concedo.

Le estrechó la mano y, sin más, dio por concluida la reunión.

Unos cuantos minutos después de que Alejandro llegó a su casa, hizo un rápido análisis de la situación. «¿Qué sientes por Julieta?», había dicho Genaro, sí. Y lo había hecho tan limpiamente que, a primera vista, no podía evitar preguntarse por qué lo había hecho. Es más, para ser completamente sinceros, Alejandro no sabía lo que sentía por ella. Pero de una cosa estaba seguro: sin más ni más, Genaro había accedido a renunciar a ella. Al minuto de haber pronunciado aquellas palabras, supo que la respuesta estaba en ellas. Por eso, marcó el número de la única persona que se le vino en mente para enfrentar aquel trance: Emiliana.

—Soy yo. Sé que es tarde, pero necesito que me hagas un favor.

—¿Qué pasó?

—No puedo explicártelo ahora.

—¿Qué necesitas?

Alejandro le explicó la situación.

—Mira nada más el desmadre de vida que tienes.

—Eres cruel. Yo no propicié este desastre.

—¿Se puede saber qué vas a hacer cuando llegues aquí?

—Recuperarme, pero mientras eso pasa cuidaré de ella.

¿Y todo esto para qué?

La versión de lo ocurrido produjo en Angélica Rocha la misma incredulidad que en Julieta. Como le resultaba imposible aceptarla sin ponerse en ridículo, pasó varias horas llamando por teléfono a sus amistades para contarles su versión de los hechos. No deseaba que hubiera la menor duda de la honorabilidad de su marido. De paso les dio noticias del funeral, que, por fin, después de largas horas de espera, consiguió realizar en una prestigiosa agencia funeraria al sur de la ciudad.

—Podría haber sido mucho peor —aseguraba a sus amigas, más preocupada por la tardanza del funeral que de los rumores. Se sentía tranquila del desenlace, pero de ningún modo estaba de acuerdo en que su marido tuviera nexos con el narco, como afirmaban sus calumniadores.

Angélica no se enteró de los hechos en el país, porque en la prensa solo leía noticias agradables. No tuvo idea de que su marido estaba metido hasta el fango en el inframundo de la narcopolítica, como quedó sobradamente demostrado en su etapa como procurador general de la República. Fue la única incapaz de comprender que el partido se deslindara y negara la militancia del senador. Cuando oyó comentar que el subprocurador respaldaba la investigación contra su marido por delitos de posesión de fuertes cantidades de dinero procedentes del crimen organizado y de lavado de dinero, lo señaló como responsable de semejante calumnia y opinó que el

presidente debería destituirlo.

—Conocí lo suficiente a Gerardo para saber que mienten —comentó esa mañana, mientras estacionaban en la funeraria.

La sala donde se encontraba expuesto el cuerpo de Gerardo estaba casi llena. Julieta entró en el recinto y experimentó la sensación de que un mar desolado la rodeaba. La imagen del ataúd le recordó el cadáver de sus padres. Dentro hacía mucho calor y sintió que le faltaba el aire, pero aun así continuó con paso seguro y se detuvo frente a la caja de madera reluciente.

—¿Quieres verlo? —preguntó Jaime a su espalda.

Negó con la cabeza y retrocedió, sintiendo una punzada de miedo. Todo eso tenía poco sentido para ella. Recordaba la impresión de un cuerpo yacente con los brazos cruzados sobre el pecho, la sensación que de un momento a otro escaparía de aquella atadura.

Por fortuna, no pasó mucho antes de que el sacerdote llegara. Julieta y Jaime se movieron haciéndose a un lado. Después, el resto de los ahí reunidos se puso de pie. Todos se persignaron. Julieta los imitó, mientras su corazón atronaba en el silencio. Sin embargo, cuando escuchó las palabras del sacerdote, un dolor inesperado la asaltó, convertido en lágrimas, lágrimas por sus propios padres. Aquellas palabras parecían tan apropiadas para Gerardo como para ellos.

—Amén —dijo al cabo el sacerdote.

Se hizo un momento de silencio, y luego dos hombres entraron por el ataúd para llevarlo al crematorio.

Jaime buscó las palabras adecuadas.

—Te quería mucho, J. R. Me pidió que te entregara esto. —Sacó un sobre y se lo entregó.

Julieta vio su nombre escrito con una caligrafía demasiado familiar y de nueva cuenta le asomaron lágrimas en los ojos. Quiso abrirlo enseguida, pero

Jaime la detuvo.

—No...

Extrañada, lo miró.

—Lo que sea que contenga —añadió Jaime—, no me atañe.

Ella no supo qué decir, pero aprovechó la ocasión para despedirse y pasarse un rato por el hospital. Francamente, no estaba de humor para seguir soportando los devaneos de Angélica y sus vástagos.

Los progresos de Marcos eran muy lentos, parecía que jamás se restablecería del todo. Sufría de grandes dolores. La palidez de su rostro daba la medida de su malestar, pero aun así pidió que le redujeran los calmantes, porque necesitaba recuperar la claridad del pensamiento y el interés por el mundo. Ese día, incluso dejaron de alimentarlo con sonda y tomó un plato de caldo, tal y como pudo constatar Julieta. También se encontró con la novedad de que las visitas le eran permitidas. Periodistas, diagramadores, dibujantes y también Paco habían desfilado por allí, a lo largo del día.

Entre sus sábanas de convaleciente, Marcos Villegas le aseguró:

—Quisieron matarte.

Ella no dio señales de sorpresa y él se dio cuenta de que ya lo sabía.

—Me lo puedes contar.

Pero ella no quiso asustarlo más y le prometió cuidarse. Enseguida se despidió con un beso y la promesa de que regresaría. No podía saber que tendría la necesidad de salir huyendo en las sombras de la noche.

Más tarde, Julieta se instaló en el sillón de la estancia, a sus anchas, para leer cuidadosamente la carta de Gerardo; la misma que contenía una explicación detallada de los acontecimientos sucedidos diez años atrás. La releyó quien sabe cuántas veces, para asegurarse de que no cometía ningún error. Pero allí estaba, con absoluta claridad. Gerardo Rocha respondía con seguridad a todas las interrogantes que en el pasado se había planteado. En su mente tenía grabados todos los momentos que había compartido con él, y estaba segura de que en ningún momento había intuido su participación en el

asesinato de sus padres.

La carta que Gerardo había escrito le daba una imagen más clara del hombre, de su doble vertiente de amigo y traidor, aunque dudaba mucho que él alguna vez se hubiera visto a sí mismo de esa forma. Pensó que, simplemente, se había aprovechado de las circunstancias antes de que lo hicieran otros. Sus decisiones políticas y personales se reducían con precisión matemática a un común denominador: el de ser las más convenientes para sus ambiciones.

No era un estúpido y en su carta no podía encontrarse ninguna prueba clara de que hubiera sido sobornado por el Cártel del Centro para apoyarlo, pero, conociendo su carácter, Julieta estaba convencida de que no habría arriesgado su reputación si no hubiera tenido algo que ganar en ello.

Sabía exactamente a quién se había referido al decir: «Por lo visto, él siempre se ha encargado de velar por ti...».

Tuvo que repetirse varias veces esta frase antes de convencerse de que las palabras y los hechos que tenía delante de ella estaban allí realmente y de que todo era cierto hasta el último detalle y no mera ficción.

Pero la línea divisoria entre ficción y realidad estaba tan borrosa a esas alturas que apenas tenía una clave para saber dónde empezaba una y dónde terminaba la otra. Era algo que no sabía exactamente cómo dilucidar.

Su primer pensamiento voló hacia Genaro. Silenciosamente le reprochó su falta de confianza en ella. Por eso la había dejado sin darle la oportunidad de demostrarle que en verdad lo quería. «¿Dónde estaba yo que no vi la realidad? ¿Cómo no me lo dijiste a tiempo?». Debió invocarlo con mucho fervor, porque el susodicho no tardó mucho en llamar a su puerta.

Julieta estuvo mucho tiempo observándolo. La luz de la ventana se esfumó y la estancia se hundió suavemente en la penumbra, desdibujando el contorno de las cosas y transformando a Genaro en una mancha leve en el umbral de la puerta.

Las revelaciones de Gerardo habían despejado la mayor parte de sus dudas

y temores; no obstante, quedaba en pie el hecho de que Genaro no se lo hubiera dicho. Tenía buenos motivos para no hacerlo, pero, aun así, ¿por qué le había mentado? Julieta tragó el nudo que sentía en la garganta, reuniendo valor para preguntárselo:

—¿Qué hiciste, Genaro?

—Desde aquel día perseguías la verdad, por eso te amo tanto y por eso estoy aquí ahora.

Julieta dio media vuelta y caminó de regreso a la estancia. Luego, sin más, se giró.

—No era necesario una ráfaga de balas para abrirme los ojos.

Genaro cerró la puerta y caminó hacia ella, cuidando de no invadir su espacio. Durante varios minutos, permaneció en silencio. No sabía cómo llevar la conversación. En su rostro había señales de cansancio, pero también la misma decisión de siempre de iniciar una batalla.

—Julieta —dijo al fin.

Se puso tensa. Solo en los momentos más graves la llamaba por su nombre. No quería oírlo, pero él la sujetó por el brazo.

—Julieta... debería habértelo dicho antes.

—No tenías que irte y dejarme.

—Tenía miedo de decírtelo —reconoció en voz baja y bajó la cabeza, ocultando los ojos bajo sus largas pestañas.

—Deberías haber confiado en mí. —Levantó una mano para rozarle la mejilla.

—Quizá, pero cuando descubriste que trabajaba para el Cártel, ¿cómo explicarte la diferencia?

—¿Qué diferencia?

Genaro vació la rabia acumulada en tanto tiempo de silencio y le recordó esos años en que crecían juntos y sus planes de casarse y hacerla feliz. Le fue diciendo todo aquello que no tuvo oportunidad de hacerlo antes, que no había dejado de quererla ni un solo instante a lo largo de su vida y jamás la amó

tanto como en ese momento, cuando ya la había perdido. Le recordó la inoportuna muerte de sus padres. Esos crímenes no podían quedar impunes, los responsables de esas irregularidades era unos cuantos ricos que se repartían el país como si fuera un negocio más. Mientras ella sufría, él se prometió que la ayudaría no solo porque la amaba, sino por el honor de su familia. Estaba dispuesto a luchar por la verdad, a remover todos los escombros hasta sacar la basura y dejar el pellejo si fuera necesario.

—Siempre actué con buena intención, tú me conoces.

—No te lo creo.

—¿Qué puedo hacer para que me creas?

—¿Te das cuenta? Pudieron matarme.

—Hubiera muerto contigo. No puedo vivir en un mundo donde no estás tú.

—No seas idiota.

—Si no puedo tocarte, hacerte el amor, besarte.

Solo entonces Julieta lo tocó, apoyándole una mano en el brazo.

Él la sujetó por ambos brazos y se inclinó para besar sus labios, deteniéndose en la caricia, grabando en su recuerdo ese rostro, aspirando el olor a canela de su piel, adivinando la forma delicada de su cuerpo, rozando esos cabellos negros. De algún modo, despidiéndose, convencido de que nunca amaría a nadie como a ella, y reuniendo fuerzas para la tarea que debía enfrentar. Pero ella ya lo sabía: esa noche iba a ser la última gran velada a su lado porque en breve sus descubrimientos saldrían a flote. Por eso, entrelazó sus dedos con los de él para llevarlo hasta la habitación, donde se tendió desnuda en la cama atrayéndolo hacia sí.

Al cabo, la excitación iba en aumento y casi contra su voluntad, él se retiró un momento. Un rasgón, un chasquido, le indicaron a Julieta que había cogido un condón.

—No... —murmuró—. Quiero sentirte.

—Pero debo...

Solo tuvo un momento antes de que ella lo alentara a perderse en la

sensación de placer y dolor. Reconciliación y separación. Julieta era tan perfecta, tan sublime que aportaba profundidad y sentido a su vida. Sintió que sus manos se aferraban a las de él y luego, la convulsión de su cuerpo y las cálidas lágrimas de sus ojos azules. Sensaciones tan cargadas de ansiedad apremiante para que el reloj se detuviera, para convertir el momento en un entretanto significativo, aunque doloroso. Porque lo peor de todo era que la amaría para siempre y no la volvería a ver nunca más.

Aún era de noche cuando Julieta despertó casi sorprendida por encontrarse sola en la cama. En la confusión de la recuperada conciencia miró a su alrededor y advirtió que Genaro estaba sentado en la silla, totalmente vestido, mirándola con atención.

—Aún no ha terminado, ¿verdad?

—No —respondió él—. Será mejor que te vistas.

—¿Qué hora es?

Genaro se encogió de hombros y miró por la ventana.

—Pasadas de las doce.

Ella se quedó mirándolo y sintió un frío helado recorrerle la espalda. Conocía al dedillo cada uno de sus gestos fugaces, pero en ese instante solo podía reconocer el estrés insoportable de saber lo que sentía.

—Genaro...

—Date prisa, Julie. Nos queda poco tiempo.

No hubo dudas ni preguntas. Ambos sabían que había llegado el momento. Sin embargo, Julieta no estaba segura de qué era ni de cómo hacerlo. Pero el guion de Genaro estaba escrito.

Alguien estaba llamando a la puerta.

«¿Quién puede ser?», pensó Julieta, algo inquieta. Se levantó y se puso la bata que estaba sobre la silla.

—Lo hice por ti.

Pero ella no cayó en la cuenta de lo que acababa de decirle, hasta que abrió la puerta.

Alejandro Rivera, vestido con su habitual traje en corte americano, estaba en el umbral. Julieta lo supo nada más de verlo, pero tuvo que actuar como si no lo supiera.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin abrir la puerta del todo.

Tras ella, casi pisándole los talones, apareció Genaro.

—Yo lo llamé.

Julieta se volvió a mirarlo. Además de que su suposición era correcta, acababa de darse cuenta de un hecho...

—¿Se conocen?

Alejandro cruzó el umbral y cerró la puerta.

—¿Se lo dices tú o lo hago yo?

Julieta se sintió confusa.

—¿Qué es lo que está pasando aquí?

—A ver, cabrón. Dejémonos de rodeos —acusó Genaro—. Por qué no le dices que querías conocerla. Mejor dicho, seducirla, cogértela, y luego asegurarte de que yo me enterara. ¿Cierto?

Julieta gritó de repente.

—¡Dejen de hablar de mí como si no estuviera aquí!

—Lo que yo planeé al principio no fue lo que ocurrió luego —alegó Alejandro.

Estaba atónita y sin dar crédito a sus oídos. Le había creído y, al parecer también le había mentado. ¿Cómo podía ser tan insensible? Rezonó al oír la hipócrita frase.

—Maldita sea, Alejandro, confié en ti. ¡Dios, he sido tan idiota! ¿Cómo habrás debido reírte? ¿Sabías que caería o solo lo esperabas?

La angustia se reflejó en la cara de Alejandro.

—Julieta, no ha sido así. Te lo juro—. Intentó tocarla, pero Genaro saltó hacia él y le propinó un puñetazo en la barbilla. Alejandro reaccionó y se enderezó, frotándose el mentón con una mano y cerrando la otra en un puño.

—¡Basta a los dos! —gritó Julieta—. Déjense de demostraciones machistas.

Ninguno de los dos es mejor que el otro. Solo he sido utilitaria en su vida y ahora me doy cuenta.

—Julie... —Genaro intentó acercarse a ella, pero Julieta se apartó antes de que pudiera hacerlo.

—¡No me toques! Quiero saber qué pretendes —pidió, sin importarle si él estaba dolido o si a Alejandro le importaba haberla herido.

Y Genaro se lo explicó, sin omitir su propia participación en el asesinato de Roberto Medina. Julieta escuchaba en un estado de limbo. No era una opción muy prometedora para esperar con ilusión y ciertamente no iba a someterse a ella de forma voluntaria.

—¿Por qué? No puedes obligarme —le dijo en un susurro, bajo la furia que la colmaba.

—Tienes la vida por delante para vivir sin mí.

«¡No lo haré!», afirmó ella sin palabras.

La respiración de Genaro cambió con un suspiro y cubrió su mano con la suya.

—Puedes y lo harás.

Por primera vez desde que lo conocía, Genaro no le sostuvo la mirada. Pasó a su lado, cerrando los puños con fuerza, con los ojos secos, la mirada dura y el corazón resuelto a no verla nunca más.

—Cumple con tu trato, Rivera —dijo antes de marcharse.

Sencillamente, Alejandro no comprendía el tipo de vínculo que ambos tenían. Genaro parecía dispuesto a soltarse, pero ella se negaba. «¿Por qué?». Por primera vez se encontraba frente a dos amantes que parecían necesitarse mutuamente, a pesar de los rabiosos ataques de cólera y las iracundas luchas encarnizadas, y le tocaba sufrirlo donde más lo hería: Julieta, cuya imagen estremecía su alma nada más de verla. Pero se aferraba a la esperanza de que, de algún modo, Genaro desaparecería milagrosamente de su corazón y él se convertiría en el amor de sus sueños, es decir, vivirían felices para siempre jamás. Recordaba la manera en que la había tocado, el beso, las caricias y la

forma en que ella se había turbado. ¡Tenía que ser amor! Si no lo era, ¿por qué no dejaba de estremecerlo?

Así se convenció así mismo, mientras intentaba hablar con ella.

—En el mejor de los casos, escogemos a quién amar y cómo hacerlo. En el peor, descubrimos que es del todo imposible hacer lo suficiente.

—Guárdate tus comentarios para ti mismo.

—La cuestión es ¿estás dispuesta a confiar en mí?

Julietta no lo podía creer. Al escucharlo cayó de sentón sobre el sillón, encendió un cigarro y dijo:

—¡Ja! ¡Qué cínico eres!

—No sabía que fumaras.

—¿Qué estás haciendo aquí, en todo caso?

Él se acercó todavía más y le alzó la barbilla con un dedo, con aquella expresión suya que desarmaba al más enfadado, por muchos resentimientos que con él tuviese.

—Aposté por ti —susurró—. No voy a raptarte ni a forzarte a hacer ninguna cosa melodramática que se te esté pasando por la cabeza. Si quieres salvar el pellejo, tienes que confiar en mí. ¿Estamos?

Sabía que tenía razón; en realidad, Alejandro era la única persona que podría mantenerla a salvo. Pero eso no impidió que, mientras sus miradas se agazapaban, le asaltara la sensación de que le había mentado. No podía volver a permitir eso.

—Eres un maldito arrogante.

—Y voy a seguir siéndolo —la amenazó—. Ahora, tienes que dejar de cuestionar todo lo que te diga. Si te digo que hagas algo, lo haces. No es negociable.

Julietta quería negarse, convencerlo de que no lo necesitaba. Era algo que iba en contra de su independencia, pero solo empezaría una pelea que no tenían tiempo de terminar. Si quería salir de allí con vida, tenía que convencerlo de que confiaba en él.

—De acuerdo. ¿Acabamos ya con esto?

—Así está mejor. Tendrás que...

No alcanzó a terminar la frase.

Lo sintió a sus espaldas, una presencia sigilosa, como un mal recuerdo, y no se movió, expectante. Luego, le pareció escuchar el roce de algo como metal o plástico y se volvió hacia la puerta de entrada. Alguien estaba intentando romper la cerradura. Alejandro se preguntó si Quiroz había ordenado que irrumpieran en la casa de Julieta. Al fin y al cabo, él era la única persona, además de Genaro, que sabía la verdad.

Con una energía casi maníaca, Alejandro sujetó del brazo a Julieta.

—Tenemos que irnos.

—Alejandro...

—¿Vas a cuestionarme de nuevo?

El tono de su voz decía que aquel no era un buen momento. Por eso, negó con la cabeza y ajustó su paso al de él, que corría hacia el cuarto de servicio. Por experiencia, Alejandro sabía que los edificios antiguos carecían de escalera de emergencia. Sin embargo, contaban con una puerta que conectaba al corredor de acceso, sin tener que pasar por la puerta principal. Esa era su única esperanza, pero no contaba con que estuviera con llave.

Sonó un disparo que hizo saltar la cerradura de la puerta principal. Julieta lanzó un grito que se atascó en la mano de Alejandro, que cubría su boca.

—Necesito tu ayuda. ¿Dónde está la llave?

—En mi recámara.

Alejandro murmuró una maldición y le pidió que oyera lo que oyese no hiciera ruido. Escuchó la voz de dos hombres e incluso que daban vueltas a todo cuanto encontraban a su paso. Tan pronto creyó escuchar que se encontraban en la recámara, desenfundó su arma y disparó contra la cerradura. Agarró la mano de Julieta y tiró de ella con fuerza, obligándola a correr. La condujo hacia las escaleras, urgiéndola sin palabras a continuar.

Salieron a la calle, corriendo tanto como las piernas se los permitían.

Alejandro arrastró a Julieta tras de sí y la empujó para que doblara la esquina del edificio, mientras miraba por encima del hombro para ver si los seguían. No había manera de saberlo, pero debía suponer que sí.

Al cabo llegaron al auto de Alejandro estacionado en una calle lateral. Julieta vaciló al subir. No se alegraba de dejar su vida atrás, pero ¿qué otras opciones tenía?

—¿A dónde vamos? —preguntó.

Alejandro no contestó; estaba demasiado ocupado improvisando un plan.

Mientras el auto corría por la vía rápida que atraviesa la zona central de la ciudad, Julieta hubiera tenido que ser ciega para no darse cuenta de que Alejandro estaba mirando la piel expuesta de su muslo y el cuello de la bata que se había abierto un poco. Con toda esa piel expuesta, deseaba tener una cobija a mano para ponérsela encima. Sin embargo, una parte de ella disfrutaba de esa cálida mirada. ¿Cómo se le había puesto la vida patas arriba con tanta rapidez? ¿Cómo había acabado a merced de un desconocido al que anhelaba hasta el punto de avergonzarse?

—No me mires —le espetó.

Alejandro apartó la mirada cuando así lo quiso.

—¿Por qué? Eres hermosa.

—Y ahora... Supongo que quieres tu recompensa.

—¿Estás invitándome a hacer algo al respecto más tarde? —el murmullo ronco de la voz de Alejandro le retumbó en el oído.

—Vete al infierno.

—Si fueras mía, llevarías todavía menos ropa de la que llevas ahora. Mucha menos.

Esas palabras la llenaron de indignación. ¿Estaba hablando de ella? Se lo dejaba claro con su ardiente mirada. Sí, era difícil no darse cuenta.

No dudaba que él pudiera hacer que una mujer suplicara cualquier cosa, lo que fuera. Si no era precavida, si no guardaba las distancias, se convertiría con rapidez en otra muesca en el poste de su cama.

Era el momento de cambiar de tema.

—Gracias por sacarme de ahí.

—Ese es mi trabajo, Julieta.

—No tenías por qué hacerlo.

—Piensa lo que quieras. —La sonrisa de Alejandro le dijo que esa afirmación lo divertía.

—Es lo que suelo hacer—. Rechinó los dientes, deseando borrar aquella sonrisa de su cara—. ¿A dónde vamos?

—Visto lo visto, tendremos que buscar un lugar para descansar, al menos hasta que amanezca.

Julieta estaba confusa.

—No puedo seguir vestida así.

—No te preocupes, me haré cargo.

—¡Qué tal! Tienes todo bajo control.

—No todo.

—¿Qué quieres decir?

Alejandro suspiró profundo.

—Coincidirás conmigo, que tu mejor opción es salir del país.

—Okey.

—Pero ahora eso no es posible porque no tienes pasaporte.

Julieta tuvo que concederle la razón.

Él sonrió cuando enseñó el as que escondía en la manga.

—Aunque existe otra posibilidad.

—Te escucho.

—Mi madre era norteamericana, yo podría conseguirte la residencia permanente.

Ella tuvo la impresión, en un primer momento, de que no había entendido bien sus palabras. Por eso se sentó muy tiesa, con los ojos abiertos para cerciorarse de que lo había entendido bien:

—¿Te refieres a casarnos?

—Es correcto.

Entonces, era cierto. Julieta quiso gritarle que de ninguna manera lo haría, aunque al principio no pudo hacerlo porque tenía un nudo atravesado en la garganta. Aquella confusión no obedecía a otra causa que a la intranquilidad que la embargaba, tan pura y poderosa que no podía controlarla. De forma que, cuando la exaltación cesó, dijo:

—Ni lo sueñes. Ya es bastante malo que me hayas mentido y me va a costar mucho perdonártelo, pero ¡que tenga que casarme contigo...! —Sacudió la cabeza expresando su incredulidad.

—En cualquier caso —replicó él—, no te queda de otra.

—¡Dije que no! ¡No lo haré!

—¿Qué es lo que te da miedo? ¿Enamorarte de mí?

El pretencioso comentario la hizo sonreír.

—No eres tan afortunado, maldito arrogante.

Él le dirigió una mirada divertida.

—Entonces, ¿te llevo a tu departamento, donde es probable que los matones de Quiroz te capturen?

Ella se mordió los labios. Maldita sea, ¿por qué tenía que tener razón?

—O tal vez debería dejarte en manos de la policía —continuó burlándose—, siempre son una ayuda inestimable en estos casos.

Julieta apretó los puños, sabía que él tenía razón.

—O quizá podrías coger un avión para ir donde tu prima, ¿cuánto tiempo crees que tardarían en encontrarte? ¿Tienes ganas de morir?

—¡Ya cállate!

Alejandro le dedicó una sonrisa.

—No puedo cambiar la historia. Solo tienes que fingir un año para obtener la tarjeta de residencia. Después de eso, tendrás vía libre para hacer lo que te plazca. Te haré la misma pregunta que te hice antes: ¿qué es lo que te da miedo?

«¡Un año!», pensó escandalizada. Tan solo estar cerca de él, aunque fuera

por unos días, la ponía nerviosa.

—No quiero hablar de eso.

—¿Te llevo de regreso a tu departamento o prefieres permanecer a salvo conmigo?

Dios, quería hacerle algo a ese bastardo. Escupirle en la cara y exigirle que la llevara de vuelta, lejos de sus palabras desafiantes y sus miradas perturbadoras.

Solo que una vez más, maldita sea, él estaba en lo cierto. Volver a ponerse en el camino de los matones de José Manuel era una estupidez. No conocía ningún lugar seguro al que ir, no iba a llamar a su prima ni mucho menos a Gustavo Adolfo. Él no movería ni un solo dedo para ayudarla.

—Me casaré contigo —dijo bajando el rostro para ocultar su intranquilidad.

—Sabia elección. Es tarde y tenemos horas de viaje por delante. Intenta dormir.

Julietta no estaba segura de poder hacerlo, pero una vez más, él tenía razón. Se cruzó de brazos, se giró hacia la ventanilla y se perdió en sus propios pensamientos.

Hacía tiempo que se sentía vulnerable y amenazada, ya no era la persona fuerte y decidida de antes, la que era respetada por sus colegas. Ahora se sentía vulnerable con un hombre como Alejandro. Sus palabras eran provocativas, prohibidas; sus caricias, agresivas; sus besos, arrebatadores. Estaba cansada, mejor dicho, no podía ignorar que a su lado desaparecían sus miedos y vacilaciones. En secreto lo deseaba, aunque no quisiera admitirlo.

Cerró los ojos, acordándose de la manera en que su penetrante mirada le había recorrido el cuerpo de arriba abajo y se quedó dormida.

¿Dónde estoy?

Julieta se despertó en una habitación desconocida y envuelta en las sombras. Sábanas blancas cubrían la cama *king size*; a un lado, dos burós de formica y un control remoto empotrado en la pared. ¿Dónde estaba?

Parpadeando, se incorporó. Frunció el ceño al escuchar el roce de algo como plástico y, al ver el albornoz blanco que cubría su cuerpo, hizo un esfuerzo por dominar la imaginación. La decoración del lugar solo podía significar una cosa: estaba en un motel. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Luego recordó. Los matones de José Manuel habían irrumpido en su departamento. Alejandro la había rescatado.

Bueno, tenía que agradecerle que su atrevido comportamiento la hubiera mantenido a salvo.

Una liviana manta color rojo le calentaba las piernas. Una cortina oscura ondeaba ante la única ventana de la habitación. Una pantalla de plasma ocupaba la pared junto a la ventana. «Cincuenta canales porno», pensó, mientras observaba el otro lado del pequeño dormitorio. Había una mesita y en la silla que había entre la pared y la ventana, estaba sentado Alejandro, mirándola con atención.

—Buenos días, Julieta.

«¿Buenos días?». La mirada de Alejandro le acarició a través de la oscuridad, recorriendo su mejilla y deslizándose por su boca hasta la abertura

de la bata. Bajo aquella mirada atenta, sintió que se ruborizaba. Incluso en la penumbra, la evidente sexualidad de Alejandro era un estruendo.

No podía permitirse eso, no podía permitírselo a él. Julieta apartó la mirada, rompiendo el contacto visual.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—Sí. ¿Qué hora es?

—Las seis de la mañana. Tenemos que movernos.

Las palabras resonaron por todo su cuerpo. Era una orden, una orden clara y concisa. Cada parte de su ser ardió, confundiéndola. No le gustaba ser mangoneada por nadie, pero Alejandro utilizaba su mejor arma, la voz, para ejercer un control absoluto sobre su cuerpo y en ese momento hasta de su alma.

Maldita sea, necesitaba pensar en otra cosa, en cambiarse de ropa, por ejemplo, pero no en su protector. No podía permitirse el lujo de andar por ahí con unas ropas que eran como una invitación al sexo. Puede que, si ella dejara de emitir esas vibraciones, él pasara de ella. Si no...

Ella se encontraría jodida —literalmente— otra vez.

Y, lo que era peor aún, lo más probable es que le gustara tanto como la primera vez.

Sinceramente, ¡no necesitaba eso!

—Antes, necesito cambiarme.

—Por supuesto. —Le tendió una bolsa—. No es la gran cosa. Ropa práctica y de abrigo.

Julieta deseaba ponérsela ya, no vestir más ese atavío que alentaba su imprudencia y la hacía ser más consciente de su sexualidad que otras prendas de vestir. Por eso se levantó con una maniobra sorprendentemente ágil, cogió la bolsa y se encerró en el baño a piedra y lodo.

Había escuchado historias de la decoración de sitios como ese, pero aquel cuarto de baño era patético: jaboncitos de Rosa Venus y *jacuzzi* con hidromasaje custodiado por un par de columnas.

Julieta metió la mano bajo el chorro de agua y aparentemente satisfecha con la temperatura del agua, se metió a bañar.

Alejandro observó con atención la trémula luz blanca que salía de debajo de la puerta del baño. «La imaginación es algo privativo del ser humano», pensó y con esta frase comenzó a soñar con la posibilidad de conseguir que ella se desnudara para él. Otra vez. Una vista, que él no había olvidado y que no había dejado de atormentarle.

Alejandro se acomodó los pantalones, avergonzado de su inoportuna reacción muy poco escrupulosa. Se sacudió de la cabeza las imágenes provocadas por la desnudez de Julieta y marcó el número de Carbajal.

—¿Rivera? —contestó Carbajal.

—Hay algunas novedades que te sorprenderán. Escucha bien.

—Estás actuando al margen de la ley —contestó en cuanto Alejandro terminó de explicarle la situación.

—Conozco las reglas. —Colgó.

Minutos después, Julieta salió del baño, con la cara lavada y el pelo recogido en una cola de caballo; no parecía muy sexy, aunque las ceñidas licras largas de gimnasia eran, desafortunadamente, difíciles de ignorar.

—Estoy lista para correr la maratón —ironizó.

Alejandro no dijo nada, pero podía sentir sus ojos fijos en ella, observando las licras largas, zapatillas de gimnasia y la sudadera.

—¿Y ahora qué? —insistió Julieta, con el corazón que latía a toda velocidad entre la incertidumbre y la emoción prohibida.

—Iremos al registro civil y, ya casados, saldremos del país.

Lo cual fue verdaderamente una hazaña, porque el juez había escuchado todas las explicaciones de Alejandro, reflexionado un buen rato, y luego estipulado sus condiciones: quince mil pesos.

—Esto no saldrá bien —decía Julieta.

Así, la ceremonia tuvo lugar. El juez les leyó los artículos correspondientes a los deberes y las obligaciones conyugales, luego les alcanzó un certificado

que les hizo firmar y les dijo que estaban casados. No hubo besos, ni abrazos, ni mucho menos caras alegres.

Después de eso, fueron directamente al aeropuerto. Julieta estaba segura de que Alejandro había echado mano de sus contactos, porque de la nada le tendió un pasaporte falso. Había llegado el momento de abandonar el mundo conocido y formar parte de esa inmensa oleada trashumante de refugiados. Sin embargo, su integridad periodística y la urgencia por obedecer los impulsos de su corazón la llevaron a escribir lo que sería su última columna para La Gaceta. Se lo debía a Marcos, incluso a Genaro. Mejor aún. Al país.

Julieta creía no ser la única en albergar esas inquietudes, porque el fracaso económico, la acentuada desigualdad social, la corrupción y la violencia, hacían meditar a otros ciudadanos. Muchas veces había dicho «ni una más» y se enteraba al día siguiente de más fosas, más muertes, más desaparecidos. ¿Quién sería el siguiente? Era una tétrica realidad.

Julieta estaba convencida de que había otros como ella, deseosos de acabar con la mudez colectiva, de romper los tentáculos del crimen organizado, y que creían en el liderazgo ético, en gobernar con el ejemplo y en el talento que genera oportunidades para recuperar el alma del país.

Así pues, a pesar de las advertencias de Alejandro de mantener un bajo perfil, aprovechó que él estaba en el baño para enviar un correo electrónico a través de una de las terminales del aeropuerto, que decía más o menos así:

Gran parte de la clase política de casi todos los colores partidistas tiemblan por la detención de Genaro Castillo, presunto operador financiero del Cártel del Centro. La inteligencia aportada por esta captura empieza a develar una extensa y añeja red de complicidades entre el narcotráfico y las autoridades.

Aunque la comisión nacional de seguridad rechaza que la detención esté relacionada con el asesinato del senador Gerardo Rocha, fuentes que pidieron el anonimato, aseguran que el otrora senador habría tenido contacto con el Cártel del Centro, a través de uno de sus hombres de

confianza, Andrés Casasola, poderoso empresario que opera en el centro del país.

Genaro Castillo está asociado al poderoso empresario. Relación que aprovechó para consolidar presencia y negocios en el país mediante contratos millonarios. Ya vinculado al Cártel del Centro, Andrés Casasola se convirtió en uno de los principales impulsores y sustentos del partido en el poder.

Julieta tocó la pantalla para acariciar el nombre de Genaro desde la frialdad del cristal líquido. Quería encontrar qué había ocurrido para separarlos. Lo que hizo no era asunto suyo, pero ella lo convirtió en su asunto al juzgarlo. Lo extrañaba profundamente y sabía que difícilmente podría olvidarlo. Terminó recordando los momentos, casi todos buenos, que habían compartido juntos. Había pasado veinte años enamorada de él. Pese al sufrimiento que le causó, le había enseñado muchas lecciones sobre la vida y el amor. Tuvo claro que todo lo que había creído sobre el amor no tenía nada que ver con él, porque tenía en la mente una imagen de cómo debería de ser, pero esa imagen se había roto hace mucho tiempo.

Pasaron varios minutos antes de que se decidiera a enviarlo, los mismos que fueron la representación de sus cuestiones no resueltas: culpa, vergüenza, miedo y fantasía amorosa.

«¿Quién sabe la verdad del amor, del hecho de amarse o de las relaciones?». Buena pregunta para la que Julieta tendría que descifrar la respuesta.

¡Tienes lo que te hace falta!

Cuando Julieta y Alejandro entraron en la oficina de los Servicios de Inmigración para someterse a un interrogatorio severo, el agente Jones los hizo sentar en las sillas de frente a su escritorio.

Era un tipo complicado, Julieta lo supo desde el principio, antes de que él abriera la boca. Insignificante de cuerpo, con el pelo muy corto para disimular una calvicie prematura y ojos grises tras lentes de montura negra, poco favorecedores.

—Espero que comprendan las penas para quien incurre en perjurio —dijo, después de analizar su caso.

«Y yo podría acusarte sin más de arrogancia», pensó Julieta, pero al ver que Alejandro asentía con la cabeza, lo imitó.

—Bien, en ese caso, procedamos. ¿Cómo se conocieron?

«En una fiesta». «Trabajamos juntos», respondieron al unísono.

La tranquilidad benevolente de Jones se había esfumado.

—Les advierto que no tengo tiempo para esto. La verdad es mi deber, así que decídanse.

Julieta abrió la boca para contestar, pero Alejandro se le adelantó.

—La primera vez que nos vimos fue en una fiesta. Días después volvimos a encontrarnos. Julieta era periodista y yo trabajaba para la procuraduría.

Jones asintió y anotó algo en el expediente.

—¿Qué es lo que le enamoró de ella, señor Rivera?

Alejandro no se lo pensó dos veces.

—Sus ojos. Tienes los ojos más azules que jamás haya visto.

Julieta contempló con indiferencia, cuando no con alegría, que el encanto de Alejandro se superponía a su arrogancia.

—¿Y a usted, señora Rivera?

Sonó raro para los oídos de Julieta. Pero, si a Alejandro también se lo pareció, no lo demostró.

«No nos conocemos», lo pensó, pero no lo dijo. Solo miró a Alejandro, aspiró profundo y por fin, dijo:

—Su voz, por supuesto.

De pronto, a Jones le dio por hacerse el gracioso.

—¿Podría decirme cuál es el tamaño de su miembro?

Julieta no parecía escandalizada, más bien, trataba de hacerse una idea de las intenciones de ese infeliz, que empezaba a fastidiarla en serio. Por eso, se mantuvo firme.

—Lo normal, ya sabe, quince centímetros. Aunque, no le veo la relevancia.

Una media sonrisa se insinuó en la boca de Alejandro, volvió su tempestuosa mirada hasta que chocó contra la de ella.

—Tiene razón —aclaró Jones—, era una broma, por supuesto. Sin embargo, le agradezco su sinceridad.

Acto seguido, les explicó que, para obtener la residencia, durante un año tendrían que someterse a entrevistas como esa, incluso tendrían que atender las visitas que realizaría en su domicilio. Les aseguró que, aunque en un primer acercamiento le parecía que ambos eran particularmente compatibles, su deber era asegurarse que su matrimonio no era un simple acuerdo legal para conseguir la ciudadanía.

—Lo que quiere decir —expresó Julieta— que durante doce meses tendremos que soportar su tiranía. ¿Estoy en lo cierto?

Jones le dirigió una mirada intensa.

—Los veré la semana entrante. Sugiero que aprovechen ese tiempo para convencerme.

Y fue así como, minutos más tarde, llegaron al mostrador de alquiler de vehículos. Alejandro torció el gesto ante la larga cola que había delante de ellos. Julieta se negó a esperar junto con él. Necesitaba desesperadamente fumar, pero no traía su bolsa ni dinero. Aquello no pintaba bien. No obstante, se aventuró a salir del aeropuerto, pretextando que necesitaba tomar aire.

Al salir, percibió el olor a tabaco. Lo siguió y vio a un joven fumando. Lo contempló con anhelo, mientras se decidía a pedirle uno.

El joven debió leer en sus intenciones, porque le sonrió y enseguida hurgó torpemente en su bolsillo y cogió la caja casi vacía de cigarrillos.

Ella le dirigió una mirada de disculpa.

—Sé que es un vicio terrible, pero ahora mismo lo necesito.

—Eso mismo piensa mi madre —le contestó, mientras le daba fuego.

Así pues, tras una larga calada Julieta decidió que estaba lo suficientemente calmada para enfrentar lo que fuera. Lástima que para lo que habría de durar.

—Apágalo —oyó que decía la voz de Alejandro. Alargó la mano detrás de ella y, sin previo aviso, se lo arrancó de la boca.

Sobresaltada, se giró y preguntó en un tono brusco e inflexible:

—¿Por qué hiciste eso? ¡No tienes derecho!

—Te equivocas. Para bien o para mal, soy tu marido.

Dicho esto, echó a andar sin darle otra opción que seguirlo.

—Maldición, eres un arrogante —le dijo ella al darle alcance, con la furia ardiendo a fuego lento en su interior.

—Eso ya lo habíamos hablado. Tú y yo hicimos un trato y no voy a romperlo. Por supuesto, si insistes en marcharte, no te detendré.

—¡Sabes que no puedo hacerlo! No tengo dinero.

—Entonces, vámonos —dijo y avivó el paso.

Julieta se quedó trinando; si pensaba que iba rogarle, podía esperar sentado.

Minutos después, entraron al estacionamiento y subieron al auto. Julieta

tuvo la impresión de que el interior parecía volverse pequeño repentinamente. Alejandro tenía un físico tan abrumador y ella estaba tan nerviosa.

Él esperó para hablar hasta que dejaron atrás el aeropuerto. Viajaban por una carretera de doble sentido que se dirigía al suroeste.

—¿Disfrutaste burlándote a mis costillas?

Julieta no le entendió bien.

—¿Perdón?

—Me pregunto qué más te gusta de mí. Sé que te gusta mi voz, que mi miembro te parece...

Entonces, lo comprendió.

—¿Sigues enojado por lo que dije? ¡Por Dios, ya supéralo!

—Observarte dormir fue una tortura.

—Peor para ti, entonces. Esto no es un matrimonio.

—¿Ah, no?

—¡Por supuesto que no! Es un acuerdo legal.

—¿Un acuerdo legal?

—Exacto.

—Bueno, pues ya que soy el único involucrado en este acuerdo legal por el momento, intentaré que funcione, tanto si quieres como si no.

—No quiero.

—Puedes intentarlo, al menos.

—Esto no tiene ningún sentido, y tú lo sabes. No nos conocemos, ni siquiera nos gustamos, y te aseguro que no tengo ni la más mínima intención de jugar a la casita.

Alejandro sonrió.

—Ahora mismo me gustas mucho, Julieta. Me gustaste desde el primer momento. Me gusta que seas lista, intrépida y endiabladamente sexy.

Julieta se humedeció los labios secos. Las palabras de él amenazaban con despojarla de su voluntad de resistir. ¿Qué ocurriría si se entregaba a él? ¿Cómo sería dejarse llevar? ¡No, no, no! Había aceptado casarse con él para

salvar su vida, no para convertirse en su amante.

—Veo que no nos entendemos. ¿Cómo podría gustarme alguien que me ha mentido?

—Tu cuerpo ya lo da por hecho, ¿vas a negarlo?

A regañadientes tuvo que admitir que Alejandro la embriagaba como el vino más dulce envuelto en pecado. Sin embargo, se controlaba mucho a sí misma para confesárselo.

—Ya no voy a contestarte nada. Me da pereza engancharme en esos temas. Él lo pensó detenidamente.

—Como quieras —decidió dejar por la paz aquella conversación estéril. Al fin y al cabo, él era real y seguro encontraría la forma de que Julieta se enamorara de él.

Julieta, en cambio, se giró hacia la ventanilla, hacia la calle arbolada con acera de bordillos blandos en la esquina que invitaba a un agradable paseo. En ambos lados había hileras de casas viejas con preciosa arquitectura clásica. Desde allí pudo ver que la curva que trazaba era enorme, como un callejón sin salida de gran tamaño. Mientras ella hacía una pausa y se detenía para estudiarlo, preguntándose cómo había llegado al sur de la Bahía de San Francisco; el auto se detuvo y Alejandro exclamó con satisfacción:

—Hogar, dulce hogar, Julieta. ¿Quieres que te coja en brazos para cruzar el umbral?

—Puedo caminar, gracias.

—En ese caso, entremos.

Ciertamente, era una preciosa construcción estilo Tudor, reconocible por los techos inclinados a dos aguas, pero hasta allí guardaba toda semejanza.

La casita era más bien pequeña, sencilla y amueblada sin lujos. Construida toda de madera bien trabajada. Tenía ventanas pequeñas, con la pintura de los marcos descascarillada; las contraventanas, aseguradas, parecían párpados cerrados, como si el pequeño edificio estuviera cansado de observar el incesante flujo y reflujo de la calle.

—Tenía tiempo sin venir aquí —declaró él.

—Ya lo veo —respondió contentándose con seguirlo.

Alejandro introdujo una llave en la cerradura de la pequeña puerta y con un chirrido y un golpe del pestillo la abrió hacia adentro, arañando el hermoso suelo de madera que brillaba en la oscuridad del pasillo.

La primera impresión de Julieta fue de opacidad en general, pero cuando Alejandro abrió las contraventanas, pudo ver que el lugar, aunque no era espacioso, parecía confortable: una sala de estar, dos butacas con cojines y un sofá, y una gran mesa de madera encerada arrinconada en la pared del fondo rodeada de sillas también de madera. La cocina, instalada en uno de los extremos de la casita, era reducida. No tenía muchos armarios ni una gran superficie de encimeras, pero todo estaba en su sitio y era útil.

Julieta dedicó una última y dubitativa mirada a la cocina y continuó la inspección.

No había mucho más; solo un dormitorio, no demasiado amplio, con vista al jardín de atrás, y un poco más allá, un cuarto de baño, inesperadamente espacioso y completo, con bañera de patas.

Alejandro se acercó a su lado.

—¿Y bien?

—No tiene muchas comodidades...

—Dormiré en el sofá, si es lo que te preocupa.

—¿Caballerosidad norteamericana?

Lo dejó correr. En cambio, le aclaró:

—Eso sí, tendremos que compartir el baño.

Julieta consideró su respuesta y volvió de nuevo a la sala de estar. Desde la repisa le sonreía una fotografía en un marco de plata.

Alejandro la sorprendió mirándola.

—Es mi exmujer —dijo—. Emiliana.

La habría reconocido sin que él se lo dijera; al parecer Alejandro sentía cierta fascinación por los ojos claros y, aunque no eran azules como los

suyos, tenían el tono verde de las esmeraldas.

—Parece que todavía te importa.

—Eso no es asunto tuyo.

Julieta sintió un escalofrío, aunado a una extraña sensación que no quiso examinar.

—Como sea, no quiero verla ahí.

Alejandro experimentó cierta emoción al pensar que, después de todo, no le era tan indiferente. Pero, puesto que no podía hacérselo notar, preguntó:

—¿Tienes hambre?

—¿Conoces algún buen restaurante?

—Eso no es lo que tenía en mente. Si no sabes cocinar, puedo enseñarte lo básico.

Ella reprimió su enfado y adoptó un tono razonable.

—No creo que intentar que me encargue yo sola de todas las tareas domésticas sea la mejor manera de empezar con buen pie este acuerdo. Deberíamos repartirnos el trabajo equitativamente.

—De acuerdo. Pero, si quieres un reparto equitativo, tendrás que hacer también otras cosas.

—Estás refiriéndote al sexo. ¿Por qué no hablas claro?

—Tenemos que ser realistas —aclaró él—, vamos a vivir en un lugar pequeño, estamos legalmente casados y es natural que ninguno de los dos pueda mantenerse célibe en los próximos doce meses.

—Para tu información, no estoy tan urgida.

Alejandro se inclinó hacia adelante y rozándole con una mano la nuca, le murmuró:

—Necesitas lo que yo puedo darte. Deja de negártelo.

Maldita sea, de todos los hombres que podía desear, ¿por qué tenía que ser él? Él la confundía. Sentía curiosidad por él, por su estilo de vida, pero participar la comprometería mucho más que seguir con la duda. Y tenía el mal presentimiento de que Alejandro Rivera acabaría convirtiéndose en una

adicción.

—No sé con quién estés acostumbrado a vivir. Yo no soy de las que va acostándose con cualquier hombre que se me ponga enfrente

Las yemas de los dedos de Alejandro le recorrieron el hombro, dejándole a su paso un rastro de anticipación y la piel de gallina.

—Soy tu marido.

—Esto no es un matrimonio de verdad, Alejandro. Quítate esa idea de la cabeza.

Él se apartó para mirarla.

—Tal como yo lo veo, mi trabajo consiste en protegerte. Pero también voy a ayudarte a ser honesta contigo misma. Eso... será un placer para mí.

Dicho lo cual, dio media vuelta.

—Tal vez estés completamente equivocado —espetó ella, mientras él se alejaba.

Alejandro se detuvo, se giró y la inmovilizó con una mirada tan afilada que le detuvo el corazón.

—En ese caso, no te resultará demasiado difícil negarte.

Dos semanas después de que se publicara el artículo de Julieta, llevaron ante los tribunales a Andrés Casasola, por estar vinculado al Cártel del Centro. Guiados por una lista en poder de Genaro, elementos de la policía capitalina arrestaron a cinco miembros más del cártel por diversas causas, desde la posesión de armas hasta el tráfico de estupefacientes. Nuevamente el asesinato del exprocurador, Roberto Medina, hizo noticia en los periódicos porque el coordinador general de la Procuraduría indicó que la principal línea de investigación apuntaba al Cártel del Centro, en complicidad con el extinto senador Gerardo Rocha. Entretanto, la Policía Federal y los Servicios Periciales de la PGR destruían plantíos de amapola y aseguraban toneladas de cocaína.

Un soplo de alivio recorrió al país a lo largo y ancho, la gente imaginó que desbaratarían la red de narcotráfico con las detenciones.

En el último momento los informes de la Procuraduría General de Justicia indicaron que los detenidos no pudieron aportar detalles y sus declaraciones resultaron contradictorias. Los altos índices de violencia tenían que ver con una disputa entre cárteles y para ello necesitarían reforzar la seguridad con ayuda de las Fuerzas Armadas. No ahondaron en la situación de Casasola ni de Genaro Castillo. Sin embargo, fuentes oficiales señalaron que, aunque las evidencias condenaban al empresario, sus delitos por lavado de dinero quedaron impunes y fue puesto en libertad. Se ordenó remitir a los miembros del cártel a un penal de máxima seguridad, y se les negó la posibilidad de extraditarlos mediante un juicio de amparo, en lo que las investigaciones continuaban. No obstante, víctimas de un repentino ataque con armas de fuego proveniente de distintos puntos, todos resultaron muertos, excepto Genaro, que logró escapar.

Esta versión de lo ocurrido produjo en las autoridades la misma incredulidad que en la opinión pública.

Julieta no se enteró de los sucesos en el país porque Alejandro se abstenía de mencionar el tema, por eso y porque fue también por los mismos días que conoció finalmente a Emiliana.

Venía regresando de caminar. Cuando entró, se quedó sorprendida al ver a Emiliana delante del fregadero lavando los platos del desayuno rápido que Alejandro había tomado unas horas antes.

—No tienes por qué fregar eso.

Emiliana se volvió y se encogió de hombros.

—No me gusta esperar sin hacer nada.

Julieta se sintió doblemente insultada: primero por no tener la cocina limpia y luego por la intromisión.

—En todo caso, ¿qué haces aquí?

—Estoy buscando a Alex. —Cogió un trapo y se secó las manos—. Soy

Emiliana, pero supongo que ya lo sabes.

Al verla más de cerca, Julieta fue consciente de que la exmujer de Alejandro tenía el cabello largo y rubio, y sin ser precisamente hermosa, tenía rasgos bien definidos, una boca voluptuosa enfatizada por un lápiz de labios color carmín y mostraba gran seguridad en sí misma.

—Soy Julieta Romero. O más bien Julieta Rivera. Aún no me he acostumbrado al cambio.

Una profunda emoción cruzó por el rostro de Emiliana. Una profunda repulsión combinada con una hostilidad casi palpable. Al momento, Julieta supo que Emiliana no sería su amiga.

Se obligó a permanecer inmóvil bajo el frío escrutinio.

—A Alex le gusta comer bien —sentenció Emiliana—. Apenas tienes nada en la nevera.

—Aún no me he organizado —fue su comedida respuesta, porque no quería parecer maleducada.

—Le gustan los espaguetis y la lasaña, y le encanta la comida mexicana —continuó diciéndole—. Pero no malgastes el tiempo haciéndole postres. No le gustan los dulces, salvo en el desayuno.

Julieta sintió que se le revolvía el estómago.

—Lo tendré en cuenta. ¿Algo más?

—¿Lo amas?

—Me casé con él.

—Jamás es tan simple como eso —sentenció y con aire crítico examinó la figura de Julieta—. No estás gorda.

Julieta no le entendió bien.

—¿Perdón?

—Alex me pidió que te llevara a hacer algunas compras y quería hacerme una idea de...

Julieta la interrumpió.

—No será necesario. La vecina se ofreció a acompañarme.

—¿Melanie? —preguntó, con cierta diversión—. Discúlpame, pero a esa mujer no le preocupan las apariencias.

Cierto. Melanie era una mujer generosa y bajita. Tenía la misma edad de Julieta y ya era madre de cuatro hijos. Mejor dicho, hijas. Sus edades iban de uno a cuatro años. No resultaba difícil imaginar que apenas tuviera tiempo de bañarse y vestirse.

—Es cierto —espetó Julieta—. No la culpo, tiene cuatro hijos.

—Visto lo visto, dile a Alex que me llame.

—¿Por qué no lo haces tú? No soy tu mandadera.

—Lo haré —dijo y se marchó airada.

—Emiliana estuvo aquí —dijo Julieta a Alejandro esa noche, mientras se disponía a servirle la comida que había preparado.

—Eso oí.

—Pudiste haberme avisado.

Él se quedó inmóvil observando la comida.

—No pensé que aún conservara la llave. Hablaré con ella.

Ella tomó un bocado de comida. Luego, dejó el tenedor a un lado y observó detenidamente a Alejandro.

—¿La sigues queriendo?

—No sigas con eso. Sabes que no es así.

—Pues no, en realidad no lo sé. ¿Por qué se divorciaron?

Fue así, como Alejandro le contó que Emiliana y él compartían una larga y complicada historia que comenzó cinco años atrás. La conoció en un restaurante. Empezaron a hablar de música y de cerveza. Aquella noche hablaron durante ocho horas.

—Es difícil encontrar una mujer a la que realmente le guste la cerveza, y cuando encuentras una, quieres aprovechar la ocasión al máximo.

Luego le explicó que Emiliana era comunicativa, endemoniadamente divertida, y tenía un bonito cuerpo de verdad.

—A mí los cuerpos bellos me atontaban. Necesitaba una relación con algo

de energía —le aseguró.

Emiliana era una abogada muy competente y dedicada, y él era una estrella prometedor en las fuerzas policiales. Su primer encuentro había sido maravilloso, de modo que lo repitieron una y otra vez. Emiliana siempre le gastaba bromas porque él era muy callado. Sin embargo, a él eso le gustaba, porque no era un gran hablador. Lo que Emiliana no sabía era que el silencio de Alejandro era un comportamiento aprendido. Había crecido en una familia en la que el padre dominaba por completo a la madre, y en algunas ocasiones incluso la maltrataba físicamente.

Alejandro había visto cómo su madre había pasado por años de maltrato mental, emocional y, en ocasiones, físico. Para su padre, todo tenía que estar en orden, hacerse de una manera determinada. Alejandro tenía el mérito de haber deducido más o menos lo que a Emiliana le satisfacía. Aun así, sentía que ella tenía el poder de imponerse sobre él, un poder sobre el que no podía hablar y con respecto al cual no sabía qué debía hacer. De modo que, cuando se casaron o, más bien, cuando volvieron de la luna de miel, Alejandro ya había empezado a preguntarse si había tomado la decisión adecuada.

Tuvieron una gran boda, preciosa, porque Emiliana y su familia se ocuparon de todos los gastos. ¿Cómo podía ser esto un error? Pero él tenía ese sentimiento en las entrañas, y en su mente había campanas que sonaban ligeramente.

A medida que pasaron los meses, Emiliana se volvió más dominante y exigente; con frecuencia le decía: «¿Cómo es que no seguiste estudiando? Podías haber hecho la carrera de leyes. Entonces, trabajarías con mi padre».

—Si alguna vez quieres poner a prueba la solidez de una relación, ¡deja caer alguna cuestión monetaria de importancia en la mezcla! El dinero saca a relucir lo peor de la gente —le dijo—. En siete u ocho ocasiones, durante el segundo año de casados, utilizó todas las oportunidades que se le presentaron para comportarse como una tonta.

—¿Se lo dijiste?

—Sabía que mi matrimonio se acababa, se había vuelto rancio. Éramos como dos buenos amigos compartiendo el mismo techo. ¡Resultaba agotador! Decidí hablar con ella antes de llegar a mi límite.

Emiliana tenía muy claro que quería continuar con la relación y le dijo que iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos para conservarlo. Con sorpresa, Alejandro advirtió que Emiliana hacía todas las cosas que creía que lo complacerían. Entonces, él dejó de resistirse y dijo que lo intentaría otra vez. Pero el empeño duró tres meses y culminó con el anuncio de Emiliana de que como cualquier pareja necesitaban terapia. Pero no cualquier tratamiento, ella estaba convencida de que su relación necesitaba energía y misterio. Por eso sugirió que acudieran a terapia de sexo en grupo.

—¡No inventes! —exclamó Julieta ante la idea—. ¿Lo hiciste?

—En absoluto. Al principio no sabía qué decir, cómo actuar o qué pensar, no quería herir los sentimientos de Emiliana. Estaba harto y me sentía cada vez más solo en esa relación.

—¿Entonces?

—Le fui dando largas al asunto. Emiliana es muy temperamental. Al final, nunca hizo nada. Ahora comprendo que todos sus esfuerzos eran porque no podía correr el riesgo de deshonorar a su familia, en particular a su padre.

Fue así que, cuando llevaban tres años de casados, Emiliana dejó de trabajar y empezó a insistir en que tuvieran hijos. Según su plan, había llegado el momento. Cada vez que lo decía, las campanas y los silbatos empezaban a sonar en la cabeza de Alejandro. Se preguntaba cuánto tiempo tardaría Emiliana en descubrir que él no podía tener hijos. Pasaron cuatro meses antes de que ella le hiciese frente. «No entiendo qué es lo que pasa». «¿Por qué no me quedo embarazada?».

El padre de Emiliana era de ese tipo de padres a los que no les gustaba ver que su única hija estuviera disgustada. Era el tipo de padre a quien no le gustaba la idea de que un joven cuya boda había pagado él, le causase disgustos a su única y brillante hija.

Supuso que él y Alejandro necesitaban tener una conversación de hombre a hombre. Por supuesto, no le dijo a su hija que iba a hablar con su marido; imaginó que, al hablar con él, lo haría entrar en razón. ¡Además, se estaba haciendo mayor y quería tener nietos con los que pasar algún tiempo antes de que se le cayeran todos los dientes!

Alejandro escuchó de verdad lo que el padre de Emiliana le dijo y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió muy seguro de hablarle de su problema de infertilidad. El padre de Emiliana no se sintió complacido en absoluto, pero ofreció su apoyo. Le sugirió que se lo dijese inmediatamente a Emiliana. «Las mujeres son un poco especiales cuando oyen algo así de boca de otras personas».

Fue en el segundo mes del cuarto año de su matrimonio cuando Alejandro se vio forzado a hacer frente a la realidad de su vida. Nunca antes, ni de cerca, había sufrido semejante humillación. Emiliana supuestamente lo estaba esperando para hablar, pero cuando llegó se encontró con un tipo de acción totalmente diferente.

En este punto un estremecimiento atravesó su cuerpo, obligándolo a hacer una pausa.

Julieta no tuvo que echarle mucha imaginación para comprender la situación con todo detalle.

—¿Te engañó?

Alejandro asintió con la cabeza.

—La encontré en la cama con el consejero legal de su padre. ¡Fui un imbécil! Resultaban tan obvias las muestras de afecto y ni así me había dado cuenta.

Sentimientos cálidos y profundos estallaron en el pecho de Julieta. La vulnerabilidad que escondía su ceño le rompió el corazón. Con una mano, le ahuecó la mejilla oscurecida por la barba y le acarició el pómulo con el pulgar.

—No te culpes, tienes todo lo necesario para hacer que una mujer te ame —

le dijo.

Sus ojos se encontraron y cruzaron una mirada de entendimiento. Lo que fuera la hizo estremecerse. ¿Qué estaba pasando?

—Desde hace tiempo estoy intentando contener el peligroso deseo de enamorarme de ti. —Alejandro se inclinó y la besó en los labios con suavidad.

Julieta titubeó, pero en ese momento él decidió que no le daría tiempo para pensar y la estrechó contra su cuerpo, pasándole la punta de la lengua por el labio inferior. Las dudas de Julieta parecieron evaporarse, y cualquier idea que hubiera tenido de rechazarlo se esfumó. Abrió los labios dejándole entrar. Alejandro saboreó su boca una y otra vez, mientras ella le rodeaba el cuello con los brazos.

Julieta se sentía cada vez más excitada, una excitación alimentada por la respiración entrecortada de Alejandro y por sus manos estrechándola con fuerza. El beso se hizo salvaje. Alejandro la alzó contra él y la empujó hacia atrás, subiéndola a la mesa. Julieta se aferró a su espalda para no perder el equilibrio, mientras él se colocaba entre sus piernas.

—Dios, te deseo —gimió, mirándola.

Por desgracia o por fortuna, según se mire, alguien llamó a la puerta. Julieta se bajó de un salto de la mesa, como una adolescente culpable. Se sentía ardiente, agitada y... terriblemente irritada. ¿Cómo podía estar tan ansiosa por entregarse a un hombre que le había mentado?

Salió disparada hacia el baño, pero se detuvo al oír la voz de Jones.

—Lamento la interrupción, señor Rivera —explicó—. Quería cerciorarme de que estuvieran en casa.

—¿Quería o quiere? —preguntó Alejandro un tanto irritado.

—¿Me permite pasar?

—Adelante —le contestó abriendo la puerta de par en par.

—Estábamos a punto de tomar café —dijo Julieta—. ¿Quiere acompañarnos? ¿O prefiere, tal vez, tomar una taza de té?

Pensó que la única ventaja de los hombres que se sienten el centro del mundo es ser capaces de no ver cuanto los rodea. Cualquiera otra persona que hubiera entrado en la habitación en aquel momento habría notado en el ambiente que Julieta y Alejandro estaban en medio de algo. Pero Jones se limitó a anotar algo en su bitácora, mientras declinaba la oferta:

—No, no hace falta. Es tarde—. Les dio de nuevo las gracias y se marchó.

Puestos a decirlo todo, Alejandro habría apagado el incendio que había empezado de no ser porque Julieta se lo pensó mejor.

—No, ni se te ocurra —dijo al sentir que él le tocaba el hombro—. No nos conocemos.

Dicho lo cual, comenzó a llevarse los platos para fregarlos. Él se ofreció a ayudarla, pero ella sacudió firmemente la cabeza.

—Estaré bien sola.

—Sé que aún lloras por Genaro —dijo él, suavemente a su espalda—, pero necesitas seguir adelante, Julieta.

Con el corazón acelerado, ella se volvió.

—¡Ocúpate de tus cosas, maldito seas!

—Está visto. Haga lo que haga, no piensas perdonarme.

Dicho esto, se detuvo un momento en el umbral, pensando, y finalmente salió de la cocina.

Un momento después, Julieta oyó que cerraba la puerta de la calle y echaba a andar el auto. No había ningún problema, se dijo. Por ella, podía marcharse. Había cruzado la frontera para salvarse, para obtener la residencia. Y, en cualquier caso, solo conocía a Alejandro desde hacía unos días.

Así pues, tan luego terminó de recoger la cocina, decidió darse un baño.

El agua de la bañera estaba más bien tibia, pero se metió dentro hasta la barbilla. Como siempre, los ecos del pasado empezaron a hablar mientras estaba bañándose, pero intentó acallar sus voces; en particular la voz grave de Genaro, cuyos ojos ambarinos y vigilantes daban la impresión de estar mirándolo todo a su alrededor. Estaba de rodillas, con la barbilla apoyada en

la bañera.

—¿Estás bien? —preguntó ella en voz baja.

—Estoy bien, sí —respondió sin convicción.

—No fue culpa tuya —dijo ella.

—Deberías acostarte y dormir, Julie—. Su voz sonaba serena, pero con cierta desesperanza que la instó a acercarse más, tratando de abrazarlo.

—Me quedo contigo.

Con un profundo suspiro, él se sentó a la orilla de la bañera para estrecharla con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó ella al fin.

—Rezar. O eso intento.

—¿Qué pasa, Genaro?

—¿Es pecado tenerte? —susurró—. No puedo dejar de preguntarme si es culpa mía. ¿Tan grave pecado es necesitarte más a que a mi vida?

—¿Es cierto eso? —Le tomó la cara entre las manos.

—Eso me digo. Dios te envió a mí; ¿cómo podría no amarte? Sin embargo... pienso, pienso y no puedo parar. Creo que estuvo mal.

—¿Alguna vez hiciste algo por ti, Genaro, sin pensar en mí?

—No. —Tragó saliva—. Pero ahora estoy pensando que tal vez no pueda volver a tenerte.

Cuando la rodeó con su brazo, fuerte, seguro y la atrajo al refugio de su pecho, Julieta casi se sorprendió de encontrarse sola en el cuarto de baño. Se había perdido en sus recuerdos, como alguien que vive una alucinación. No supo decir cuánto de todo aquello era un recuerdo y cuánto su manera de imaginar lo que le habría gustado escuchar. Lo que menos necesitaba en ese momento era recordar a un hombre que le había mentado. Ahora estaba segura de que el amor no tenía nada que ver con el tiempo que pasó junto con Genaro.

Cierto, había días que, de golpe y porrazo, se acordaba de él y sentía un pinchazo de arrepentimiento. Lo añoraba, pero no tanto como a Alejandro.

Todo lo que había creído sobre el amor empezaba a caérsele encima. No era la primera vez. Lo supo nada más de verlo, pero, según la historia, tuvo que actuar como si no lo supiera. Tuvo que seguir el juego: conocerse, ver si se gustaban mutuamente, ver que tenían en común. Desde el principio estaba claro que el amor estaba en el aire y los rodeaba con sus brazos. Sin embargo, su mente estaba repleta de advertencias y precauciones. Sin duda, su guion estaba escrito. Se había convencido a sí misma de qué hacer y qué evitar, pero ahora sentía una rebeldía que hervía en su interior. Una explosión instantánea que poco tenía que ver con dudas y preguntas.

Deseaba a Alejandro.

No de lejos, ni con otra mujer. Lo quería ahí, a su lado, donde los recuerdos no pudieran atormentarlos. Anhelaba el roce de su piel, su calor, el sonido de su nombre en sus labios. «¿Por qué no coges toda tu precaución y la mandas a volar? ¿Qué más podía ocurrir?», se preguntó. El daño ya estaba hecho. Se había enamorado de Alejandro Rivera. Estaba pasando, si no es que ya había sucedido.

Julieta Romero parpadeó unos momentos bajo la suave luz; después, en menos de un minuto, ya había quitado el tapón del desagüe, había salido de la bañera y estaba abrochándose la bata alerta al crujir de las ruedas en el camino de la entrada.

Pero Alejandro no regresó.

Opuestos complementarios

Dormitó con la mente atribulada.

Al despertar, se incorporó y descubrió que Alejandro la había cubierto con una manta, pobre sustituto de su calor humano. Estaba por levantarse, cuando la puerta del baño se abrió y salió Alejandro, envuelto con una toalla en la cintura. Oh, Dios, era impresionante. Mientras él se secaba la cabeza con otro paño, Julieta aprovechó para mirar a conciencia lo que le parecía un cuerpo perfecto con músculos bien definidos.

Alejandro quiso gritarle, decirle que no lo siguiera mirando así a menos que quisiera acabar en la cama con él.

—¿Dormiste bien? —le preguntó, mientras se ajustaba el nudo de la toalla.

Julieta no pudo evitar fijarse en que estaba muy abultada. Del mismo modo que no pudo evitar hacer algo que no acostumbraba, sonrojarse.

—No te oí llegar.

Alejandro la privó de la visión de su pecho, cuando le dio la espalda y se dirigió al armario.

A pesar de aquella encantadora ensoñación, Julieta se obligó a salir del cuarto.

—Dejaré que te vistas.

—Espero que no —murmuró él.

Ella se detuvo al llegar al umbral y se volvió.

—Alejandro...

Él se acercó a ella. Julieta dio un paso atrás, hasta tropezar contra la pared, pero sin apartar los ojos de él.

—No estoy seguro de poder mantener las manos alejadas de ti durante más tiempo.

—No puedo hacerlo.

Alejandro inclinó la cabeza y le acarició el cuello con la nariz, calentándole la piel con el susurro de su aliento en la oreja.

—Estamos casados.

—Solo es un acuerdo legal.

—Creo que es el mejor momento para hacer oficial nuestro acuerdo, ¿no crees?

A Julieta se le aceleró el corazón y supo que no podía haberse escapado, aunque hubiera querido. Levantó la mirada y sintió como si todo se hubiera desvanecido y no existiera nada más que ellos dos.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez, pero era tanta la urgencia por tocarse que todo fue tan natural. Alejandro daba la impresión de haberla conocido desde siempre. Sabía cómo abrazarla, cómo y dónde tocarla. En cierto modo, Julieta tuvo la sensación de nunca haber estado así con nadie, de jamás haber experimentado tal intimidad con otra persona.

Nunca lo había admitido, pero si se mantenía lejos de Alejandro era, en parte, porque no se había sentido así en mucho tiempo.

Fue así como las siguientes semanas trajeron cambios.

A diario, todas las noches después de la cena, Julieta y Alejandro se quedaban conversando, incluso en dos o tres ocasiones durante su tiempo libre fueron a visitar museos. Julieta se dio cuenta de que Alejandro sabía de arte y terminó por caer en la cuenta de que cuando estaba con él, reía mucho. No dejaba de pensar: «¿quién es este hombre? ¿Y por qué me permito tener estos sentimientos?». Se sentía tan feliz paseando con él, sin tener un destino fijo. Le llegaba la fragancia de todo a su alrededor, pero sobre todo le llegaba

el aroma de Alejandro Rivera. Su piel bronceada y brillante, el cabello castaño un poco largo.

Tenía que admitir que era divertido salir con él. Pasaba algo completamente distinto con Genaro, que nunca parecía hacer nada sin una razón lógica.

Alejandro no podía ser más diferente. Siempre sabía escuchar y pedía detalles. Se interesaba por casi todo: era jardinero, observador de aves, ávido lector, muy buen cocinero, jugador de basquetbol y, por supuesto, un excelente trabajador para hacer reparaciones domésticas.

No podía creerlo. Se pellizcaba a menudo para asegurarse de que no soñaba y sonreía cuando él no la veía. Él era tan natural, tan seguro y excelente en la cama que la asustaba un poco.

Sin duda, la vida de Julieta tomó un rumbo completamente distinto. Ya no necesitaba hacer cosas para probarse que era digna de ser amada. Ya no temía pedir lo que quería por miedo a no recibirlo. Ya no se enfadaba cuando las cosas no salían como ella quería. Lo más importante era que ya no estaba enojada por lo que no podía tener. Alejandro había conseguido hacer que su vida y ella estuviesen bien.

Así, pasaron los días y las noches y Julieta llegó a pensar en la casa de Alejandro como si fuera de su propiedad. Hizo suyos los muebles, los libros, las fotos. Pero aún no había decidido si contarle o no lo que le había sucedido allí, porque estaba convencida de que, si lo hacía, se echaría a reír y la llamaría loca.

Fue en una de esas noches que, tras preparar otra taza de café para él, Alejandro vació el resto del agua caliente sobre la sartén y la limpió mientras Julieta lo miraba y trataba de pensar en la última vez que un hombre había cocinado para ella y había lavado los platos después. Como la mente se le quedó totalmente en blanco, pasó a otra cosa.

—¿Aquí creciste? —le preguntó.

—No. Me mudé aquí unos años después de que mis padres fallecieron.

—Lo lamento.

Él se encogió de hombros.

—Es algo que tenemos en común, supongo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Él sonrió.

—¿Sabes? Creo que es porque no me gusta hablar de cosas tristes. Ahora tú conoces uno de mis defectos. ¿De qué sirve hablar de cosas tristes que han quedado atrás?

Aclaró la sartén y la puso a secar en la escurridera.

La mención de «sus padres» hizo que Julieta se diera cuenta de que, en realidad, Alejandro hablaba poco sobre él. De hecho, era bien cierto que tenían cierto tipo de vínculo y, aunque ambos lo sabían, actuaban como si no lo supiesen.

Aquel era un sentimiento nuevo para Julieta; se instalaba en su interior de una manera extraña, aunque le gustaba la sensación que le infundía.

Pero, como ocurre siempre, las cosas nunca salen como se planean y aquella noche le llegó una oleada de náuseas mientras dormía.

Julieta se sentó al borde de la cama y sintió como si la vida se le escapara. Un sudor frío le recorrió la nuca y, por primera vez en mucho tiempo, pensó en llamar a un médico. Pero en vez de tomar el teléfono, se metió al baño, se echó agua fría en la cara y trató de persuadirse a sí misma de que probablemente era un resfriado. Tomó algo para tranquilizar su estómago y regresó a la cama para tratar de dormir, pero estaba rígida reviviendo mentalmente el malestar, mientras una idea se abría paso en ella, hasta que le fue imposible ignorarla. Estaba embarazada y para cerciorarse a primera hora de la mañana iría a comprar una prueba casera. Maldito asunto. Que justo ahora que podía imaginar lo maravilloso que sería pasar el resto de su vida con Alejandro, resultara embarazada. Porque evidentemente no era de él.

Haciendo memoria recordó que esa última noche que pasó con Genaro sintió algo diferente. Un cambio entre ellos. Se dio cuenta por la manera en que él la sostenía y la miraba, con sus brillantes ojos ámbar. Fue como si

alguno de los muros que los rodeaban se hubiera venido abajo; pensó que era por lo que no había podido confesarle hasta entonces.

Recordó que todo había comenzado de manera muy sencilla. Lo único que él hizo fue entrelazar los dedos con los de ella. Pasó por debajo de su cuerpo el brazo que le quedaba libre y la miró a los ojos. Se movieron juntos, apretándose, deseándose, necesitando con suma urgencia ese momento de fusión y a la vez temiendo llegar a él, sabiendo que después vendría la separación.

Genaro la llevó una y otra vez al orgasmo, deteniéndose, jadeando y temblando en el límite. Hasta que por fin tocó su rostro, enredó los dedos en su pelo, lo apretó con fuerza y arqueó su espalda y sus caderas debajo de él, incitándolo, forzándolo, atrayéndolo hacia sí hasta llevarlo muy dentro de ella, donde con un imperdonable descuido que jamás había tenido antes, concibieron un hijo.

Por detrás de la hacienda de José Manuel Quiroz, colinas verdes se alzaban con suavidad a través del verde más oscuro del bosque.

Genaro Castillo había rodeado el perímetro exterior caminando por los senderos de gravilla que discurrían a lo largo de la propiedad para burlar los anillos de seguridad; el mismo Quiroz le había enseñado la propiedad durante su primera excursión. Sin embargo, como él sabía muy bien, la esencia de su problema radicaba en entrar al edificio principal. Era casi imposible.

Unas pisadas se acercaron por el camino. La puerta de la caballeriza se abrió bruscamente, y dejó pasar un rayo de luz que lo hizo parpadear. Luego, hubo un chasquido cuando el silenciador del arma de Genaro se apoyó en la oreja derecha de Nacho.

—Si hace falta, cabrón, te vuelo la tapa de los sesos.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó Nacho, al tiempo que Genaro lo cacheaba y le quitaba la pistola.

—¿No lo entiendes, verdad? Vengo por José Manuel y tú vas a ayudarme.

—¡Estás loco! ¡No saldremos vivos!

Le importaba poco. La muerte era un precio que estaba dispuesto a pagar. Había sufrido demasiado en esta vida como para que alguien como José Manuel le arrebatara a Julieta.

—¿Qué más te da? De no ser por mí, estarías muerto. —Oprimió el arma contra la oreja de Nacho—. Tú, por delante.

Cierto. Estaba en deuda con él, algo que ni siquiera José Manuel sabía. Es más, Nacho lo recordaba con detalle. Los hombres disparaban sin ton ni son. Él dio un paso al frente para estabilizarse, pero había un charco de aceite y resbaló. Cayó de bruces y la pistola se le escapó de la mano; rodó para alcanzarla, pero se encontró con un hombre que le apuntaba de pie. En ese momento, Nacho oyó un ruido sordo que reconoció como la detonación de un arma y, al siguiente instante el cuerpo del hombre que le apuntaba se desplomó de espaldas, junto a él, con un orificio entre los ojos.

—¿Estás bien?

Al oír la voz de Genaro, alejó el cuerpo de un empujón y se puso de pie.

—Mejor que nunca.

Sí, gracias a Genaro estaba vivo. Sin embargo, sería una misión suicida, una maniobra arriesgada, entrar en la casa. Lo más difícil sería sorprender a José Manuel. Fue entonces que recordó que solo dos hombres custodiaban el patio y se le ocurrió una idea.

—Espérate, hombre. Déjame hacerlo a mi manera o harás que nos maten.

La convicción que percibió en la voz de Nacho, lo hizo detenerse.

—Al grano —ordenó sin dejar de apuntarle.

—Tendrás que confiar en mí— dijo Nacho, cuando terminó de explicarle lo que pretendía.

Quince minutos después, en apariencia, Nacho llevaba a Genaro en calidad de rehén y custodiado por otros dos hombres, cuando penetraron en la sala.

José Manuel estaba solo, sentado junto a la chimenea con una copa de

tequila en la mano.

—Sabía que vendrías —dijo.

—Vete al diablo.

—Tú no eres nadie —dijo con desdén José Manuel—. Te mataré, por supuesto, no te quepa duda. Pero antes, me encargaré de tú pinche noviecita.

Genaro se lanzó sobre él como un ave de presa. Los hombres actuaron sin la menor vacilación, Nacho se volvió hacia ellos les apuntó y abrió fuego.

—Hijo de... —dijo José Manuel.

Esta vez fue Genaro quien alojó tres balas en el pecho de José Manuel. Él se desplomó en el suelo sin vida.

El resto de los hombres se precipitó al instante hacia el interior de la casa, dispuestos a abrir fuego. Pero la voz de Nacho los detuvo:

—Saluden al nuevo patrón —dijo, señalando a Genaro.

Durante un momento, Genaro se sintió confuso. Intentando comprender lo que estaba pasando. Nada tenía sentido. Luego, sintió una mano sobre su hombro y levantó la vista, era Nacho. Todos los rostros estaban concentrados en él. Por puro instinto empuñó su arma y dijo:

—El que no está conmigo, está contra mí.

Lo que sucedería en los días venideros, sería algo previsible, cuando no ridículo y dramático. De José Manuel Quiroz no quedaría nada sino su cadáver humillado en un charco de sangre, desde que Genaro Castillo había entrado en su hacienda, rompiendo lo que él creía «la seguridad más segura posible». En los círculos de poder en el país, el alma volvería al cuerpo porque Genaro, como nuevo lugarteniente del Cártel del Centro comenzaría a reorganizarse. Sí, el negocio seguiría igual, pero la violencia aumentaría por el control de tráfico de drogas y de contrabando y cuotas. En la mente de muchos empezaría la lucha en el panal por la nueva abeja reina. Sin embargo, Andrés Casasola conocía la amenaza pendiente sobre su cabeza y perdió el sueño. No habría paz para él mientras Genaro Castillo fuera el cabecilla del Cártel. Su traición había sembrado un odio cuya cosecha sería fatal.

Así pues, 72 horas después del abatimiento de «el Ceguetas», Andrés Casasola fue emboscado y ejecutado en su domicilio particular. Su cadáver fue encontrado desmembrado en el interior de cuatro bolsas negras en un paraje serrano al poniente de la ciudad.

Después de todo lo pasado, vivido y superado, la tarea debía de resultarle más fácil. Pero no sucedía así.

Julieta. El nombre le apuñalaba el corazón con el dolor más atroz que hubiera soportado hasta entonces. Estaba seguro de que ella se encontraba a salvo, pero ignoraba si todo había acabado entre ellos. Sus últimas palabras parecían resonar en sus oídos cada vez que las recordaba: «No puedes obligarme».

Fuera cierto o no, a Genaro Castillo le seguía doliendo esa separación. Mejor dicho, aún respiraba por las heridas.

«¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a decirle?», le dijo un susurro imperceptible bajo la ansiedad y el deseo que lo colmaban. «No puedes hacer nada».

Pero lo haría. Seguiría los impulsos de su corazón.

¡Eres libre de creer lo que decidas creer!

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que sintiera la nueva vida que crecía en su vientre?

No podía estar embarazada de más de seis semanas, así que aún pasaría un tiempo. La semana anterior, tras vomitar en el baño, se había comprado un test de embarazo y había confirmado sus temores. Julieta sabía que tenía que decírselo a Alejandro, pero aún no estaba preparada. Tenía miedo de su reacción. «El hijo de otro hombre», pensó. Peor aún, de Genaro.

Si bien ninguno de los dos había dicho las palabras que el otro necesitaba escuchar, Julieta sabía que Alejandro albergaba profundos sentimientos hacia ella. ¿Qué otra cosa si no provocaría la ternura que veía reflejada en sus ojos de vez en cuando? Sabía que a Alejandro le gustaba estar con ella, pero comprendería si sus sentimientos hacia ella cambiaran en cuanto se enterase del embarazo. De hecho, estaba dispuesta a concederle el divorcio; a irse, a olvidarlo, a iniciar una vida sin él, a pesar de que ya no podía imaginar la vida lejos de él. Confiaba en que Alejandro no hubiera mencionado el divorcio, señal de que tampoco podía imaginarlos separados. Sin embargo, quería darle un poco más de tiempo para que se acostumbrase a amarla.

Pero bien dicen que uno pone y Dios dispone.

Aquella noche después de la cena, Julieta se encontró sentada otra vez en el borde de la bañera, más cansada que nunca y con náuseas.

—¿Estás bien? —le preguntó Alejandro.

Ya estaba acostado y la miraba por encima de su libro. Julieta pensó que no había razón para seguir postergándolo más. De todas maneras, no podía seguir viviendo así. ¿Para qué seguir atormentándose?

—Estoy embarazada.

Alejandro cerró el libro y su expresión se convirtió en un rictus.

—No voy a mentirte, ni a decirte que lo siento —continuó diciendo Julieta.

—¿De cuánto estás? —la voz de él surgió con excesiva indiferencia.

—De unos dos meses.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—Más o menos quince días.

Él se sentó en la cama con la mandíbula tensa.

—Sabes que no puedo tener hijos.

Ella tuvo la decencia de bajar la vista

—Por supuesto que sí.

—Pensé que te importaba —sugirió en voz baja.

—Alejandro...

—Bastante malo es tener que darme cuenta de que sigues pensando en él, como para ahora tener un recordatorio constante.

—¿Quieres que aborte? ¿Es eso lo que quieres decir? —contraatacó Julieta.

Alejandro la oyó y no supo qué responder. Su ego herido dictaba un discurso que la hubiera lapidado. En vez de eso, saltó de la cama y comenzó a vestirse.

—¿Lo habrías olvidado con el tiempo?

Fue lo último que dijo antes de salir de la habitación.

«Ya lo hice», se oyó decir Julieta. «Te amo, Alejandro».

Un momento después, oyó que él arrancaba el auto.

Emiliana estaba en la cocina comprobando la cerradura de la puerta y

ventana, cuando oyó pasos en el patio y alguien tocó a la puerta. Era Alejandro que, a pesar de verla en pijama, le preguntó:

—¿No estás muy ocupada?

—Bastante —respondió abriendo la puerta de par en par.

—No te molestaré. Necesito un sitio donde pasar la noche.

—¿Problemas con tu mujercita?

—Emiliana...

—De acuerdo —consintió ella—, pero tendrás que hacerlo en el sofá.

Se ausentó durante un momento y al cabo volvió con una almohada, sábanas y dos mantas.

Mientras Emiliana extendía la sábana, Alejandro la miró de arriba abajo.

—¿Sabías que no puedo tener hijos? Soy estéril.

Ella empezó a meter los extremos de la sábana bajo el cojín del sofá.

—Solo una cosa: no fue tu culpa.

Él la miró un momento y después dijo:

—Eres una tonta. Echaste todo a perder.

Ella volvió a reír y dijo, sin dejar de arreglar el sofá.

—Me queda claro que así fue.

—¿Cómo está tu amante?

—Ya no estoy con él.

El sofá estaba listo y mientras Alejandro consideraba lo diferentes que eran Julieta y Emiliana, esta se volvió a él:

—Dime la verdad, ¿la amas?

—Está embarazada.

Durante un breve momento reinó el silencio. Emiliana no podía humillar a Julieta sin humillarse a sí misma. Conocía a grandes rasgos su historia, por eso dijo:

—Dime una cosa: la conociste siendo de otro, ¿no?

—Si...

—Las cosas han cambiado desde entonces, lo sé.

—¿A dónde quieres llegar?

—El punto es, si te soporta en tus peores días, a ninguno de los dos les interesa rasurarse y le pareces un modelo de revista en camiseta y vaqueros; no la pierdas.

Y sin esperar su respuesta, le dio las buenas noches y apagó las luces.

«Emiliana tiene razón», pensó Alejandro más tarde, acostado boca arriba con el cuarto a oscuras.

Repasando los sucesos de las últimas semanas, se vio torturado por la imagen de Julieta abriendo la puerta para salir al porche y darle la bienvenida a la brisa matutina. La suave luz del sol iluminaba sus cabellos negros y su espalda cuando se inclinaba sobre la barandilla.

Alejandro frunció el ceño. Había visto antes esa escena. Le resultaba extrañamente familiar, ¿pero por qué? Dentro de unos meses su matrimonio terminaría. No podía vivir con ella viendo como languidecía. Jamás podría darle hijos. No duraría. Julieta se marchitaría como una flor. Conocía su genio, la pasión que intentaba ocultar bajo una incongruente arrogancia, su audacia, su lengua afilada y el terco gesto de su mandíbula. Desde donde estaba, Alejandro podía ver su expresión de felicidad y, al verla así, tan relajada y completamente feliz, se dio cuenta de que era el sueño. Realmente, el mismo que había tenido casi todas las noches durante los últimos meses.

Alejandro se incorporó en el mismo instante en que el sentimiento golpeó en su sangre y el corazón le golpeó las costillas. La amaba. Total y absolutamente, aunque él lo había negado.

Todo había salido mal esa noche; ¿por qué no se lo había dicho? Pero había estado demasiado furioso. En particular, cuando su virilidad había estado en cuestión. El hijo de otro hombre. Ese ser del que le había insinuado a Julieta que se deshiciera. Como si ella pudiera hacer algo así. Como si él pudiera dejar que lo hiciera. «Solo un canalla es capaz de abandonar a una mujer embarazada».

Y sin duda, Alejandro Rivera no era ningún canalla. No podía soportar la

idea de vivir sin Julieta. ¿Qué había hecho? ¿Cómo iba a recuperarla? Había sido tan arrogante, había estado tan ciego, tan obsesionado con el pasado, que le había dado la espalda al futuro. Le diría todo lo que sentía, que el hijo que crecía en su vientre sería el hijo que él jamás tendría. Sería suyo, en cuerpo y alma.

«¡Qué estupidez tan grande he cometido!», pensó al tiempo que decidía esperar a que amaneciera para hablar con ella.

Empezar de nuevo

Aún no había amanecido, cuando sonó su teléfono.

Alejandro Rivera contestó con las palabras aún impregnadas por el sueño.

—Cualquier cosa que me digas ya me la he dicho yo mil veces.

—Quiero verla —Al otro extremo de la línea estaba Genaro. Alejandro se quedó sin palabras y sintió una opresión en el pecho. Estaba al tanto de su nueva situación. Por supuesto, no había puesto a Julieta al corriente de los hechos. La angustiada posibilidad de que Genaro se pusiera en contacto con ella lo había mantenido en vilo durante la última semana.

—Castillo, ¿dónde estás? —preguntó al fin.

—Muy cerca.

—¿Qué vas a hacer?

—Mi deber.

—¿Tú deber? Debí suponer que lo verías así. La tranquilidad de Julieta es más importante que un capricho egoísta.

—¡Esa es decisión suya, no tuya! Quiero verla.

Tenía razón. Alejandro tragó saliva antes de decir:

—No pienso impedírtelo. —Colgó y se apresuró a vestirse cuidando de no hacer mucho ruido, porque Emiliana estaba dormida. Luego salió de la casa, arrepentido de haber dejado sola a Julieta; fue a donde estaba su coche y después de varios intentos lo echó a andar.

Julieta despertó y vio que su lado de la cama estaba vacío. Pensó que la noche había durado un suspiro. Creyó que no iba a poder conciliar el sueño, pero al llegar a la habitación se dejó caer sobre la cama y durmió profundamente.

Salió a la estancia para ver si Alejandro estaba dormido en el sofá. No. Después regresó a la recámara para hacer su maleta, pero antes su mirada se desvió hacia la repisa de la estancia. Allí estaba la última foto que se habían tomado juntos. «Tal vez si pudieras creerme...».

Era lo que estaba pensando y quizá por eso no lo sintió entrar.

—Julie —dijo Genaro en voz baja.

Ella se puso tensa a la vez que sintió estremecerse el corazón. Se giró para verlo parado en medio del vano de la puerta. Había perdido peso y se le habían hundido las mejillas.

—Estás aquí —balbuceó, aunque luego de pronunciar estas palabras, se dio cuenta de que era una locura.

Él habló de nuevo al tiempo que acortaba la distancia entre los dos y la acercaba a su cuerpo con furor.

—Regresé por ti.

—¡Dios! Es tan fuerte lo que siento por ti.

Por toda respuesta, tomó su rostro con ambas manos y la besó en los labios, dejándole en la boca su sentir.

—Entonces, ¿estamos bien? —habló con voz ronca en su pelo.

Julieta estaba misteriosamente silenciosa, casi serena. Tenía la mirada fija y no dijo ni una sola palabra. En cambio, se apartó de él y se giró de nuevo hacia la repisa. La noche anterior había tomado una determinación, creyera lo que creyese Alejandro, no podía estar con ningún otro hombre que no fuera él. No era a Genaro a quien buscaba en medio de la noche.

Ciertamente, el pasado era su interés compartido, un punto a través del cual

podían contactar de inmediato. Pero, al parecer, esas mismas experiencias ya resultaban excesivas. Era obvio que Genaro seguía actuando al margen de la ley. Si no, cómo explicar que estuviera allí. Sencillamente no quería saberlo, ni mucho menos tenía intención de revelarle que estaba esperando un hijo de él; prefería que el ser que crecía en su vientre fuera un hijo de padre desconocido. Nadie imaginaría que era de Genaro y ella, desde luego, no lo diría. Jamás.

Julieta cerró los ojos y apretó los labios «Si esto es amor, ódiame, por favor», conjuró. Luego, abrió los ojos y se giró para poder observarlo, para ver como la luz tocaba la forma de su rostro, para ver el sol sobre sus cabellos... por última vez.

—Perdóname... me enamoré.

Las palabras pendieron dolorosas entre los dos. No había nada más que hacer. Nada más que decir.

Genaro lo supo al ver la fría expresión de Julieta. Solo había visto unos ojos como esos cuando se miraba en el espejo. Por eso cuando ella terminó, no miró atrás ni una sola vez. No dijo una palabra y regresó por donde había venido.

Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que Alejandro había estado allí todo el tiempo, observándolos.

—Dime, ¿es cierto?

Ella lo miró, buscando las palabras. Por fin, inclinó la cabeza y dijo:

—Que te puede importar—. Hizo amague para dirigirse a la recámara, pero él acortó la distancia entre los dos y la jaló del brazo, atrayéndola hacia sí.

—Te equivocas. Si creíste que mis sentimientos habían cambiado, es culpa mía.

Dicho lo cual, la besó en los labios con suavidad.

—Aún estoy embarazada —sentenció ella.

—Más que eso —dijo con calma—. Tendremos un hijo.

Dicho esto, su boca se unió a la de ella en un largo beso, tras el cual se

dejaron llevar.

Fin

Agradecimientos

Muchas personas me han ayudado en la escritura de esta novela, pero nadie más que Dios, omnipresente, sublime y sabio, mostrándome el camino. Agradezco también a Clarisa Kuri, por sus atinadas observaciones; al tío Nacho y a la tía Guigui, por su apoyo incondicional; a mi adorada sobrina Lucianna, por ser mi motor. Te amo, pequeña.

Finalmente, estoy muy agradecida con mi generosa e incansable editora Lola Gude, que se atrevió a creer en mí. Mi admiración y respeto. Gracias.

Si te ha gustado

Perdóname, me enamoré

te recomendamos comenzar a leer

En tu lugar

de *Christine Cross*



Capítulo 1

Londres, 1830

En la amplia habitación reinaba un absoluto silencio.

Como si el tiempo se hubiese detenido, nada se movía en el interior. Las elegantes muñecas de porcelana, alineadas sobre las estanterías, contemplaban con ojos vidriosos la enorme cama que ocupaba el centro de la estancia desde donde dos pares de ojos miraban expectantes a la mujer que, a fuerza de voluntad, se mantenía erguida sobre la silla tapizada de brocado rosa. Hacía tiempo que había rebasado la primera juventud. Las suaves arrugas que surcaban su rostro parecían temblar por el esfuerzo de contener la sonrisa que amenazaba con escapar de sus labios mientras observaba atentamente los rostros de las dos niñas.

Los ojos de la pequeña Katia se veían brillantes bajo la luz de los candelabros que disipaban la penumbra de la habitación. La mujer frunció el ceño. Aquello no era una buena señal; probablemente la niña volvía a tener fiebre.

Las dos pequeñas habían enfermado al mismo tiempo, pero mientras que Isabella se había recuperado pronto, Katia, de constitución más débil, no terminaba de curarse. Había pasado la tarde jugando en el jardín con su hermana, de la que no quería separarse, y el aire fresco debía de haberle afectado a los pulmones provocándole de nuevo fiebre.

El suave susurro del roce de las sábanas de seda, cuando las niñas se removieron inquietas en el lecho, la sacó de sus pensamientos.

—Vamos, Betty, cuéntanos la historia —le rogó Isabella.

La niñera, silenciosa, alzó una ceja en un gesto de interrogación muy parecido al que solía hacer la duquesa, madre de aquellas dos preciosas

criaturas.

Reconociendo el gesto, Katia le dio un golpecito a su hermana.

—Por favor —añadió Isabella.

La mujer dejó escapar un suspiro de resignación.

—Está bien —accedió—, aunque no comprendo por qué queréis volver a escucharla si ya os la sabéis de memoria.

—Es bonita —repuso Katia al tiempo que asentía con la cabeza haciendo que sus rubios rizos se agitasen suavemente.

Betty alisó las invisibles arrugas de su pulcro traje gris, se recolocó la blanca cofia y carraspeó para aclararse la garganta mientras sonreía interiormente al ver a la pequeña Isabella apretar los labios con fuerza para contener su impaciencia. La niña había heredado el carácter autoritario e irascible de su padre, y aquellos pequeños ejercicios de dominio y contención le hacían bien. Sin embargo, no quiso alargar el momento y comenzó con la historia.

—Hace mucho, mucho tiempo, un emperador se enteró de que en una de las provincias de su reino vivía una bruja muy poderosa, que tenía la capacidad de poder ver el hilo rojo del destino, así que la mandó traer a su presencia.

—Es el hilo que une a los que están destinados a casarse —susurró Isabella como si alguna de las presentes necesitase una explicación de aquella historia que ya habían escuchado muchas veces.

Betty asintió.

—Así es —convino antes de proseguir—. Cuando la bruja llegó, el emperador le ordenó que buscara el otro extremo del hilo que llevaba atado al dedo meñique y lo llevara ante la que sería su esposa. La bruja accedió a esta petición y comenzó a seguir y seguir el hilo. Esta búsqueda los llevó hasta un mercado, en donde una pobre campesina, con un bebé en los brazos, ofrecía sus productos. La bruja se detuvo frente a ella y la invitó a ponerse de pie. Hizo que el emperador se acercara y le dijo: «Aquí termina tu hilo». Al escuchar esto, el emperador se enfureció, creyendo que era una burla de la

bruja, y empujó a la campesina. La mujer cayó, con la niña en los brazos, provocando que la pequeña se hiciera una herida en la frente. Luego ordenó que detuvieran a la bruja y la encerraran.

—Pero no acaba así la historia —interrumpió la pequeña Katia con la voz temblorosa por la excitación.

—Claro que no —le aseguró la niñera con una dulce sonrisa en su rostro redondo—. Muchos años después, llegó el momento en que este emperador debía casarse, y sus consejeros le recomendaron que desposara a la hija de un general muy poderoso. Aceptó y llegó el día de la boda. La novia entró en el templo con un hermoso vestido y un velo que le cubría totalmente el rostro. Al levantárselo y ver por primera vez la cara de su esposa, vio que ese hermoso rostro tenía una cicatriz muy peculiar en la frente y el emperador se acordó entonces de la campesina del mercado.

—Y liberó a la bruja —dijo Katia, que había heredado la ternura y el corazón compasivo de su madre.

—Por supuesto —admitió la niñera. Se levantó con dificultad de la silla y se acercó a paso lento hasta la cama para sentarse en el borde—. La historia nos enseña que las personas destinadas a conocerse están unidas por este hilo rojo que nunca desaparece y que siempre permanece atado a nuestro dedo, a pesar del tiempo y la distancia —explicó.

Isabella se incorporó sobre los almohadones con los ojos azules relucientes.

—Y no importa cuánto tardes en conocer a esa persona, ni el tiempo que pases sin verla, ni siquiera importa si vives al otro lado de, de... —titubeó dudando cuál era el lugar más lejano en el que se podía vivir. Finalmente añadió triunfante— de Londres, porque el hilo nunca se romperá.

—Muy bien —aprobó la mujer—, veo que os habéis aprendido bien la lección de la historia.

—Pero, Betty, yo nunca me voy a casar, ¿qué va a pasar con mi hilo? —inquirió Isabella con tono de sincera e ingenua preocupación.

La niñera frunció el ceño ante aquella aseveración.

—¿Y por qué no vas a casarte, mi niña? —Quiso saber.

—Porque va a vivir conmigo —intervino Katia—. Vamos a tener una casa grande y blanca con un jardín enorme y muchas flores.

Betty sonrió. Las pequeñas eran gemelas y estaban muy unidas. Todo lo hacían juntas. Y aunque físicamente resultaba muy difícil distinguirlas, en cuestión de carácter eran como la noche y el día.

—¿Tú tampoco te vas a casar? —le preguntó a la pequeña con curiosidad, conociendo su tendencia hacia lo romántico en contraste con el lado práctico de su hermana Isabella.

Katia se mordió el labio inferior en un gesto que manifestaba su inseguridad.

—No lo sé —dijo finalmente.

—Tal vez se case con un príncipe muy guapo —se inmiscuyó su hermana con tono autoritario—, pero solo si es bueno y no le grita. A Katia no le gustan los gritos.

La niñera apretó los labios con firmeza para contener el gesto de desagrado que le produjo escuchar estas palabras en boca de una niña tan pequeña. No importaba que solo tuvieran cinco años, pues se daban perfecta cuenta de lo que sucedía en su casa y de la desavenencia entre los duques.

Betty se había convertido en institutriz de la duquesa cuando esta era todavía la hija de un conde ruso recién llegado a Inglaterra en misión diplomática. La niña se había convertido en una joven hermosa muy solicitada por todos los hombres y por muchas matronas, aunque, finalmente, había sido el duque quien había conquistado su corazón. Una vez casada, Betty se trasladó con ellos a la mansión, primero en calidad de doncella personal de la señora y luego como niñera de sus hijas.

Quería a la duquesa como si fuese su propia hija, y por eso le dolía tanto la situación en la que se encontraba. El idealismo romántico del tiempo del cortejo y del noviazgo se evaporó rápidamente una vez que el duque consiguió lo que quería: una alianza con un país poderoso, una inmensa dote

matrimonial y una mujer hermosa para su cama. Entonces comenzó a mostrar su verdadero rostro y la duquesa se vio atrapada en un tormentoso matrimonio con un hombre duro, ambicioso, mujeriego y violento. Pero el duque se había equivocado en una cosa, su esposa no era una tierna florecilla inglesa. La sangre de sus antepasados, fieros y valientes guerreros cosacos, corría por sus venas, y no estaba dispuesta a dejarse aplastar por el férreo puño de su marido cuyos gritos resonaban constantemente en el interior de la mansión.

A partir del nacimiento de sus hijas, la duquesa le negó a su esposo el acceso a sus aposentos y a su cama, y el duque se vengó mancillando su hogar con la presencia de sus amantes.

—Entonces, Betty, ¿qué va a pasar con mi hilo? —insistió Isabella mirando con atención su dedo meñique como si en él pudiera ver la fina atadura de su destino.

Betty acarició la rubia cabecita antes de hacer que la pequeña volviese a reclinarsse sobre los almohadones y la cubriese con la colcha de seda rosa.

—No lo sé, mi niña —repuso con sinceridad—, tendrás que averiguarlo tú.

—Cuando sea mayor —aclaró Isabella.

—Cuando seas mayor. —Aceptó ella. Arropó a las dos niñas y colocó la palma de su mano sobre la frente de Katia. Estaba caliente. Cogió una taza de la mesilla e hizo que la pequeña bebiese el contenido antes de añadir—, y ahora, a dormir las dos.

—¿Mamá no va a venir a darnos las buenas noches? —preguntó Katia con voz somnolienta.

—Claro que sí, mi cielo —le aseguró—, sois lo que más quiere en este mundo.

—Tú también nos quieres, ¿verdad, Betty? —preguntó Isabella dejando traslucir el temor en su voz.

A la mujer se le estrujó el alma. La falta de cariño de su padre minaba la seguridad de las pequeñas.

—Con todo mi corazón —le respondió acompañando sus palabras con un tierno beso que depositó en la frente de cada una de las niñas.

Se levantó de la cama y apagó las velas dejando solo una encendida para cuando llegase la duquesa. Luego, con pasos lentos, salió de la habitación al solitario pasillo.

Como si hubiesen estado esperando ese momento de soledad, sus hombros se curvaron hacia delante y le hicieron sentir todo el peso de sus años. Tal vez ya era demasiado vieja para seguir siendo niñera. Inmediatamente sacudió la cabeza ante este pensamiento; sabía bien que el problema no eran aquellos dos preciosos angelitos, sino la tensión que reinaba en la casa por culpa del duque. Contuvo un escalofrío. Algo iba a suceder, se lo decían sus viejos huesos. El ambiente estaba cargado, como cuando se avecinaba una tormenta al pequeño pueblo donde vivía de niña.

Dejó escapar un suspiro tembloroso y obligó a sus hinchados pies a moverse. Su habitación se hallaba en ese mismo pasillo del piso superior, justo al lado de las habitaciones infantiles, pero decidió que bien podía tomarse una buena taza de té con la servidumbre, aunque eso supusiese descender las tres plantas que constituían la mansión hasta llegar al sótano, la zona donde se situaban las dependencias de los criados.

Se apoyó en el pasamanos y descendió hasta el primer piso por la ancha escalera de mármol. La prefería a la de servicio, mucho más angosta y de escalones más empinados. Se detuvo en el rellano para recuperar el aliento. Nunca había sido una mujer delgada, pero los años se habían encargado de darle mucho volumen a su cuerpo. «Y bueno, también los exquisitos pastelitos de la cocinera han tenido algo que ver», se dijo tratando de ser sincera consigo misma.

El murmullo de voces procedente del pasillo en el que se hallaban las habitaciones de la duquesa la distrajo de sus pensamientos. Aunque las palabras sonaban amortiguadas por la distancia y las paredes que las separaban, podía adivinar de qué se trataba. Sacudió la cabeza con pesar y

siguió descendiendo. Cuanto antes bajase, antes podría tomarse el té y volver con las niñas.

Isabella no podía dormir. Se removía inquieta en la cama mientras pensaba que ya había pasado mucho tiempo y su mamá no había ido a darles las buenas noches. ¿Se habría olvidado de ellas? Ese temor le provocó cosas extrañas en el estómago y, como siempre hacía, quiso compartir sus sentimientos con su hermana.

—Katy —la llamó en un susurro mientras la sacudía levemente. La pequeña no se movió y volvió a llamarla—, Katy, despierta.

Notó el calor que desprendía el cuerpo de su hermana y se asustó. La sacudió con más vehemencia.

—Isa —se quejó su hermana con voz adormilada—, déjame, tengo sueño.

—Mamá no ha venido todavía, ¿crees que se ha olvidado de nosotras?

Katia percibió el temblor en la voz de su hermana y se frotó los ojos en un intento por despertarse. Le dolía mucho el cuerpo y tenía mucho calor. Ella no creía que su mamá las hubiese olvidado, pero ahora que ya se encontraba despierta, se dio cuenta de que la necesitaba. Quería que la abrazara y le dijera que se iba a poner bien.

—No creo que mamá se haya olvidado de venir, pero podemos ir a recordárselo.

A Isabella le brillaron los ojos cuando asintió con la cabeza. Se bajó con cuidado de la cama y se acercó a su hermana para darle la mano y bajar juntas en busca de su madre.

El frío suelo de mármol alivió el calor de los pies de Katia y se sintió mucho mejor mientras descendían las escaleras y recorrían en silencio el pasillo que conducía a las habitaciones de su madre. Sabía que a su padre no le gustaba que saliesen de la zona infantil y que les gritaría si las encontraba en aquel pasillo, pero a su madre no le importaría. Sin embargo, ella preferiría no encontrarse con su padre. Le daba miedo cada vez que comenzaba a gritarle; el rostro se le desfiguraba de tal manera que luego le

causaba pesadillas. Además, también tenía miedo de que pudiera pegarle, pero su hermana Isabella siempre se ponía delante de ella cubriéndola con su cuerpo mientras le fruncía el ceño a su padre. Un escalofrío hizo temblar su pequeño cuerpo, no supo si debido a los recuerdos o al frío del suelo que parecía morderle los pies descalzos, aunque ahora sentía más calor que antes.

Isabella se detuvo en mitad del pasillo y Katia casi chocó contra ella. Su hermana le apretó la mano y le hizo un gesto para que guardara silencio, luego le hizo avanzar despacio hasta situarse frente a la puerta de la habitación de la duquesa desde donde les llegaron las voces airadas de sus padres.

—Es la última vez, ¿me has oído? —espetó la duquesa con voz firme—, ¡la última vez!

Su marido soltó una carcajada cargada de desprecio, luego, con una mirada apreciativa, recorrió su figura de arriba abajo tomando nota de las curvas de su cuerpo reveladas a través del fino camisón de seda, de la rubia cabellera que caía en abundantes rizos hasta sus caderas, de su piel de alabastro y de su rostro ovalado, de sus ojos azules como un cielo de verano y de sus tentadores labios rosados. Aquella mujer era hermosa, pero no era suya. Hubo un tiempo en que lo había sido, cuando era una joven debutante fascinada con las atenciones que él le dedicaba, pero todo acabó cuando descubrió la falsedad de todos aquellos gestos. Por suerte para él, en ese momento ya estaban casados y él había obtenido lo que quería.

—¿Por qué? —la interrogó él dejándose arrastrar por la ira—. Esas mujeres me ofrecen lo que tú no quieres darme.

La duquesa alzó la barbilla con orgullo.

—No me importa cuántas ni quiénes son tus amantes, pero es la última vez que entran a esta casa —declaró con vehemencia—; no lo harán mientras mis hijas vivan bajo este mismo techo.

El duque se movió rápidamente. Se cernió sobre ella, con el rostro transformado en una máscara de furia, y la agarró con fuerza del brazo.

—Nadie me dice lo que tengo que hacer —le espetó furioso—, ¡nadie!, y menos aún una mujercuela como tú, incapaz de dar placer a su marido. Haré lo que me dé la gana, ¿me has comprendido, «esposa»? —le dijo remarcando la última palabra mientras apretaba con más fuerza la tierna carne de su brazo. Luego añadió con un susurro amenazante—, ya no estás en Rusia, no lo olvides; y será mejor que apartes de mi vista a esas mocosas o las haré desaparecer yo.

Se irguió en toda su estatura mientras clavaba en ella una mirada entremezclada de furia, odio y lujuria. Su cuerpo joven, musculoso y fuerte constituía de por sí una amenaza, y junto con las palabras que le había dicho habría bastado para que cualquier mujer se echase a temblar y estallase en llanto, pero su duquesa no. Si las miradas matasen, él ya habría muerto mil muertes, tanto era el odio que anidaba en aquellos ojos que le devolvían la mirada sin temor.

—Vete de aquí —susurró ella con furia contenida—. Sal de esta habitación ahora mismo. Y ni se te ocurra acercarte a mis hijas o...

El duque levantó una ceja con divertida arrogancia.

—¿O qué, querida? —replicó burlón.

El rostro de la duquesa palideció aún más mientras apretaba con fuerza los puños a los costados.

—Te mataré.

La respuesta concisa y pronunciada con una calmada frialdad hizo que en la mirada del duque, aunque por un instante fugaz, brillase de nuevo la admiración. Esa misma mirada que la había atraído desde el otro extremo del salón de baile en el que había tenido su presentación en sociedad. Una mirada que conquistaba y que ocultaba, bajo un velo gris plateado, la naturaleza ambiciosa y cruel de ese hombre.

—No dudo de que lo intentarías —admitió él antes de darse media vuelta y dirigirse hacia la puerta. Se detuvo allí para decir unas últimas palabras—. Por cierto, querida, esta noche vendrán mis amigos a cenar; tal vez tus hijas

puedan bajar al comedor para... darles las buenas noches.

El duque escuchó detrás de él el respingo sobresaltado de su esposa y esperó el estallido al tiempo que abría la puerta y soltaba una carcajada al escuchar sus insultos.

—¡Cerdo asqueroso! —le gritó, pero se detuvo al ver que la desagradable risa de su marido se había interrumpido y él se había detenido en la puerta de su dormitorio.

El estómago se le contrajo y se acercó presurosa justo en el momento en que él comenzaba a gritar.

—¡Fuera de mi vista, mocosas! —espetó lleno de rencor—. No sois más que un estorbo y una carga.

Isabella alzó la barbilla en un gesto idéntico al de su madre mientras permitía que su hermana se refugiase detrás de ella.

—A Katy no le gusta que le grites —le dijo.

Aquella reprensión hecha con tono infantil lo enfureció. Se acercó a las niñas para intimidarlas con su altura, pero la pequeña Isabella mantuvo sobre él una mirada limpia de temores y tan cargada de desprecio como la de su madre.

—Eres tan insolente como tu madre —le espetó alzando la mano para golpearla.

El grito de rabia de la duquesa le perforó los oídos al tiempo que sentía las garras afiladas de sus uñas clavársele en la espalda. Se giró con presteza y empujó a la mujer que cayó contra la pared golpeándose el hombro.

—¡Mamá!

El grito angustiado de las niñas le produjo cierta satisfacción; así aprenderían a quedarse calladas cuando debían. Un brillo maligno prendió en su mirada mientras se daba la vuelta para alejarse del cuerpo tembloroso de la duquesa y del llanto entrecortado de las niñas, y esbozó una sonrisa cruel al encontrarse frente a él a la vieja niñera. Sujeta con fuerza a la barandilla de la escalera, lo miraba con los ojos como platos y la boca abierta. Cuando pasó a

su lado, la mujer se santiguó. El gesto le provocó una carcajada cuyo eco lo siguió mientras descendía los escalones y se perdía en algún lugar de la mansión.

Betty soltó sus dedos artríticos de la barandilla y se apresuró a llegar hasta su ama. La duquesa, de rodillas, envolvía en un abrazo tranquilizador a sus dos hijas mientras les susurraba dulces palabras.

—*Milady* —dijo con voz quebrada.

Un gesto de su hermoso rostro la conminó a permanecer en silencio. Luego volvió la mirada hacia sus hijas y les dirigió una trémula sonrisa.

—Ahora volveréis con Betty a vuestra habitación y ella os acostará. Yo subiré enseguida a daros las buenas noches.

—No —gimió Katia temblando sin dejar de abrazarse al cuello de su madre—, ven con nosotras, por favor.

Betty sabía que su señora necesitaba un momento a solas para recomponerse.

—Haced caso a vuestra mamá —les dijo a las niñas.

La duquesa notó que el agarre de la pequeña Katia se hacía más firme mientras que a Isabella comenzaba a temblarle la barbilla, signo inequívoco de que se encontraba a punto de echarse a llorar.

—No importa, Betty, yo las llevaré.

Con Isabella aferrada a su mano y Katia en sus brazos, la duquesa recorrió el pasillo y subió las escaleras seguida por la niñera hasta llegar a la habitación infantil. Depositó a sus hijas en la cama, las arropó y les dio un beso en la frente. Katia continuaba temblando y eso le preocupó.

—Mamá, ¿nos cuentas una historia? —le pidió Isabella al tiempo que bostezaba—. La de por qué Katia y yo tenemos nombres de reinas.

Su madre asintió. Sabía que las pequeñas necesitaban una distracción para olvidar lo que habían visto y no tener pesadillas.

—De dos grandes reinas —les aseguró—, la gran Catalina de Rusia y la reina Isabel de Inglaterra.

Cuando terminó de contar la historia, sus hijas dormían plácidamente. Se fijó en sus pequeñas manos entrelazadas y sonrió. Las dos niñas eran inseparables. Luego, una sombra descendió sobre su rostro apagando su sonrisa y llenando de angustia su corazón. Su esposo era un hombre cruel, no podía seguir permitiendo que las niñas crecieran cerca de su padre. Se levantó despacio de la cama y Betty la siguió llevando consigo la única vela que alumbraba la habitación.

La duquesa pasó de largo las escaleras y abrió la puerta del salón de estar de la niñera. La mujer depositó la vela sobre una mesilla y cerró la puerta. Cuando se volvió a mirar a su señora, descubrió que las lágrimas se deslizaban silenciosas sobre su hermoso rostro.

—¡Ay, mi niña! —se lamentó la niñera acercándose a ella con los brazos abiertos.

La joven madre se precipitó en ellos y rompió a llorar.

—No puedo más, Betty —le confesó una vez que el llanto hubo remitido.

—Lo sé, mi niña —le aseguró con unas palmaditas cariñosas en la mano—, pero tiene que ser fuerte y aguantar, por el bien de las pequeñas.

La duquesa negó con la cabeza.

—Mañana nos iremos —declaró enjugándose una última lágrima furtiva—. ¿Nos acompañarás? No sabría arreglármelas sin ti.

La niñera abrió los ojos asombrada.

—¿Va a volver a Rusia?

—No, sería muy complicado explicárselo todo a mis padres —le expresó—, y además, ese sería el primer lugar en el que el duque me buscaría. No, nos iremos a América.

La mujer dio un respingo conteniendo el aliento.

—Pero eso está muy lejos —replicó con voz temblorosa.

—Sí, está lo suficientemente lejos —admitió la duquesa—, y es un país muy grande. No será fácil encontrarnos. ¿Vendrás? —le preguntó dirigiendo a la mujer una mirada suplicante.

La niñera se mordió el labio inferior con nerviosismo.

—Iré —respondió finalmente acompañando las palabras con una afirmación decidida de su cabeza—, pero me preocupa la pequeña Katia. Esta noche tenía fiebre. No sé si será capaz de aguantar un viaje tan largo en barco.

—Seguro que mañana se encontrará mejor —declaró la duquesa—. Le diré a Matthew que compre los pasajes. Tú prepáralo todo, abandonaremos esta casa en cuanto mi esposo se marche.

—¿Está segura, *milady*? —le preguntó Betty aunque era consciente del brillo decidido de su mirada.

—Lo estoy —le aseguró—. Nunca volveremos a Inglaterra.

Su vida está en peligro, ¿acaso está realmente equivocada sobre lo que siente, ve y cree?



Julieta Romero es una periodista del diario independiente La Gaceta, cuyos artículos de denuncia no hacen más que enardecer los ánimos de una extensa y añeja red de corrupción, generando envidias y recados chismosos de los que otrora asesinaron a sus padres. Mientras avanza sin prestar atención, Julieta se pregunta si algún día Genaro Castillo, del que ha pasado varios años enamorada y otros pocos separada, podrá volver a estar con ella.

Ella no lo sabe, pero las cosas se están complicando para la organización criminal en la que trabaja Genaro, que, aunque intenta convencerse de que no debe buscarla, necesita desesperadamente protegerla y desviar su atención. Ocurre siempre, que las cosas no salen como se tienen planeadas. Mientras Genaro se aferra a la esperanza de que Julieta se convierta en el amor de sus sueños, ella no está muy segura sobre la verdad del amor.

En medio de todo este reencuentro, Julieta rápidamente se da cuenta de que va de cabeza hacia un problema. Su relación con Genaro avanza entre la confusión y la verdad a medias, al mismo tiempo lucha por relegar la imagen y el aire regio que el agente especial Alejandro Rivera proyecta. Ahora tiene todas las cosas que ha ignorado, negado, evitado y a las que se ha resistido, mirándole cara a cara.

Viktoría Yocarri. Nací en México en 1972, bajo el signo de Capricornio. Estudié Contador Público en el Instituto Tecnológico de Monterrey. Inspirada por encontrar mi propio credo, me aventuré a seguir el llamado de las letras. Actualmente reparto mi tiempo entre la escritura, mi negocio de jardinería y profesora de secundaria.

Edición en formato digital: noviembre de 2018

© 2018, Viktoria Yocarri

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-19-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 2

[1] Hombre que trabaja como guardaespaldas.

[2] Agua mineral con gas.

Índice

Perdóname, me enamoré

1. Recuerdos...
2. Un favor muy referido
3. Un día cualquiera, en el lugar menos esperado...
4. ¿Dónde empieza todo?
5. ¿A quién hay que matar?
6. ¡Presta atención a las señales!
7. ¡Ojalá fuera tan simple!
8. ¡Cuándo lo sabes, lo sabes!
9. Ten valor bajo el fuego
10. ¡Di lo que sientes!
11. No le des más vueltas
12. De repente ocurrió...
13. ¡La batalla no es tuya!
14. ¡Deja de meterte conmigo!
15. ¡Si quieres jugar, debes conocer las reglas!
16. Es posible corregir cualquier error
17. ¿Y todo esto para qué?
18. ¿Dónde estoy?
19. ¡Tienes lo que te hace falta!
20. Opuestos complementarios
21. ¡Eres libre de creer lo que decidas creer!
22. Empezar de nuevo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Viktoria Yocarri

Créditos

Notas